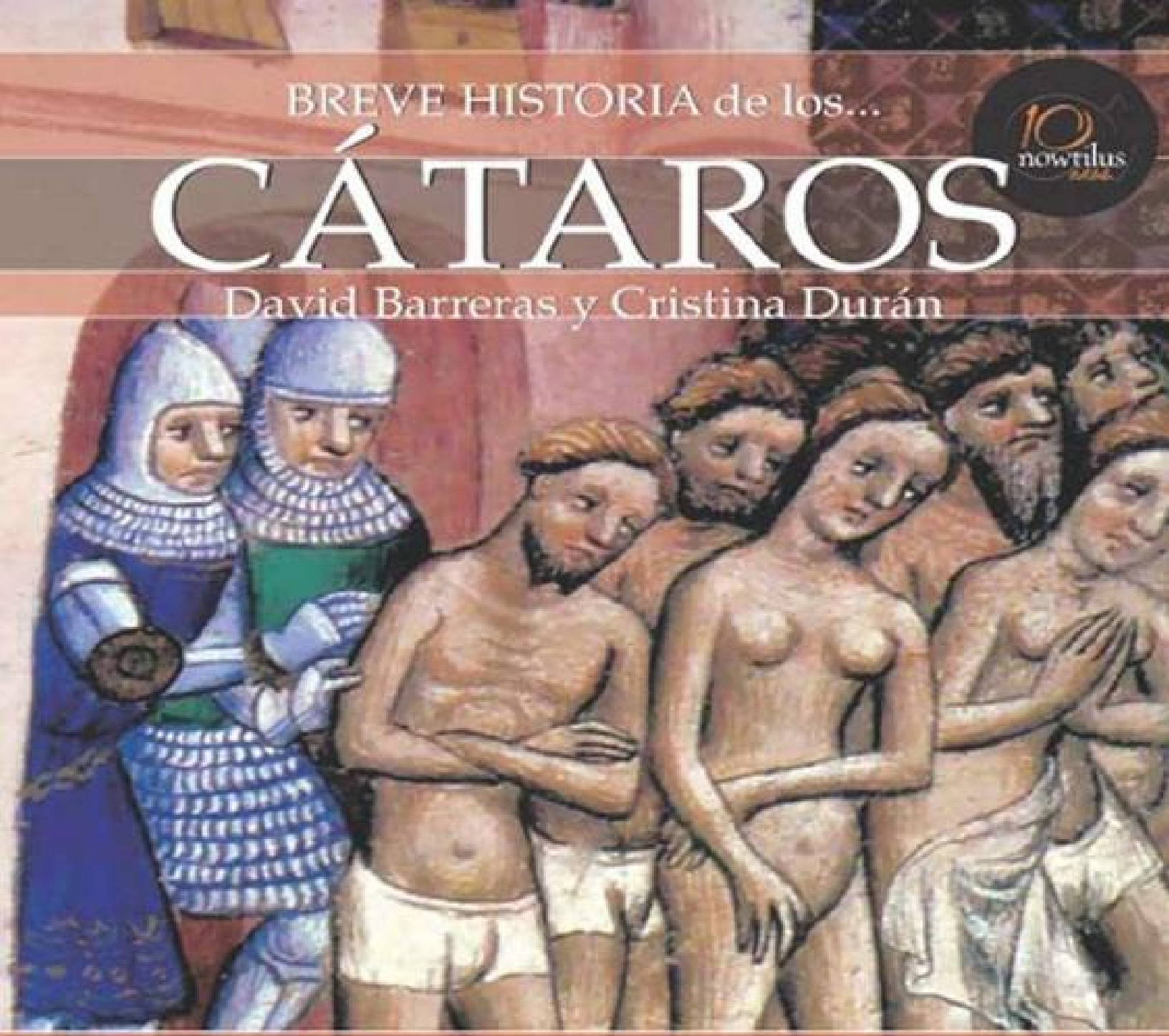
BREVE HISTORIA de los...

CÁTAROS

David Barreras y Cristina Durán



Sumérjase en la historia de la herejía cátara y la brutal Cruzada albigense. Descubra un mundo de inquisidores, grandes reyes, caballeros cruzados, conquistas y revueltas. La apasionante y rigurosa narración de todos los hechos que llevaron al imparable ascenso de la hegemonía de Francia y la Corona de Aragón

nowtilus saber

BREVE HISTORIA DE LOS CÁTAROS

BREVE HISTORIA DE LOS CÁTAROS

David Barreras
Cristina Durán

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de los cátaros
Autor: © David Barreras y Cristina Durán
Director de la colección: José Luis Ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-296-0
Fecha de edición: Febrero 2012

El catarismo presenta ciertos elementos que son comunes a las corrientes gnósticas y las religiones mistéricas. Entre estas últimas destaca el culto a los dioses de la antigua Grecia, cuyos fieles sentían especial predilección por Athenea, la divinidad de la sabiduría. Algo similar nos ocurre a nosotros, ya que poseemos un panteón muy particular en el que una pequeña deidad, llamada Athenea Barreras Durán, ocupa un lugar privilegiado, motivo por el cual queremos dedicarle esta obra.

AGRADECIMIENTOS

A nuestros tíos Antonio y Marie-Thérèse Barreras por su afecto paternal y la hospitalidad mostrada durante nuestras estancias en París para la realización de esta obra.

A nuestros amigos Ana Aznar, José Sanabria, Nicolas Issaly, Beatriz Casinos y Salvador Genovés por haber colaborado en la obtención del material gráfico que forman parte de este libro.

Índice

Introducción

Capítulo 1. Los orígenes
- El mal y los dualismos
- Mazdeísmo y zoroastrismo
- Gnosticismo y maniqueísmo
- Paulicianismo y bogomilismo

Capítulo 2. El primer contagio herético
- Irrupción del dualismo en Europa occidental
- La teoría del origen alóctono
- La teoría del origen autóctono
- Las primeras hogueras de la Edad Media

Capítulo 3. El catarismo
- La herejía del siglo XII
- LOS «BUENOS HOMBRES»
- La doctrina y el ritual cátaros
- Primeras reacciones de la Iglesia católica

Capítulo 4. Los albigenses y la Occitania bajomedieval
- La Occitania libre
- La guerra catalano-tolosana
- Las carencias de la Iglesia católica de los siglos XII y XIII
- ¿Adhesión masiva occitana al catarismo?

Capítulo 5. La cruzada albigense
- Tiempo de diplomacia
- Tambores de guerra
- La campaña cruzada
- La contraofensiva occitana y la batalla de Muret (1213)

Capítulo 6. La resistencia occitano-aragonesa

Aragón: ¿un reino sin rey?
La reconquista occitana
El Tratado de Meaux-París (1229)
De Lorris (1243) a Corbeil (1258)

Capítulo 7. El final del catarismo
Los hermanos predicadores
La Santa Inquisición
Los últimos focos de resistencia: Montségur y Quéribus
Los últimos cátaros

Conclusión

Bibliografía

Introducción

Cátaros. Esta simple palabra, nada más ser pronunciada o escrita, emerge rodeada por un halo de misterio. ¿Cuál es el motivo para que un solo vocablo inspire tan enigmática curiosidad? No cabe la menor duda de que todo aquello que está relacionado con la tenebrosa Edad Media, período histórico considerado erróneamente oscuro, ha cobrado un ingente protagonismo en los últimos años, sobre todo gracias a la edición de algunos *best-seller* de la literatura, en muchas ocasiones llevados también al cine, que ambientan sus relatos en esta interesante época. De esta forma, los cátaros, junto a templarios, merovingios, constructores de catedrales, caballeros cruzados, miembros pertenecientes a sociedades secretas, brujas, herejes, inquisidores, y un largo etcétera de este tipo de personajes, han alcanzado una gran popularidad. Pero no sólo la novela histórica y el celuloide son responsables de la enorme difusión lograda entre lectores y espectadores por todos estos arquetipos medievales. También las publicaciones de carácter esotérico se han encargado de acrecentar la leyenda, en muchas ocasiones «leyenda negra», de los cátaros y demás personajes contemporáneos a estos. Cierto es que sobre el catarismo no se ha rodado ninguna exitosa película pero, sin embargo, han corrido auténticos ríos de tinta que han intentado aproximarnos a su herejía. No obstante, las novelas son simplemente relatos de ficción y su objetivo es única y exclusivamente entretener al lector. Paralelamente, las publicaciones de carácter ocultista existentes sobre el catarismo emiten todo tipo de hipótesis relacionadas con esta religión heterodoxa, y se basan solamente en teorías especulativas que utilizan datos no contrastados por la arqueología, por registros históricos o por evidencias científicas. Debido a ello, tanto este tipo de conjeturas como la ficción sirven de poco, por no decir de nada, a la hora de ayudarnos a conocer exactamente quiénes fueron los cátaros.

Los cátaros fueron un grupo organizado y jerarquizado de adeptos a una religión cristiana dualista cuyos miembros fueron considerados heréticos por la Iglesia católica. Surgieron en la Europa occidental de los siglos XII y XIII, a lo que sí añadimos que fueron protagonistas de una parte esencial de los acontecimientos que tuvieron lugar en el viejo continente a lo largo de la Baja Edad Media; llegaremos a la conclusión de que la historia es la disciplina que debe aportarnos una información más veraz sobre ellos.

Pero dada la complejidad de los acontecimientos históricos relacionados con el catarismo, sucesos éstos esenciales a la hora de conocer cuál fue el rumbo de Francia, la Corona de Aragón y la Santa Sede cuando la Edad Moderna estaba a punto de comenzar, a veces su historia es contada de forma excesivamente especializada como para ser accesible a todos los públicos.Este es el caso de buena parte de las obras sobre los cátaros escritas por medievalistas franceses, libros muy rigurosos desde el punto de vista histórico pero, a su vez, de lectura muy complicada y poco amena; autores estos también que tratan los asuntos relacionados con esta herejía desde una perspectiva demasiado local,muy centrada en torno a Francia, motivo por el cual se descuidan aquellos aspectos sobre esta religión dualista que están relacionados con la Corona de Aragón.

En ocasiones, la historia de los cátaros ha sido también escrita por autores españoles que han orientado su narración en torno a la relación de Occitania, región actualmente perteneciente a Francia, con Cataluña. Para ello, dichos escritores pueden llegar a utilizar un punto de vista excesivamente partidista, incluso políticamente hablando, regionalista y casi podríamos decir que sectario, de forma que existe la posibilidad de que la realidad histórica sea presentada al lector de forma muy distorsionada.

Todo ello nos ha empujado a escribir este libro de historia desde una perspectiva más hispánica que la utilizada por los especialistas en el catarismo, es decir,la escuela medievalista francesa, sin descuidar la relación entre los adeptos a su religión dualista, la Francia medieval y el papado. Esta es una obra que narra los hechos relacionados del movimiento cátaro, una nueva religión basada en el modelo de vida apostólico de los primeros seguidores de Jesucristo, con los acontecimientos que tuvieron lugar a lo largo de la cruzada emprendida por la Santa Sede y Francia para combatirlo.Un libro que se ciñe al espíritu de la colección Breve Historia: acercar la historia a todos a través de un texto rigurosamente redactado.

1

Los orígenes

El mal y los dualismos

Desde tiempos muy remotos, el origen del mal ha sido un gran problema sin respuesta para todas las religiones. En la Antigüedad encontramos un mundo cruel en el que impera la fatalidad. Los desastres naturales no solamente acaban de forma directa con las personas, sino que también destrozan las cosechas y provocan hambrunas. Y no sólo eso, los cultivos se ven también afectados por una climatología caprichosa e impredecible. La enfermedad se ceba especialmente con los más débiles, pero esto no quiere decir que el resto de la humanidad se libre de las mortíferas epidemias que surgen de manera inesperada y se llevan a la tumba a poblaciones enteras. La muerte planea sobre la faz de la Tierra, tanto en tiempos de paz como de guerra, cubriéndola con su manto tenebroso de sombras. Lo cierto es que los períodos de concordia entre los hombres son más bien escasos: el planeta se halla inmerso en un cuasi constante conflicto que parece querer desgarrar a las civilizaciones destruyéndolas desde sus mismos cimientos, eliminando su esencia, es decir, al propio ser humano. Los enfrentamientos armados se encargan también de privar al hombre de su libertad, y hacen uso de una de las mayores lacras que ha sufrido la humanidad en toda su historia: la esclavitud, cicatriz que ha marcado muy negativamente a la especie *Homo sapiens* a lo largo de la práctica totalidad de su existencia y que en Occidente únicamente desapareció de forma definitiva en el siglo XIX. Pero no sólo se colocan grilletes sobre cuellos y extremidades de los hombres de otros pueblos que han sido vencidos en combate. Los poderosos dominan también a la plebe de su misma etnia y los asfixian con las cadenas de unas pesadas cargas serviles y con abusivos impuestos o, en ciertas ocasiones, se llega incluso a condenar a los más desfavorecidos a ser esclavos reales. Pero las desigualdades sociales no finalizan aquí. La mayor parte de la población mundial, ya sea ésta súbdita del Egipto faraónico, Asiria o Babilonia, vivía bajo condiciones de una extrema pobreza, a pesar de que sus imperios eran poderosos y ricos.

El hombre se encuentra en muchas ocasiones al borde de la inanición y, por diferentes motivos, está condenado a sufrir una existencia en la que se ve rodeado de un halo de muerte y destrucción. Carece también, la mayoría de las veces, de libertad. Lo peor de todo es que, como es lógico, el simple hecho de ser un ente racional hace que sea muy consciente de habitar un mundo primordialmente malo. No obstante, los humanos pueden ampararse al cobijo que les brinda la religión. Los sacerdotes de las distintas creencias están ahí para decirle al pueblo que los dioses, principio de todo lo existente, gozan de un inmenso poder, y si se les adora, puede que nos deparen un futuro mejor. ¿Son por lo tanto los dioses la causa de todo lo que ocurre en este mundo? Si la respuesta es afirmativa, entonces es que pueden hacer que nuestra vida sea mejor, ser la causa del bien, pero, por lo tanto, al mismo tiempo deben de ser la causa del mal. No puede ser de otra forma: los dioses son esencial y realmente crueles, no deben de ser bondadosos, ya que pueden causar el bien, pero, sin embargo, el mal predomina en el mundo. Todo puede quedar justificado de la siguiente forma: el ser humano posee una naturaleza malvada, y debido a ello los dioses lo castigan constantemente. ¿Pregunta respondida? ¿Problema resuelto? Evidentemente no, ya que el hombre, infame o no, ha sido supuestamente creado por los dioses y estos son, en consecuencia, la única causa del mal en la Tierra. Seguimos, por lo tanto, sin hallar respuesta. ¿Y si alguien intentara aclarar las dudas de la humanidad al respecto, tratando, por un lado, de justificar la procedencia del mal y, por otra parte, explicando el origen del bien? Es innegable que no basta con dar respuesta a una sola de estas dos cuestiones, ya que si continúa existiendo uno de los dos interrogantes, nada se habrá conseguido en la labor por resolver la duda existencial del hombre. En consecuencia, podemos afirmar que resulta indudable que las dos respuestas constituyen una dualidad, son indisolubles y se debe procurar resolver estas dos cuestiones en un mismo instante de tiempo para, de esta forma, conseguir satisfacer la inquietud natural del ser humano por conocer cuál es la base cosmogónica, es decir, el origen de la creación, del hostil entorno que habita.

En este contexto llegaron a Persia hacia el II milenio a. C. las primeras ideas dualistas que trataban de diferenciar los dos principios que regían en el mundo: la bondad y la maldad.

Mazdeísmo y zoroastrismo

Ahura Mazda u Ormuz era el dios supremo de Persia, uno de los mayores imperios de la Antigüedad y de la Edad Media, cuya existencia se prolongó desde el siglo VI a. C. hasta el siglo VII de nuestra era. El Avesta, libro sagrado del mazdeísmo, describe el conflicto permanente entre las fuerzas del bien, comandadas por esta deidad, y las del mal, lideradas por Ahrimán o Angra Mainyu. Para su religión, este enfrentamiento que se da desde el principio de los tiempos, no será eterno, ya que, finalmente, Ormuz se impondrá a Ahrimán y la luz vencerá a las tinieblas para siempre. Por ello, podemos afirmar que la concepción dualista, resultado del equilibrio de fuerzas entre el bien y el mal, tiene como meta un resultado final monista, en el que reine solamente el primero de ellos.

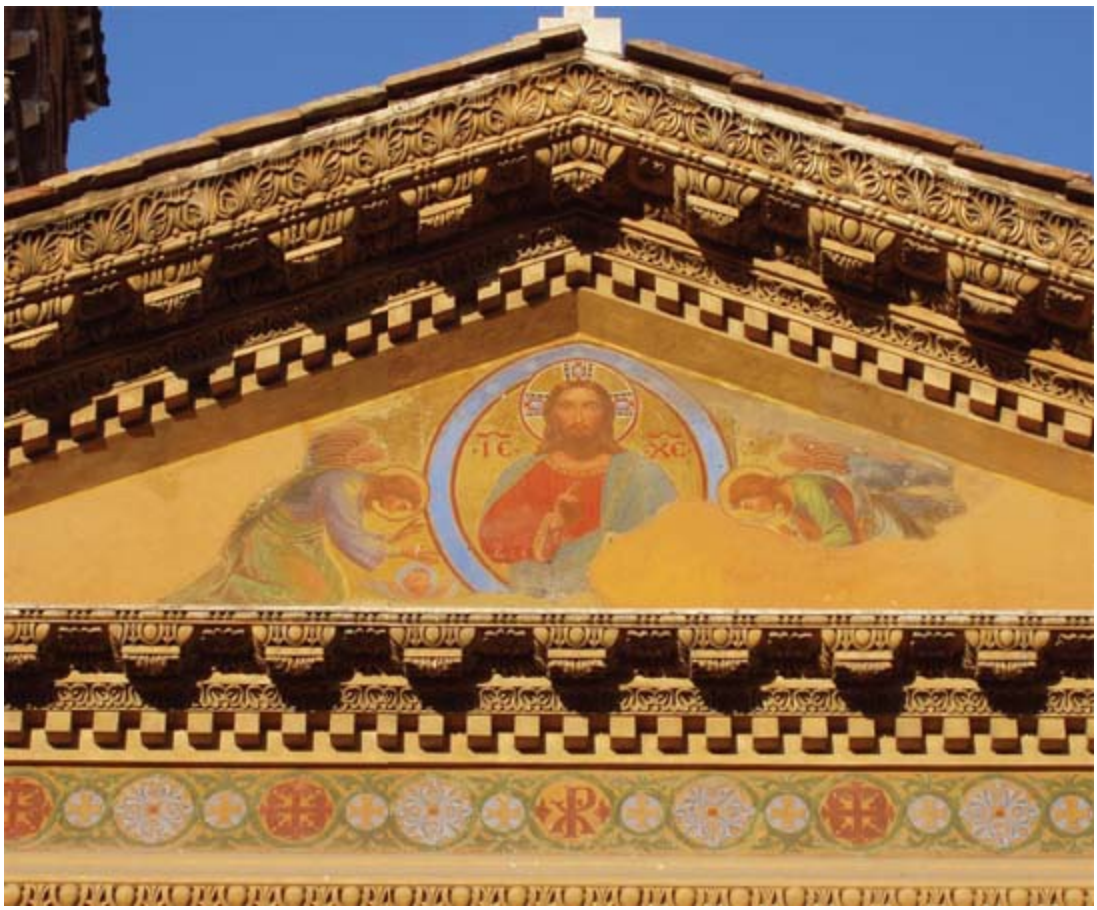
Para el mazdeísmo, la vida no es otra cosa que este combate permanente, de forma que el ser humano puede influir en lo cerca que esté el mundo de conseguir el triunfo definitivo sobre Ahrimán: los fieles solamente deben hacer el bien y contentar a Ormuz. Con ello conseguirán además la salvación el día del Juicio Final. Cuando el hombre lleva a cabo acciones malévolas, únicamente consigue retrasar la victoria de Ahura Mazda; si su comportamiento es, sin embargo, piadoso, las fuerzas de la luz irán ganando terreno a la oscuridad. Es la primera idea de cielo e infierno de la historia, percepción mazdeísta-zoroastriana que ejercerá una poderosa influencia sobre todos los credos posteriores, especialmente en las tres grandes religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islam. Debido a la influencia mazdeísta, la primera de ellas experimentará profundos cambios a partir del siglo VI a. C., y coincidirá con la deportación judía en el llamado Cautiverio de Babilonia tras la conquista de Jerusalén por Nabuconodosor II (597 a. C.). Ello fue posible como consecuencia de la posterior caída de Babilonia, hacia el 539 a. C., en manos de Ciro II, rey de Persia, una época en la que, como veremos en los próximos párrafos, la religión de Ahura Mazda estaba experimentando una amplia y decisiva mutación. Los conceptos mazdeístas de cielo, infierno, diablo, demonios, ángeles y Juicio Final, todos ellos recogidos en el Avesta, arraigarán con fuerza en el judaísmo y serán más tarde transmitidos a sus «herederos» cristianos y musulmanes. Del mismo modo, tras el Cautiverio de Babilonia, los profetas hebreos comenzarán a anunciar la venida del Mesías, algo inédito en el Antiguo Testamento.

Hasta aquí todo parece ir bien: por primera vez los sacrdotes parecen tener una respuesta convincente sobre el origen del mal. Pero el mazdeísmo presentaba un pequeño fallo: sus rituales fastuosos y de gran pompa, típicos, como estudiaremos en el siguiente

epígrafe, de las religiones mistéricas y orientales, únicamente estaban al alcance de la clase aristocrática. El núcleo central de la doctrina irania era el sacrificio. El pueblo llano no podía permitirse el lujo de ofrecer animales a Ahura Mazda para con ello poder ir haciendo la «reserva» de su estancia en el Paraíso. Sin embargo, un profeta nacería en el seno del Imperio persa para condenar estas prácticas superfluas, personaje que conseguiría transformar la religión mazdeísta para aproximarla a las clases más desfavorecidas. El piadoso reformador es conocido por la historia como Zoroastro.

Muy poco sabemos acerca de la vida de Zoroastro, no obstante conocemos la importancia de su obra, ya que al parecer predicó instando a los hombres a adoptar una conducta moral que los acercara a Ahura Mazda para, de esta forma, conseguir la salvación de sus almas el día del Juicio Final, en el que las fuerzas del bien aniquilarían definitivamente a las hordas del señor de las tinieblas, Ahrimán. Zoroastro, también conocido como Zaratustra, nació probablemente en el actual Afganistán entre los años 650 y 600 a. C. Las enseñanzas del profeta tuvieron una repercusión enorme en el área de influencia persa, y se difundieron con celeridad por Oriente Medio, ya que Zoroastro no sólo aceptó el tradicional dualismo iranio, sino que, además, «puso a Dios al alcance de las masas», como indicó en 1962 el medievalista francés Fernand Niel. De esta manera consiguió que la nueva religión creada por él arraigara sólidamente en Persia y únicamente desapareciera de la mayor parte de aquel imperio con la invasión musulmana del siglo VII de nuestra era, resistiendo pequeños núcleos de fieles, como los quebros de Irán y los parsis de la India, comunidades religiosas que aún perviven. Zoroastro igualó ante Dios a todos los seres humanos, de forma que gentes de cualquier condición social y nivel económico podían practicar su credo. Esto dio el empujón definitivo al culto de Ahura Mazda, lo que, unido a los doce siglos de existencia del zoroastrismo, hizo que este influyera en la mayoría de las creencias que nacieron después: las ya mencionadas religiones reveladas, es decir, judaísmo, islam y cristianismo; y también otras sectas relacionadas con la última de ellas, como el gnosticismo, el maniqueísmo y el catarismo. El poder de seducción de las enseñanzas de Zoroastro hizo posible la asimilación de los antiguos conceptos mazdeístas de ángeles y demonios, así como los de cielo e infierno, por parte de los credos mencionados.

El judaísmo fue la primera de las grandes religiones monoteístas en surgir, remontándose sus míticos orígenes a la revelación descrita en la Biblia que recibió Abraham. Posteriormente los adeptos de los otros dos importantes credos monoteístas, es decir, el cristianismo y el islam, reconocerían también a este personaje nacido en la ciudad de Ur de Caldea (Mesopotamia) como patriarca de sus respectivas religiones. En la imagen, un cementerio judío.



Fresco de la iglesia de Santa Pudenziana, Roma. Este edificio religioso, primera basílica cristiana construida, fue levantado a principios del siglo V, una época turbulenta en la que a medida que la religión de Jesucristo iba cobrando un mayor poder, el Imperio romano se marchitaba más y más. El cristianismo irrumpiría con fuerza en la historia gracias a que acabó penetrando con éxito en el seno del Imperio romano, donde los emperadores Constantino I (312-337) y Teodosio I (379-395) fueron los más grandes impulsores de esta nueva religión.

GNOSTICISMO Y MANIQUEÍSMO

Entre los siglos I y III surgió en Asia una nueva corriente filosófica y religiosa, el gnosticismo, saber misterioso de la naturaleza superior de Dios resultado del contacto entre el pensamiento helenístico —el cual se difundió por todo el antiguo ámbito persa gracias a las conquistas de Alejandro Magno (336 a. C.-323 a. C.)—, los cultos orientales —mistéricos y zoroastrismo— y los credos judeocristianos. Seguramente esta religión sincrética también poseía elementos hindúes y budistas, e incluso astrológicos y mágicos. Su nombre procede de la palabra griega gnosis, que significa ‘conocimiento’. La gnosis implicaba la adquisición de un conocimiento arcano, es decir, secreto y reservado sólo a unos pocos elegidos. Esta religión no tardaría demasiado en propagarse por toda la cuenca mediterránea desde su lugar de origen.

Baños árabes. La limpieza ritual del cuerpo o ablución realizada en el *hammam* formaba una parte muy importante de la vida cotidiana de los musulmanes tanto en términos religiosos como sociales. El año 622 marca para el islam el nacimiento de su religión, instante temporal en el que se produjo la hégira o huida del profeta Mahoma de la ciudad de La Meca para refugiarse en Medina.

Capitel persa aqueménida procedente de la ciudad de Susa. Museo del Louvre, París. La dinastía aqueménida de emperadores persas se extinguió tras la derrota en la batalla de Gaugamela (331 a. C.) de su último representante, Darío III, a manos de Alejandro Magno. No obstante, el Imperio persa se prolongaría en las dinastías parta (247 a. C.-224) y sasánida (224-642) hasta que la invasión árabe del siglo VII produjo su destrucción definitiva.

El gnosticismo postulaba, al igual que el mazdeísmo y el zoroastrismo, la existencia de dos principios de diferente naturaleza: el bien y el mal. El mundo material, en el que impera la maldad, no fue creado por Dios, sino por el Demonio. Dios es, sin embargo, el hacedor del reino de los cielos, así como de las almas que habitan los cuerpos de los hombres, siendo estos últimos la mayor obra concebida por Satán. Por esta razón, los gnósticos rechazaban los escritos del Antiguo Testamento, ya que eran incompatibles con sus creencias, entre otros motivos por hacer a Dios responsable de la Creación. Asimismo, al igual que mazdeístas y zoroastrianos, postulaban la existencia de seres con una doble naturaleza, divina y humana, los ángeles o eones, cuyos representantes más destacados son los profetas Zoroastro y Jesucristo.

Los miembros de algunas de sus sectas practicaban un riguroso ascetismo, lo que, combinado con la aparente sencillez de los dogmas gnósticos, contrastaba fuertemente con su acusado libertinaje —en este aspecto pueden parecerse en parte a los cátaros, los

cuales negaban el matrimonio, pero aceptaban el concubinato— y con su gusto por los ritos fastuosos de tradición oriental, en los que las especulaciones mágicas y astrológicas tuvieron una especial relevancia. En ocasiones sus rituales pueden resultar extraños e incluso repugnantes a ojos de una mentalidad occidental o contemporánea. Estas religiones orientales, aunque de común procedencia, griega o asiática, no tuvieron una teología homogénea, pero desarrollaron y conservaron ciertos cultos y rituales de la Antigüedad con orígenes muy primitivos, lo que explica el carácter agrario de sus dioses.

Dichos credos fueron denominados mistéricos y tuvieron gran influencia sobre la gnosis, los cultos imperiales romanos, el cristianismo primitivo y, como podremos ir descubriendo, el catarismo. El encanto y poder de seducción llegado de Oriente, no sólo cuna de la civilización sino también lugar de nacimiento de los credos que históricamente han reunido mayor número de adeptos, ocupan una posición privilegiada en el ámbito religioso en el que se fraguaron el gnosticismo y el cristianismo. El experto en historia antigua Maurice Crouzet nos indicó en 1980 que la propia religión de Cristo llegó desde Oriente. Esta, además, para sobrevivir y triunfar, hubo de enfrentarse a cultos que también surgieron allí —misterios, gnosticismo, judaísmo—, así como tuvo que combatir a las controversias iniciales provocadas por las herejías antiguas que desde allí se propagaron —arrianismo, apolinarismo—. En resumidas cuentas: Occidente se dejó conquistar por atractivos credos llegados de Oriente, una tierra muy superior desde el punto de vista económico, cultural e intelectual.

Muy poco conocemos en la actualidad de los cultos mistéricos como consecuencia del celo de sus adeptos por preservar el secreto de sus rituales de iniciación, que lo salvaguardan así de la profanación, pero sí podemos afirmar, como ocurría con los sistemas dualistas gnósticos, que tenían una visión pesimista de la vida terrenal. Ante la escasez de fuentes escritas, la mayor parte de la información que poseemos sobre las religiones del misterio procede de datos arqueológicos de difícil interpretación: inscripciones, relieves, pinturas y objetos relacionados con los rituales que practicaban. Otro punto común entre todos los cultos mistéricos fue la tendencia hacia el monoteísmo y la promesa de inmortalidad que se hacía a sus adeptos, siempre y cuando llevaran a la práctica un determinado rito de iniciación. Este impresionante y fastuoso ritual se caracterizaba principalmente por incluir un acto de purificación inicial que permitía al neófito continuar con la ceremonia principal del culto, sin estar exenta esta de toda la parafernalia correspondiente, llena de simbología, actos y artículos sagrados. El boato

mistérico casi siempre incorporaba un simulacro de muerte y resurrección.

Ejemplos de prácticas mistéricas de procedencia griega son los ritos desarrollados por las sectas pitagóricas y los seguidores de los cultos de Eleusis.

Los primeros adoraban al dios Apolo en encuentros celebrados durante cada puesta de sol; algunos de sus ritos recuerdan bastante a los practicados por los católicos de la actualidad: la purificación con agua, así como el consumo de pan y las libaciones con vino, fundamentales en la eucaristía. También, como en el mazdeísmo prezoroastriano, sacrificaban animales. Según sabemos desde el siglo I por el filósofo romano de origen hispánico Séneca, la secta pitagórica no tenía adeptos entre el pueblo llano, quienes tampoco la miraban con buenos ojos ante el desconocimiento que suscitaban sus actividades, dado su fuerte carácter esotérico, típico de las religiones mistéricas.

Los cultos de Eleusis, ciudad griega muy próxima a Atenas, se basaban en el mito de Perséfone, diosa que fue secuestrada por Hades, señor de los muertos, quien quedó prendado de su belleza. Démeter, madre de Perséfone y diosa de la agricultura, finalmente rescató a su hija, con lo que florecieron de nuevo las plantas en una primavera primordial, tras la esterilidad provocada por el primer invierno, consecuencia de la tristeza que provocó sobre la tierra la ausencia de la joven y hermosa deidad.

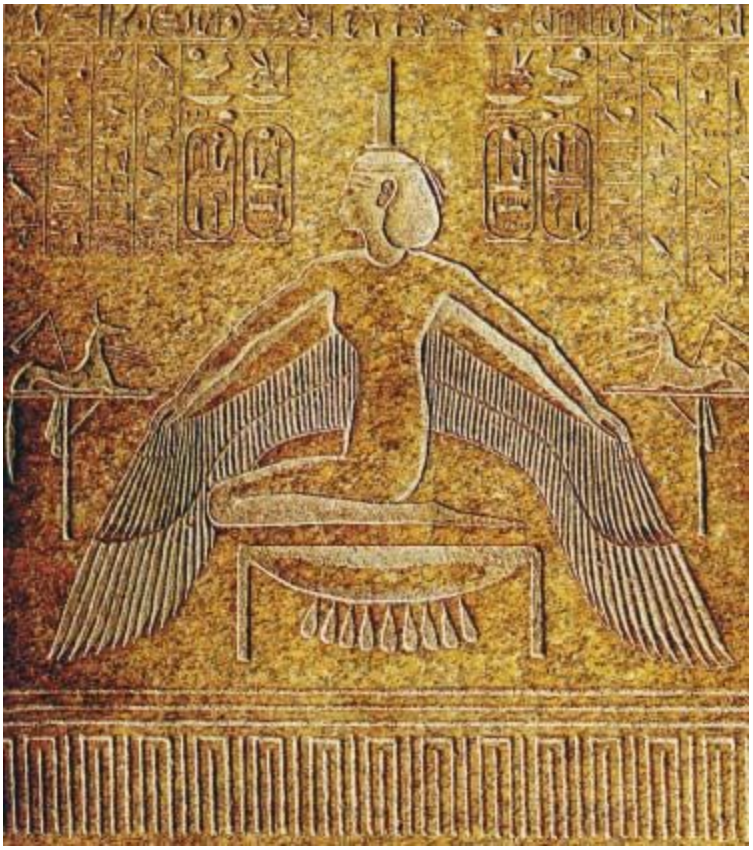
En cuando a los ritos mistéricos orientales, debemos hacer especial mención sobre los que tuvieron una importante propagación en el Imperio romano, como son los procedentes de Egipto —adoración de los dioses Isis, Serapis y Anubis—, los de Anatolia y los de Persia. Cabe destacar el éxito cosechado por la deidad anatolia Cibeles, diosa madre de la tierra y primer culto oriental que se introdujo en Roma en época muy temprana, hacia el siglo III a. C. Pero sobre todo es preciso hacer especial mención de la importancia que tuvo la adoración a la divinidad irania Mitra. El dios Mitra, identificado con el Sol y relacionado con la deidad suprema de los persas, Ahura Mazda, poseída un carácter guerrero, justiciero y, cómo no, rural, ya que la sangre de los sacrificios de toros que se ofrecían en su honor, animales relacionados con esta divinidad, fecundaba la tierra. La adoración a Mitra fue perdiendo influencia en Persia tras las reformas aplicadas por Zoroastro, por lo que este dios pasó a un segundo plano en detrimento de Ahura Mazda, pero, no obstante, esto no impidió que a través de Frigia, región de Asia Menor sometida al Imperio iranio, su culto fuera transmitido a los romanos y cosechara grandes éxitos a partir del siglo III, triunfo que se prolonga incluso

hasta la cuarta centuria. En esta época, patricios y emperadores romanos practicaron esta religión oriental. Destaca en este contexto la adhesión de los augustos Diocleciano (284-305) y Juliano (361-363), soberano este último que también se inició en la adoración de Isis, además de hacerse rociar con sangre de toro en honor a Mitra, un ejemplo más de lo extraños y repugnantes, aunque no por ello exentos de un atractivo morbo, que podían resultar los cultos orientales, prácticas éstas habituales de las religiones mistéricas o de las distintas corrientes gnósticas.

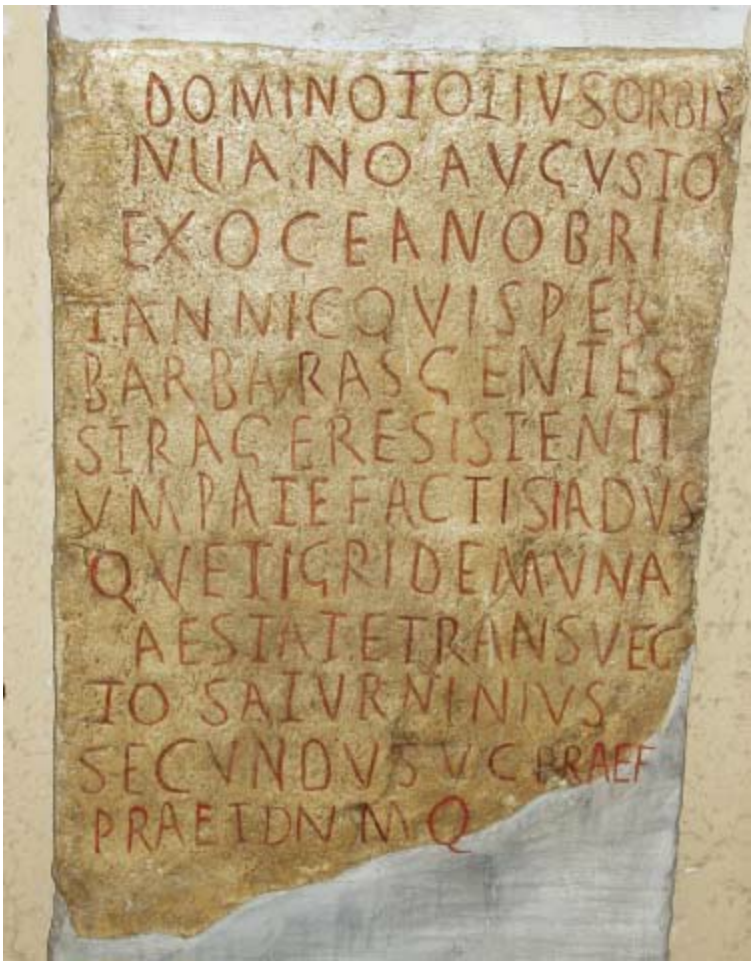
Es preciso destacar que hablamos de corrientes gnósticas y no solamente de una única gnosis. Existieron tres tipos de sectas que siguieron esta senda: gnósticos paganos, gnósticos judíos y gnósticos cristianos. Por lo tanto, en su origen, la gnosis no puede ser considerada cristiana, ya que su nacimiento precede en el tiempo a la religión de Jesucristo. Las distintas corrientes gnósticas, a pesar de todas sus diferencias internas, tienen en común, como ya hemos mencionado, una base dualista en sus creencias, en la que, fundamentalmente, el bien se opone al mal y lo material a lo espiritual. La meta gnóstica es llegar a Dios mediante el conocimiento, que será alcanzado a través de la revelación dada por los eones, ángeles, mensajeros de la Providencia que adoptan forma humana para así bajar del cielo y poder transmitir la gnosis. A Jesucristo se encomendó esta tarea fundamental, al igual que antes se hiciera con Zoroastro. Esta es la única forma de salvación para el hombre, la liberación de su alma de la jaula que lo encierra a lo largo de la vida, es decir, del cuerpo material. No obstante, la tradición secreta y esotérica no era revelada a todos los creyentes, sino sólo a unos pocos elegidos.

El camino del creyente implica, por lo tanto, conocerse a sí mismo, su verdadera naturaleza, para, de esta manera, poder llegar a conocer al mismo Dios, divinidad que dio origen a los ángeles y a las almas, pero que es imposible que sea el creador del mundo. La materia, sustancia que habita un mundo cruel y donde reina la maldad, no ha podido ser obra de un dios bondadoso. Eso incluye también la creación de los cuerpos humanos. Por lo tanto, los gnósticos rechazan al Yahveh bíblico, el Creador. Los gnósticos odiaban este mundo y adjudicaron su creación a un dios malévolo, un demiurgo, Satanás en definitiva. Las dos deidades abanderan a los ejércitos enfrentados en este dualismo, aunque en algunos sistemas gnósticos, podríamos decir que menos dualistas, el demiurgo sería una entidad divina inferior, al igual que el Lucifer cristiano, emanación del Todopoderoso.

Debido a todo ello, para la gnosis cristiana, Jesucristo únicamente posee carácter divino; es imposible que tenga carácter humano, ya que sólo posee un cuerpo aparente. Tampoco, por lo tanto, puede morir. De esta forma los gnósticos, al igual que, como podremos comprobar próximamente, los cátaros, destruían uno de los pilares del dogma cristiano: la muerte y resurrección de Jesús, lo que constituye una herejía. Cristo, sin embargo, sí que es un profeta enviado por Dios para transmitir la gnosis a los fieles. Con todo ello podemos afirmar que el dualismo de la gnosis distorsionaba de tal forma los dogmas de las religiones judía y cristiana que, para ambos credos, constituía una herejía arriesgada. Peligrosa pero con un alto poder de sugestión, ya que acercaba a los creyentes a la gnosis y, en definitiva, a Dios, y se les ofrecía, por lo tanto, la liberación del mundo material y la vida eterna. Todo ello hacía muy atractivos los cultos gnósticos, cuyas creencias sincréticas, producto de la fusión ya mencionada con otras religiones y pensamientos filosóficos, no resultaban del todo incompatibles con el cristianismo. En consecuencia, podemos afirmar que no sería demasiado complicado que un creyente cristiano acabara incorporándose a una secta gnóstica cristiana. Es más, la primigenia Iglesia cristiana se enfrentaba, allá por el siglo II, ya no sólo a la persecución de los emperadores romanos, sino también a la posibilidad de que, debido a la influencia de las corrientes gnósticas, acabara por transformarse en una religión mistérica, uno más entre los innumerables y fastuosos cultos orientales que cosecharon un éxito pasajero en el seno del Imperio romano. Ante cualquiera de estas dos posibilidades, el resultado podría haber sido el mismo: la desaparición definitiva del cristianismo. La represión y persecución por parte de las autoridades romanas puede parecer a priori, debido a su extrema violencia, la principal amenaza de muerte para el cristianismo. No obstante, sin ningún género de dudas, fue el riesgo de asimilación gnóstica lo que mayor peligro representaría para el cristianismo en este sentido. En palabras del catedrático de Historia Antigua José Manuel Roldán, «en el gnosticismo, el cristianismo se diluía en un sincretismo y el misticismo era parecido al de las religiones mistéricas y al paganismo». Pero como ya sabemos todos, ni la persecución ni el gnosticismo acabaron con la religión de Jesucristo: el cristianismo acabó siendo la religión oficial del Imperio romano, así como la de los reinos bárbaros que de él surgieron en la Edad Media; en la actualidad es además uno de los credos con más practicantes del mundo.



Detalle del sarcófago del faraón Ramsés III. Museo del Louvre, París. El culto de Isis, deidad que aparece en la imagen, fue uno de los más importantes en el Egipto faraónico, lugar a partir del cual se extendió por Oriente Próximo y el Imperio romano.



Constancio II se alzará en el año 351 con el trono imperial romano gracias al apoyo recibido por los bárbaros alamanes.

Pero una vez que esta etnia germánica penetró en territorio romano, no fue fácil convencer a sus miembros para abandonarlo. El orden únicamente podrá ser restablecido por Juliano, el nuevo defensor de Roma, motivo por el cual se alzó finalmente con el título imperial en el año 361. En la imagen, inscripción dedicada al emperador pagano Juliano (361-363) hallada en la ciudad turca de Ankara.

Entre los pensadores gnósticos cristianos, es preciso destacar la figura de Marción, cuyas ideas triunfaron en Roma durante el «Siglo de Oro» de la gnosis, es decir, la segunda centuria de nuestra era. Marción rechazaba el Antiguo Testamento, ya que en sus textos se describe cómo Yahveh, un dios cruel no sólo con sus enemigos sino también con sus seguidores, había creado el mundo. Esta obra deficiente no podía proceder de una deidad todopoderosa y benévola. Las enseñanzas de Marción únicamente aceptaban el Evangelio de Lucas, en el que se revelaba la verdad sobre Jesucristo, el enviado de Dios. La influencia marcionista queda demostrada por la supervivencia de sus creencias hasta los albores de la Edad Media y con la creación de una Iglesia muy organizada en la que la mujer poseía un papel de gran trascendencia en la jerarquía de su sacerdocio, algo inusual en la Antigüedad y la Edad Media y que, como estudiaremos próximamente, recuerda bastante a la relevancia que en este sentido tuvieron las féminas cátaras.

Para algunos autores, caso del ya citado Maurice Crouzet, Marción no fue un gnóstico al uso, se trataba más bien de un cristiano con fuertes influencias recibidas de la gnosis. Del mismo modo, algunos historiadores, como el medievalista Fernand Niel, prefieren no incluir entre los gnósticos cristianos a uno de los profetas dualistas más influyentes: Manes.

Manes, o Mani, nació en el año 216 en la misma área geográfica de la cual surgieron los dualismos ma-zdeísta, zoroastriano y gnóstico, la cuna de las religiones monoteístas: Oriente Próximo. Manes fue criado en el seno de una familia gnóstica, perteneciente a la secta de los mandeos, en su Babilonia natal, tierra a la que su padre emigró procedente de Persia, por lo que parece claro que el joven iranio recibió una educación con influencias zoroastrianas y gnósticas. No nos extraña por lo tanto que a los doce años de edad afirmara haber recibido un mensaje divino portado por un ángel que le anunciaba que, llegado el día indicado, abandonaría su vida tal como había sido hasta entonces y llevaría a cabo la misión para la cual había sido enviado a este mundo: predicar un nuevo credo. Doce años después, Manes recibió una segunda visita del mensajero de Dios, quien en esta ocasión le indicó que había llegado el momento de proclamar la

nueva doctrina. El profeta emprendió entonces un viaje de peregrinación de dos años de duración que lo llevaría a recorrer el sur de Asia central, donde entró en contacto con el hinduismo y el budismo, religiones de las que el maniqueísmo tomó ciertos elementos. Hacia el 242, Manes alcanzó Persia, donde fue bien acogido en la corte del emperador Shappuhr. Manes se declaró sucesor de Buda, Zoroastro y Jesucristo y con ello consiguió convertir a ciertos personajes de relevancia del entorno del soberano sasánida. Puede que incluso el mismo Shappuhr se contara entre sus adeptos, no obstante, lo que más nos importa es que el profeta alcanzó una notable influencia, lo que le llevó a obtener la autorización imperial para predicar en tierras persas. El Mesías aprovechó bien el tiempo del que dispuso y en treinta y un años el maniqueísmo se difundió ampliamente por el área en la que el zo-roastrismo era religión oficial. En ese período incluso traspasó sus fronteras hacia Asia central, la India, Palestina, Egipto e incluso Roma. Ningún gnóstico había llegado tan lejos.

La etnia judía ha experimentado a lo largo de su historia una continua migración, conocida como diáspora, que se inició con el Cautiverio de Babilonia en el siglo VI a. C. y que acabó por asentar a sus miembros en buena parte de las ciudades europeas medievales. En la imagen, judería de una ciudad de la Edad Media.

Sin embargo, Sappuhr moriría en el 273 y a partir de ese momento el respaldo que Manes recibía de las autoridades persas podía empezar a flaquear. El trono fue ocupado por Hormurzd, hijo de Sappuhr, y por suerte para Manes el nuevo soberano continuó brindándole apoyo. Pero para desgracia del profeta, el flamante emperador solamente permaneció en el trono durante un año, ya que la muerte provocó que su lugar fuera ocupado por su hermano Bahram. A partir de entonces, Bahram, fiel defensor del zoroastrismo, no sólo retiró todo el respaldo que la dinastía sasánida, a la que él mismo pertenecía, le había brindado a Manes, sino que, además, ordenó la detención del profeta. Su captura se logró en el 277. Tras casi un mes de permanecer encerrado y de estar sometido a tortura, Manes murió. No contento con eso, el emperador hizo colgar su cadáver a las puertas de la ciudad, seguramente para que sirviera de ejemplo a sus seguidores y para animarlos a abandonar su credo. Los sacerdotes zoroastrianos habían conseguido su objetivo, ya que acabaron con la seria amenaza que podía suponer la presencia de Manes, profeta de un nuevo y atractivo credo que empezaba a competir con la adoración de Ahura Mazda.

Manes había desaparecido, pero su doctrina continuó expandiéndose por Asia central, donde su mayor éxito fue cosechado en el Turkestán, llegando a convertirse allí en religión oficial. A partir de esta región, alcanzó incluso China. También partió hacia Asia Menor y el norte de África, donde penetró a través de Egipto, y continuó por Hispania, Galia e Italia, lugares donde el número de adeptos quedaba restringido únicamente a pequeñas comunidades de fieles. No obstante, el camino fuera del ámbito de influencia persa tampoco fue sencillo, ya que, en la mayoría de ocasiones, allí por donde pasó, el maniqueísmo despertó el recelo de las autoridades religiosas: su atractivo y sencillo credo hacía peligrar la influencia que poseían las demás doctrinas. Si a ello le sumamos la actitud apática mostrada por sus seguidores ante la vida, podemos comprender por qué las autoridades seculares de las regiones por donde pasó el maniqueísmo se sumaron a su persecución. Destaca en este contexto la represión a la que fue sometido por los emperadores romanos, ya fueran éstos paganos —Diocleciano inició la caza en 297— o cristianos —Valentiniano ordenó su persecución en el 372 y Teodosio en el 382 y el 389— Estos últimos nunca dejaron de incluir la doctrina de Manes entre las herejías cristianas, a pesar de que no pertenecía a las sectas de origen cristiano, ya que constituía en sí misma una nueva religión, algo parecido al caso del catarismo, como podremos comprobar próximamente. Esta actitud de las autoridades romanas pudo deberse a la notable influencia que el maniqueísmo poseía de las

enseñanzas de Jesucristo, motivo por el cual captaba constantemente adeptos procedentes de esta comunidad religiosa.

La opresión romana se hizo especialmente dura hacia la segunda mitad del siglo v, momento tras el cual el maniqueísmo pareció desaparecer de Occidente. No obstante, existen autores que opinan que las enseñanzas de Manes perduraron en la Europa occidental hasta que se alcanzó la Edad Media y volvieron a manifestarse de forma notable a partir del año 1000, llegando incluso a ser transmitidas a los cátaros del siglo XII.

Como es lógico pensar, el maniqueísmo poseía elementos muy importantes del zoroastrismo, el gnosticismo y el cristianismo. La base de partida es su concepción dualista del mundo, tomada a partir del zoroastrismo pero, al contrario de este credo, resulta en este caso ser una dualidad absoluta: existe un dios del bien y un dios del mal, sin ser ninguno superior al otro. Del mismo modo que zoroastrianos y gnósticos, los maniqueos creen en un universo dividido en dos partes: el reino de la luz, el cielo o mundo espiritual donde moran las almas; y el imperio de las tinieblas, el infierno o mundo terrenal donde habitan los hombres. Entre ellos dos se sitúan los eones, los mensajeros de Dios. Para Manes, las almas son de origen divino, han sido creadas por Dios; sin embargo, los cuerpos materiales de los seres humanos son obra del Demonio. El alma permanece ligada al cuerpo, su prisión, de forma tan estrecha que el ser humano ha perdido la conciencia de la procedencia divina de su esencia. El hombre vive por lo tanto en la ignorancia, no posee el conocimiento necesario para entender que puede liberarse de todo lo material y, de esta forma, encontrarse a sí mismo, conocer su doble naturaleza, que es dual, y, en definitiva, hallar a Dios. Es en este momento en el que entra en acción la gnosis: el conocimiento es el camino que nos lleva a Dios. La gnosis únicamente puede ser transmitida por los eones, los ángeles que como Jesucristo o el propio Manes han sido enviados por el Todopoderoso para liberar al hombre y conseguir que este logre la salvación alcanzando el nirvana. Esto último constituye una clara muestra de la influencia hinduista y budista que posee el maniqueísmo. Habrá también un día del Juicio Final en el que el triunfo de Dios supondrá la destrucción del mundo, el infierno en definitiva, en una devastadora aniquilación, propia de las fastuosas y extravagantes ideas orientales típicas de las religiones mistéricas y la gnosis. Esta visión apocalíptica hacía que los maniqueos mostraran una actitud pasiva ante la vida, con lo que su apatía resultaba inútil e incluso perjudicial para el Estado.

Diocleciano (284-305), uno de los múltiples emperadores romanos coronados durante la denominada Crisis del siglo III, en principio, no parecía que correría mejor suerte que sus antecesores, la mayoría de los cuales fueron asesinados. Sin embargo, este militar de pura raza inició una política de reformas que consiguió sacar al Imperio romano del abismo en el que había caído y que le permitió experimentar un nuevo período de bonanza. Relieve del emperador Diocleciano. Museo della Civilità Romana, Roma.

Pero a pesar de su estrambótica visión sobre el origen y el fin del mundo, es preciso destacar que la doctrina maniquea en sí puede considerarse bastante sencilla, de forma que su culto, al parecer, no poseía sacramentos y se reducía únicamente al ritual de «imposición de manos», unas pocas plegarias y cánticos, frecuentes y prolongados ayunos, confesiones públicas y el desarrollo de la práctica de la predicación. La discreción maniquea en este aspecto difiere de los demás credos orientales y de las religiones mistéricas.

La «imposición de manos» era un ritual de iniciación en el que un creyente pasaba a la categoría de elegido, y de esta forma se le transmitía el espíritu. Este ceremonial era muy similar a la también denominada «imposición de manos» que practicarán los cátaros. Otro aspecto compartido entre los seguidores de Manes y los herejes cátaros fue lo muy organizadas que estaban sus Iglesias y la acusada jerarquía en la que se estructuraba su clero. En ambos casos se hacía la siguiente distinción entre sus adeptos: los simples creyentes (también llamados oyentes, eran los fieles no iniciados) y los elegidos; o puros, a los que se transmitía la gnosis. Los elegidos se podían clasificar a su vez en el bajo clero (sacerdotes) y el alto clero (obispos, apóstoles y un líder supremo cabeza de su Iglesia).

El primer deber del maniqueo era practicar un estricto ascetismo, por lo que sobra decir que el ayuno y la castidad formaban una parte muy importante de la vida de sus devotos. Los ayunos eran obligatorios para los creyentes todos los domingos, día en el que también el contacto sexual estaba prohibido. La religión de Manes, además de abogar por la castidad, negaba el matrimonio, otra muestra más de la actitud pasiva de este credo frente a la vida en sí misma. El ideal maniqueo sería poder liberar cuanto antes el alma de su envoltura corpórea, pero cabe destacar al respecto que no se posee ningún dato que demuestre que Manes alentara a sus devotos a practicar el suicidio. Esta apatía podría haber conducido a los maniqueos a una pronta aniquilación si hubieran llevado al extremo los principios que postulaban sus creencias. Por ello, el maniqueísmo era especialmente peligroso para los Estados, ya que además de ser un credo muy atractivo, la indiferencia de sus seguidores podía llegar a conseguir que estos se mostraran improductivos: no podían procrear, edificar, sembrar, cosechar, criar animales y un largo etcétera. No obstante, los maniqueos supieron adaptarse a la realidad y estas prohibiciones no se aplicaban de forma completa a los creyentes. Los no iniciados podían llevar una vida normal, eran los productores que la sociedad maniquea necesitaba para poder sobrevivir, incluso podían casarse. Pero como contrapartida, no alcanzarían de forma directa el reino de los cielos, ya que no habían llegado a la gnosis. A cambio, podían reencarnarse en otra persona o incluso en un animal, en función de cuál hubiera sido su comportamiento en la vida terrenal. Sin duda esta idea fue tomada por Manes directamente de las religiones hinduista y budista, a partir del viaje iniciático que realizó a la India antes de comenzar su peregrinación por tierras persas. Al morir, los oyentes bondadosos podían incluso encarnarse en un elegido e indirectamente alcanzar algún día la vida eterna. Únicamente los elegidos tenían la oportunidad de alcanzar el nirvana y permanecer, una vez fallecidos, eternamente junto a Dios.

Sólo los puros tenían la obligación de someterse a un riguroso ascetismo. Debían privarse del consumo de alimentos no sólo los domingos, también los lunes. En ocasiones especiales llegaban incluso a ayunar durante un mes entero.

Los creyentes realizaban cada lunes las confesiones públicas frente a los elegidos, y estos últimos entre sí.

Un detalle nos llama especialmente la atención: en ningún momento hemos mencionado si estas ceremonias se llevaban a cabo en algún edificio construido

expresamente para estos fines. No se posee información suficiente como para confirmar si los maniqueos construyeron y usaron templos o no. A favor del sí, cabe decir que Agustín de Hipona, un maniqueo renegado que acabó abrazando el cristianismo hasta llegar a convertirse en san Agustín, afirmaba hacia el siglo v que los seguidores de Manes tenían templos. A favor del no, podemos destacar dos aspectos. Por un lado, no se conservan restos de edificios maniqueos. Por otra parte, la persecución a la que se vio sometido su credo allí por donde pasó provocó que en la mayoría de ocasiones su Iglesia sobreviviera en la clandestinidad a duras penas, lo cual conducía de forma inevitable a que sus fieles no se planteasen la construcción de ningún edificio importante y/o a la destrucción de los templos que pudieran existir por parte de los perseguidores.

Esta dura represión hizo que el maniqueísmo se fuera diluyendo poco a poco con el transcurso del tiempo. ¿Desapareció totalmente de la faz de la tierra? Al menos, en nuestra opinión, es muy probable que sucumbiera en Occidente, ya que la dura represión a la que se vio sometido, especialmente por parte de las autoridades romanas, provocó que su presencia e influencia se fueran atenuando hasta la extinción completa. A pesar de ello, los seguidores de Manes vivieron aún mucho tiempo en Europa occidental, en la clandestinidad, bajo pequeñas agrupaciones dispersas, las cuales, llegado el momento, comenzaron a perder los vínculos que pudiera haber entre ellas. Estas pequeñas comunidades evolucionaron de forma independiente, de manera que su culto comenzó a diferenciarse del rito original de los maniqueos y lo más probable es que acabaran extinguiéndose absorbidas por el pujante catolicismo de los nuevos Estados bárbaros de Europa. Algunos autores, como el citado medievalista Fernand Niel o el divulgador Isaac Asimov en su obra de 1982, afirman que a pesar de los duros golpes sufridos, el maniqueísmo nunca llegó a desaparecer totalmente de Europa y Asia occidental. No obstante, Niel reconoce que se antoja complicado establecer una relación directa de filiación entre los cátaros y los maniqueos, ya que, como hemos comentado, la existencia clandestina de los últimos provocó que surgieran distintas escuelas dualistas, procedentes de una Iglesia madre maniquea, que poco o nada tenían ya que ver unas con otras. Nosotros no tenemos tan claro que esto sea así, ya que, tras las persecuciones del siglo v, Europa vio cómo la doctrina de Manes se iba apagando poco a poco, y no se encuentran fuentes que nos hablen de la presencia de ideas dualistas en Occidente hasta que se alcanzó el siglo xi, como estudiaremos en la segunda parte de esta obra.

En cambio, no podemos decir lo mismo en cuanto a la presencia de ideas maniqueas

en Oriente Próximo, donde, como veremos en el siguiente punto, dos nuevas sectas dualistas, la de los paulicianos y la de los bogomilos, irrumpieron con fuerza en el área de influencia bizantina en los siglos VIII y X, respectivamente.

Paulicianismo y bogomilismo

Hacia el año 272, el patriarca de Antioquía, Pablo de Samotasa, fue depuesto de su cargo por sus opositores con el respaldo del pagano emperador romano Aureliano. El motivo no fue otro que sus ideas con respecto a la humanidad de Jesucristo, la cual era negada por este obispo, percepción considerada herética. A pesar de ser contemporáneo de Manes, no podemos afirmar que el obispo Pablo fuera seguidor suyo, pero sin duda compartía con él muchas ideas. La mejor fuente disponible sobre la secta fundada por Pablo de Samotasa la encontramos en unos escritos que datan del siglo X, cuya autoría se adjudica a Pedro de Sicilia. Al igual que otros contemporáneos, cuando este historiador habla de los seguidores de Pablo de Samotasa, o paulicianos, afirma que se trataba de «maniqueos» y que estos se autodenominaban cristianos. La denominación maniqueo sería utilizada a lo largo de la Edad Media de forma incorrecta para hacer referencia a cualquier disidencia religiosa cristiana. El motivo de este inadecuado uso por parte los cronistas medievales se debía a que estos únicamente conocían la herejía de Manes, o bien fue consecuencia de que se tratara del heresiarca cristiano que mayor relevancia tuvo.

Los paulicianos vivían ocultos entre las comunidades católicas, por lo que podían pasar inadvertidos. Es probable que debiera transcurrir mucho tiempo hasta que se descubriera que entre los miembros de estas agrupaciones cristianas había «maniqueos». A partir de ese momento, los paulicianos comenzaban a ser perseguidos y expulsados de la comunidad de Cristo.

Al igual que los maniqueos, los paulicianos tenían una concepción dualista del mundo, así como también rechazaban el Antiguo Testamento. Su profundo punto de vista dual hacia que, además, estuvieran en contra de todo lo material, por lo que no le daban ningún valor a las reliquias —partes del cuerpo u objetos pertenecientes a santos que eran venerados por los cristianos y a los que estos tanta importancia le daban—, las imágenes o iconos, la eucaristía; y, por supuesto, también rechazaban el principal símbolo cristiano, la cruz—a su juicio, un elemento de suplicio, un simple trozo de

madera, algo material y, como todo lo tangible, en definitiva, un objeto sin ninguna significación— El rechazo a los iconos sin duda permitió a los paulicianos contar con el apoyo de los emperadores bizantinos iconoclastas de los siglos VIII y IX —para más información, véase nuestro trabajo titulado *Breve Historia del Imperio bizantino,* editado por Nowtilus en 2010—, al igual que ellos destructores de imágenes, lo que seguramente tuvo bastante que ver con el hecho de que su secta sobreviviera durante tantos años. A ello debemos sumar las particularidades de la región en la que se desarrolló su herejía, es decir, Armenia, poseedora de unas características especiales que cuando estemos tratando el cuarto capítulo nos resultarán muy similares a las singularidades que poseía la Occitania de los siglos XII y XIII, donde triunfó el catarismo.

Armenia era una región fronteriza situada entre dos poderosos imperios: Bizancio y Persia. Esa especial localización geográfica hacía que su posesión fuera estratégica y, por tanto, que se convirtiera en objeto de deseo de ambas potencias. El litigio dio lugar a una larga guerra entre Persia y el Imperio bizantino a partir del siglo V, contienda que nunca llegó a resolverse completamente hasta que la invasión árabe acabó con el Imperio persa en el siglo VII. Situada entre dos imperios, a caballo de Europa y Asia, entre dos mundos distintos, entre dos religiones tan influyentes como la cristiana y la zoroastriana, Armenia, como es lógico pensar, tomó elementos de uno y otro lado. Y dado además que se encontraba ubicada en lo que había sido el área de influencia del maniqueísmo, no es de extrañar que las ideas dualistas no fueran algo nuevo para los armenios. La anarquía derivada de la eterna disputa por Armenia, el vacío de poder reinante, abonó el terreno en este Estado semiindependiente para que la herejía pauliciana, heredera de las religiones mazdeísta, cristiana y maniquea, acabara triunfando en este país.

Ilustración de la Ciudad de Dios. En esta obra, Agustín de Hipona da muestras de su influencia y pasado maniqueos cuando describe la naturaleza del bien y el mal, a pesar de que el manuscrito en cuestión data de comienzos del siglo v, época en la que el futuro santo cristiano ya había renegado de esta religión herética.

En siglos anteriores, los paulicianos se habían visto sometidos a una feroz persecución por parte de las autoridades eclesiásticas y laicas de aquellos lugares de Asia occidental por los que pasaron. Por contra, una vez iniciado el siglo VIII, el número de adeptos a las enseñanzas de Pablo de Samotasa era lo suficientemente elevado en Armenia como para que su secta comenzara a ser tenida en cuenta. A partir de ese momento, el Estado pauliciano pudo hacer frente incluso al Imperio bizantino, cuyos disciplinados y poderosos ejércitos sufrieron algún que otro revés militar. Nos llama poderosamente la atención la belicosidad de los paulicianos, una propiedad única entre las diferentes religiones dualistas, caracterizadas por su pacifismo —especialmente maniqueos y cátaros—, consecuencia en parte de su actitud pasiva ante la vida y su rechazo del mundo material.

Sería necesario alcanzar las postrimerías del siglo IX para que el emperador bizantino Basilio I derrotara definitivamente, en el año 872, a los paulicianos en la batalla de Batyrhax. Fue a partir de entonces cuando nuevas violencias, ordenadas por las autoridades bizantinas en esta ocasión, aniquilaron casi por completo a los paulicianos. Asimismo, buena parte de los pocos adeptos que quedaron de esta secta

fueron deportados a los Balcanes.

Es muy probable que los paulicianos que llegaron a Armenia entraran allí en contacto con descendientes de los seguidores de las enseñanzas de Manes y, a causa de la fusión entre ambos, surgiera el pensamiento herético que, como ya hemos comentado, encontramos en la región, sobre todo a partir del siglo VIII. Recordemos que el antiguo patriarca de Antioquia, Pablo de Samotasa, también era partidario de la concepción dualista del universo. A favor de esta tesis hay que mencionar que Armenia no dista demasiado de Persia, el área de nacimiento del maniqueísmo.

León V (813-820) fue uno de los emperadores bizantinos iconoclastas más enérgicos, postura impopular esta que finalmente le costaría el trono y la vida, ya que fue asesinado y sustituido por uno de sus generales, coronado como Miguel II (820-829). En la imagen, fresco que representa a León V mientras presencia la destrucción de un icono que es cubierto por sus súbditos con cal.

Tras el destierro de los paulicianos armenios a tierras griegas, nuevos brotes dualistas eclosionaron allí. Estos fermentos neomaniqueos se sumaron a los elementos preexistentes que ya había en la región tras las misiones de los seguidores de Manes en siglos anteriores. Es lógico, pues, que sea a partir de la presencia balcánica de estos deportados cuando comencemos a ver de nuevo cómo un grupo de ascetas vuelve a predicar la existencia de los principios del bien y del mal en Europa. En este contexto surgió en los Balcanes la secta de los bogomilos a mediados del siglo x, cuyo nombre procede de Bogomil, personaje real o legendario.

Las crónicas griegas y eslavas describen en qué forma la secta de los bogomilos se extendía por toda Bulgaria y buena parte de Bizancio. Destacan al respecto los escritos de un sacerdote cristiano, llamado Cosmas, que hacia el 970 decía: «se denominan a sí

mismos simplemente cristianos, seducen a las almas débiles simulando la piedad más exagerada y el modo de vida más ascético; se burlan de las prácticas supersticiosas de la gran Iglesia, su culto a las imágenes, las cruces, las reliquias y su credulidad ante los milagros; niegan todo valor a sus sacramentos y pretenden redimir ellos mismos los pecados; entre ellos incluso hay mujeres». Queda muy claro con ello que sus ideas no diferían demasiado de las de los paulicianos. Los bogomilos practicaban además una lectura dualista de las Sagradas Escrituras, y rechazaban el Antiguo Testamento. Su dualismo poseía una tendencia más marcadamente maniquea que el paulicianismo, lo que podría sugerirnos que es probable que las ideas de Manes no hubieran muerto en tierras bizantinas. Cosmas describe su secta como dualista, acusándola de otorgar al demonio la autoría de la creación del mundo. La práctica del ascetismo desarrollada por sus seguidores los llevaba a ayunar y a ser célibes, por lo que vivían rodeados de continuas privaciones. Tenían también prohibido beber vino y consumir carne.

Otro cronista cristiano, Eutymo Zigabeo, indica en sus escritos que las escuelas bogomilas, al igual que las demás religiones dualistas surgidas tras el maniqueísmo, tenían dos categorías de fieles: los creyentes y los elegidos. Del mismo modo que los maniqueos, los creyentes bogomilos podían ingresar en la categoría de los elegidos si se sometían a un ritual de iniciación, una especie de sacramento, el único que practicaban, en el que recibían la gnosis que los conducía al Espíritu Santo. La ceremonia desarrollada para tal menester era muy sencilla: sobre la cabeza del neófito se colocaban las Sagradas Escrituras y se recitaba el padrenuestro, los demás asistentes cantaban luego himnos cogidos de las manos. No obstante, no era tan fácil llegar a participar en este rito, ya que para ello era necesario que el creyente recibiera una prolongada preparación.

¿Por qué triunfó con relativa facilidad el bogomilismo en Bulgaria? Hacia finales del siglo VII, tribus eslavas fusionadas con poblaciones de invasores de origen asiático acabaron asentándose en Mesia, provincia bizantina al norte de Constantinopla, y a la larga fundaron un reino independiente aprovechando los innumerables períodos de crisis experimentados por los Gobiernos imperiales. Sus súbditos eran unos nómadas paganos con un nivel de civilización muy inferior al de sus vecinos católicos y bizantinos, por lo que resulta sencillo concluir que los misioneros cristianos enviados por el papa de Roma y el patriarca de Constantinopla empezaran pronto a tener éxito en sus labores de evangelización de Bulgaria hacia mediados del siglo IX. El hecho de que

dos Iglesias compitieran por conquistar las almas de todo un país provocó que ninguna de ellas se estableciera de forma definitiva en la región, por lo que a comienzos del siglo X también está documentada la presencia de dualistas en Bulgaria. Una tercera Iglesia estaba compitiendo por sembrar sus ideas en esta tierra de paganos: predicadores paulicia-nos procedentes del destierro armenio se habían sumado también a la disputa por evangelizar a los infieles recién instalados.

La presencia en el trono de Constantinopla de Basilio II (963-1025) supuso el último período de esplendor para el Imperio bizantino, gracias sobre todo a la conquista del reino de Bulgaria que finalizó en el año 1018. En la imagen, fresco que nos muestra a un grupo de príncipes búlgaros postrándose a los pies del triunfante emperador Basilio II.

Bulgaria era un país receptivo a nuevas ideas religiosas, ya que allí el poder era detentado por una minoría aristocrática dueña de la tierra, los boyardos, mientras que el resto de la población constituía la mano de obra del reino. Estos campesinos, sometidos a una dura servidumbre, vivían en condiciones de extrema pobreza y, como es lógico, se lamentarían constantemente de sus desgracias, sin obtener ninguna respuesta acerca de cuál era la causa de sus miserias. Las creencias católica romana, ortodoxa bizantina y pauliciana les ofrecieron la salvación eterna, pero únicamente la última de ellas resolvió sus dudas existenciales con la ayuda de ideas dualistas. Debido a esto, es normal que, en

el siglo XI, su secta adquiriera una mayor presencia en Europa oriental: evangelizaron a las poblaciones rurales, extendieron comunidades de hombres y mujeres por los Balcanes e incluso se confirma su presencia en la capital imperial bizantina, es decir, en la opulenta Constantinopla. Allí, a orillas del Bósforo, a medio camino entre Europa y Asia, consiguieron beneficiarse del apoyo de algunas de las grandes familias pertenecientes a la aristocracia del funcionariado de la metrópoli, algo muy similar a lo que ocurrirá en el siglo XII en Occitania, donde, como podremos estudiar en breve, el catarismo recibió el respaldo de la nobleza local. El enorme éxito cosechado por el bogomilismo en el siglo XI se debió también, en buena medida, a la reacción contraria del pueblo búlgaro frente a la religión que los bizantinos, ahora invasores y no misioneros; intentaron imponer por la fuerza a estos bárbaros a partir de la conquista que sufrieron a manos del emperador Basilio II (963-1025), soberano que no en vano portaba el sobrenombre griego de Bulgaroctono, que significa 'asesino de búlgaros'.

2

El primer contagio herético

Irrupción del dualismo en Europa occidental

Mazdeísmo, zoroastrismo, gnosticismo, maniqueísmo, paulicianismo y bogomilismo. Como se ha podido ver en el primer capítulo, todos ellos son cultos religiosos dualistas que surgieron en Oriente, área geográfica en la que triunfaron y a partir de la cual, en algunos casos, extendieron sus redes también hacia Occidente. No obstante, la feroz represión a la que gnósticos y maniqueos se vieron sometidos por parte de las autoridades imperiales romanas provocó que sus sectas no superaran el umbral de la Edad Antigua, siendo totalmente silenciados en Europa occidental. Del mismo modo, paulicianos y bogomilos fueron duramente represaliados por los emperadores bizantinos, lo que causó la práctica aniquilación de los primeros en el siglo VIII y condujo a los segundos, en buena medida, a vivir en la clandestinidad a lo largo de su existencia, que se prolongó hasta el siglo XV. Se hace necesario señalar con respecto a paulicianos y bogomilos que, en Europa, sus sectas nunca llegaron a salir del ámbito balcánico.

En consecuencia, alcanzada ya la Edad Media, parece que no hay rastro de ideas dualistas en Europa occidental. Sin embargo, tenemos conocimiento de la existencia de una serie de documentos medievales, los cuales son especialmente destacados por algunos historiadores, en los que se hace mención acerca de la presencia de maniqueos entre los siglos VI y XI en el área geográfica en cuestión. En el 563 se celebra un concilio en Braga, en la Hispania visigoda, en el que se dictan varios cánones para poder combatir de forma más efectiva el maniqueísmo. Encontramos también una sentencia de excomunión, redactada en latín hacia el año 800, en la que se pone de manifiesto la persecución a la que los maniqueos eran sometidos en el viejo continente. En el 1060, el papa Nicolás II llega incluso a ordenar al clero de Sisteron, ciudad occitana en el sur de la actual Francia, que no administrase los sacramentos de la Iglesia a los numerosos

feligreses presentes que eran de origen africano, dado que entre ellos existían muchos maniqueos y era preferible no correr riesgos innecesarios. Alcanzado el siglo XI, Adhémar de Cabannes y otros cronistas franceses como Raoul le Galbre y André de Fleury, así como el italiano Landulfo, escriben sobre la presencia de maniqueos en diferentes lugares de Occidente. Su existencia está documentada, desde principios hasta mediados de la decimoprimera centuria, en diferentes ciudades del ámbito franco, occitano y alemán. Los casos de Orleans (1017), Tolosa (1022), Monteforte (1030), Châlons (1045) o Goslar (1052) son ejemplo de ello.

¿Era falso que la doctrina de Manes hubiera desaparecido de Europa occidental tras las duras persecuciones sufridas en el siglo V por parte de los emperadores romanos? Muy probablemente, los documentos y cronistas citados utilizan el término maniqueo como sinónimo de 'hereje' para referirse a cualquiera de estos disidentes religiosos sin que por ello tuvieran relación de filiación alguna con las sectas adictas a Manes. El motivo de utilización del vocablo en cuestión quizá se deba al pánico que el maniqueísmo había provocado en la Iglesia primigenia, la cual siempre vio en sus creencias un serio competidor que acabó erigiéndose en una gran amenaza. El miedo provocado en los católicos tuvo una influencia de tal envergadura en Occidente que, incluso en la Edad Media, quedaban reminiscencias del «terror maniqueo» de la Edad Antigua. Que se haya confundido a lo largo de la Edad Media a todo creyente heterodoxo con los, probablemente ya extintos, devotos de Manes, también se deberá en parte a que los disidentes religiosos surgidos en el siglo XI posiblemente fueran, al igual que los maniqueos, dualistas. Sin duda, asimismo, tuvo su peso en este aspecto el hecho de que la doctrina dual que mayor éxito cosechara a nivel mundial fuera la religión de Manes, o bien, que los cronistas medievales únicamente conocieran a los maniqueos como seguidores de las enseñanzas dualistas. Es preciso destacar también que los herejes surgidos en Occidente hacia el año 1000 no estaban dirigidos por un carismático personaje como era el caso de los Marción, Manes o Pablo de Samotasa, influyentes predicadores, líderes absolutos o fundadores de sus respectivos credos, por lo que sus contemporáneos católicos no pensaban que las nuevas sectas heterodoxas hubieran podido surgir de forma espontánea en lugares tan dispares de Europa occidental como Francia, el norte de Italia o la Sajonia germánica. Todo ello llevó a estos cronistas a considerar que los herejes del siglo XI eran adeptos de la disciplina de Manes.

A finales del siglo vi, el rey visigodo Recaredo se convirtió al catolicismo durante la celebración del III Concilio de Toledo, abandonando de esta forma la herejía arriana tradicional de sus antepasados. Con ello, el monarca conseguía unificar su reino desde el punto de vista religioso, ya que a partir de entonces tanto sus súbditos visigodos como hispanorromanos practicaron el cristianismo católico. Cruz calada visigoda, s VII. Almendralejo, Badajoz.

En definitiva, en la Edad Media continuaba utilizándose el término maniqueo, pero sin duda se empleaba esta palabra para referirse a cualquier hereje que pudiera surgir en el ámbito occidental, tuviera este o no algún tipo de relación con la religión creada por Manes.

Es preciso remarcar que, desde cierto punto de vista, puede no ser del todo correcto tildar a los disidentes religiosos del siglo XI, así como a los cátaros de los siglos XII y XIII, de herejes, ya que no constituían en sí un grupo de heterodoxos que surgieran en el seno de la doctrina católica, sino que, más bien, podemos considerar que llegaron a erigirse en una Iglesia independiente y que nada tenía que ver con este otro credo. En concordancia con lo anterior, nos planteamos la siguiente cuestión: ¿no era el maniqueísmo de por sí una religión que había tomado ideas del cristianismo, entre otras creencias, y no por ello se lo considera hoy en día una herejía cristiana? Del mismo modo: ¿no adopta la religión de Jesucristo muchos elementos del judaísmo y no por ello, ni siquiera en sus inicios, estamos hablando de una secta herética perteneciente a este credo? Los heterodoxos occidentales del siglo XI y los cátaros de los siglos XII y XIII, del mismo modo, habían captado ciertos elementos del cristianismo, pero también del zoroastrismo, el gnosticismo y el maniqueísmo. No obstante, el hecho de negar la doble naturaleza de Jesucristo, divina y humana, parece justificar su condena como herejía.

Baptisterio Neoniano. Rávena, Italia. En la cúpula de este edificio religioso de finales del siglo V puede observarse la escena del bautismo de Jesucristo. Por esta época, en la ciudad de Rávena, el sacramento del bautismo, no reconocido por los herejes occidentales del siglo XI ni por los cátaros de los siglos XII y XIII, era recibido por los romanos católicos en este baptisterio.

Baptisterio arriano. Rávena, Italia. Los ostrogodos arrianos que habitaban en Rávena en el siglo V eran bautizados en este otro baptisterio de esta ciudad italiana.

El cronista francés del siglo XI Adhémar de Cabannes afirma sobre los herejes contemporáneos surgidos en Occidente que «niegan el bautismo y la cruz, se abstienen de tomar alimentos y fingen castidad. Algunos de ellos han sido descubiertos en Tolosa y han sido exterminados». Todos estos grupos de disidentes religiosos poseían varias características comunes. Detestaban el mundo material, llegando incluso a rechazar la sagrada cruz por considerarla no más que un pedazo de madera. Despreciaban los templos cristianos, ya que a su entender simplemente eran una construcción más (¿puede que también debido a ello los maniqueos no tuvieran templos?). A su vez, negaban también la habitual práctica cristiana de bautizar a los niños, al considerar que este sacramento carecía de sentido por no poseer estos uso de razón. Tampoco daban ningún valor a la eucaristía.

Todas las sectas heréticas surgidas en Europa occidental en esta época presentaban

estas mismas particularidades. ¿Los diferentes grupos han bebido de una misma fuente? ¿O todos poseen similares características y surgen en la misma época pero en lugares diferentes como consecuencia de una misma necesidad? Estas son las dos teorías que el medievalista francés Paul Labal postula sobre el origen de la herejía en Europa occidental.

La teoría del origen alóctono

La mayoría de autores son partidarios de la teoría que ve un origen común en los grupos de herejes que encontramos en Europa occidental a lo largo de los siglos XI y XIII. Entre esos especialistas destacan medievalistas franceses cuyos principales trabajos fueron desarrollados durante los años cincuenta del siglo XX, como Fernand Niel, y a escritores españoles, como el divulgador Juan Eslava Galán, cuya obra divulgativa sobre el tema en cuestión fue escrita en los años noventa del siglo pasado. Estos autores defienden también la anticuada hipótesis del origen oriental. Dichos historiadores sostienen que la religión practicada por estas sectas heterodoxas deriva, directa o indirectamente, del maniqueísmo, y se basan para ello, en gran medida, en una comparación entre los herejes del siglo XI y los cátaros de las centurias XII y XIII con los bogomilos del ámbito bizantino, adeptos dualistas que alrededor del año 1000 tantas almas sedujeron en este área geográfica.

Esta teoría aboga por un origen alóctono, es decir, no autóctono, en el que encajaría perfectamente una posible evangelización procedente de Italia. La aparición repentina de las nuevas sectas heréticas podría inducir a pensar en una estrategia general de todas ellas, a través de la cual empezaría a cobrar una mayor fuerza la hipótesis de un origen no autóctono pero común: los dualistas de Oriente habrían creado escuelas en Occidente para desarrollar allí su doctrina.

¿Qué nos lleva a pensar que los dualistas orientales estuvieron en contacto con Occidente? Como bien sabemos, los bogomilos repudiaban el mundo material, la sagrada cruz, los sacramentos cristianos y el consumo de carne. Exactamente los mismos rechazos que los herejes occidentales del año 1000. El bogomilismo, además, se extendió con celeridad por la totalidad del territorio balcánico eslavo. Lo que hoy es Serbia, Bosnia y Croacia, al igual que ocurrió ya antes con Bulgaria, caminaba por una senda religiosa, no del todo definida, en la que el catolicismo y el cristianismo ortodoxo no

habían acabado aún de establecerse sólidamente, como hemos podido observar en el primer capítulo. Las enseñanzas cristianas que estos eslavos recibieron inicialmente de occidentales y bizantinos sirvieron para preparar sus débiles mentes paganas, de forma que, y aprovechando también la dura competencia entre los dos grupos de misioneros, a los predicadores bogomilos no les fue demasiado complicado vender su propia perspectiva de Jesucristo, profeta que, gracias a los evangelistas anteriores, ya no era un desconocido para estos bárbaros. El credo que finalmente logró una cifra mayor de adeptos en la península balcánica fue el ortodoxo, posiblemente gracias al poder que aún atesoraban los emperadores bizantinos, así como a la dedicación de sus austeros monjes y a la proximidad geográfica de Constantinopla, su capital imperial; pero, no obstante, el bogomilismo mantuvo allí su presencia durante los tres siglos posteriores a la aparición de esta secta cristiana, allá por el siglo XI. Su número de seguidores en la citada región tampoco era nada despreciable: a mediados del siglo XIII, la Iglesia bogomila de Bosnia tenía diez mil elegidos, los cuales se encargarían, a buen seguro, de guiar por el camino correcto de la vida a una elevada cantidad de creyentes. Únicamente la ocupación otomana acabaría completamente con el bogomilismo en el siglo XV, más que por emplear una política de represión, por la asimilación de sus adeptos, quienes fueron bien acogidos en el seno del credo de Mahoma. Los bogomilos de las tierras recién conquistadas por los turcos prefirieron convertirse al islam otomano, mucho más tolerante que el cristianismo, como una alternativa de liberación, en una clara muestra de rechazo a la feroz ortodoxia bizantina y eslava.

Alcanzado el éxito bogomilo en los Balcanes, era necesario abrir nuevos horizontes para la evangelización. ¿Por qué no Occidente? Los Balcanes eslavos quedan separados del norte de Italia únicamente por los Alpes, mientras que entre el resto de la península transalpina y el litoral de lo que en el siglo xx fue Yugoslavia, sólo se interponen unos escasos doscientos kilómetros de mar Adriático. Por ello, es entendible que las relaciones comerciales existentes entre una y otra costa facilitaran el traslado de los predicadores bogomilos. Parece ser que se crearon centros de misioneros de su religión en los Balcanes, una faceta de la cual podían presumir también los paulicianos (recordemos que gracias a sus predicadores surgieron las sectas bogomilas en Bulgaria), así como otras Iglesias dualistas, especialmente maniqueos y cátaros. No obstante, no está registrada la presencia de bogomilos en Occidente hasta 1167, una fecha en la que la herejía del siglo XI había sido ya extinguida, instante temporal también en el que sus posibles

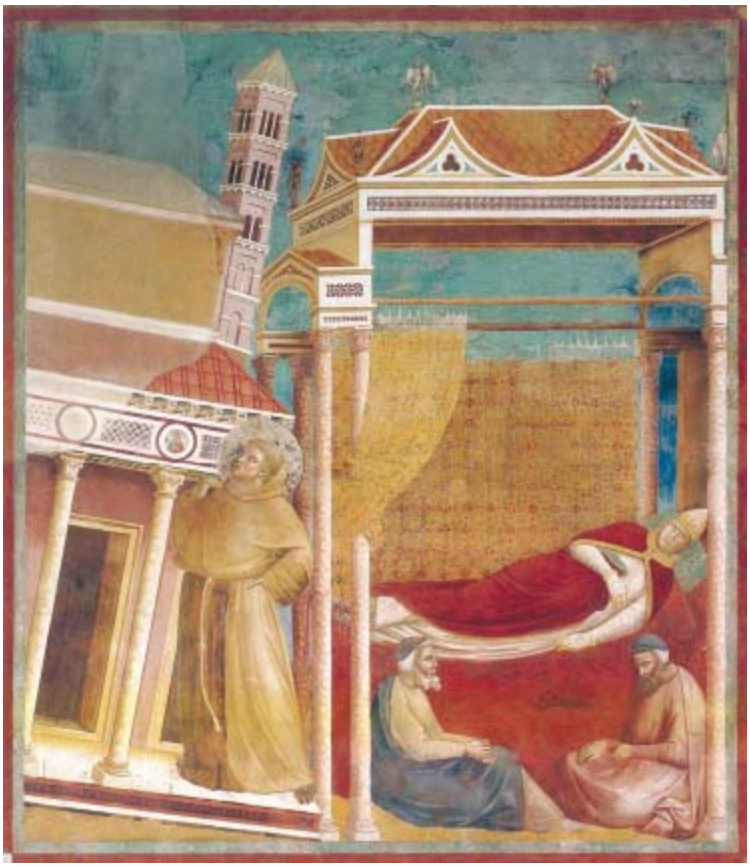
descendientes, los cátaros, ya constituían en sí una religión completamente evolucionada y madura. Como podremos comprobar en el siguiente capítulo, ese año tuvo lugar un concilio de cátaros y bogomilos en la ciudad occitana de Saint-Félix de Caraman. Un sínodo que fue presidido por el líder de la Iglesia dualista de Constantinopla, el pope Nikétas, dirigente bogomilo que había viajado a Occidente para ayudar a los cátaros occitanos a organizar su Iglesia.

Catedral de Hagia Sofia, Constantinopla (actual Estambul), más conocida como Santa Sofía. La catedral de la Divina Sabiduría (en griego *Hagia Sofia)* constituye el principal edificio religioso del Imperio bizantino, siendo además la sede del patriarcado ortodoxo de Constantinopla. Fue construida en tiempos de Justiniano I (527-565), y tras la conquista otomana de 1453 acabó reconvertida en mezquita

El afamado escritor estadounidense, divulgador de temas históricos, Isaac Asimov, en su obra de los años ochenta del siglo XX, afirma que las creencias difundidas en Occidente por los bogomilos echaron raíces en Occitania, donde el ascetismo dualista tuvo una gran aceptación popular y la herejía acabó triunfando. El motivo no era otro que el descontento de los fieles católicos con el corrupto clero de la Iglesia romana. A partir del siglo XII, en el seno de la opulenta Iglesia católica volvió a cobrar fuerza el modesto y recatado modelo apostólico de los primeros años de cristianismo. Destaca en este contexto la figura de san Bernardo de Claraval, austero monje cisterciense que se dedicó a predicar la palabra de Dios entre las poblaciones heréticas y católicas de Occitania. Ello confirma que no es que la Santa Sede rechazara el puritanismo y el voto de pobreza, sino que las propuestas para la aprobación de nuevos grupos religiosos cristianos que le llegaban en este sentido debían hacerlo dentro de ciertos límites. Ello suponía, a su vez, que estas candidaturas se adaptaran a los dogmas católicos y se

sometieran a la jerarquía eclesiástica. San Francisco de Asís y santo Domingo cumplieron a la perfección las normas impuestas por el pontificado y, como recompensa, sus adeptos pasaron a formar parte de nuevas órdenes religiosas. No obstante, los grupos de creyentes ascetas que no aceptaron estas disposiciones, o que simplemente no gozaron de una buena consideración por parte del papado, fueron declarados heréticos. Este es el caso de las herejías cátara y valdense. Los cátaros nunca podrían haber sido asimilados por el catolicismo, ya que jamás aceptaron la sumisión a la curia romana. Por su parte, los valdenses tampoco obtuvieron buenos resultados al respecto, pero en esta ocasión fue por motivos bien distintos: su fundador, Pierre Valdo, nunca causó una buena impresión al papa. Pierre Valdo, rico mercader de la ciudad de Lyon, en el este de Francia, decide un buen día de 1173 abandonarlo todo y dedicar su vida a la predicación ascética. A pesar de ser excomulgado en 1184, su movimiento aglutina un número nada despreciable de seguidores, los denominados valdenses, simplemente un grupo de devotos de Cristo que a partir de entonces fueron clasificados como herejes y, por lo tanto, duramente perseguidos. No hay nada distinto entre Pierre Valdo y san Francisco, es más, incluso ambos tenían en común que inicialmente fueron importantes comerciantes, pero una contradictoria curia romana persiguió a los adeptos del primero hasta exterminarlos y, sin embargo, sólo unas décadas después, aprobó las actividades del segundo autorizando la creación de una nueva orden monástica.

Durante el siglo XIV, Bizancio sufrió un duro período de guerras civiles. En el más grave de estos conflictos se produjo el enfrentamiento entre los partidarios de Juan V (1341-1391) y Juan Cantacuceno (1347-1354), emperador que no dudó en solicitar la ayuda de los turcos otomanos, los cuales entrarían por primera vez en Europa gracias a ello. Durante esta época, la crisis bizantina permitió a los otomanos crear un imperio cuyo núcleo se hallaba en Asia Menor y que en el siglo XV conquistó la totalidad de los Balcanes. En la imagen, jinete otomano medieval. Museo Militar de Estambul, Turquía.



El sueño de Inocencio III. La escena muestra al papa Inocencio III (1198-1216) mientras sueña cómo Francisco de Asís consigue evitar el derrumbe de su Iglesia. Los frailes Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, ambos canonizados tras su fallecimiento, devolvieron el catolicismo al modelo apostólico de los primeros tiempos del cristianismo mediante la creación de las órdenes mendicantes.

La hipótesis de una evangelización de Occidente por parte de los bogomilos ha cobrado fuerza a partir de los datos aportados. Pero ¿pudieron haber salido de Oriente estas ideas dualistas importadas por occidentales? Una buena parte del territorio italiano estuvo durante varios siglos bajo dominio bizantino, por lo que, en consecuencia, es evidente que sus habitantes mantuvieran unas estrechas relaciones con el Oriente europeo, lugar de origen de las sectas bogomilas que triunfaron en el siglo XI. También es indudable que las Cruzadas establecieron, a partir de finales de esta misma centuria, un contacto sin precedentes entre Oriente y Occidente, por lo que es muy probable que algunos cruzados importaran nuevas ideas y costumbres de aquellos lugares por donde pasaron cuando regresaron a sus hogares. ¿Fueron difundidas en Occidente las doctrinas dualistas orientales por parte de los cruzados que viajaron a Tierra Santa? Cabe destacar

al respecto que en las regiones de donde partieron la mayoría de sus huestes, como es el caso de Francia, Renania —región alemana que limita con el anterior país-, Aquitania —ducado del sudoeste de Francia, por la época señorío del rey de Inglaterra— y Lombardía —región alpina italiana, entonces perteneciente al Sacro Imperio Romano Germánico—, fueron también los lugares donde tuvo su origen el llamado segundo contagio herético, es decir, el de los cátaros, que comenzaremos a estudiar en el tercer capítulo. Es curioso, además, que unas décadas antes de que se iniciaran las expediciones a Tierra Santa, aquel primer contagio herético del año 1000 tuviera su génesis exactamente en esos mismos lugares de donde zarparon los ejércitos de la cruz.

Eckbert de Schönau, clérigo de la germana ciudad de Colonia afirma, hacia 1150 cuando habla de los herejes del siglo XI, en concreto de los renanos, que estos celebraban una fiesta en honor a Manes. Asimismo, el obispo Rigello de Châlons, ciudad occitana del sur de la actual Francia, destaca por esta misma época que los «maniqueos» de su diócesis declaraban que recibían el Espíritu Santo mediante un ritual de «imposición de manos», sobre el cual entraremos en más detalle próximamente. El historiador francés Fernand Niel insiste: «es muy probable, pues, que las ideas maniqueas no hubieran muerto del todo en la Europa occidental, principalmente en Francia». En su opinión, ignoramos cómo estas creencias se mantuvieron, pero este medievalista aboga por su supervivencia y por la fusión entre estos elementos maniqueos y los modelos bogomilos, estando perfectamente documentada la presencia de estos últimos en Occidente desde el siglo XII, como ya hemos comentado. ¿Nacería a partir de esta conjugación oriental la herejía del siglo XI y posteriormente el catarismo? ¿O los distintos grupos heterodoxos de Occidente surgieron de forma espontánea?

La teoría del origen autóctono

Esta última cuestión planteada gira en torno a la teoría del origen autóctono, que basa su hipótesis en la ausencia de textos medievales o pruebas arqueológicas que confirmen el contacto entre los herejes occidentales y orientales antes de mediados del siglo XII, al margen de todas las semejanzas que pueda haber entre ambos. Cierto es que este postulado no sería suficiente para tirar por el suelo la teoría del origen oriental, pero sí que nos puede acercar a la posibilidad de que los brotes heterodoxos surgidos en muy diversos puntos de Occidente durante el siglo XI sean muy probablemente indígenas.

Poseemos, además, datos que apuntan a que los dualistas del siglo XII, llamados cátaros, fueron detectados exactamente en los mismos lugares que los herejes del año 1000. Y no sólo eso, como podremos comprobar, ambos grupos compartieron la mayor parte de sus características. Teniendo presente todo lo anterior, podemos decir lo mismo de los cátaros que de los herejes occidentales del siglo XI, o protocátaros: cobra fuerza la teoría del origen endógeno.

Mosaico de Justiniano I. Rávena, Italia. Durante el siglo vi, bajo el reinado de Justiniano I (527-565), el Imperio bizantino recuperó buena parte de los territorios perdidos del Mediterráneo occidental que antaño habían constituido el Alto Imperio romano. Los bizantinos se mantuvieron en Italia por espacio de cinco siglos, lo que nos puede dar una idea de la gran influencia ejercida por su imperio sobre el territorio transalpino. Un buen ejemplo de la presencia bizantina en Italia lo constituye el mosaico de la imagen.

Pero entonces: ¿por qué surgen grupos religiosos en Oriente y Occidente con características similares? ¿Responde la existencia de bogomilos, protocátaros y cátaros a una misma necesidad? En la actualidad no pocos medievalistas dan respuesta a estas preguntas, abogando por la teoría del origen autóctono. Según la historiadora francesa Anne Brenon, exdirectora del prestigioso Centre National d'Etudes Cathares René-Nelli (Carcasona, Francia), opina en su obra de finales de los años noventa del pasado siglo que el protocatarismo del siglo XI, o catarismo primitivo, no procede de Oriente, por lo

tanto no puede descender del maniqueísmo o del bogomilismo. Paul Labal, otro eminente experto en temas relacionados con las herejías que florecieron en la Francia medieval, parece inclinarse también por esta teoría, aunque no se muestra tan tajante como Brenon y menciona otras hipótesis plausibles: nunca descarta la posibilidad de que antes del año 1167 hubiera contactos con grupos dualistas orientales. Es cierto que los protocátaros tenían mucho en común con estas comunidades religiosas exóticas: se declaraban seguidores de las costumbres evangélicas y del Nuevo Testamento, practicaban un modo de vida ascético, despreciaban el mundo material —y por lo tanto las reliquias, la cruz y las imágenes—, así como no otorgaban ningún valor a los sacramentos católicos. Sin embargo, lo anterior no indica necesariamente un origen oriental de las sectas heréticas del siglo XI. Los herejes de Occidente únicamente seguían el austero modelo de vida de los apóstoles y de la Iglesia primitiva. Los diferentes grupos heterodoxos del año 1000 poseen similares características y surgen en la misma época, pero en lugares diferentes, como consecuencia de una misma necesidad, menesteres que, como veremos, la Iglesia y el régimen feudo-señorial no podían satisfacer.

No obstante, un pequeño detalle nos llama poderosamente la atención y, a pesar de su aparente insignificancia, podría hacer que la teoría del origen oriental se tambaleara. Los herejes del siglo XI se declaraban seguidores del Antiguo Testamento. Al respecto, conocemos casos concretos. Los herejes de Monteforte (norte de Italia) aprobaban la totalidad de la Biblia cristiana. El grupo de Châlons (Occitania) declaraba que su renuncia a matar estaba justificada en el Antiguo Testamento, por lo que sus miembros incluso se negaban a consumir carne de animales. Únicamente en el primer caso de herejía que aparece en las crónicas occidentales del siglo XI, el que registra el cronista francés Raoul le Glabre cerca de Châlons, en la localidad de Vertus, es probable que el creyente heterodoxo llamado Leutard, un campesino predicador, rechazara una parte del Pentateuco hebreo. No disponemos de demasiada información acerca de estos grupos de disidentes religiosos pero, al parecer, contrariamente a lo que ocurría con respecto a los bogomilos, sus adeptos no eran típicamente dualistas. Lo cierto es que si los herejes occidentales hubieran atribuido la creación del mundo a Satán, lo más probable es que se hubieran hecho eco de ello. La coincidencia entre bogomilos y protocátaros con respecto a la práctica del ritual de «imposición de manos» no es motivo suficiente que nos lleve a concluir que los segundos desciendan de los primeros, ya que esta especie de sacramento era un gesto muy frecuentemente utilizado en la Iglesia primigenia.

El rechazo del Antiguo Testamento había sido un pilar fundamental para los dogmas dualistas con profundas influencias cristianas: gnosticismo cristiano, maniqueísmo, paulicianismo y bogomilismo. Si en esta sucesión de religiones el último credo descendía del inmediatamente anterior, del que además había tomado esta idea esencial para su creencia, ¿no nos resulta extraño que si los protocátaros procedieran de los bogomilos hubieran hecho exactamente lo mismo que todos estos ancestrales cultos? Los cátaros, sin duda herederos de los herejes occidentales del siglo XI, ya que surgieron en menos de cien años en las mismas regiones que estos, sí que rechazaban, en cambio, el Antiguo Testamento. Lo más probable es que en época tardía fueran influidos en este aspecto por los bogomilos. Esto, sin embargo, no indica un origen oriental, sino una raíz autóctona: los herejes del siglo XI tenían puntos de entronque con los dualistas orientales probablemente por una especie de «convergencia evolutiva» de sus credos, que únicamente trataban de dar cobertura a las necesidades del momento.

Hacia el año 1000, el cometido de la Iglesia distaba en buena medida de las predicaciones de Cristo y el modelo apostólico. Poco o nada quedaba de la humildad, la pobreza, el ascetismo, la austeridad, la sencillez y la labor misionera y proximidad al pueblo llano que poseía la Iglesia primigenia. Este nicho dejado libre por el catolicismo será ocupado con éxito por los protocátaros en el siglo XI.

Al igual que en Bulgaria hacían los boyardos, la alta nobleza oprimía a los campesinos occidentales, la base del sistema feudal, de una manera abusiva y cruel desde la cúspide de la pirámide señorial. Los siervos de la gleba en un régimen de pseudoesclavitud no podían dejar de lamentarse por el contrasentido del Dios todopoderoso y benévolo que pretendían presentar los clérigos católicos y al mismo tiempo el Dios impotente y malvado que mostraba la cruda realidad del régimen señorial. Una divinidad bondadosa, todopoderosa y omnipotente es la creadora de todos los males que azotan al campesino de la Edad Media. Obviamente, todo esto es absurdo. Sin embargo, en los siglos XI, XII y XIII la Iglesia no tenía respuesta para estas inquietudes de sus feligreses. Quizá hoy tampoco las tiene y es muy probable que nunca consiga acabar con la paradoja.

Los paralelismos entre los brotes heréticos occidentales del siglo XI y el triunfo del bogomilismo en Bulgaria son abrumadores. En el país eslavo, las ideas paulicianas habían comenzado a echar raíces allá por el siglo X, pero sería necesario alcanzar la

siguiente centuria para que el fruto de su fusión con elementos dualistas preexistentes diera lugar al período de mayor expansión y éxito del bogomilismo. Esto coincidió en el tiempo con el cambio de régimen que experimentó Bulgaria, que pasó de ser un reino dirigido por una dinastía local a ser una provincia perteneciente a los invasores bizantinos. Sin embargo, la presencia bizantina no duraría demasiado tiempo y Bulgaria lograría de nuevo la independencia hacia finales del siglo XII. Bulgaria se constituyó en reino dos veces en muy poco tiempo, cuando entre su pueblo aún no habían arraigado sólidamente el cristianismo católico ni ortodoxo. El vacío de poder que imperó durante todo este peculiar período, sin duda facilitó que la herejía bogomila fraguara: un claro paralelismo con el triunfo del catarismo en Occitania, como podremos analizar en el cuarto capítulo, una región dividida en múltiples señoríos semi-independientes en la que hasta bien entrado el siglo XIII no se estableció un poder central firme.

Roma era, junto a Alejandría, Antioquía, Jerusalén y Constantinopla, uno más entre los cinco patriarcados de la Iglesia católica. No obstante, con la caída en el siglo VII de Alejandría, Antioquía y Jerusalén en manos de los árabes y tras el cisma abierto a mediados del siglo XI entre Roma y Constantinopla, el patriarca de la ciudad de Rómulo y Remo, conocido como papa, acabaría erigiéndose en el líder de toda la cristiandad occidental. En la imagen, panorámica de la ciudad de Roma.

Como hemos observado, el clero católico no era capaz de resolver las cuestiones de fe planteadas por la plebe. Los herejes occidentales en cambio sí escucharon y hablaron al pueblo. Los cátaros, con su cosmogonía dualista del bien y el mal, sí dieron respuesta a las cuestiones planteadas por los fieles. Si a esto le sumamos la afirmación de que el diezmo eclesiástico es un impuesto superfluo e inútil y la propuesta, compartida con los

herejes occidentales del año 1000, de organizar comunidades de iguales donde cada uno se ganara la vida con el trabajo de sus manos, es fácil comprender el porqué del éxito que alcanzaron estas sectas heréticas occidentales entre un pueblo llano enfrentado a una sociedad tan sólidamente estructurada y jerarquizada como la del sistema feudo-señorial. Con estas dos afirmaciones, el campesinado interpretó que los herejes se proponían acabar con los causantes de sus males, es decir, con la Iglesia y el régimen señorial.

¿Origen alóctono con raíces orientales u origen autóctono? Los datos están sobre la mesa, juzgue el lector por sí mismo. De lo que no tenemos ninguna duda es de que a la Iglesia católica del siglo XI no le hizo ninguna gracia que un grupo de predicadores ascetas comenzara a comerle el terreno y, en algunas regiones de Europa, se dedicara a suplantarla en su papel director de la cristiandad. Las reacciones, como estudiaremos en el siguiente punto, fueron de una extrema violencia y, en un principio, parecieron resultar muy efectivas.

Las primeras hogueras de la Edad Media

En Francia y la Italia del norte perteneciente al ámbito imperial germánico no tardará en producirse la respuesta de las autoridades contra el nuevo movimiento religioso. En el 1017 encontramos la que podría ser la primera hoguera de la Edad Media, ordenada por el rey francés Roberto El Piadoso tras celebrarse un concilio de obispos que condenó a los herejes de Orleans —ciudad localizada a escasos kilómetros al sur de París— a que sus cuerpos fueran purificados por las llamas. A esta reacción inicial, poco después se unirá la de otras regiones que no estaban bajo el dominio de este monarca, como el condado occitano independiente de Tolosa, donde en el 1022 un grupo de herejes fue condenado a la hoguera; Monteforte, en el Piamonte italiano, donde ocho años más tarde algunos heterodoxos fueron masacrados por la muchedumbre; Châlons (1045 y 1048), ciudad asimismo occitana en la que también se hizo uso del fuego; o la villa alemana de Goslar, en la que el emperador germánico Enrique III ahorcó en el 1052 a algunos disidentes religiosos. Todos estos grupos de herejes fueron denominados «maniqueos» en sus condenas por parte del clero católico, y entregados al brazo secular para su ejecución, o bien, con menos frecuencia, fueron, como en el caso de Monteforte, víctimas de un linchamiento popular. Eran las primeras

actuaciones de la Iglesia católica frente a la herejía dualista.

Los últimos casos sonados de herejía registrados en el siglo XI se produjeron a mediados de esta centuria: son los ya mencionados procesos de Châlons y Goslar. En el 1048, un grupo de campesinos de Châlons se reunía secretamente y rechazaba el matrimonio, así como el consumo de carne, basándose en los mandamientos del Antiguo Testamento. En Goslar, el motivo de la condena a la horca, en la Navidad del 1052, de un grupo de herejes procedentes de Lorena por parte del emperador Enrique III no fue otro, aunque pueda parecer cómico, que su negativa a matar un pollo, ya que estos disidentes religiosos rechazaban el sacrificio de animales por el mismo motivo que los heterodoxos de Châlons no comían carne.

Los papas que ocuparon el trono de la Santa Sede en el siglo XII contemplaron con impotencia cómo, a lo largo de esta centuria, los herejes occidentales que creían haber eliminado durante el anterior siglo, no sólo reaparecieron, sino que, además, llegaron a adquirir un grado de organización tal que crearían una auténtica contra-Iglesia: la Iglesia de los cátaros. En la imagen, plaza de San Pedro, en la Ciudad del Vaticano.

A partir de este momento, la dura represión a la que se verá sometida la «nueva religión» parece dar resultado. En apenas medio siglo, las autoridades eclesiásticas y seculares piensan que no ha quedado ni rastro de la herejía. El período de tiempo que va entre los concilios de Reims (1049) y Tolosa (1095) parece confirmar el triunfo de la ortodoxia religiosa. No obstante, en este último sínodo, presidido por el papa Víctor II,

se vuelve a abordar el tema con especial preocupación. Hacia el siglo XII, sorprendentemente, el cáncer habrá brotado de nuevo en el seno de la cristiandad: las mismas regiones donde surgieron los grupos heréticos del siglo XI aparecen contaminadas en esta centuria por movimientos similares. A lo largo del siglo XII se detectará la presencia de disidentes religiosos en Soissons, Flandes, Lieja, Reims, Vezelay, Artois —todas ellas ciudades del norte de Francia o del ámbito de su monarquía— y Suiza. Por lo que, al parecer, los brotes heterodoxos del año 1000 no murieron totalmente con las primeras hogueras.

3

El catarismo

La herejía del siglo XII

Hacia el año 1138, un sacerdote católico llamado Pierre de Bruis recorre el sur de la actual Francia predicando los mismos postulados que los supuestamente exterminados herejes del siglo XI: rechaza la eucaristía, los templos y el bautismo de los niños. El heterodoxo Bruis se atreve incluso a profanar los principales símbolos cristianos: entra en las iglesias golpeando a los sacerdotes, destruyendo sus altares y quemando cruces. No contento con ello, también se permite la licencia de rebautizar a católicos adultos. Esto le sirvió ganarse no pocos enemigos, por lo que nos resultará sencillo entender que la reacción de las autoridades laicas y eclesiásticas fuera similar a la estrategia empleada contra los herejes del siglo XI: el disidente religioso acabó en la hoguera, *a priori* el único método eficaz para purificar cuerpo y alma en estos casos. Pero antes de ser linchado cerca de la abadía de Saint-Gilles, en tierras pertenecientes al conde de Tolosa (Occitania), habría encontrado al que sería su sucesor. Un discípulo suyo, un antiguo monje llamado Henri de Lausana, continuó predicando sus enseñanzas en Mans (Francia), Poitiers y Burdeos —estas dos últimas ciudades pertenecían al ducado de Aquitania, territorio inglés ubicado en el sudoeste de la actual Francia—, alcanzando el vizcondado de Albi y el condado de Tolosa en torno a 1145. En Occitania, también conocida como Languedoc, Mediodía o Midi, región a la que pertenecen estos dos últimos señoríos, la semilla de su prédica germinará de forma satisfactoria y una nueva legión de seguidores de Cristo practicará una religión distinta del catolicismo hasta bien entrado el siglo XIII.

Pero éste no fue el único foco herético. Existe documentación de ese mismo año 1145 en la que queda patente el conocimiento que el monje Bernardo, abad del monasterio francés de Claraval, posteriormente canonizado, poseía sobre los distintos grupos heréticos surgidos en Occidente. Sin duda ello sirvió para que el futuro san Bernardo

fuera instado por el papa Eugenio III, quien en sus orígenes también había sido fraile en Claraval, a mantener un enfrentamiento con los disidentes religiosos mediante la utilización de la palabra de Dios desde la más estricta ortodoxia. A pesar de ello, tras observar lo que le ocurrió a Pierre de Bruis, podemos suponer que el verbo no fue la única arma empleada contra los herejes. Si la quema de «maniqueos» se había mostrado útil para hacer borrar, supuestamente, el anterior contagio heterodoxo, esta práctica no podría resultar menos efectiva frente a las nuevas variantes heréticas surgidas. A lo largo del siglo XII encontramos más ejemplos de linchamientos populares, probablemente alentados por el clero local. Las hogueras prendidas en Colonia (Alemania) durante 1144 y 1163 y en 1167 en Vézelay (Borgoña francesa) son prueba de ello. Pero muy a pesar de estas piras, el movimiento herético de la duodécima centuria irá ganando aceptación en Occitania, donde, gracias a Henri de Lausana, las enseñanzas de Pierre de Bruis se habían podido propagar pese a su ejecución. No obstante, como ya sabemos, las sectas heréticas dualistas parecen surgir por todos los rincones de la vieja Europa. Las denominaciones aplicadas a estos herejes variaron según su región de origen, dependiendo también de los autores que denunciaron su heterodoxia, pero ello no significa que todos los grupos acusados de herejía no mantuvieran los mismos rasgos distintivos. Todos los grupos de herejes surgidos en Europa occidental en esta época presentaban las mismas características, y eran en esencia los miembros de sus distintas sectas unos austeros y castos misioneros dualistas que predicaban un mensaje de amor, tolerancia y libertad. Está registrada la presencia de patarinos en el norte de Italia; piphles en Flandes, región norte de Bélgica; publicanos en el reino de Francia —¿forma latinizada de paulicianos?—; cátaros en Alemania y albigenses o tejedores en Languedoc. Esta última denominación puede estar asociada al hecho de que muchos de sus adeptos occitanos practicaran este oficio para ganarse la vida, siguiendo el ejemplo del apóstol Pablo. Todos ellos manifestaron las mismas prácticas dualistas tildadas de heréticas, circunstancia por la cual durante la Edad Media fueron denominados maniqueos y con posteridad han sido llamados cátaros. Otra denominación utilizada fue la de bugres, posible deformación de búlgaros, lo que indicaría su relación con las sectas bogomilas.

En el catolicismo, el sacramento del bautismo permite acoger en el seno de su comunidad a los nuevos creyentes, así como también se utiliza para eliminar el «pecado original» con el que toda persona nace según esta religión. Por esta razón, es conveniente bautizar a los niños nada más llegan a este mundo, pues sólo así el nuevo cristiano quedará libre de la mancha de este pecado en caso de fallecimiento. Precisamente, este sería uno de los principales motivos para que los cátaros rechazaran ese sacramento, ya que un niño no puede decidir si quiere recibirlo o no. En la imagen, baptisterio anexo a la catedral de Florencia, Italia.

Según los historiadores franceses Anne Brenon y Paul Labal, expertos en herejías medievales, debemos a Eckbert de Schönau, clérigo de Renania (Alemania), la invención hacia 1163 del término cátaros para designar a los herejes occidentales, tras asistir a la ejecución en la hoguera de los líderes de una secta dualista de Colonia. No se sabe muy bien si la palabra procede de catharistas, secta antigua de maniqueos o puros, del griego catharos, palabra que significa 'puro', o de gatistas, término que hace referencia a brujos adoradores de los gatos, a partir de la denominación popular cati. Este término conocería un gran éxito tras la difusión de la obra de Charles Schmidt escrita en 1848 y titulada *Histoire et doctrine de la secte des cathares* (Historia y doctrina de la secta de los cátaros). A pesar de que es la denominación que se emplea aún hoy en día, carece de carácter histórico, puesto que en la época de la herejía, como ya hemos visto, los detractores de los ahora llamados cátaros se referían a ellos como «maniqueos» o «herejes». Por el contrario, estos heterodoxos se autodenominaban simplemente «cristianos», «apóstoles», «buenos hombres» o «pobres de Cristo». Es preciso destacar

que a pesar de la errónea asociación que ciertas publicaciones esotéricas pretenden que haya entre cátaros y caballeros templarios, esta última denominación no tiene nada que ver con el nombre oficial que casualmente poseía esta milicia de monjes-soldado: los Pobres Caballeros de Cristo.

Pablo de Tarso, tejedor y comerciante perteneciente a una importante familia judía, se alzó en un duro perseguidor de los primeros cristianos hasta que un día tuvo una visión. A partir de entonces, Pablo se dedicó a evangelizar a los gentiles, motivo por el cual se le considera junto a san Pedro como uno de los padres del cristianismo. En la imagen, san Pablo de Tarso representado en un mosaico.

A su vez, la palabra herejía, deriva del griego hairesis, que significa 'elección propia', cuyo uso fue especialmente común a lo largo de la Baja Edad Media para designar cualquier grupo religioso contrario a los dogmas de la Iglesia.

Poseemos varias versiones acerca del origen de la denominación albigenses empleada para referirse a los cátaros de Occitania, entre las que destacamos las propuestas por los medievalistas franceses Fernand Niel, Paul Labal y Anne Brenon.

Según Niel, el término albigenses parece haber sido empleado por primera vez en 1181 por el cronista franco Godofredo de Vigeos, aunque es preciso destacar que se

ignora el motivo. En opinión de Paul Labal, el origen de la palabra en cuestión se sitúa también por estos años, hacia 1183, aunque no da demasiados detalles al respecto que puedan aportar solidez a su argumento. Fernand Niel hace especial hincapié en el hecho de que los cátaros no eran más numerosos en Albi, ciudad y vizcondado occitanos de cuyo nombre deriva el gentilicio albigense, que en otras urbes del Languedoc, así como sus tierras tampoco eran las más contaminadas por la herejía. Este medievalista nos describe dos hipótesis más sobre el origen del término discutido. En la primera de ellas narra cómo en el siglo XII el obispo de Albi, Sicardo, había condenado a la hoguera a un grupo de herejes, pero la sentencia no pudo ser ejecutada porque la muchedumbre acabó liberando a los reos. Al parecer, el suceso tuvo bastante repercusión y dio origen a la asociación establecida entre los albigenses y los herejes dualistas de la región. En la otra hipótesis, Niel hace referencia al famoso coloquio de la ciudad de Lombers, en el vizcondado de Albi, que tuvo lugar en 1176, conferencia presidida por el arzobispo de la occitana Narbona y en la que participaron varios obispos católicos y miembros del alto clero cátaro para discutir cuestiones dogmáticas. Finalmente, los obstinados herejes de Albi harían fracasar al poderoso prelado narbonense, quien no consiguió ningún avance en su propósito por hacerles regresar a la ortodoxia. Es probable que, como consecuencia de la gran trascendencia que tuvo este hecho, se comenzara a vincular, a partir de entonces, a los heterodoxos dualistas con el gentilicio albigense.

Para Anne Brenon, el término albigense aparece en época más temprana que para Niel y Labal. Esta medievalista afirma que fue empleado por primera vez hacia 1145 por Bernardo de Claraval durante la misión que el monje cisterciense realizó por tierras occitanas y que lo condujo finalmente a Albi, donde dio el nombre de herejes albigenses a los que actualmente llamamos cátaros. El abad cisterciense tilda además a estos disidentes religiosos de «herejes empedernidos» y se refiere a ellos también como tejedores.

En cualquier caso, lo que sí podemos asegurar es que la denominación albigenses fue el término utilizado con mayor frecuencia en las crónicas del siglo XIII que nos hablan sobre la herejía occitana.

En resumen, podríamos decir que hereje y maniqueo designan desde la Edad Media todo grupo religioso cristiano disidente; cátaro se emplea en la actualidad para referirse a cualquier comunidad de herejes occidentales de los siglos XII a XIV, siempre y cuando

estos tengan una visión dualista del mundo y, por último, albigense o tejedor designa a los cátaros de la región occitana.

La Orden del Temple fue una organización religioso-militar creada tras la Primera Cruzada por Hugues de Payens. En menos de dos siglos los templarios pasaron de ser el brazo armado de la cristiandad y los tesoreros de Occidente a ser condenados por la Iglesia y exterminados. Este rápido ascenso y caída, así como también sus secretos rituales de iniciación, provocarían que hayan corrido ríos de tinta a la hora de hablar de tan misteriosos monjes guerreros. En la imagen, palacio e iglesia de la Orden del Temple en la ciudad de Valencia.

Nosotros, con el objeto de ser concordantes con la bibliografía de la Edad Contemporánea, nos referiremos a todos los herejes dualistas de los siglos XII y XIII, surgidos en cualquier parte de Occidente, como cátaros.

¿En qué consistía la herejía de los llamados cátaros? Apenas existen fuentes cátaras que puedan ayudarnos a conocer mejor su movimiento religioso, ya que fueron destruidas en su mayoría por la Inquisición, debido, precisamente, a que sus adeptos habían sido clasificados como herejes. En consecuencia, la documentación más abundante sobre la herejía que ha llegado hasta nosotros fue redactada por el clero católico o procede de los procesos judiciales a los que desde el siglo XIII fueron sometidos los cátaros por parte del Santo Oficio. Nadie más se atrevía por la época a escribir sobre esta «religión del Diablo».

Un ejemplo de tales fuentes lo encontramos en la descripción de la doctrina cátara que hace en el siglo XII Evervin de Steinfeld, abad de Renania (Alemania). Los cátaros estaban organizados en comunidades mixtas bajo la autoridad de un obispo. Al igual que los herejes del año 1000, no creían en la humanidad de Cristo, sustituían la eucaristía por una simple bendición del pan, absolvían los pecados en confesiones públicas y practicaban el ritual de «imposición de manos» de la misma forma que los bogomilos, basándose en las prácticas de la Iglesia primitiva. Oponían a Dios a este mundo y tenían una concepción dualista del universo, en la que se daba un constante enfrentamiento entre el bien y el mal. No contentos con lo anterior, negaban, además, todo carácter de autenticidad de la Iglesia católica. Este clérigo renano escribe en 1144 a Bernardo de Claraval para compartir con él sus experiencias sobre la herejía. Evervin de Steinfeld decía con respecto a los cátaros de Colonia (Renania) que antes de ser pasto de las llamas habían confesado el origen muy antiguo de su Iglesia, afirmando que esta había permanecido oculta desde los tiempos de los apóstoles. El abad de Renania describe la existencia de una marcada jerarquía de la Iglesia heterodoxa, a la cabeza de cuya curia se colocaban los obispos, alto clero que estaba subordinado a un papa. ¿Se refería con esto último al líder de la Iglesia bogomila? Por esas fechas hallamos también una misiva que un grupo de clérigos de Lieja, ciudad del centro de la actual Bélgica, enviaron al sumo pontífice alarmados por el mismo motivo: la Iglesia herética de su región también estaba muy jerarquizada.

Los herejes de los que nos habla Evervin de Steinfeld negaban el Antiguo Testamento, considerado un libro diabólico puesto que Yahveh o Jehová se nos presenta en sus textos como un dios malvado y vengativo. Por lo tanto, para la visión dualista cátara resultaba evidente que el creador de todo lo material no podía ser otro que el diablo. El mal habita en el mundo y es imposible que un dios bondadoso sea el responsable de su creación. Con su ingeniosa visión dualista del universo, la herejía cátara parece surgir para dar respuesta a los problemas que afectaban al pueblo llano. La maldad predomina en el mundo porque este es el infierno y Satán es su creador. El alma está envuelta por un cuerpo material que es presa fácil para las tentaciones a las que lo somete el maligno. En consecuencia, el movimiento cátaro necesariamente se tenía que mostrar tolerante con los pecados del hombre. Esta diferencia con respecto a la Iglesia católica contribuyó en buena medida a la exitosa difusión del catarismo. Pero los cátaros no solamente utilizaban su visión dualista del cosmos para seducir las almas de los hombres. El hecho de que fueran seguidores del modelo apostólico y de los primeros

cristianos, con la predicación como uno de sus pilares fundamentales, también los hizo ganarse muchas simpatías entre el pueblo llano que veía cómo unos austeros y humildes monjes practicaban el ascetismo más riguroso para con ello conseguir alejarse del mundo material y llevar el verbo de Dios allí donde nadie jamás había llegado.

En pleno siglo XII encontramos por lo tanto en Occidente a distintos grupos cristianos que dicen ser seguidores directos de las enseñanzas de los apóstoles. Como ya sabemos, las primeras informaciones que tenemos sobre la herejía en cuestión datan de antes de alcanzarse la segunda mitad de esa centuria, por lo que, aunque su origen sea considerado en ocasiones incierto, podemos afirmar que su doctrina había surgido bastante tiempo atrás. Existen documentos fechados en esos mismos años que ponen de manifiesto la inquietud de los papas ante lo que debía de ser un movimiento heterodoxo importante en cuanto a número de seguidores y regiones contaminadas se refiere. Hacia finales del siglo XII, podemos observar ya el movimiento herético cátaro plenamente desarrollado, lo que necesariamente apunta también a que su génesis es bastante anterior. Sin duda alguna, los contactos mantenidos a partir de mediados del siglo XII con la jerarquizada Iglesia bogomila contribuyeron de buen grado a la maduración definitiva del catarismo. La fecha que marcaría el fin de la, por así decirlo, prehistoria de la religión cátara, sería mayo de 1167. Por esos días, en Saint-Félix de Caraman, ciudad occitana del Lauragais —comarca localizada a unos cuarenta kilómetros de Tolosa—, una gran multitud de hombres y mujeres de la Iglesia de Tolosa y de otras Iglesias cátaras vecinas se reunieron para recibir el *consolament,* esto es, el sacramento de mayor importancia en el rito cátaro, de manos del «papa» bogomilo Nikétas, venido especialmente de tierras bizantinas para organizar la Iglesia occitana. En esta ocasión sí que se produce un contacto documentado entre grupos heréticos de Oriente y Occidente, pero cabe destacar que el encuentro ocurriría en una época en la que, como sabemos, el catarismo ya se había afianzado como religión. Por lo tanto, y a pesar de que la aproximación entre heterodoxos orientales y occidentales se llegó a producir, no podemos considerar que los segundos desciendan de los primeros. Nikétas acudió en 1167 a Languedoc para ayudar a organizar una Iglesia cátara ya bien arraigada. Sus sectas ya no actuarían a partir de entonces como grupos dispersos; la religión cátara emergería como una Iglesia estructurada que resultaría, como consecuencia de ello, muy peligrosa para la Santa Sede. A partir de esos momentos se erigiría en una auténtica contra-Iglesia.

Esta emergente nueva Iglesia llevará a cabo una importante misión predicadora que hará mella en Renania, Francia, norte de Italia y Occitania, región esta última en la que triunfará de forma incontestable. A mediados del siglo XII, en cambio, la Iglesia católica había perdido toda capacidad para la predicación. Es más, incluso sus sacerdotes habían descuidado la aptitud para transmitir en sus sermones el mensaje divino. A principios de esta misma centuria, la aparición del movimiento de los ermitaños se había mostrado como un intento de la Iglesia católica por recuperar esta habilidad olvidada por su clero. Todo había comenzado en el año 1095, con la convocatoria de la Primera Cruzada por parte del papa Urbano II, donde predicadores como Pedro el Ermitaño lograron movilizar a las masas hacia Jerusalén a través de un mensaje de salvación. El poder de seducción demostrado por estos devotos anacoretas desveló ser muy eficaz para penetrar las mentes incultas del populacho: los ermitaños fueron los únicos capaces, por esas fechas, de hacer llegar su mensaje a los feligreses más humildes. Estos predicadores e incansables caminantes emitieron su mensaje redentor mucho antes que los cátaros. Pero el movimiento de los ermitaños católicos parecía haberse extinguido por la época en la que la herejía cátara acabó triunfando. A mediados del siglo XII, únicamente los cátaros y, como ya hemos comentado, Bernardo de Claraval, supieron llevar el verbo de Dios allá donde era más necesario que llegara. Pero este monje cisterciense estaba solo y las tierras donde su prédica era necesaria eran extensas. Un solo misionero no podía recorrer toda Francia y alcanzar también Alemania e Italia. Los buenos hombres cátaros eran numerosos, por el contrario. Con ello, el catarismo ocupó el nicho en el que anteriormente se habían colocado los ermitaños y sedujo al pueblo llano, ávido por escuchar una nueva prédica que pudiera entender y rompiera con los vacíos e incomprensibles discursos que emitían los clérigos católicos.

La predicación, ese era el principal cometido de los clérigos cátaros. Sus misiones se extendieron por buena parte de Occidente, especialmente por las ya mencionadas regiones de Renania, Francia, norte de Italia y Languedoc. Durante los primeros años de la duodécima centuria, aquellas regiones donde en el año 1000 habían surgido sectas heréticas, aparecieron también contaminadas por la nueva heterodoxia. ¿Acabaron las hogueras encendidas en el siglo XI con la disidencia religiosa? Sin duda, estas piras silenciaron durante bastante tiempo las voces heréticas, pero es muy probable que no consiguieran destruir del todo sus ideas. Creencias estas que posiblemente, alcanzado ya el siglo XII, se combinaron con los dogmas bogomilos que llegaron de Oriente y dieron

como resultado una doctrina cátara que quedó unificada en torno a los años cincuenta del siglo XII. A partir de ese momento, la Iglesia católica fue muy consciente de tener un problema. Ya no se trataba de combatir contra focos aislados de disidentes religiosos. Ahora sería necesario enfrentarse a los herejes dualistas de distintas ciudades y regiones unidos por una Iglesia cátara sólidamente jerarquizada y organizada: la Iglesia de los «buenos hombres».

El objetivo oficial para que se organizaran las Cruzadas no era otro que la conquista de Jerusalén para, de esta forma, poder garantizar la seguridad de los fieles cristianos en su peregrinación a este lugar santo. Sin embargo, los resultados obtenidos en 1204 durante la Cuarta Cruzada, campaña en la cual los occidentales tomaron y saquearon Constantinopla, nos hacen dudar de que realmente Jerusalén fuera el destino de estas expediciones militares. En la imagen, panorámica de la ciudad santa de Jerusalén.

Los «buenos hombres»

Al igual que en las religiones dualistas orientales surgidas tras el maniqueísmo, el catarismo distinguía entre sus adeptos a los simples creyentes, oyentes que únicamente se limitaban a escuchar el mensaje de su Iglesia, de los perfectos, iniciados que eran denominados también elegidos o buenos hombres, *bons homes* en lengua occitana. La marcada jerarquía de la Iglesia cátara hacía que entre sus elegidos se distinguiera a los predicadores, perfectos de menor rango; diáconos, clérigos al frente de una comunidad; y obispos, situados a la cabeza de un grupo de comunidades. En cualquier caso, es preciso destacar que independientemente del grado que ocupara un determinado

perfecto en la escala jerárquica, éste nunca renunciaba a desempeñar las duras labores misioneras propias de la religión cátara. Buen ejemplo de ello lo constituyen las predicaciones del afamado occitano Guilhabert de Castres, quien llegó a ser obispo cátaro. Queda por dilucidar la cuestión sobre si realmente los cátaros tuvieron o no un líder absoluto que estuviera al frente de todas sus comunidades. En el caso de que la respuesta fuera afirmativa, estaríamos, muy probablemente, hablando de que esta especie de papa sería compartido con la Iglesia bogomila de Oriente, recordemos el caso del congreso de Saint-Félix de Caraman (1167), que fue presidido por el pope bogomilo Nikétas.

Todos los perfectos cátaros practicaban un riguroso ascetismo y estaban constantemente viajando para poder aproximar la palabra de Dios a todos los que quisieran escucharla. Eran, por lo tanto, unos infatigables misioneros capaces de alcanzar lugares que se encontraban en las regiones más distantes. Ni tan siquiera la presencia en sus rutas de los temibles inquisidores podía hacerlos desistir de alcanzar su principal meta: llegar allí donde más los pudiera necesitar un cristiano dispuesto a oír su prédica. Debido a su condición de viajeros, es comprensible que sus vestiduras fueran sencillas y cómodas, por lo que estaban compuestas simplemente por un austero manto negro de lana provisto de capuchón. Esta especie de túnica se ceñía a la cintura de los perfectos cátaros mediante un cordón. Resulta interesante mencionar que desde 1209, año en el que la Santa Sede dio inicio a la Cruzada albigense, con lo que a partir de entonces se acentuó la persecución a la Iglesia cátara, los buenos hombres dejaron de portar esta indumentaria en un intento por confundirse con el resto de la gente para evitar ser capturados. Por esa época, únicamente quedó de su clásica indumentaria el cordón, pieza que era ocultada bajo sus comunes ropajes.

Sería precisamente una vez que esta Cruzada permitió iniciar la dura represión contra los cátaros de Languedoc, cuando fue creado el tribunal de la Inquisición para poder estrechar aún más el cerco sobre los herejes dualistas, institución eclesiástica esta que constituye, además, nuestra principal fuente de información sobre la heterodoxia del siglo XIII. Los documentos procedentes de los procesos judiciales iniciados contra la herejía cátara son, por lo tanto, un buen registro de datos sobre las costumbres de los perfectos. Gracias a sus textos sabemos que los buenos hombres abandonaban todas sus posesiones desde el instante mismo en el que hacían su ingreso en la categoría de perfectos. A partir de ese día, carecían de bienes propios y únicamente lograban obtener

su sustento a través de las obras caritativas que realizaban los creyentes en beneficio de la comunidad cátara. En este contexto se hace necesario mencionar las elevadas sumas que su Iglesia occitana llegó a atesorar, ya que no sólo era cuantiosa la caridad del pueblo llano, sino que también muchos acaudalados caballeros y nobles languedocianos eran seguidores de su credo y, debido a ello, realizaron elevadas aportaciones económicas al tesoro de su congregación. Ello se debe a que los cátaros hallaron simpatizantes entre muchos de los señores del Midi, tal vez seducidos por su atractiva doctrina, pero puede que también como consecuencia de que su voluntad fue cautivada por la excelente ocasión que se presentaba para expropiar las tierras y bienes de la Iglesia católica en el caso de que el catarismo acabara triunfando de forma definitiva en Occitania. Esta es una seductora hipótesis que no se nos antoja nada descabellada a tenor de los acontecimientos que iremos desvelando a lo largo de nuestra obra.

Ejemplos de adhesión al catarismo por parte de la nobleza local languedociana, no nos faltan. Los casos más clamorosos son los de Benito de Termes, ordenado obispo cátaro, y Raimundo de Mirepoix, ambos caballeros pertenecientes a las ricas y nobles familias del Mediodía. Entre ellos destaca también la dama Esclaramunda de Foix, miembro de la alta aristocracia de Occitania que llegó a renunciar a sus títulos y posesiones para abrazar este «nuevo cristianismo».

Puede sorprender el hecho que una Iglesia que rechazaba el mundo material y cuyos austeros miembros desarrollaban prácticas ascéticas acabará siendo muy rica. Sin embargo, debemos destacar que aunque la economía de la Iglesia cátara fuera muy importante en el Midi, los perfectos, como ya hemos mencionado, tenían una vida llena de privaciones, por lo que no se les podía acusar de ser ostentosos ni de alardear de las importantes posesiones de su comunidad eclesiástica, práctica habitual entre el alto clero católico. Los buenos hombres eran personas sencillas, en definitiva, las cuales no sólo desarrollaban el ejercicio de la predicación impuesto por su religión, sino que también realizaban otros trabajos especializados. Los perfectos cátaros no solamente fueron tejedores. Entre ellos había gente de baja condición social y alta alcurnia, ricos mercaderes y pobres campesinos, médicos y artesanos... El hecho de que los elegidos cátaros continuaran, a diferencia del clero católico, desarrollando profesiones laicas, hacía que mantuvieran un contacto más estrecho con sus creyentes, mucho más directo del que podía existir entre los sacerdotes adictos a la Santa Sede y sus feligreses. Los templos físicos de los cátaros brillaban por su ausencia, pero el campo, los talleres, los

mercados y ferias, las casas, las plazas..., cualquier sitio, en definitiva, podía llegar a convertirse en una improvisada iglesia que en lugar de estar construida con piedras había sido edificada desde los sólidos cimientos que le procuraba el verbo de Dios. Por ello, no pocos seguidores de la doctrina católica acabaron siendo seducidos por las enseñanzas de los buenos hombres y, tras una exhaustiva preparación y el pertinente ritual de iniciación, pasarían a engrosar las filas de estos misioneros dualistas. Su predicación heterodoxa basó también, en buena medida, el éxito en la utilización por parte de los perfectos de traducciones de la Biblia a lengua vulgar, por lo que las Sagradas Escrituras fueron accesibles para todos los cristianos. Por la época, el clero católico empleaba las clásicas versiones en latín de los Evangelios, de forma que evitaban con ello poner al alcance de las masas los textos sagrados, algo que siempre despertó un gran recelo en el seno de su Iglesia.

Entre las misiones emprendidas por los perfectos cátaros para llevar el verbo de Dios allá donde más se necesitara, destaca la labor realizada por el obispo occitano Guilhabert de Castres. Se ha llegado a documentar la presencia de Guilhabert en cientos de lugares diferentes a los que acudía para administrar el *consolament,* el ya mencionado ritual cátaro mediante el cual un creyente pasaba a la categoría de perfecto, o simplemente para predicar. Al parecer, este clérigo cátaro llegó a esquivar por espacio de unos treinta años las redes que los cruzados del papa Inocencio III, y que posteriormente los inquisidores, trataron de echar sobre su persona.

A pesar del prestigio que Guilhabert de Castres llegó a alcanzar en todo Languedoc, es preciso destacar que no por ello, ni por su elevado rango ocupado en el seno de la jerarquía clerical cátara, su persona recibía por parte de los creyentes un trato diferente al del resto de los perfectos. Cuando un creyente se encontraba con un buen hombre, flexionaba tres veces la rodilla ante él. En cada una de estas tres reverencias decía: *bene benedicite* (‘buena bendición’); y al final añadía: «rogad a Dios por este pobre pecador, que haga de mí un buen cristiano y que me conduzca a un buen fin». Los perfectos respondían tras cada *bene benedicite:* «que Dios te bendiga»; y daban por concluido el encuentro diciendo: «que Dios haga de ti un buen cristiano y que Él te conduzca a buen fin». Al parecer, los inquisidores condenaron por idólatras estas prácticas. Pero nada está más lejos de la realidad que afirmar que los adeptos al catarismo adoraran como ídolos a sus perfectos. Estos saludos eran más bien muestras de un profundo respeto y aprecio hacia estos monjes. ¿Idolatraban entonces también los católicos a sus sacerdotes

y obispos con sus continuas reverencias pomposas y besamanos?

El saludo intercambiado entre creyentes y perfectos solamente constituye un ejemplo de los rituales del culto cátaro. Seguidamente, pasaremos a describir este ceremonial junto a la doctrina practicada por su religión.

La doctrina y el ritual cátaros

Como seguramente intuiremos, el catarismo puede parecernos en muchas ocasiones un auténtico calco de las religiones dualistas orientales estudiadas en el primer capítulo, en cuanto a creencias y ritos se refiere. Nuevamente, el motor de su doctrina es la concepción dualista del universo, mecanismo perfectamente engranado para dar respuesta al problema del mal que tanto atormenta al ser humano. Otra vez encontramos dos principios: el bien y el mal. Dos entidades superiores: Dios y el demonio. Dos mundos: el cielo y la tierra. Dos realidades: lo espiritual y lo material. Dos naturalezas humanas: alma y cuerpo.

El rechazo cátaro del Antiguo Testamento implicaba, cómo no, acusar a Satán de ser el creador del mundo terrenal. El infierno es la propia Tierra y, por lo tanto, la vida en sí misma no es más que una dura prueba a la que son sometidas las almas a través de su encierro en el cuerpo humano. Mediante este estado transitorio que constituye la existencia material, el hombre debe preparar el camino para llegar a Dios purificando su espíritu y así poder alcanzar definitivamente el reino de los cielos. Los cátaros esperaban ansiosos, por lo tanto, el día del fin del mundo. La obra del demonio será demolida en el Juicio Final y únicamente los puros podrán alcanzar el Edén, visión apocalíptica ésta típica de muchas de las religiones surgidas tras el zoroastrismo, como son los casos del judaísmo, gnosticismo, cristianismo, maniqueísmo, islam, paulicianismo y bogomilismo.

El catarismo, al igual que las demás creencias dualistas de base cristiana, despreciaba ciertos elementos sumamente importantes para el catolicismo. Todos sus sacramentos eran rechazados, así como se detestaba la totalidad de los objetos materiales que la Iglesia romana veneraba, tales como la sagrada cruz, sus templos, las reliquias de santos y los iconos. Por todo ello no le daban importancia alguna al bautismo y la unción de los enfermos, sacramentos católicos que eran reemplazados por el *consolament* cátaro. Rechazaban a su vez la confesión de los pecados que los feligreses católicos

hacían en secreto a sus clérigos. En lugar de ello, realizaban confesiones públicas al aire libre que tenían un elevado poder de convocatoria. Tampoco daban valor alguno a la ordenación sacerdotal, ya que no reconocían la jerarquía eclesiástica ni la autoridad de la Santa Sede, siendo también reemplazado este sacramento por el mencionado ritual del *consolament.* Del mismo modo, no reconocían el matrimonio. Los perfectos cátaros eran completamente célibes en una época en la que la abstinencia sexual del clero católico dejaba mucho que desear. El rechazo del matrimonio por parte de los cátaros sirvió a sus detractores para acusarlos de querer destruir la familia. No obstante, es preciso destacar que esta negación no implicaba la condena del concubinato de los creyentes, ya que la abstinencia sexual únicamente era obligatoria para los perfectos.

El catarismo también negaba la humanidad de Jesucristo, ser celestial cuya alma se encarnó en un cuerpo humano tan sólo en apariencia. Esta última afirmación rompía con uno de los principales dogmas cristianos, el de la doble naturaleza de Cristo, divina y humana, y, por lo tanto, podía por sí sola constituir una herejía.

Tampoco se daba valor alguno al juramento, un aspecto éste exclusivo del catarismo que no poseían las demás religiones dualistas. Con su negación del hecho de jurar, dejaban de reconocer, por lo tanto, las relaciones feudovasalláticas, aquellas mediante las cuales un noble juraba fidelidad a otro más poderoso a cambio de la cesión del usufructo de una porción de tierra o feudo, en las cuales este acto constituía un pilar fundamental. Como es lógico pensar, existía la posibilidad de que esta postura adoptada por los cátaros acabara por destruir desde sus propios cimientos a la sociedad feudal de los lugares donde su religión pudiera imponerse. ¿Tal vez esta actitud cátara frente al juramento era una reacción contra el opresor sistema feudo-señorial?

La cadena de rechazos también afectaba, como bien sabemos, al mundo material, del cual el ser humano debía tratar de apartarse en la medida de lo posible, para, de esta forma, poder aproximarse a Dios. Este intento de distanciamiento de lo tangible hacía que el cátaro mostrara una actitud apática frente a la vida, siendo los seguidores de su religión profundamente pesimistas, característica ésta compartida con los cultos mistéricos orientales, el gnosticismo, el maniqueísmo, el paulicianismo y el bogomilismo. No obstante, no poseemos ninguna información que nos sugiera que su religión alentara el suicidio como una posible forma de liberación para el hombre, lo que no significa que fuera considerado una práctica prohibida. A pesar de ello, el valor con el que los cátaros

se enfrentaban a una muerte cruel cuando eran condenados por su herejía condujo sin duda a hacer pensar lo contrario a sus detractores. Para los católicos, lanzarse a las llamas voluntariamente y cantando constituía en sí una especie de suicidio. ¿No eran desde cierto punto de vista los heterodoxos ahorcados en Goslar, en 1052, por negarse a matar un pollo, unos auténticos suicidas? Es más, el ayuno practicado por los perfectos cátaros podía llegar incluso a provocarles la muerte cuando estos permanecían bajo arresto, hecho que también influyó en sus perseguidores para que los tomaran por suicidas.

La práctica de un riguroso ascetismo por parte de los buenos hombres ayudaba a que estos se desprendieran de lo terrenal. Los ayunos y la abstinencia sexual que ello implicaba no eran obligatorios para los creyentes. No obstante, perfectos y creyentes tenían prohibido, en ambos casos, matar personas o bestias bajo ningún concepto. Uno de los posibles motivos de esta prohibición podía residir en su creencia sobre la reencarnación de las almas, las cuales podían migrar de un humano a otro, pasando incluso a ocupar el cuerpo de un animal. Con ello encontraríamos una nueva posible influencia oriental. Recordemos que Manes viajó a la India y que su credo importó de allí el concepto de la reencarnación. ¿Puede constituir ello una muestra de vinculación con los maniqueos aunque no se llegue a esta de forma directa y debamos seguir la siguiente ruta: maniqueísmo-paulicianismo-bogomilismo-catarismo? Pero la principal razón para que los cátaros siguieran el mandamiento de «no matarás» al pie de la letra radicaba en su devoción hacia la figura de Jesucristo, profeta cuyo principal cometido en este mundo fue emitir un mensaje de amor y paz.

La Iglesia occidental utilizaba de forma habitual el culto a las imágenes en sus rituales litúrgicos, ya que, de esta forma, ponía los temas religiosos al alcance de todos los feligreses, la mayoría de los cuales eran analfabetos. Los papas de Roma se alzarían, por lo tanto, en firmes defensores de la iconodulía o adoración de imágenes y, en consecuencia, se enfrentaron duramente a los emperadores bizantinos iconoclastas que reinaron en Constantinopla entre los siglos VIII y IX. En la imagen, icono medieval de una iglesia católica.

Debido al veto cátaro sobre el acto de matar, nos sorprenderá que se acuse a sus pacifistas adeptos de cometer asesinatos como el perpetrado en Avignonet, en el condado de Tolosa, en 1242, donde murieron dos inquisidores y las nueve personas que componían su séquito. Sin embargo, es preciso destacar que la mano ejecutora de este crimen fue la de los caballeros rebeldes occitanos. Como mucho se trataría de simples creyentes y no de perfectos, la mayoría de ellos eran únicamente simpatizantes de su movimiento o mercenarios contratados por la mente pensante que ordenó el golpe, es decir, Raimundo VII, conde de Tolosa, líder insurgente que no practicaba la doctrina de los buenos hombres pero que, como ellos, fue declarado enemigo de Francia y la Santa Sede.

No matar. Rechazo del Pentateuco, el mundo tangible, la sagrada cruz, los sacramentos católicos, la naturaleza humana de Cristo. Su concepción dualista del universo. La espera del deseado día del Juicio Final. Aspectos todos ellos compartidos por la doctrina cátara con el paulicianismo y el bogomilismo. La religión de los buenos hombres también desarrolló, al igual que estas creencias orientales, unos rituales muy sencillos, aunque es preciso destacar que su ceremonial no por ello estaba exento de

múltiples plegarias y cánticos. Estos rezos formaban una importante parte de la liturgia cátara junto con los sermones de los perfectos, homilías que no se impartían en lugares especiales reservados para el culto, a diferencia de lo que ocurría en el cristianismo, credo para el cual iglesias y catedrales tenían tanta importancia. En lugar de eso, los perfectos y creyentes cátaros oraban en cualquier parte, sin importar que se tratara de un sitio cerrado o al aire libre. Del mismo modo, como ya hemos comentado en anteriores párrafos, la predicación era practicada por los buenos hombres en todos los lugares, incluidos los más alejados y peligrosos.

Como ya sabemos, los cátaros rechazaban todos los sacramentos cristianos y entre su ceremonial incluían dos ritos que sustituían en parte a algunos de ellos. El *apparellament* era una especie de confesión pública, que recuerda mucho a la que practicaron los maniqueos. Dicho ceremonial cátaro reemplazaba al sacramento católico de la confesión privada. Pero sin duda el ritual cátaro más importante era el *consolament*, cuya ceremonia, como ya hemos comentado, sustituía a los sacramentos católicos de la ordenación sacerdotal, la unción de los enfermos y el bautismo. Dicho sacramento cátaro era practicado solamente en dos situaciones muy concretas. Tenía lugar cuando un creyente deseaba adquirir el estatus de perfecto, en cuyo caso ejercía las funciones de los sacramentos católicos de la ordenación sacerdotal y el bautismo, o cuando una persona veía que se aproximaba el fin de su existencia, asemejándose en esta ocasión a la extremaunción de la Iglesia romana. En el primer caso, se exigía al creyente que recibiera una preparación previa, aunque es preciso destacar que no sabemos casi nada sobre este período de iniciación y aprendizaje. A buen seguro que durante un cierto intervalo de tiempo se prepararía al candidato a perfecto para poder sobrellevar una ascética y dura vida llena de renuncias, en la que sus únicas posesiones quedarían reducidas a un austero manto y un ceñidor. La ceremonia del *consolament* hacía prometer, que no jurar, al iniciado que nunca más volvería a consumir carne, no mentiría, se abstendría de practicar el juego y renunciaría a mantener relaciones sexuales, así como también se comprometía a no abandonar la comunidad cátara. Los perfectos que asistían a este ritual de iniciación imponían sus manos sobre el neófito y colocaban los Evangelios sobre su cabeza. La «imposición de manos», como ya bien sabemos, práctica habitual entre los apóstoles y los miembros de la Iglesia primigenia, equivalía a recibir el Espíritu Santo, es decir, la propia alma de Cristo, y con ella culminaba esta especie de bautismo cátaro. Previamente se había preguntado al neófito si deseaba entregarse a Dios y a los textos sagrados que estaban sobre su cabeza. La ceremonia

incluía también una serie de frases que debían ser pronunciadas por los asistentes y el futuro perfecto, como bien se puede deducir a partir del Ritual de Lyon, manuscrito del siglo XII, uno de los pocos textos sagrados cátaros que se salvó de la destrucción inquisitorial y que actualmente se conserva en el Museo de Bellas Artes de esta ciudad francesa. La mayoría de los libros de autoría cátara se perdieron para siempre cuando la Iglesia católica inició la feroz represión de su herejía dualista. Pero las reacciones de la Santa Sede no se reducirían únicamente a la quema de un montón de papeles.

Primeras reacciones de la Iglesia católica

Los primeros signos de preocupación por parte de la curia romana llegan, al parecer, relativamente pronto. Ya en época tan temprana como el año 1119 encontramos las primeas medidas tomadas al respecto: una misión pontificia será enviada a Tolosa (Occitania) y el papa Calixto II emitirá sentencia de excomunión contra todos los herejes. No obstante, estas actuaciones resultarían prácticamente inefectivas.

La atención de los papas se centrará de forma más acusada en la heterodoxia cátara a partir de mediados del siglo XII, momento en el que nuevamente se realizará un seguimiento especial al *affaire* languedociano. Destaca en este contexto la misión ordenada por el papa Eugenio III a Bernardo de Claraval que llevó al monje cisterciense a recorrer Occitania en 1145. Antes de partir, fray Bernardo considera la posibilidad de encontrar un aliado en la persona del más poderoso de los señores del Midi, el conde de Tolosa, Alfonso Jordán, al que escribe en su carta:

> A pesar de mis múltiples enfermedades me pongo en camino hacia esta región predilecta entre todas, devastada por ese monstruo insólito y donde no se encuentra a nadie que le oponga resistencia e intente salvarla. Expulsado de toda Francia en razón de maldad, sólo ha encontrado esta región para acogerle: y he ahí que con toda tranquilidad, bajo su dominio, ha desencadenado su furia contra el rebaño de Cristo. Juzga tú mismo, príncipe ilustre, si ello conviene a tu honor [...].

Al parecer, la misiva tuvo su efecto y gracias a la intervención condal se cosecharon ciertos éxitos. La aristocracia tolosana siguió las recomendaciones de su señor y se mostró decidida a cooperar frente al avance de la herejía cátara. No obstante, la misión cisterciense por el Languedoc pronto rondará el fracaso. El siguiente destino importante,

el vizcondado de Albi, se presentará ante el futuro san Bernardo como un hueso duro de roer. El fraile comete una imprudencia y, como resultado de la misma, rozará incluso el ridículo ante la población local. Bernardo decide celebrar la eucaristía en la catedral de Albi, misa a la que solamente acudirán treinta feligreses. Pero Bernardo no se amilana. Deja pasar dos días y luego vuelve a entrar otra vez en la capital del vizcondado, esta vez con la compañía de un solemne pero, a la vez, austero cortejo. La acción da resultado y el asombrado populacho no puede evitar sentirse atraído por la sencillez mostrada por el sobrio monje cisterciense. Un astuto fray Bernardo empieza entonces a utilizar las mismas tretas que los perfectos cátaros e inicia su prédica por las calles y plazas de la ciudad. La respuesta de los creyentes es inmediata y los habitantes de Albi acuden en masa a escuchar el sermón del monje. Durante el desarrollo de su oratoria, Bernardo de Claraval se dedica a hacer un repaso del pensamiento disidente cátaro desmontando todos sus argumentos al compararlos con los dogmas católicos. Como por arte de magia, el verbo de Dios cobra fuerza a través de los labios del monje cisterciense, lo que parece hacer inclinar la balanza del lado católico. Era exactamente eso lo que precisaban los feligreses languedocianos, que alguien se aproximara a ellos para poner a Dios a su alcance. El populacho occitano necesitaba sentir la presencia de la divinidad y hasta ese momento únicamente los buenos hombres cátaros habían conseguido hacerlo. No obstante, ahora un austero monje católico tiraba por los suelos los principios cátaros, dando un giro copernicano a la situación inicial, y con sólidos argumentos conseguía iluminar las almas de los languedocianos mediante, como nos cuenta el cronista francés contemporáneo de la herejía, Geoffroy d'Auxerre, potentes sentencias del tipo: «¿Qué elegís, detestar la depravación herética?».

Las opulentas ciudades de Tolosa y Albi parecían haber sido reconquistadas por la ortodoxia católica. El éxito de estas dos batallas correspondía sin duda a Bernardo de Claraval. La victoria definitiva podía intuirse si únicamente orientamos la vista hacia esos resultados. Pero la realidad nos dice que habría que ser un ciego para no ver que hacía falta mucho más que el tenaz trabajo de un austero monje católico para conseguir eliminar este segundo contagio herético, especialmente el surgido en Occitania, el cual, como iremos desvelando, había arraigado mucho más incluso que los brotes heterodoxos del año 1000. En este contexto, Bernardo de Claraval no tardará en hallar la derrota, a pesar del mutismo que imperó por la época en la que se desarrollaron los acontecimientos. Incluso Geoffroy d'Auxerre prefiere guardar silencio al respecto, y se hizo necesario que se alcanzara la segunda mitad del siglo XIII, una época en la que la

herejía prácticamente había sido erradicada, para que otro cronista, el occitano Guillaume de Puylaurens, se atreviera a describirnos este primer fracaso del infalible abad de Claraval. El suceso tuvo lugar en el castel de Verfeil, población del condado de Tolosa, donde vemos a Bernardo nuevamente decir misa en un templo local. En esta ocasión, el fraile cargó en su homilía contra la nobleza local, cuyos miembros comenzaron a abandonar masivamente la iglesia. La aristocracia fue seguida por el resto de los asistentes, y quedó prácticamente solo fray Bernardo. Pero el monje cisterciense no se dejó impresionar por tales gestos de desprecio y siguió tras los pasos de estos perjuros continuando con su sermón. Ante el ímpetu del incansable sacerdote, quien no dejaba de recriminar la heterodoxia de los habitantes de Verfeil, estos acabaron por ocultarse en sus casas. Los pocos que quedaban aún en la calle se agolparon entonces en torno a Bernardo para escuchar mejor su prédica, pero resultaba casi imposible captar su mensaje entre el ruido provocado por las gentes ocultas en sus viviendas, las cuales no dejaban de vociferar y golpear puertas y ventanas. Finalmente, estos ciudadanos que parecían renegar de su fe católica consiguieron su objetivo y Bernardo de Claraval no pudo hacer otra cosa que darse por vencido, no sin antes pronunciar: «¡Verfeil, que Dios te deseque!». Sólo a partir de ese instante, el abad de Claraval comenzó a entender que si bien resultaba relativamente sencillo devolver a la ortodoxia a las grandes urbes del Mediodía, la dificultad estribaba en hacer llegar los dogmas católicos a las pequeñas localidades fortificadas de dicha región, auténticos bastiones para las ideas del catarismo. Será precisamente en estas poblaciones denominadas castels donde, gracias al apoyo de la baja nobleza occitana, se construirán las redes de la herejía cátara. No obstante, el monje cisterciense se muestra optimista y considera que los resultados obtenidos en las opulentas capitales languedocianas son un buen punto de partida desde el cual se podía conseguir el respaldo necesario para continuar combatiendo a la disidencia religiosa. El siguiente paso, por lo tanto, será escribir de nuevo a los tolosanos para así conseguir su apoyo.

Sin embargo, quedaba mucho por hacer aún en Occitania, trabajo que, en opinión de quien será santificado como san Bernardo, pasaba por continuar con la lucha dialéctica que, mediante el respaldo de los grandes señores del Midi y de las autoridades locales, pudiera enfrentar a los dogmas católicos con los principios dualistas. Y es que Bernardo había comprendido que el triunfo cátaro basaba su éxito principalmente en la reacción adversa del pueblo occitano frente a la Iglesia católica más que en su conversión en masa a la religión de los buenos hombres. El clero católico de Languedoc, al igual que

ocurría en el resto de la cristiandad occidental, no era capaz de transmitir el mensaje divino a sus feligreses.

Pero, no obstante, el Mediodía está, en palabras de Bernardo de Claraval, tan «seducido» que la misión predicadora se antoja larga y complicada, aunque también es cierto que estas tierras aún no han sido totalmente «tomadas» por el catarismo. Sin embargo, no es tan amplia la distancia necesaria para pasar de la simple atracción, que buena parte de los habitantes de Occitania manifiestan hacia la religión de los cátaros, a la conquista de todas las almas de esta región por parte de la heterodoxia dualista. El peligro era muy real y la Iglesia católica comenzaba de esta forma a ser consciente de ello. No había, por lo tanto, más tiempo que perder. Era preciso recuperar el espíritu de estos pobres cristianos y devolverlo a la ortodoxia. La situación que se vivía en esos momentos en Occitania aún permitía que el catolicismo lo consiguiera. Eso al menos pensaba su Iglesia.

La primera reacción oficial de la Iglesia será, como hemos podido observar, pacífica, es decir, la misión espiritual emprendida por fray Bernardo de Claraval en 1145. Tiempo habrá de emplear la violencia y prender de nuevo las hogueras. Pero, no obstante, el espíritu cruzado estaba presente desde bastante tiempo atrás, cuando tras la convocatoria que realizó Urbano II en 1095 se cosechara un atronador éxito en Tierra Santa gracias a la primera campaña de los ejércitos de la Cruz. A partir de entonces, los papas entienden que las huestes de Cristo pueden ser muy poderosas si combaten unidas bajo la bandera pontificia. La Santa Sede, por lo tanto, nunca descartará por completo la organización de una cruzada en el Occidente católico que garantice de nuevo la ortodoxia, especialmente Inocencio III, sumo pontífice sobre cuya figura no tardaremos en hablar.

Sabemos que la postura oficial de la Iglesia con respecto a la herejía será durante esos primeros años no violenta, pero, es preciso destacar que, no obstante, clero y autoridades locales, al parecer, no podrán controlar totalmente a las enfurecidas masas, seguramente azuzadas por las duras condenas emitidas contra los cátaros por estos mismos sacerdotes y nobles. Ejemplo de ello será la quema de algunos cátaros en torno a 1145 en tierras germanas, primero en Colonia y algo más tarde en Bonn.

Sin embargo, esa especie de relajación que, ante el programa inicial de enfrentamiento pacífico, exhibían la curia romana, el clero local occitano, así como,

especialmente, las autoridades laicas de Languedoc, provocará que la herejía vaya echando raíces en el Mediodía de la actual Francia. Cierto es que en el concilio celebrado en la ciudad francesa de Tours en 1163, la Iglesia católica continúa demostrando su inquietud ante la «amenaza maniquea», pero a pesar de que en este encuentro se tomarán de forma oficial medidas contra aquellos que apoyan la heterodoxia, es preciso destacar que estas no tuvieron prácticamente efecto alguno en Occitania. A partir de esta reunión de la curia eclesiástica, los llamados fautores de herejes, es decir, aquellas personas que aun siendo católicas ayuden a los sospechosos de disidencia religiosa, serán declarados cómplices de los crímenes heterodoxos, así como también recaerán las mismas culpas sobre todo noble o caballero que acoja herejes en sus tierras o incluso sobre cualquier ciudadano que realice intercambios comerciales con ellos.

Pero ¿por qué era necesario tomar estas medidas incluso contra verdaderos católicos? Por estos años, la tolerancia religiosa en Languedoc era un hecho probado. La mayor parte de los occitanos no veían nada malo en el credo practicado por sus conciudadanos cátaros. Pero no sólo se trataba de una cuestión de libertad religiosa, los habitantes del «moderno país» occitano disfrutaban también de privilegios inimaginables para sus vecinos, sobre todo para aquellos que se localizaban al norte de sus fronteras, los súbditos del rey de Francia. Las especiales características del Midi, sus habitantes, su aristocracia, así como el desarrollo de los acontecimientos allí vividos, dieron como resultado una región muy avanzada a su tiempo y muy diferente de la mayoría de las tierras europeas, tema complejo que, como tal, merece un capítulo aparte, el número 4 de esta obra.

La conquista de Jerusalén en el 1099 durante la Primera Cruzada simboliza el inicio de la presencia occidental en Tierra Santa, mientras que uno de los últimos vestigios de su estancia en esta área geográfica lo constituye Rodas. Palacio de los Grandes Maestres de la Orden del Hospital. Isla de Rodas, Grecia.

El tiempo pasa, por lo tanto, y un torrente cátaro circula por todo Languedoc hasta avanzar hacia el último cuarto del siglo XII. Por esa época, Raimundo V, conde de Tolosa, manifiesta su preocupación ante las cotas de éxito alcanzadas en sus tierras por los cátaros, a pesar de las muestras de tolerancia o, en su defecto, de pasividad exhibidas por la mayoría de sus súbditos. En consecuencia, continuando la obra de Alfonso Jordán, su padre y predecesor en el trono condal, Raimundo, se mostrará dispuesto a colaborar para preservar la fe católica. En este contexto, Raimundo V se pondrá en contacto con el nuevo abad de Claraval, Enrique de Marcy, sucesor de Bernardo, mostrándole su apoyo y animándolo para que siga los pasos del fraile cisterciense. La habilidad diplomática del monje lo lleva a buscar el respaldo de las monarquías inglesa y francesa, cuyos reyes eran probados defensores de la ortodoxia católica. Sin embargo, la colaboración de Inglaterra y Francia resultará ser escasa: solamente participaron en la organización del envío de dos misiones eclesiásticas a Occitania. Al parecer, estos dos reinos estaban más preocupados por combatir el uno con el otro por el control de la

costa atlántica de la actual Francia que por los peligros que para toda la cristiandad podía suponer el triunfo del catarismo. Enrique II de Inglaterra enviará en 1178, en la primera de estas misiones, a dos de sus prelados, los obispos de Poitiers, en la Aquitania inglesa, y de Bath, ciudad del sur de Inglaterra, quienes, junto al legado gascón Pedro de Pavie, pocos éxitos cosecharán en Occitania. La incursión de estos frailes en tierra hostil logrará únicamente excomulgar al vizconde Roger II Trencavel por encerrar en prisión a su obispo.

No serán las únicas actuaciones estériles de la Iglesia católica frente a la herejía. En 1179 tendrá lugar el Tercer Concilio ecuménico de Letrán, sínodo que únicamente servirá para confirmar las condenas aplicadas en el Concilio de Tours de 1163. Entre tanto, el cisterciense Enrique de Marcy, ya como cardenal, organizará la que se considera la primera expedición militar contra la herejía, una operación de castigo contra el vizconde Roger II. En este contexto, una pequeña hueste iniciará en 1181 el sitio al castel de Lavaur, una pequeña fortaleza albigense. Nos sorprenderá saber que únicamente se refugiaban allí dos perfectos cátaros, los cuales, finalmente, acabaron por entregarse y abjurar de su fe. El posterior arrepentimiento de Roger II completó el relativo y escaso éxito de las tropas de Enrique de Marcy. Pero un dato nos llama poderosamente la atención: toda la población de una villa fortificada como Lavaur ha puesto en riesgo su vida por acoger solamente a dos herejes. Costó dar el primer paso para emprender la acción armada. No hay duda de que si los dos herejes no hubieran acabado en manos del pequeño ejército cruzado, se habría atacado Lavaur sin ningún tipo de compasión. Enrique de Marcy no habría hecho distinción entre cátaros y católicos: todos habrían sido pasados a cuchillo si hubiera sido necesario.

De boca del impetuoso cardenal, salen las siguientes palabras cuando habla de la herejía en Languedoc: «gozan de tal libertad que nos señalan con el dedo, en las calles y en las plazas, gritando porfiadamente que nosotros somos los apóstatas, nosotros los hipócritas, nosotros los herejes [...]». Ya en 1178 se propuso a Enrique de Marcy para ocupar la sede episcopal de Tolosa, pero el abad de Claraval, sabiendo que la causa católica occitana estaba perdida, intentó evitar su nombramiento a toda costa y, de esta forma, librarse de la imposible tarea de devolver estas tierras a la ortodoxia de manera pacífica. Para esquivar dicho cargo eclesiástico, llegó incluso a escribir al papa Alejandro III y al rey de Francia, Luis VII, además de buscar apoyos entre los monjes cistercienses. En opinión de Enrique de Marcy, sólo quedaba la opción de las armas. Ese

era precisamente el tipo de personalidades que la cristiandad necesitaba para poder salvar su fe. Enrique de Marcy tan sólo era cardenal, pero poco faltaría para que Inocencio III, otro purpurado con un fuerte carácter, ocupara el trono de san Pedro con tan sólo treinta y ocho años de edad. El vigor juvenil del enérgico Inocencio III daría nuevos bríos a la lucha contra la herejía. A las puertas del siglo XIII, por lo tanto, la idea de organizar una cruzada para acabar de raíz con el problema cátaro comienza a gestarse de forma seria.

Un primer conato de cruzada tuvo lugar algo antes de que se desarrollaran los acontecimientos de Lavaur. El suceso en cuestión ocurrió cuando, en 1163, el papa Alejandro III instó al conde Raimundo V para que organizara una expedición militar contra sus propios súbditos tolosanos. Los miedos de Alejandro III tenían su razón de ser, ya que acababa de arribar a las costas del señorío occitano de Montpellier tras su obligada huida de las garras de su enemigo, el emperador Federico I Barbarroja. Allí acudieron a recibirle el conde de Tolosa, el vizconde de Carcasona, Béziers y Albi, Raimundo Trencavel y la vizcondesa Ermengarda de Narbona; a través de ellos, el sumo pontífice tuvo conocimiento de la herejía cátara que imperaba en sus tierras. En cuanto a lo que a la tentativa de cruzada se refiere, cabe decir que Raimundo V se limitó únicamente a enviar una misión de clérigos al frente de la cual colocó al legado Pedro de San Crisóbono. Acompañaban a este los arzobispos de Narbona (Occitania) y Bourges (Francia), junto a otros representantes eclesiásticos. El conde de Tolosa ni tan siquiera facilitó escolta militar a la comitiva clerical. ¿Tal vez evitó Raimundo V que gentes de armas que portaran su escudo condal fueran vistos acompañando al odiado clero católico? Puede que no quisiera cargar con las culpas de las actuaciones de los legados eclesiásticos que sin duda recaerían sobre su persona. Finalmente, ante las lógicas carencias de aptitudes oratorias de los prelados católicos, no podemos afirmar que el resultado de esta misión fuera más negativo del que se pudiera esperar. El influyente Pierre Mauran fue capturado en Tolosa y se condenó a este anciano hereje a realizar tres años de peregrinación a Tierra Santa para redimir sus pecados. Pero la falta de una escolta estuvo a punto de que al cortejo eclesiástico le costara caro realizar esta exhibición de poder a su paso por Tolosa. Cuando el pobre Mauran estaba recibiendo su penitencia pública por las calles de la capital tolosana en forma de latigazos, la multitud presente no linchó de milagro a los prelados. El hereje, a pesar del inhumano castigo que recibía, logró evitarlo suplicando al populacho que no causara ningún daño a los clérigos católicos.

Como vemos, los poderes temporales occitanos eran incapaces de colaborar con las autoridades eclesiásticas para construir diques que frenaran el empuje cátaro. Pero ¿qué estaba pasando por esos mismos años con los otros focos heréticos de Europa occidental? La monarquía francesa y el emperador germánico, soberanos de las otras regiones donde se desarrollaron, junto con Occitania, los demás brotes heterodoxos, es decir, el norte de Francia, Renania y la Italia septentrional, no darán tregua a los cátaros, a los cuales perseguirán de forma efectiva en las tierras bajo su jurisdicción. Sin embargo, en los Estados de Languedoc, los cátaros practicaban su culto con total libertad. En Francia y en tierras del poderoso Sacro Imperio las autoridades reaccionaron de forma rápida y efectiva. Mientras que en el resto de Europa los herejes eran perseguidos y quemados, en los condados y vizcondados independientes de Occitania no sólo eran tolerados, sino que además su doctrina contaba con un elevado número de seguidores. Las principales causas del triunfo del catarismo en Languedoc serán estudiadas en el cuarto capítulo, y destacan entre ellas el carácter moderno y liberal de Occitania, su inestabilidad política, la ineptitud de su clero católico y el singular atractivo de esta religión dualista.

No obstante, todo lo anterior no significa que para los poderosos soberanos de Francia y Germania fuera fácil acabar con la herejía. Los emperadores germánicos necesitaron hacer frente a los cátaros desde época muy temprana. Ya en 1125 estallan en tierras milanesas revueltas de creyentes dualistas que acabarán haciéndose con el control de algunas villas, como Concorezzo. Del mismo modo, los habitantes de Rimini, ciudad de la región de Romaña, conseguirán boicotear la aplicación por parte de las autoridades locales de las disposiciones dictadas por el Concilio de Verona (1184) que estudiaremos en el próximo párrafo. Para ilustrar aún más las dificultades a las que se enfrentaba el papado y el emperador germánico en tierras transalpinas, basta comentar el resultado obtenido en 1205 por las elecciones municipales de Viterbo, localidad bajo jurisdicción de la Santa Sede, donde representantes del catarismo alcanzaron un gran éxito. A pesar de todo, es preciso reconocer la ardua labor de los reyes francos y emperadores germánicos en su lucha contra la herejía, donde, ya alcanzado el siglo XIII, en época de la Cruzada albigense, los focos cátaros de sus Estados no brillarán con la misma luz como lo hacían en Languedoc.

El papa Lucio III tratará en 1184 de dar nuevos impulsos a la lucha contra las herejías tan bien llevada por el emperador Federico I y Felipe II de Francia. Para ello

celebró un concilio en Verona, donde se estableció que la nobleza de aquellos lugares en los que habitaban valdenses y, especialmente, los peligrosísimos cátaros, se debería comprometer a ejecutar las sentencias que las autoridades eclesiásticas dictaran. La no cooperación de la aristocracia de Occidente, incluso la no participación en las labores de investigación emprendidas contra los herejes, implicaría la excomunión y pérdida de sus bienes y privilegios. A su vez, los poderes temporales se comprometían mediante juramento a denunciar frente a su obispo o los legados pontificios a todos aquellos súbditos que fueran sospechosos de herejía. Se decretó, además, que los obispos locales debían visitar personalmente todas y cada una de las ciudades y localidades bajo su jurisdicción al menos dos veces por año, para, de esta forma, asegurarse de que ningún delito heterodoxo permaneciera indemne, o incluso para evitar, de esta forma, que los fautores de herejía pudieran escapar. El castigo de los primeros lo constituiría una dura penitencia pública, en el caso de que abjuraran de su fe, o la hoguera, en el caso de que no desearan volver a la ortodoxia católica o de que fueran reincidentes. La pena impuesta a los segundos sería la excomunión y, por lo tanto, la pérdida de todos sus bienes y posesiones.

En ocasiones, se ha podido considerar, como consecuencia de las duras medidas tomadas en Verona, que el establecimiento de la Inquisición tuvo lugar en el concilio de 1184. Cierto es que este sínodo estableció algunas bases que posteriormente serían utilizadas para poder llevar a cabo de forma más eficaz la persecución del hereje, como lo constituye el hecho de que soberanos y nobles de los Estados de Europa occidental debían, a partir de entonces, participar más activamente en la lucha contra la heterodoxia si no deseaban ser excomulgados. Pero también es verdad que la auténtica represión contra la disidencia religiosa solamente pudo desarrollarse a partir del siglo XIII, cuando los procesos contra los herejes pasaron a ser dirigidos por clérigos que no tenían otra tarea que esta, es decir, por los inquisidores dominicos. Entre la celebración del Concilio de Verona (1184) y la creación del Tribunal de la Santa Inquisición (1231), la caza del hereje sería una actividad desorganizada y poco efectiva.

Tiempo habría, por lo tanto, para que la cristiandad fuera acostumbrándose a ver cómo se prendían hogueras en las que ardían aquellos que se atrevieran a dudar de los dogmas del catolicismo. ¿Qué mejor ejercicio para aplicar nuevamente la violencia que reemprender la lucha contra el infiel musulmán? Un acontecimiento marcaría al Occidente católico cuando éste todavía no acababa aún de despertar del todo de la

resaca provocada por el Concilio de Verona. La caída de Jerusalén en manos de los musulmanes acaudillados por Saladino, acontecimiento que tuvo lugar el 2 de octubre de 1187, supondría una tragedia para el mundo cristiano y provocaría una nueva convocatoria de cruzada por parte de la Santa Sede. Sería la tercera de estas expediciones militares que llegara a Oriente, pero esta vez habría algo distinto, pues tres de los principales soberanos de Europa, Felipe II Augusto de Francia, Ricardo I de Inglaterra y el emperador germánico Federico I, partirían personalmente hacia las costas de Palestina con el objetivo de recuperar la ciudad de Cristo. Sin embargo, la cruzada lograría escasos éxitos. Federico I Barbarroja pereció ahogado en 1190 y, de los tres líderes iniciales, ya sólo quedaban Felipe II Augusto y Ricardo Corazón de León, acérrimos enemigos en suelo europeo, pero que en esos momentos pactaron una tregua para aunar esfuerzos y, de esta forma, conseguir la toma de San Juan de Acre el 12 de julio de 1192. Este puerto mediterráneo constituía un estratégico puesto avanzado muy importante de cara a sitiar Jerusalén, el objetivo último. Pero a pesar de estar tan cerca de alcanzar las murallas de la ciudad sagrada, las viejas querellas existentes entre los dos monarcas pronto surgirían de nuevo y sus ejércitos acabarían por separarse. Felipe Augusto partió raudo a Francia con el único deseo de lanzar una ofensiva contra las posesiones inglesas en suelo continental europeo, la cual, ante la ausencia de Ricardo, que continuaba combatiendo a Saladino en Tierra Santa, podía resultar definitiva. Pero ni tan siquiera la Providencia complacería los deseos del rey inglés y, en consecuencia, éste no conseguiría tomar la ansiada Jerusalén.

Las flores de lis constituyen el emblema de los Capetos, dinastía francesa que en la Edad Media aportó grandes reyes como Felipe II Augusto (1180-1223), Luis IX el Santo (1226-1270) o Felipe IV el Hermoso (1285-1314). La figura de estos tres soberanos queda aún más encumbrada si tenemos presente que la historiografía los considera como los precursores de la monarquía absoluta, la forma de gobierno que predominaría en Europa a lo largo de la Edad Moderna. En la imagen, vidriera con el escudo real francés.

Esta era la situación política que vivía Europa a las puertas del siglo XIII: sus soberanos más poderosos ni siquiera eran capaces de ponerse de acuerdo para satisfacer al papado y combatir contra aquellos que no practicaban la religión católica. Pero pronto un nuevo papa aspirará a ser no sólo el líder espiritual de la cristiandad, sino que además su deseo será llegar incluso a erigirse en caudillo político de Occidente, de forma que todos los poderes temporales que dominan la Europa feudal se sometan a su autoridad. Es la hora del papado universal, una idea que fue iniciada por Gregorio VII (1073-1085). El papa que encajaba en este modelo arquetípico de sumo pontífice que deseaba vincular a los Estados de Europa a la Santa Sede por el ritual feudal del homenaje, no era otro que Inocencio III, cardenal que estaba a punto de alcanzar la sede papal a finales del siglo XII.

Los ánimos se habían caldeado mucho un tiempo atrás, cuando el cesaropapismo del que hizo gala Federico I Barbarroja llevó a un patente debilitamiento del pontificado a lo largo de la segunda mitad del siglo XII. El enérgico emperador germánico fue un

auténtico azote para las ricas ciudades del norte de Italia que eran partidarias del papa, las urbes de los denominados güelfos, al tiempo que se mostró como un poderoso aliado de las ciudades de esta región que deseaban liberarse del yugo de los Estados pontificios, aquellas donde habitaban los gibelinos hostiles a Roma. El pulso mantenido fue en ocasiones muy violento, algo que sin duda no beneficiaba a ninguna de las partes en conflicto, ya que la situación anárquica que derivaba de este enfrentamiento permitía el afianzamiento de la herejía cátara en el área transalpina. Finalmente, los dos líderes, papa y emperador, Lucio III y Federico I respectivamente, llegarían a un consenso: a partir de ahora deberían desarrollar una actuación conjunta para acabar con la disidencia religiosa. Fruto de este acuerdo se firmarán los decretos del Concilio de Verona (1184) y sólo entonces la lucha contra la herejía cobrará nuevos bríos. La aceptación por parte de Federico I de participar en la Tercera Cruzada parecía sellar la paz definitiva entre el Sacro Imperio y el papado. El anciano emperador alemán no retornaría de esta expedición a Oriente y sería sucedido por su hijo, Enrique VI, soberano que tampoco viviría demasiado tiempo, lo que no impidió que no llegara también a un buen entendimiento con el papado. En este contexto, el 15 de mayo de 1196 sellaba un acuerdo con el papa Celestino III para reemprender la acción conjunta contra la herejía. La docilidad del nuevo emperador y su temprana muerte, acontecida el 28 de septiembre de 1197, allanarían el camino que permitiría el glorioso ascenso del siguiente obispo de Roma. Celestino III abandonaría este mundo el 8 de enero de 1198 y Lotario de Segni accedería ese mismo año al solio pontificio con el nombre de Inocencio III. El joven cardenal había sido elegido en el cónclave por los demás purpurados electores debido, sin duda, a sus conocidas virtudes. Aptitudes que eran muy necesarias en esos tiempos en los que se hacía preciso erradicar por completo la herejía cátara. Se trataba de un clérigo impetuoso pero inteligente, con una fuerte personalidad, un trabajador incansable que despreciaba el lujo y la ostentación de la que acostumbraba a hacer gala el corrupto clero católico. En definitiva, un austero cardenal fanático defensor de la fe y la ortodoxia católicas. La figura que la cristiandad precisaba en esos difíciles momentos en los que sus cimientos podían empezar a tambalearse si la afianzada presencia cátara en Occitania acaba por extender sus redes a otras áreas de Europa con la misma fuerza con la que esta había arraigado en el Midi. Sólo ahora podría iniciarse la persecución eficaz contra la herejía.

El mayor logro obtenido durante la Tercera Cruzada fue la toma de San Juan de Acre por parte de los ejércitos de Ricardo Corazón de León y Felipe II Augusto. Los reyes de Inglaterra y Francia coordinaron exitosamente sus fuerzas para hacer caer este importante puerto mediterráneo muy próximo a Jerusalén. Merry-Joseph Blondel, *Felipe II, Acre entregada a Felipe Augusto y a Ricardo Corazón de León* (detalle), s. XIX. Palacio de Versalles, Francia.

Inocencio III no se dormirá en los laureles y nada más acceder a la sede papal decretará que los bienes de todos los heterodoxos sean confiscados, también serán excluidos de la participación en los concejos y en las elecciones municipales, así como tampoco podrán ocupar puestos en la administración. Pero estas medidas, de obligado cumplimiento también en Occitania a partir de julio del año 1200, no serán efectivas sin la cooperación y la actuación conjunta de las autoridades locales laicas y eclesiásticas. En el norte de Italia y Alemania, tierras pertenecientes al Sacro Imperio, el buen entendimiento entre unos y otros dará sus frutos, ya que los emperadores sucesores de Barbarroja continuarán persiguiendo de forma eficaz a los cátaros. Estas actuaciones se extenderán también por el, en esas fechas, pequeño reino de Francia, donde los monarcas de la dinastía capeta gobiernan con autoridad sus dominios. Resulta curioso que incluso el papa se vea obligado a intervenir para apaciguar el celo de las autoridades francesas e imperiales, que con tanto odio se empleaban contra los cátaros. En Occitania, en cambio, las medidas no parecen surtir efecto e Inocencio III necesita emplearse a fondo allí. Para ello envía a la región a sus propios legados. Las dos primeras misiones, las de Raniero de Ponza (1198) y Juan de Saint-Prisque (1199), no

darán los resultados esperados. Algo que no puede ser admitido por el impetuoso papa. Por esa razón, Inocencio III enviará en 1203 a esta tierra de herejes a dos hermanos de la abadía cisterciense de Fontfroide, Raúl de Fontfroide y Pedro de Castelnau. La Santa Sede acudía de nuevo a la desesperada a la Orden del Císter, como ya hiciera allá por el año 1145. La importancia dada a esta nueva misión quedará demostrada cuando en 1204 se incorpore a la misma Arnaldo Amaury, el abad del Císter en persona y por lo tanto líder absoluto de esta orden monástica. Los tres monjes pronto intentarán recuperar el tiempo perdido y el terreno cedido ante la herejía en Occitania. En opinión de los cistercienses, nada positivo se podía esperar de la actuación del clero occitano frente a la herejía cátara, de hecho, casi podemos decir que su intervención en este sentido era prácticamente inexistente. Por ello, para Inocencio III y sus legados cistercienses los únicos culpables de que la heterodoxia hubiera hecho mella en Languedoc no eran otros que los obispos occitanos. No podía ser de otra forma. ¿Cómo se justifica entonces que en otras regiones la herejía apenas hubiera penetrado? Y en aquellas zonas en las que había surgido la disidencia religiosa, ¿cómo se explica que excepto en Languedoc esta se estuviera consiguiendo erradicar de forma efectiva? El papa lo tenía también claro al respecto: las autoridades laicas occitanas no se habían empleado a fondo para acabar con la heterodoxia, al contrario de lo que ocurría en Francia y en tierras germánicas. Buena parte de la alta y baja nobleza de Languedoc simulaba reprender a los herejes cátaros pero, en realidad, en muchas ocasiones ni siquiera se molestaban en fingir al respecto.

Se inició la construcción de la catedral de Pisa con parte del botín conseguido por esta república italiana en 1063 tras derrotar a los musulmanes en Sicilia. Siglos después Federico II heredaría en 1198 el reino de Sicilia y posteriormente

también el Sacro Imperio Romano Germánico. Federico II (1215-1250) acabaría alzándose como un firme defensor de la causa gibelina, al igual que años antes había hecho su abuelo, Federico I Barbarroja.

Las actuaciones de los cistercienses giran, por lo tanto, en torno a la cuestión del alto clero occitano. En este contexto, Guillermo de Roquesel, el obispo de Béziers, vizcondado bajo la jurisdicción de la familia Trencavel, dinastía entre la cual se encontraba el excomulgado Roger II, será reemplazado de su puesto por Ermengaud, abad cisterciense de la localidad occitana Saint-Pons. También resultará sencillo cesar de sus funciones al obispo de Tolosa, Raimundo de Rabastens, mediante una acusación de simonía, delito de corrupción eclesiástica, y por ser considerado simpatizante de los cátaros. Arnaldo Amaury designará para suplir la vacante dejada por Rabastens al cisterciense Fulco de Marsella, que se unirá al resto de su equipo de confianza en la misión por tierras occitanas, junto a Raúl de Fontfroide y Pedro de Castelnau. Asimismo se ejercerá la presión necesaria sobre otros corruptos miembros del alto clero occitano, tales como el obispo de Viviers y el arzobispo de Narbona, para que también abandonen el ejercicio de sus funciones. El primero de ellos no mostrará demasiada resistencia a los deseos de Amaury, pero el segundo, el ostentoso arzobispo Berenguer, no será presa fácil y se mostrará reticente a abandonar la opulenta sede eclesiástica de Narbona. Berenguer, de forma sorprendente, llegará a conseguir que el mismo papa interceda por él para evitar su cese, por lo que finalmente mantendrá el prestigioso cargo.

Plaza de la Signoria. Florencia, Italia. Un buen ejemplo del conflicto entre güelfos y gibelinos lo constituye esta plaza florentina, ciudad en la que la pugna entre ambos partidos se prolongaría hasta alcanzarse la segunda mitad del siglo XIII. Tras la victoria güelfa obtenida en Benevento (1266) la plaza de la Signoria comenzaría a adquirir el aspecto actual con la destrucción de los edificios gibelinos.

Como vemos, la misión dirigida por los cistercienses de Arnaldo Amaury parecía ir viento en popa. No obstante, mucho trabajo quedaría aún en manos del legado pontificio. El primer paso había sido dado: deshacerse del corrupto alto clero de Languedoc. Pero quedaban aún muchos temas pendientes. Entre ellos, estrechar el cerco sobre la aristocracia languedociana que brindaba su apoyo al catarismo, o bien no hacía nada por combatirlo. También era necesario iniciar la predicación entre el pueblo llano de Occitania, como ya hiciera cincuenta y nueve años atrás Bernardo de Claraval. Arduas misiones, por lo tanto, para el equipo cisterciense.

La predicación cisterciense en tierras occitanas se antojaba especialmente complicada si atendemos a lo que nos indica hacia mediados del siglo XIII el dominico Étienne de Bourbon con respecto al lujo del que hacían gala sus legados:

> Cuando los legados [...] fueron enviados al país de los albigenses [...] iban escoltados por cabalgaduras llevando sus vestiduras y todo cuanto se precisa en la vida, y, cuando predicaban, los cátaros se alzaban contra ellos denunciando

> las arrogancias y la mala vida de los católicos, la corrupción del clero y de los religiosos. Los perfectos decían de ellos: véase cómo esos caballeros predican al Cristo que iba a pie, cómo en su lujo, celebraban su pobreza y envueltos en honores, su abyección [...]

Alcanzado el siglo XIII, ni tan siquiera los monjes del Císter seguían el ejemplo de san Bernardo. De esta forma los cistercienses podían ganar la batalla frente al alto clero y la nobleza occitana, pero sin duda no lograrían convencer al pueblo llano de la región, cansado de ver cómo el ostentoso clero católico estaba más preocupado por hacer inventario de sus bienes y riquezas que por dar un sermón que pudiera ser comprendido por todo el mundo.

¿Qué nuevas aventuras correrían los legados papales en Occitania? Occitania, Languedoc, el Midi o Mediodía, nombres todos ellos que describen una única región, ubicada entre las posesiones continentales del poderoso rey de Inglaterra, la Francia de los Capetos y la emergente Corona de Aragón. Un país, podríamos decir, muy diferente del resto de Estados que conformaban el marasmo de territorios de la Europa feudal. Adentrémonos pues en estas especiales tierras donde la libertad era un concepto de obligado cumplimiento para todos los niveles de su sociedad. Las principales causas del triunfo del catarismo en Languedoc pueden resumirse en cuatro: el carácter liberal de la región occitana, el ambiente caótico creado como consecuencia del conflicto entre Barcelona y Tolosa, las carencias de la Iglesia católica de la época y el singular atractivo de la doctrina de los buenos hombres. Asuntos todos ellos que trataremos a continuación.

4

Los albigenses y la Occitania bajomedieval

La Occitania libre

En la época de la herejía cátara, a lo largo del siglo XII y comienzos del XIII, Languedoc era una región formada por numerosos señoríos. La mayoría de estos territorios estaban sometidos a la influencia de la casa condal de Barcelona o, en su defecto, se situaban bajo la égida de la dinastía de los condes de Tolosa. En cualquier caso, se trataba de feudos semiindependientes que rendían homenaje a uno u otro conde, Estados miembros de la Corona de Aragón o territorios patrimoniales de la heredad tolosana. Es preciso destacar al respecto que incluso el condado de Tolosa, el más poderoso de los dominios occitanos que disputaba a Cataluña la hegemonía política languedociana, acabó por reconocer en las postrimerías del siglo XII la supremacía barcelonesa en el país del Mediodía, como podremos comprobar en el siguiente punto.

Para estos múltiples señoríos occitanos, pertenecer de facto o ser un dominio orbital de una confederación de Estados tan liberal como la Corona de Aragón, donde cada territorio conservaba su autonomía, leyes, usos y costumbres y, en definitiva, su propia identidad, resultaba mucho más ventajoso que formar parte de un reino con marcadas tendencias centralizadoras y cuyo destino no era otro que el de la monarquía absoluta, caso de la emergente Francia de Felipe II Augusto (1180-1223) y sus sucesores. Si a ello le añadimos el hecho de que el señor principal de todo este marasmo de reinos, condados, vizcondados y demás señoríos hispánicos y languedocianos, es decir, el rey de Aragón, se encontraba frecuentemente inmerso en sus asuntos ibéricos, donde a buen seguro los musulmanes de la frontera sur lo mantendrían bien ocupado, llegaremos a la misma conclusión: la mejor opción para los territorios independientes occitanos era situarse bajo la protección que les otorgaba el reconocerse vasallos de este gran monarca. Esta especial situación que vivía Occitania fue sin duda ampliamente aprovechada por el

catarismo, cuya herejía se desarrolló en unas tierras donde no existía un poder central firme que pusiera freno al empuje de las heterodoxas corrientes dualistas. Como bien sabemos, mientras que en el resto de Europa los disidentes religiosos eran perseguidos y quemados, en Languedoc el catarismo gozaba, en la práctica, de plena libertad de acción. Y no es que los brotes heréticos del siglo XII hubieran arraigado únicamente allí. El catarismo también provocó muchos quebraderos de cabeza a los emperadores germánicos y a los reyes de Francia, pero, no obstante, en estas otras regiones no se les dio a los nuevos «maniqueos» la oportunidad para que su doctrina llegara a alcanzar el elevado número de adeptos cosechado en el Mediodía, ya que fueron sometidos a una dura represión por parte de las autoridades temporales y eclesiásticas.

Enrique II Plantagenet era por herencia rey de Inglaterra, duque de Normandía y conde de Anjou, así como duque de Aquitania por matrimonio. Excepto Inglaterra, todas estas posesiones territoriales se encontraban en suelo continental europeo y antaño habían formado parte del reino carolingio, motivo por el cual esta dinastía de monarcas británicos poseía en el área en cuestión dominios más extensos incluso que los del rey de Francia, a quien, teóricamente, debían prestar vasallaje. En la imagen, torre del palacio Westminster, residencia de los reyes ingleses medievales.

Tras el desmembramiento del Imperio carolingio en el siglo IX y con la aparición del sistema feudal, incluso el antiguo reino de los francos quedará dividido en innumerables señoríos, destacando entre ellos Occitania, región compuesta por múltiples condados y vizcondados. Los condes de Barcelona iniciarán en el siglo XI una política de alianzas matrimoniales que unirá a los miembros de su familia con las principales dinastías del Mediodía, asegurándose de esta forma derechos sucesorios sobre esos señoríos. Pero la relación de Cataluña con Occitania iría más allá e incluso se llegaría a obtener el vasallaje de muchos condados y vizcondados de esta región. Sirva de ejemplo el homenaje que el conde de Barcelona, Alfonso I el Casto (1166-1196), rey a su vez de Aragón con el nombre de Alfonso II, recibió por parte del conde de Bearn y los vizcondes de Bigorra, Narbona, Nimes y Béziers. En la imagen, bandera de Occitania.

En Occitania, en cambio, la tolerancia religiosa a lo largo del siglo XII es un hecho probado y, desde cierto punto de vista, entendible, sobre todo si tenemos presente que al alcanzar el catarismo un gran número de seguidores, la probabilidad de que cualquier noble católico tuviera parientes o amigos en la herejía era muy alta. Esto sin duda frenaba a las autoridades laicas locales a la hora de tomar las medidas necesarias para preservar la ortodoxia. Buen ejemplo de ello lo constituye la acusación como fautores de herejes que fue emitida por la Santa Sede a principios del siglo XIII contra los más grandes de los señores occitanos: Raimundo-Roger, vizconde de Béziers, Carcasona, Albi y Razes; Raimundo-Roger, conde de Foix; y Raimundo VI, conde de Tolosa. Poderosos y ricos aristócratas languedocianos estos que, ciertamente, se habían mostrado inoperantes ante el desarrollo del catarismo. Pero esta osadía tendría duras consecuencias para sus opulentos dominios, ya que todos ellos serían condenados por el papa Inocencio III y sus tierras acabarían siendo purgadas de herejes a partir de 1209 mediante la actuación destructiva de los ejércitos cruzados.

En Occitania, entre esta alta aristocracia destacaban las dos poderosas dinastías que, como sabemos, se repartían el control de su territorio: la casa de Barcelona y el linaje tolosano originario de la ciudad de Saint-Gilles.

Los condes de Barcelona eran, en el siglo XII, príncipes de Cataluña y reyes de Aragón, así como titulares del condado occitano de Provenza, en la Costa Azul de la actual Francia. El dueño de todas estas tierras poseía además en el Midi el vasallaje de los condados de Foix y Bigorra, así como el del vizcondado de Bearn, estratégicos territorios éstos ubicados en la cara norte de los Pirineos y que, por lo tanto, quedaban enmarcados entre los dominios de Cataluña y Tolosa. No obstante, los reyes de Aragón aspiraban a controlar directamente un mayor número de señoríos languedocianos. En este contexto, es preciso mencionar la alianza matrimonial que a través de la boda, acontecida en 1204, entre Pedro II El Católico y María de Montpellier permitirá a partir del siglo XIII hacer hereditaria para sus reyes la posesión de esta ciudad-estado, principal centro del comercio marítimo occitano. Sin embargo, la ambición de los reyes aragoneses les hacía no sólo mirar hacia el norte. Sus monarcas dirigían la atención también al sur, donde anhelaban conquistar el levante hispano, territorio plagado de populosas y ricas ciudades islámicas, como la fastuosa Valencia, buena parte de las cuales, hasta alcanzarse el segundo cuarto del siglo XIII, quedaban bajo dominio almohade, el poder mahometano predominante en al-Ándalus desde mediados de la centuria XII.

Los almohades construyeron un imperio que se extendía desde Libia hasta Lisboa y desde Níger hasta Zaragoza. Los belicosos almohades controlaron entre los años 1147 y 1212 la mitad sur de la península ibérica, motivo por el cual constituían una de las principales preocupaciones de los monarcas cristianos. En la imagen, Minarete Koutoubia construido por los almohades en su capital. Marrakech, Marruecos.

En paralelo a la dinastía barcelonesa, los condes de Tolosa habían formado uno de los Estados más prósperos de la Europa bajomedieval, siendo incluso sus territorios más amplios en extensión que el reino de Francia hasta bien entrado el siglo XIII. La casa de Saint-Gilles, además de poseer el condado de Tolosa, era dueña de los condados de Armañac, al oeste de la capital; Agenais, al noroeste de la misma; Quercy, al norte; Rouergue, al nordeste; y Vivarais, al este del anterior dominio; así como del marquesado de Provenza, al este de Tolosa, también conocido como condado de Venaissin. Es decir, la familia condal tolosana poseía en tierras el equivalente a una quincena de departamentos actuales (división territorial administrativa) de la república francesa sobre un total de cien. En época de Raimundo VI (1194-1222), los condes de Tolosa contaban entre sus vasallos a los miembros de la familia Trencavel, la tercera de las dinastías más poderosas que poseía dominios en Occitania, quedando bajo su señorío los suntuosos vizcondados de Carcasona, Béziers, Albi y Razes, todos ellos localizados al este de Tolosa. Del mismo modo, el vizconde de Narbona también rendía homenaje al

conde de Tolosa por la posesión de un pequeño territorio que quedaba completamente rodeado por los dominios de la dinastía Trencavel, un señorío de escasa extensión, pero cuyo arzobispado atesoraba un considerable poder e influencia. El conde de Comminges se declaraba, asimismo, feudatario de Tolosa, siendo señor de las tierras localizadas entre Foix y Bigorra, condados éstos vasallos de Aragón.

Este era el «país tolosano». Un extenso y rico territorio. Pero sólo en apariencia, una potencia política. La realidad pronto mostraría que Tolosa era únicamente un gigante con pies de barro.

Es preciso destacar que la relación de vasallaje a la que los señoríos occitanos mencionados estaban sometidos por parte del conde de Tolosa o el rey de Aragón era muy laxa. Es más, la presencia de inexpugnables fortalezas montañosas en estos territorios feudatarios permitía a sus dueños, aún en mayor medida, actuar por su propia cuenta y riesgo, de manera que en el caso de que fuera necesario, estos señores occitanos podían cobijarse al amparo que les brindaban tales bastiones. En este contexto, hacia finales del siglo XII encontramos en el Mediodía varios vizcondados, casos de Nimes, Agde, Montpellier, Narbona, Carcasona, Béziers, Albi y Razes, en los que los vizcondes desafiaban la autoridad del conde de Tolosa como señor feudal de sus territorios. Pero los problemas del conde tolosano con sus feudos no finalizaban aquí. La relación de vasallaje también era muy débil o prácticamente inexistente con respecto a los condados de Comminges y Foix. Es más, no podemos dudar del poder real que el conde poseía sobre Tolosa y los condados de Venaissin, Quercy, Agenais y Rouergue, pero lo cierto es que incluso aquí los sucesores del gran señor de Saint-Gilles, Raimundo IV (1093-1105), encontraban dificultades para ejercer un gobierno efectivo. La lujosa Tolosa se había convertido en una especie de república urbana en la que la autoridad condal quedaba muy mermada al darse la existencia de un gobierno compartido con los cónsules. Hacia finales del siglo XII, estos representantes del pueblo tolosano eran elegidos anualmente por todos los hombres y mujeres de la capital, una clara muestra del carácter progresista del moderno país del Mediodía. La ciudad de Tolosa sería pionera en este aspecto y no tardaría en contagiar sus sueños de libertad a Montauban, Saint-Antonin, Gaillac y Muret, villas languedocianas que alcanzarían sus propios gobiernos consulares antes de que tuviera lugar la Cruzada albigense (1209).

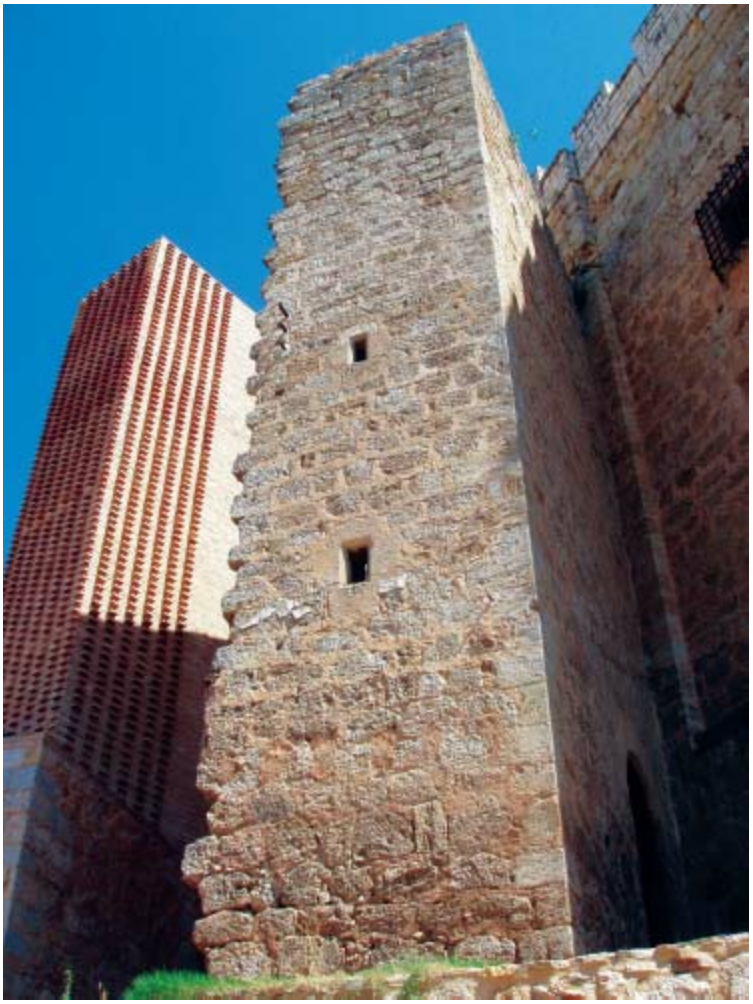
Las ciudades de Occitania tenían en la época de la herejía cátara una intensa

actividad comercial, lo que las convertía en centros urbanos muy ricos y densamente poblados. Por esos años, Tolosa ocupaba el tercer puesto entre las mayores ciudades de Occidente, tan sólo superada por Venecia y Roma. Los dominios de los Saint-Gilles eran por entonces muy extensos y poseían tal número de grandes urbes que el cronista del rey francés Felipe II Augusto (1180-1223), Guillaume le Breton, llegaría a afirmar hacia el siglo XIII que su conde tenía tantas ciudades como días tiene el año. Languedoc se hallaba por esos años salpicado por innumerables y crecientes ciudades que anhelaban no sólo mantener sus numerosos privilegios, sino que incluso aspiraban a ampliarlos.

Pero el Midi no era solamente rico desde el punto de vista económico, también poseía una exquisita tradición cultural, fruto de la cual emergería la famosa lírica trovadoresca occitana, cuyo momento de auge coincide en el tiempo con la estancia en el trono condal tolosano de Raimundo VI (1194-1222). La figura del trovador surgirá también, en buena medida, para divertir con sus actuaciones a los habitantes de las grandes ciudades languedocianas. Esta será una muestra más de la abundancia en la que nadaban sus urbes durante una época en la que para la mayor parte de la población europea no existía el concepto de ocio.

Estas suntuosas y modernas ciudades pronto se erigirán en una fuerza colosal que hará frente al poder del conde de Tolosa, especialmente la burguesía y la baja nobleza urbana, cuyos miembros aprovecharán el conflicto existente entre los grandes señores languedocianos y el clero local para obtener sus propios beneficios. A las dificultades por las que pasaban los condes tolosanos para ejercer el gobierno efectivo de los territorios bajo su jurisdicción, debemos sumar las malas relaciones que estos tenían con las autoridades eclesiásticas occitanas. En este contexto hallamos en Languedoc una alta aristocracia que no contaba con el respaldo del estamento clerical para poder desempeñar labores de gobierno, curia eclesiástica esta cuyas posesiones estaban bajo el control directo de sus arzobispos, obispos u abades. En cambio, el alto clero católico de la vecina Francia brindaba todo su apoyo a la monarquía capeta y a sus autoridades laicas. ¿Por qué se daba esta diferencia entre las tierras del norte y las del sur? La reforma promovida por el papa Gregorio VII a finales del siglo XI para reforzar la autoridad papal afectó de forma mucho mayor a Occitania que a Francia, de forma que en esta región las autoridades laicas locales dejaron de intervenir a partir de entonces en la designación de sus prelados, cediendo este derecho a la Santa Sede. Sin embargo, en Francia, la familia real capeta continuaba influyendo sobre la adjudicación de cargos

eclesiásticos a pesar de la enmienda papal de Gregorio VII, por lo que en este reino seguía sin existir una separación definida entre los poderes temporales y espirituales. Al no aplicarse allí esta distinción de manera clara, las autoridades seculares se permitían el lujo de otorgar las más importantes sedes episcopales y abadías a miembros de su propia familia. Debido a ello, en la Francia feudal podemos hallar unas excelentes relaciones entre clero y nobleza, de forma que altas dignidades eclesiásticas formaban parte de los consejos de los reyes y de los más poderosos de sus vasallos. Por el contrario, el conde de Tolosa y los demás señores languedocianos no contaban con el apoyo de la curia eclesiástica en sus cortes, tenían malas relaciones con el alto clero local —la Santa Sede podía designar como prelados a extranjeros—, e incluso las diferencias habidas llevaban en ocasiones a enfrentamientos violentos entre los dos poderes. Para ilustrar mejor esto último, basta con recordar las malas relaciones existentes entre el vizconde Roger II Trencavel y el obispo de Albi, episodio que acabó con el encierro en prisión del segundo, la excomunión del primero y la organización de una pequeña expedición militar para castigar a este noble.



El ritual del «homenaje», mediante el cual el vasallo juraba fidelidad a su señor en la Europa feudal, tenía lugar en la torre más alta del castillo de este último. En la imagen, torre del homenaje del siglo X, en el castillo de Requena, Valencia.

En Occitania, el poder espiritual se enfrentaba, por lo tanto, al temporal, cuya aristocracia, como la mayoría de todo lo que envolvía al país del Midi, también era especial si la comparamos a la del resto de Occidente. En este contexto encontramos tres niveles distintos en los que se divide el estamento nobiliario languedociano.

El primero de estos estratos estaba representado por linajes nobiliarios menores a los que pertenecían los caballeros propietarios de los denominados castels, pequeñas ciudades fortificadas. Esta baja aristocracia era dueña absoluta de sus pequeños burgos amurallados y constituía una especie de nobleza urbana. Por el contrario, por la misma época en la Europa feudal, los caballeros de segundo orden dominaban un ámbito rural apartado de las ciudades. Pero la particularidad de Languedoc en este sentido no acababa aquí. La titularidad de un castel podía estar compartida por varios caballeros, división que era fruto de la tradición hereditaria occitana en la cual no existía, al menos en origen, la primogenitura. Debido a esto la propiedad de un castel occitano podía estar repartida entre varias personas sin que ello implicara conflicto alguno. Veamos unos sorprendentes ejemplos de ello: hasta treinta y cinco caballeros se repartirán Mirepoix, treinta y seis Montreal, cincuenta Lombers y la increíble cifra de cien para el caso de Verfeil, todos ellos castels ubicados entre Tolosa y el Pirineo. Lógicamente, la existencia de numerosos burgos de este tipo, que funcionaban de forma autónoma, y el hecho de que en ellos el poder estuviera repartido entre múltiples caballeros, imposibilitaba la existencia de un poder laico firme en el Mediodía. Como ya bien sabemos, las grandes urbes occitanas estaban, en mayor o menor medida, dirigidas políticamente por sus grandes señores nominales pero, sin embargo, escapaban totalmente de su autoridad los teóricos feudos que debían rendirles vasallaje, incluidos los pequeños castels, lo que dificultaba sobremanera el control político centralizado de Languedoc. Será también precisamente entre las tierras de este primer nivel nobiliario donde la herejía cátara hallará un hueco para su proliferación. Como vimos en el capítulo 3, el entorno de los castels occitanos constituirá el lugar en el que triunfará el catarismo de forma incontestable.

Gregorio VII ascendió al solio pontificio en el 1073. Nada más acceder al trono de San Pedro llevó a cabo una política reformista que trató principalmente de poner fin a la intervención de los poderes temporales en la designación de cargos eclesiásticos y en la elección de los papas, motivo por el cual mantuvo un duro enfrenamiento con el emperador germánico Enrique IV. En la imagen, grabado de Gregorio VII.

Al segundo nivel aristocrático languedociano pertenecían aquellos señores que poseían poderosas fortificaciones y que estaban sometidos, al menos de forma teórica, al tercer escalafón nobiliario, el de los grandes barones del Midi. Estos últimos serán los únicos miembros del estamento aristocrático occitano en el que acabó por imponerse el derecho de primogenitura. A principios del siglo XIII sus principales representantes serían, por orden de importancia, Pedro II de Aragón, Raimundo VI de Tolosa, Raimundo-Roger Trencavel y Raimundo-Roger de Foix, pertenecientes todos ellos a los más altos linajes dinásticos languedocianos y, como tales, máximos responsables de los acontecimientos que tuvieron lugar en sus dominios, incluidos aquellos relacionados con la religión cátara. Al menos así lo entendió la Santa Sede, ya que sobre ellos Inocencio III verterá todas las culpas con respecto a la pérdida de la ortodoxia católica. Este papa no cejará en su empeño por apartar del poder a los grandes señores del Mediodía, colocando en su lugar extranjeros del ámbito francés de su plena confianza. Sólo así

podría erradicarse por completo la herejía cátara. Este era, como podremos verificar en el quinto capítulo, el único pensamiento que rondaba la cabeza de Inocencio III en 1208.

Sin embargo, la ortodoxia católica del rey de Aragón y el conde de Tolosa parece probada. En el caso de Pedro II basta con decir que portó el sobrenombre de «el Católico» por ser el más fiel aliado del papa Inocencio III hasta que sus intereses chocaron con los del líder cruzado Simón de Montfort en 1213. En cuanto al excomulgado Raimundo VI, merece la pena comentar que antes de morir en 1222 trató de expiar sus pecados mediante la toma de los hábitos hospitalarios. No obstante, mostrará una actitud ambigua a la hora de reprimir la disidencia cátara presente en sus tierras.

Del mismo modo, todo apunta a que el vizconde de Carcasona, Raimundo-Roger Trencavel, era un buen católico, pero ello no significa que no mostrara también una actitud tolerante hacia aquellos de sus súbditos que habían sido seducidos por la herejía.

En cambio, no podemos decir lo mismo de Raimundo-Roger de Foix, conde cuyo comportamiento levantará sospechas no infundadas. Este noble occitano llegó a separarse de su esposa Felipa para que esta dirigiera como perfecta una comunidad de mujeres cátaras. Al parecer, el divorcio no tuvo lugar porque el conde repudiara a su mujer, algo habitual entre la alta aristocracia medieval. La separación se produjo debido al rechazo que la doctrina cátara hacía de este sacramento católico. Es más, Raimundo-Roger continuaba teniendo buenas relaciones con la que fuera su esposa y acudía a visitarla con cierta frecuencia. Se tiene conocimiento de la presencia del conde de Foix en la recepción del *consolament* por parte de su hermana Esclaramunda cuando esta abrazó definitivamente la religión cátara. Está también documentada la asistencia en varias ocasiones de Raimundo-Roger a las prédicas de los perfectos cátaros, aunque es cierto que no llegó a recibir el *consolament,* nunca se declaró creyente y siempre se negó a practicar el saludo ritual con los buenos hombres. Posiblemente, el conde de Foix fuera un creyente cátaro no declarado. De esta forma intentaba evitar que la Santa Sede dirigiera su ira contra él. No obstante, no le sirvió de nada, ya que sus tierras fueron arrasadas por el brazo armado del papa: los cruzados franceses.

Languedoc estaba con ello condenado a desaparecer como nación independiente. Los dominios autónomos de Carcasona, Béziers, Albi y Tolosa no tardarían en pasar a manos de la realeza francesa. Más allá del ámbito languedociano, al norte de las tierras

de Tolosa, quedaban ubicadas las posesiones de esta monarquía, reino que en esos momentos únicamente estaba formado por una mínima parte del territorio que actualmente constituye la república francesa. Francia era entre los siglos XI y XIII un Estado insignificante en comparación con su vecino tolosano, de forma que el poderoso Raimundo IV de Saint-Gilles llegó a ser el caudillo de la Primera Cruzada, expedición militar que él sufragó en buena medida y en la que el rey Felipe I Capeto no participó. Es más, el rey francés pudo, no obstante, comprobar cómo muchos de sus vasallos partían a Tierra Santa sin ni tan siquiera pedirle su aprobación. No obstante, los Santos Lugares serían la perdición de la poderosa dinastía tolosana. Todo comenzó con la muerte en Oriente Próximo del propio Raimundo IV durante el asedio a Trípoli de 1105. Su hijo mayor, Beltrán, seguirá los pasos del de Saint-Gilles y no tardará demasiado tiempo en morir también en Tierra Santa defendiendo las conquistas de su progenitor. De esta forma, otro hijo de Raimundo IV, Alfonso Jordán, heredaba el condado de Tolosa siendo tan sólo un niño. Por ello, fue necesario que transcurriera mucho tiempo hasta que Alfonso alcanzara la edad adulta, y aunque ese día llegó, el conde nunca pudo aferrarse firmemente a las riendas del poder que en su momento creara su padre en el país del Mediodía. Los dominios que rendían vasallaje a Tolosa se fueron haciendo cada vez más independientes durante el obligado período de regencia de su condado e incluso después de que Alfonso Jordán alcanzara la mayoría de edad. El conde de Tolosa no pudo evitarlo a pesar de que su teórico gobierno efectivo había comenzado; era ya demasiado tarde para poder corregir el rumbo de su política. Estos acontecimientos coincidirán con un importante momento histórico que resultó crucial en el devenir de las más importantes monarquías de la Europa bajomedieval. En este contexto destacamos el reinado de Luis VII de Francia (1137-1180), padre del poderoso Felipe II Augusto (1180-1223), monarca que consolidó el poder regio francés en detrimento de la nobleza feudal. También es preciso mencionar que por esas fechas se produjo la creación de la denominada Corona de Aragón, producto de la fusión de los condados catalanes y el reino de Aragón tras el matrimonio celebrado en 1150 entre el conde Ramón Berenguer IV y la reina Petronila. Francia y Aragón emergían en esos momentos como dos poderosos reinos de Occidente. Es necesario comentar al respecto que Tolosa podría haber seguido también la misma senda para la creación de un Estado languedociano pero, sin embargo, la obra de los condes tolosanos permanecerá inconclusa y no habrá ya manera de retomar de nuevo el trabajo iniciado por el gran Raimundo IV, a pesar de los esfuerzos realizados en este sentido por parte de los sucesores de Alfonso Jordán,

soberano que permaneció en el trono más importante de Occitania durante casi cuarenta años de estéril gobierno.

Como hemos podido comprobar, la monarquía francesa experimentó grandes avances a lo largo del siglo XII. Sin embargo, es preciso destacar que, aun así, a comienzos de la siguiente centuria sus dominios estaban constituidos por poco más que París y el área circundante, siendo su núcleo principal la actual región de Île-de-France, formada tan sólo por ocho departamentos. Pero el rey francés no estaba solo. Una red de feudos rodeaban los territorios de realengo y formaban parte de los ejércitos de Francia mediante el ritual feudal del homenaje. Estos cuerpos militares constituían junto a la mesnada real el grueso de la caballería de los reyes Capeto, la principal fuerza de choque de la época, cuyos miembros recibían a su vez el apoyo de unidades auxiliares de mercenarios. En estas condiciones, el rey de Francia podía prescindir del servicio de estos soldados contratados cuando lo considerara oportuno, sin que la presencia de los mismos llegara a representar un peligro para su nación. Los mercenarios que operaban en las huestes de los Capetos no podían incomodar a sus súbditos debido a su reducido número de efectivos y a su escasa importancia dentro de los ejércitos de la Francia feudal. Pero, sin embargo, en el vecino país de Languedoc, la situación era bien distinta. Allí, como sabemos, el territorio estaba dividido principalmente entre dos soberanos, el rey de Aragón y el conde de Tolosa, y si bien en el primer caso las relaciones feudovasalláticas funcionaban bien en los territorios hispánicos, de forma que su monarca recibía el apoyo de los ejércitos de sus vasallos catalanes y aragoneses, el segundo solamente podía contar con los débiles lazos de vasallaje que lo relacionaban con sus territorios feudatarios. En definitiva, podemos decir que en los siglos XII y XIII, el conde de Tolosa apenas recibía el respaldo militar de sus teóricos vasallos y se veía forzado, necesariamente, a contratar contingentes de mercenarios. En principio, esto no parecía importar al poderoso conde. Tolosa era rica y podía mantener un ejército a sueldo. Pero este no era el problema. El inconveniente surgía cuando a estas hordas de extranjeros, bandidos y forajidos, que acudían a tierras occitanas movidos únicamente por las ansias de botín, se les acaba la ocupación militar al concluir las campañas bélicas para las que habían sido contratados y, en consecuencia, se esfumaba buena parte de sus posibilidades de saqueo. En esos momentos, estas masas ávidas de pillaje podían volverse incontrolables y resultaba muy complicado deshacerse de ellas ante la ausencia de un ejército regular o feudal bajo las órdenes del conde. Estas ociosas bandas podían, por lo tanto, acabar sembrando el terror en Languedoc incluso en tiempos de paz,

períodos en los que recorrían todas las tierras a lo largo de su geografía amparándose para ello en la legitimidad que les proporcionaban los acuerdos iniciales alcanzados con el conde tolosano, quien los había autorizado para desplazarse a voluntad por sus dominios. Todo ello se traducía en la presencia cuasi constante de salteadores que tendían emboscadas en los caminos o que incluso se atrevían a realizar incursiones en los arrabales de las ciudades, creando con ello un ambiente de inseguridad y anarquía que no colaboraba en absoluto en estabilizar un territorio ya de por sí veleidoso. Tenemos aquí, por lo tanto, otra posible causa que facilitó el afianzamiento del catarismo en el Mediodía: la herejía ha arraigado fuertemente en un vasto territorio donde la ausencia de un poder central firme, las guerras y las bandas de forajidos que combatían en ellas han acabado generando una situación anárquica.

El movimiento cátaro ha podido afianzar su posición en Occitania entre los siglos XII y XIII gracias a las especiales condiciones políticas y sociales descritas a lo largo de este punto. La religión dualista de los buenos hombres ha sabido aprovechar la situación caótica que la descentralización del poder existente en el país del Mediodía le ha brindado para triunfar. Si a los desórdenes civiles generados por los mercenarios que forman parte de los ejércitos tolosanos, los cuales son provocados también por el constante enfrentamiento entre los nobles y el alto clero local, les unimos los desastres producidos por una larga y dura guerra, podremos entender cómo la herejía cátara supo abrirse camino entre este caos reinante. El mayor conflicto estalló, cómo no, entre las dos potencias que se disputaban la hegemonía en la región: Tolosa y Cataluña.

La Primera Cruzada fue convocada por el papa Urbano II en el 1095 durante la celebración del Concilio de Clermont, sínodo en el que se instó a la cristiandad a viajar a Tierra Santa para liberar Jerusalén de manos de los musulmanes selyúcidas. En la imagen, murallas construidas por los cruzados en la ciudad de Rodas.

La guerra catalano-tolosana

Los condes catalanes, ya desde finales del siglo XI, empezaron a demostrar un interés especial por Occitania, quizá como consecuencia de su proximidad geográfica, pero sobre todo debido a los lazos culturales que unían a las dos regiones. Esta cuestión se puso de manifiesto como consecuencia de la política de alianzas matrimoniales desarrollada por la casa de Barcelona e incluso con la compra por su parte de los derechos sucesorios de algunos señoríos languedocianos. Pero cuando en el año 1112 se produjo el casamiento entre Ramón Berenguer III de Barcelona con Dulce, condesa de Provenza, la política expansionista catalana no tardó en chocar con los intereses del señorío occitano más importante: el condado de Tolosa. Dulce aportó al patrimonio de su marido los condados de Gévaudan, Millau y Carladés, territorios estratégicos que limitaban al norte y el este con los dominios del conde de Tolosa, lo que convertía de forma definitiva a Cataluña en un peligroso rival. Un conflicto armado entre Tolosa y Barcelona por obtener la supremacía política en Occitana era, en consecuencia, ineludible y únicamente una mera cuestión de tiempo.

En un principio, los dos condes trataron de evitar la guerra, por lo que en 1125 decidieron repartirse Provenza. En el acuerdo alcanzado, los condados de Provenza Gévaudan y Millau quedaban en manos de un miembro de la dinastía barcelonesa, asegurándose Cataluña de esta forma su vasallaje y una posible anexión, hecho que se verá consumado en 1166 al morir sin descendencia el conde provenzal Ramón y heredar sus posesiones Alfonso II, rey de Aragón y conde de Barcelona. Por otro lado, el tratado reconocía la autoridad del conde de Tolosa, Alfonso Jordán, sobre el marquesado de Provenza. No obstante, el acuerdo signado no supuso la victoria definitiva de ninguna de las dos casas y, finalmente, la ambición de ambas ante la posibilidad de poseer toda la Provenza condujo en 1148 hacia el conflicto armado. Poco después de desatarse las hostilidades, Cataluña y Aragón se unirían dinásticamente como ya vimos tras el matrimonio entre Ramón Berenguer IV y Petronila.

De esta forma, la casa de Barcelona contaba con nuevos apoyos para ganar la guerra. Triunfo que parecía próximo si tenemos en cuenta que pronto otro importante aliado tomaría también partido por la causa catalana. La familia aristocrática de los Trencavel, titular de los vizcondados de Carcasona, Béziers, Albi y Razes, se aprovechó de la pugna entre tolosanos y catalanes para lograr ventajas importantes. Para sus vizcondados, la victoria de Cataluña, un Estado que se encontraba al otro lado de los Pirineos, era mucho más ventajosa que la de Tolosa, condado muy próximo a sus tierras y que, por lo tanto, era un rival más directo para sus intereses particulares. En consecuencia, los vizcondados de los Trencavel comenzaron a participar activamente en el conflicto.

No obstante, hasta el año 1198, el Tratado de Perpiñán no pondrá fin a un largo enfrentamiento armado, confirmando, a su vez, la autoridad de Cataluña más allá de los Pirineos. El poderoso condado de Tolosa, uno de los pocos señoríos occitanos que no pertenecía a la confederación aragonesa o a su ámbito de influencia y, a su vez, el único dominio de la región con el que la dinastía barcelonesa había tenido que hacer uso de las armas, acabó reconociendo la supremacía del rey de Aragón en el área en cuestión. El Tratado de Perpiñán se ratificará en 1200 con el matrimonio entre la hermana de Pedro II de Aragón, Leonor, y Raimundo VI de Tolosa. Cuatro años más tarde, Pedro II, tras su boda con María, heredera de Montpellier, era más que nunca señor de Languedoc.

¿Acaso acariciaban los reyes de Aragón el sueño de instaurar un vasto Estado

occitano que se extendiera desde el Ebro a los Alpes? El matrimonio de Pedro II con María parece confirmar la realidad de esa ambición. La hipótesis del medievalista francés Paul Labal tiene un gran poder de seducción: existía a ambos lados del Pirineo un verdadero parentesco cultural cimentado en una larga historia común. Languedoc, Cataluña y Aragón fueron en sus orígenes señoríos de los carolingios y en estos momentos, finales del XII y principios del XIII, estaban constituidos por ricos Estados independientes, a los cuales los monarcas franceses nunca renunciaron por considerarse sucesores de Carlomagno. Pero a pesar de estas aspiraciones, Francia no tuvo la oportunidad de ejecutar la anexión hasta esas fechas. Sin embargo, el momento adecuado llegó cuando, con la excusa de acabar con la herejía cátara surgida en la región, los ejércitos cruzados, dirigidos por vasallos del rey de Francia, ocuparon y conquistaron buena parte de Occitania a partir de 1209 y, como estudiaremos en el quinto capítulo, de no haberles parado el papado, también habrían conseguido acabar con la línea sucesoria de Pedro II de Aragón. Jaime I, con sus apenas cinco años de edad, no sólo tuvo en 1214 que ser liberado de su cautiverio a manos del líder cruzado Simón de Montfort con la ayuda del papa, sino que, además, hubo de contar con el inestimable apoyo de la Santa Sede para poder hacer frente a la levantisca nobleza aragonesa y catalana.

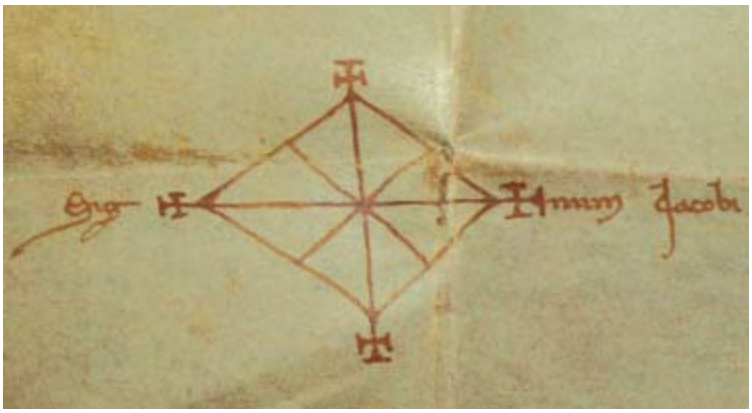
Como hemos podido observar, el conflicto aragonéstolosano se produjo durante la segunda mitad del siglo XII, época en la que el catarismo arraigó con más fuerza en Occitania. ¿Cuál fue el motivo? El movimiento hereje se desarrolló en una región desestabilizada por las guerras, donde la ausencia de una unidad política consolidada, la existencia de territorios autónomos y los conflictos entre Tolosa y Cataluña posibilitaron el auge del catarismo, que aprovechó este desorden político para lograr un gran número de adeptos, al igual que más tarde harían los cruzados, que conquistaron con facilidad casi la totalidad de la región a partir de 1209.

Las carencias de la Iglesia católica de los siglos XII y XIII

La anarquía que se vivía en Languedoc como consecuencia de todo lo expuesto en los dos puntos anteriores, posibilitó en sus tierras, sin ningún género de dudas, la sólida instalación del catarismo. Sabemos que, debido a ello, la herejía pudo implantarse de forma muy estable en el Midi. Pero ¿conocemos por qué el pueblo languedociano acogió

tan bien la religión de los buenos hombres? La respuesta es válida no sólo para el caso occitano, ya que potencialmente también el resto de Occidente habría podido ser receptivo a las nuevas ideas dualistas. Todo el mundo católico veía compungido en los siglos XII y XIII cómo sus templos estaban ocupados por un inepto clero. Eso al menos afirmaban los cronistas contemporáneos a la heterodoxia cátara, opinión que es también compartida por los historiadores actuales. Incluso el mismo Inocencio III se atrevería a lanzar esta acusación contra sus subordinados languedocianos nada más acceder a la sede pontificia. Este papa hizo oficial su postura durante la celebración del Concilio de Aviñón en 1209, sínodo que tuvo lugar al poco de iniciarse la cruzada contra los albigenses. El joven pontífice confeccionó una minuta con las prohibiciones que a partir de esos momentos deberían respetar los obispos occitanos. Dicha relación condenaba el uso de los ricos arneses de sus monturas, la contratación de músicos para distraer sus comidas, escuchar maitines desde la cama y tolerar el concubinato de sus sacerdotes, entre otros vetos. El papa Inocencio III se cebó especialmente con el arzobispo Berenguer de Narbona, prelado acusado de simonía, de quien llegó a afirmar: «en él está la raíz del mal, su único dios es el dinero [...]». No obstante, hay algo que debería llamarnos la atención: el papa cargaba únicamente contra el alto clero languedociano, no mencionando en absoluto las carencias de las que también hacían gala sus prelados del resto de la Europa católica. La ineptitud de los obispos de los demás territorios de Occidente no era menor que la de sus homólogos del Mediodía. Es más, entre los miembros de la curia eclesiástica de esta región, Inocencio III no dejó títere con cabeza, a pesar de que no todos sus representantes merecían tales calificativos. El arzobispo Pons d'Arse, predecesor en Narbona de Berenguer, hizo gala de una lucha infatigable contra el catarismo, cuya culminación fue su acusación lanzada contra la alta nobleza languedo-ciana durante la celebración del Tercer Concilio de Letrán (1179) por haber permitido el desarrollo de la herejía. No obstante, el papado no solamente cometió el error de no reconocer el trabajo bien hecho por una parte del alto clero occitano, sino que incluso llegó a aceptar acusaciones infundadas lanzadas contra algunos de sus miembros a los que se llegó a deponer de sus cargos por no actuar de forma efectiva contra los cátaros. Destacan en este contexto los informes falsos emitidos contra Guilhem Peire, obispo de Albi, de los que se sirvió el papa Honorio III (1216-1227), sucesor de Inocencio III, para juzgarlo. Su único delito fue ser un sencillo prelado que estaba más preocupado por el correcto funcionamiento de su diócesis y por tratar de evitar muertes innecesarias en Albi, ante la furiosa actuación de los cruzados, que por

hacer ostentación de sus bienes.



La firma de Jaime I como rey de Aragón, conde de Barcelona y señor de Montpellier antes de que el monarca consiguiera ampliar sus títulos nobiliarios con las conquistas de Mallorca (1229) y Valencia (1238) era esta: *«Signum Jacobi, Dei gratia regis Aragonum, comitis Barchinonensis et dominus Montispesulani, qui predicta omnia et singula concedimus et firmamus, salva fidelitate nostri et nostrorum»*.

No obstante, es preciso destacar que en época próxima al año 1214, la difícil situación del joven huérfano, hijo y sucesor de Pedro II, no hacía prever que el futuro rey *Conquistador* llegara a adquirir tan amplio patrimonio en tierras. En la imagen, reproducción de la rúbrica de Jaime I.

Carlomagno (768-814) culminó la política expansionista de su bisabuelo, Pipino de Heristal, su abuelo, Carlos Martel, y su padre, Pipino el Breve, todos ellos, en su momento, mayordomos de los monarcas merovingios; y, de esta forma, posibilitó que el reino franco alcanzara definitivamente la hegemonía sobre el resto de Estados bárbaros de Occidente. Louis Rochet, estatua ecuestre de Carlomagno, 1882. Plaza de la catedral de Notre-Dame, París.

Es más, en cualquier caso, estos prelados occitanos no habían sido elegidos por las autoridades temporales de la región en cumplimiento con lo establecido por la reforma gregoriana. Sin embargo, la Iglesia francesa estaba por esos mismos años plagada de miembros de la curia eclesiástica emparentados con la familia real capeta o la alta nobleza del reino. ¿Eran tan distintos el obispo francés Hugo de Auxerre y el arzobispo Berenguer de Narbona? Ambos habían estado al frente de sus respectivas sedes

eclesiásticas en los prolegómenos de la Cruzada albigense, los dos habían sido corruptos y no dudaban en hacer ostentación de sus mejores galas ante la primera ocasión que se les presentara. La diferencia estribaba en que el primero de ellos había perseguido duramente a la herejía en sus tierras , mientras que el segundo nada había hecho en este sentido. Esa era la gran diferencia entre Languedoc y la vecina Francia. En el reino Capeto, hacia principios del siglo XIII, prelados con vínculos de sangre real reprimían severamente al catarismo desde hacía ya mucho tiempo. De este modo, Luis VII de Francia (1137-1180) y su hermano el arzobispo de Reims llevaron a los cátaros de su reino a la hoguera, condena que les daba, según su creencia, pasaporte directo al averno.

No obstante, el destino infernal no era patrimonio exclusivo de los herejes, ya que, para el clero católico de la época, la mayor parte de los laicos estaba condenada a permanecer en este horrible lugar por toda la eternidad. Pero, en cambio, para los buenos hombres, el infierno era, como bien sabemos, el mundo tangible y existía la posibilidad de la salvación de las almas. Para ello únicamente era necesario recibir el *consolament* en el lecho de muerte, lo que daba al nuevo perfecto acceso al Cielo, independientemente de su historial de pecados cometidos en la vida terrenal. Este «sacramento» cátaro podía ser administrado a personas de cualquier condición social y sexo, ricos y pobres, nobles y plebeyos, hombres y mujeres. Debido a ello, en el Midi todo el mundo parecía querer abrazar la religión predicada por los perfectos cátaros. ¿Hubo ciertamente en Languedoc una adhesión masiva al catarismo?

El cardenal Cencio Savelli fue designado papa en 1216 con el nombre de Honorio III. Este daría un fuerte impulso a la organización de las Cruzadas Quinta y Sexta, así como, poco antes de morir, apoyaría también la campaña francesa de 1226 correspondiente a la Cruzada albigense. Giotto di Bondone, *Sermón ante Honorio III,* fin. s. XIII, pintura al fresco. Basílica de San Francisco de Asís, Asís, Italia.

¿ADHESIÓN MASIVA OCCITANA AL CATARISMO?

El catarismo, potencialmente, podría haber penetrado en todos los estratos sociales de este peculiar país llamado Languedoc, ya que esta religión dualista ofrecía ciertos beneficios a sus creyentes, ya fueran éstos aristócratas, burgueses o miembros del pueblo llano.

Los tres niveles del estamento nobiliario del Mediodía podían obtener ventajas obvias si finalmente llegaba el día en el que el catarismo sustituyera de forma definitiva al catolicismo. Dos motivos principales harían que la aristocracia occitana llegara a anhelar el triunfo absoluto de la religión cátara. Por un lado, es probable que los miembros de esta clase privilegiada aspiraran a dejar de pagar el diezmo eclesiástico. Para ello se aferraban a la afirmación cátara de que este tributo era innecesario. Lo cierto es que la comunidad cátara, además de mostrarse contraria a la recaudación de cualquier tipo de impuesto, por el hecho de estar satisfechos éstos con bienes materiales, tampoco necesitaba de su cobro para el mantenimiento de su Iglesia, ya que las obras caritativas de los creyentes eran muy cuantiosas y abundantes, aun sin ser estas de carácter obligatorio. Por otra parte, existe la posibilidad de que la nobleza del Midi codiciara la posesión de las tierras pertenecientes a las abadías e iglesias de la región, ya que si finalmente el catarismo acababa convirtiéndose en la religión oficial languedociana, no era nada descabellado que se llegara a producir la expropiación de estas fincas por parte de las autoridades locales.

Comerciantes y burgueses tampoco veían con malos ojos el crecimiento continuado de la comunidad cátara. Los representantes de este estamento podían seguir enriqueciéndose con sus actividades sin que los buenos hombres, a diferencia de sacerdotes y obispos católicos, los señalaran con el dedo y los tildaran de usureros como consecuencia de sus rentables operaciones monetarias. Los burgueses hacían valer para ello la tolerante postura cátara con respecto al pecado. Para los cátaros, pecar era un acto inherente a la propia esencia del ser humano, y quedaba justificado en su naturaleza

tangible, es decir, su débil carne era fácilmente seducida por las tentaciones del demonio. Debido a lo anterior, la avaricia por enriquecerse y, en definitiva, la usura eran simple y llanamente otras más de estas faltas cometidas por el hombre. Es más, las comunidades eclesiásticas dirigidas por los obispos y diáconos cátaros llegaban a acumular tantas riquezas a través de los donativos realizados por los creyentes que no era atípico que estos clérigos heréticos incluso llegaran a prestar dinero. Los perfectos que trabajaban podían, además, vender sus productos para beneficio de la comunidad cátara. Y es que a pesar de que el catarismo sentía desprecio por todo lo material, y aunque su religión instara a las personas a llevar una existencia rodeada de renuncias, esta religión dualista no condenaba la tenencia de bienes por parte de sus comunidades eclesiásticas o de sus creyentes. No obstante, la posesión sí era rechazada a nivel individual para el caso particular de los perfectos.

Pipino III (751-768) se convirtió en el primer monarca de la dinastía carolingia tras desplazar del trono a la familia merovingia que había ocupado los diferentes reinos francos desde tiempos de Clodoveo I (481-511). Pero Pipino, llamado «el Breve», sería además el monarca precursor de las buenas relaciones entre la Santa Sede y las tierras que acabarían formando el reino de Francia. Tumba de Pipino el Breve en la catedral de Saint-Denis, Francia.

Los campesinos y aquellos otros miembros de las clases más desfavorecidas encontraban también muy positivo el afianzamiento de la posición del catarismo en Languedoc. En este caso, este estamento social hallaba en los buenos hombres una importante ayuda espiritual que no le podía brindar el inoperante clero católico, cuyos sacerdotes habían perdido toda facultad para poder llevar a cabo labores de evangelización. Los perfectos cátaros siempre ponían todo el empeño para aclarar a estas humildes gentes las innumerables dudas que tenían acerca del porqué de las

miserias del mundo que los rodeaba. Este era su principal cometido como sacerdotes cátaros: asistir a los más necesitados.

Nobles y plebeyos. Ricos mercaderes y pobres campesinos. Todo el mundo se sentía atraído por la doctrina cátara. Pero el catarismo iba incluso más allá y copaba otros nichos no explotados por la religión católica. En este contexto, incluso las mujeres veían cómo su papel en la sociedad medieval empezaba a ser reconocido en aquellos lugares donde los adeptos a la nueva religión dualista hacían notar su presencia. Las creyentes cátaras podían recibir y dar el *consolament,* por lo que estaban facultadas para administrar los sacramentos de su Iglesia, algo a lo que ni de lejos podían aspirar las religiosas católicas, cuya función se reducía a ser no más que simples monjas orantes. Sin embargo, es preciso destacar que a pesar de que las perfectas cátaras eran rigurosamente iguales a los perfectos, además de ser también tan numerosas en el Midi como sus homólogos masculinos, entre ellas no se conoce ninguna que ocupara un puesto de relevancia en el seno de la jerarquía de su Iglesia. Al parecer no había mujeres cátaras que desempeñaran el cargo de obispo, ni tan siquiera existían entre ellas diáconos.

La mujer era, desde el punto de vista católico, la causante del pecado original, por lo que es fácil entender que fray Bernardo de Claraval afirmara que «es el origen de todos los crímenes y de todas las impiedades, engaña e induce al mal mediante sus gestos, sus actos, sus artificios; toda ella es carne; su gozo, su imperio, su luz es la noche; no soporta el pudor, engendra sin orden ni concierto [...]; esclava del dinero, hermosa podredumbre, dulce veneno, [...] es el vicio en persona, la perfidia, lo dañino, incluso el crimen [...]». A pesar de este pensamiento cisterciense, es preciso destacar que a la mujer se le daban pocas oportunidades para cometer estos pecados, ya que apenas tenía participación en la vida social de la época. Las mujeres medievales únicamente debían ocuparse en su quehacer cotidiano de las labores del hogar, de gestar y cuidar a los hijos y, en definitiva, de poco más. Sin embargo, el papel que desempeñó la mujer en la Iglesia cátara fue amplio y activo. Las perfectas predicaban y daban sermones a sus feligreses. También habitaban casas a las que asistían a orar los creyentes. Estas viviendas, además, servían como auténticos núcleos para la captación de nuevos adeptos, siendo a la vez una especie de centros educativos especialmente útiles para enseñar a los niños. Sus hogares servían, asimismo, para acoger a los peregrinos y cuidar de los enfermos.

Sí puede llamarnos la atención que muchas mujeres se sintieran atraídas por la

doctrina cátara, más nos sorprenderá, si cabe, el hecho de que incluso algunos religiosos católicos de Occitania, la mayoría de los cuales pertenecían al bajo clero, acabaran por abrazar la religión de los buenos hombres defraudados por la Iglesia romana y su corrupta curia sacerdotal.

Todo lo descrito hasta ahora en este punto puede hacernos pensar que, en Languedoc, el catarismo experimentó una multitudinaria conversión a sus creencias. Sin embargo, si bien es cierto que en muchos castels hubo prácticamente un cien por cien de adhesión a la nueva religión, no podemos decir lo mismo para el caso de las grandes ciudades occitanas. Recordemos para ello las experiencias vividas por Bernardo de Claraval hacia mediados del siglo XII, cuando recorrió Languedoc para enfrentarse al catarismo: el monje cisterciense fue «derrotado» en estos pequeños burgos occitanos tan peculiares, pero, en cambio, recibió un apoyo considerable en ciudades de la envergadura de Tolosa y Albi. Cierto es que en la capital condal tolosana hallamos varias acomodadas familias que fueron seducidas por la herejía cátara, como los Mauran, importantes comerciantes tolosanos, o el clan burgués de los Rouaix, pero, no obstante, hasta finales del siglo XII no existe ningún otro registro por parte de las autoridades laicas ni eclesiásticas de casos más sonados, en cuanto a número de herejes y a alto rango social se refiere, de disidencia religiosa. Es más, el legado papal, el monje cisterciense Pedro de Castelnau, pudo comprobar personalmente, cuando entró en Tolosa en 1203, cómo sus habitantes y cónsules dieron muestras irrevocables de su ortodoxia católica. Sin embargo, lo anterior no significa que la Santa Sede no considerara a las grandes urbes occitanas como focos heréticos principales. Pierre des Vaux-de-Cernay, monje francés autor de la crónica del siglo XIII titulada *Historia albigensis,* consideraba que tanto el Gobierno consular como el pueblo de Tolosa adoptaron ante la visita del legado pontificio la postura mencionada como consecuencia de su «temor servil», miedo que para este fraile cisterciense tenían sus habitantes por ser culpables de herejía o por actuar como fautores de los herejes. Esta postura era además compartida con los demás cronistas contemporáneos a la Cruzada albigense y se debe en parte a la férrea resistencia mostrada por todos los ciudadanos tolosanos ante los duros embates sufridos por los invasores franceses a lo largo de la primera mitad del siglo XIII, período de tiempo en el que la gran urbe occitana sufrió varios intentos de conquista. Esta creencia no puede situarse más lejos de la realidad. Las muestras de valor con las que los tolosanos resistieron a los cruzados fueron el resultado de una reacción contraria

a estos ejércitos extranjeros de ocupación que únicamente habían llegado a Occitania con el ánimo de acabar con su independencia y libertades y, de paso, por qué no, para obtener un buen botín. Debido a ello, los monjes franceses Pierre des Vaux-de-Cernay y Geoffroy d'Auxerre, este último biógrafo, además, de Bernardo de Claraval, consideraban a todo Languedoc como una tierra contaminada por la depravación «maniquea». El segundo de estos frailes llegará a afirmar en relación con la tierra de Albi que «está más infectada de la maldad herética que cualquier otra de la comarca [...]», a pesar de que a principios del siglo XIII, poco antes de iniciarse la cruzada, en este vizcondado occitano únicamente los señores del castel de Castelvieil podían ser acusados por dar cobijo real a herejes. En opinión de Pierre des Vaux-de-Cernay, la vecina urbe de Béziers era «una ciudad totalmente infectada por el veneno de la herejía, habitada por los peores ladrones, perjuros, adúlteros [...]». A pesar de ello, es preciso destacar que los legados papales de la Cruzada albigense únicamente pudieron disponer en Béziers de una simple relación de sospechosos de herejía. La mayoría de los mismos probablemente serían católicos confesos, pero, sin embargo, a pesar de que en este listado figuraban doscientos veinte nombres, es preciso destacar que esta cifra representaba únicamente a una minoría de la totalidad de los habitantes de esta populosa ciudad languedociana, que en el siglo XIII debía de rondar cerca de los diez mil habitantes.

En la Edad Media, los hospitales estaban vinculados principalmente a las órdenes religiosas, pero su número era más bien escaso. No obstante, en Languedoc, las numerosas casas regentadas por las perfectas cátaras podían llegar a desempeñar esta labor, por lo que acogían en sus hogares a un gran número de enfermos. En la imagen, pintura de principios del siglo XV que muestra una escena de un hospital medieval.

En cambio, sí que disponemos de ciertos datos que nos hacen pensar que la otra capital de la dinastía Trencavel, la ciudad amurallada de Carcasona, estaba algo más contaminada por las enseñanzas dualistas cátaras que Tolosa, Albi y Béziers. Para ello nos basamos en la información existente sobre la presencia en Carcasona de dos obispos cátaros en distintos períodos de tiempo, lo que parece indicar que esta gran ciudad occitana poseía un número considerable de creyentes como para que la Iglesia dualista tuviera que designar allí a un prelado que dirigiera su comunidad religiosa. El primero de estos obispos, Guiraud Mercier, fue designado para ocupar su relevante puesto en 1167 durante la celebración del concilio de dualistas occidentales y orientales que tuvo lugar en Saint-Félix de Caraman. El nombre del segundo de estos obispos carcasonenses de los que tenemos conocimiento, el de Bernardo de Simorre, es citado en los documentos relacionados con una conferencia religiosa celebrada en 1204, en Béziers, donde se produjo un debate entre sacerdotes católicos y perfectos cátaros.

Las otras capitales occitanas que quedarían por mencionar, Narbona y Montpellier, al parecer a comienzos del siglo XIII, estaban libres de toda culpa, ya que, según comentan las crónicas católicas de la época, entre sus habitantes no se contaban herejes cátaros. Por lo tanto, el bagaje de adeptos al catarismo de las grandes ciudades languedocianas se nos antoja más bien escaso, ya que únicamente una de sus importantes urbes, Carcasona, puede que estuviera parcialmente infectada por la heterodoxia. El catarismo encontraría, sin embargo, un auténtico «bastión» para el refugio de sus creencias en los castels del Mediodía.

A partir de 1209, la campaña emprendida por los cruzados franceses contra las tierras de los señores occitanos condenados por el papa Inocencio III como fautores de herejes forzará con su empuje al catarismo a ir desplazándose progresivamente hacia el sudoeste para acabar implantándose sólidamente en la comarca del Lauragais, en el área prepirenaica ubicada al sur de Tolosa, al abrigo de sus innumerables fortalezas y bajo la protección proporcionada por la escarpada orografía de estas tierras. Sirvan las palabras pronunciadas ante el Tribunal de la Inquisición por el señor del castel de Saint-Martin-la-Lande, Bernardo Mir, para ilustrar los dulces momentos que allí viviría el catarismo por esos años, al tiempo que los cruzados arrasaban los vizcondados de Carcasona, Béziers y Albi; sería el «tiempo en el que la herejía se practicaba públicamente en todo el Lauragais». Allí, en otras localidades, como Mas-Saintes-Puelles, Fanjeaux y Castelnaudary, al parecer los cátaros poseían una libertad de culto

tal que incluso organizaban procesiones, y también sus perfectos llegaban a emitir sermones tan multitudinarios que acudían a ellos la práctica totalidad de los habitantes de los castels del lugar. En esta área geográfica, los perfectos ocupaban casas en las que practicaban libremente sus rituales y donde acudían peregrinos para escuchar sus prédicas. Gentes de toda condición social fueron seducidas allí por sus enseñanzas dualistas. Entre sus creyentes, destacan los miembros de la baja nobleza del Lauragais, dueña y señora de sus castels, caballeros que acostumbraban a recibir el *consolament* en su lecho de muerte. Los casos de Raimundo de Val y Pedro Roger de Mirepoix constituyen claros ejemplos de ello. El primero de estos nobles sería «consolado» en 1200 en Miraval-Cabardés ante la atenta mirada de su séquito y de buena parte de la aristocracia del lugar. Hacia mediados del siglo XIII, el segundo fue trasladado a Fanjeaux tras ser herido en combate, a la casa del perfecto Guilhabert de Castres, y en este burgo su alma pudo ascender en paz al reino de los cielos.

Como ya hemos comentado, al Lauragais acudieron a refugiarse muchos de los cátaros que debieron huir de la represión de los cruzados y allí encontraron cobijo en las casas de sus correligionarios que ya habitaban esta comarca desde un tiempo atrás. En 1204, años antes de desatarse las hostilidades contra los cruzados del papa, Bernard Fresel arribó a Auriac para predicar, gozando, al parecer, de un gran poder de convocatoria, puesto que acudieron a escuchar a este buen hombre la totalidad de los habitantes de dicho castel, tanto los caballeros como la plebe.

¿Por qué esta pequeña nobleza de los castels fue seducida por la herejía cátara? Actualmente, esta cuestión continúa sin tener una respuesta clara. Cierto es que el catarismo respondía a muchas de las dudas existenciales planteadas por el pueblo llano, pero en cambio los caballeros de los castels pertenecían al privilegiado estamento nobiliario y no tenían las mismas inquietudes que las gentes de condición humilde. Por esta razón, no es posible achacar únicamente a la atracción doctrinal la causa de la conversión al catarismo de esta baja aristocracia occitana. ¿Puede que estos caballeros aspiraran, al igual que la alta nobleza languedociana, a no pagar el diezmo eclesiástico? Existía en Languedoc una clara aversión por parte del pueblo y de la aristocracia hacia el clero local. En el caso concreto de los caballeros de los castels, este antagonismo tenía su origen, en parte, en el cobro de los diezmos parroquiales y en la disputa por la tutela de las iglesias. Puede que incluso algunos nobles no sólo aspiraran a no pagar este impuesto, sino que, además, codiciaran hacerse con su recaudación. La conversión de los

caballeros occitanos a la religión cátara pudo surgir como una forma de reacción ante su profundo anticlericalismo, así como por ser un modo de rechazo hacia todo aquello que pretendían imponer los franceses y la Santa Sede por la fuerza: la designación de prelados extranjeros para preservar la ortodoxia católica, así como nuevos usos y costumbres que romperían con las tradiciones del pueblo languedociano.

Esta era la situación de la Occitania libre a comienzos del siglo XIII. El catarismo había logrado alcanzar un elevado número de seguidores entre las poblaciones de esos pequeños burgos fortificados, denominados castels, en los que habitaba su particular baja nobleza. Pero, no obstante, la herejía no había penetrado tan profundamente como se creía en las grandes ciudades del Mediodía. Es más, podemos decir que las capitales occitanas estaban pobladas mayoritariamente por verdaderos católicos, aunque, eso si, ciudadanos libres y tolerantes que aceptaban convivir con vecinos que practicaban una religión tan cristiana como la suya propia. Cerramos este punto con la misma pregunta que le sirve de título: ¿adhesión masiva occitana al catarismo? La respuesta puede ser rotunda: no hubo una conversión total de la población occitana a la religión de los buenos hombres. Aunque sí es cierto que Languedoc fue la región de Europa donde mayor difusión tuvieron las ideas dualistas cátaras. También fue el único lugar de Occidente donde católicos y herejes podían convivir pacíficamente en un ambiente respetuoso. No había por lo tanto una mayoría de la población occitana que se hubiera convertido al catarismo, pero la tolerancia religiosa que se vivía en estas tierras, desarrollada incluso por los grandes señores del Mediodía, es decir, las autoridades laicas del lugar, era algo que la Santa Sede no podía admitir. En unos cincuenta años, en el período de tiempo comprendido entre mediados y finales del siglo XII, la herejía cátara fue duramente combatida en territorio francés y germánico, pero en cambio, en Languedoc, su doctrina pudo arraigar cada vez con mayor firmeza ante la inoperancia del clero y la nobleza locales. A las puertas del siglo XIII, Inocencio III, papa que iniciaría una dura política para reprimir a la heterodoxia desarrollada en Occitania, accedería al solio pontificio. El nuevo obispo de Roma trataría en principio de combatir a la disidencia religiosa de forma pacífica, para lo cual confió en la orden monástica de Bernardo de Claraval, monje cisterciense que allá por los años cincuenta del siglo XII iniciará su exitosa lucha dialéctica por las grandes capitales del Midi. En consecuencia, se eligió a los mejores de estos frailes cistercienses, entre los cuales se encontraba incluso el abad de la orden, Arnaldo Amaury, para iniciar una misión espiritual por Occitania.

No obstante, la predicación de los monjes cistercienses no obtendría resultado alguno. Pero Inocencio III, sin saberlo, tenía guardada una segunda baza. Fue entonces como aparentemente surgieron de la nada dos austeros religiosos castellanos, Diego de Acebes, obispo de Osma (en la castellana Soria) y su ayudante, el futuro santo Domingo de Guzmán, que recibieron el encargo del papa para tratar de continuar con la labor en un principio encomendada a los cistercienses y, dicho sea de paso, tan mal desarrollada por los hermanos de Bernardo de Claraval. Largo trabajo tenían por delante los dos sacerdotes hispánicos, por lo que pronto se pusieron manos a la obra. No obstante, no dispondrían de demasiado tiempo para desarrollar su misión evangelizadora, ya que, finalmente, la paciencia del sumo pontífice quedó agotada. El detonante fue el asesinato en tierras tolosanas de uno de sus legados cistercienses, Pedro de Castelnau. Este acto prendió la mecha definitiva para que la cruzada contra los albigenses fuera convocada.

5

La Cruzada albigense

Tiempo de diplomacia

A comienzos del siglo XIII, la situación a la cual se había llegado en Occitania era insostenible para Inocencio III. Como sabemos, el papa en un principio decidió acabar con la herejía cátara de forma diplomática, estrategia esta que también deseaba poner en práctica el más grande de los señores de Languedoc, Pedro II de Aragón. El principal objetivo que perseguía este poderoso monarca al realizar esta maniobra no era otro que tratar de salvar las cabezas de sus vasallos occitanos acusados de no hacer nada por preservar la ortodoxia católica en sus feudos de Tolosa y Foix, así como en los vizcondados de Trencavel. Además, Pedro II era para el papado un aliado estratégico en la Hispania cristiana, desde donde sus ejércitos constituían una auténtica barrera entre el Occidente católico y el al-Ándalus de los peligrosos almohades, el poder musulmán predominante en el norte de África, lugar desde donde su belicoso imperio había dado el salto a Europa en el siglo XII. Debido a todo lo anterior, lo más operativo para Aragón y la Santa Sede era llegar a un buen entendimiento con respecto al *affaire* occitano.

En este contexto, los legados cistercienses Raúl de Fontfroide y Pedro de Castelnau participaron en febrero de 1204 en una reunión celebrada en Béziers que estuvo presidida por Pedro II. Este encuentro sería testigo del careo que se produjo entre sacerdotes católicos y perfectos cátaros. Los primeros estaban representados por los dos legados pontificios, los obispos de Béziers y Carcasona, así como otros prelados de la región. Trece buenos hombres que estaban dirigidos por el obispo cátaro Bernart de Simorre formaban parte del grupo de los segundos. No obstante, unos y otros no llegaron a aproximar sus posiciones ni lo más mínimo. Es más, no se consiguió tampoco resultado alguno en otros debates similares que tuvieron lugar, con lo que la estrategia diplomática desplegada por los legados cistercienses y Pedro II de Aragón quedaba cada vez más en entredicho. El principal problema estribaba en el hecho de que el clero

católico occitano se mostraba muy prudente a la hora de enfrentarse dialécticamente a los perfectos y no se atrevía a condenar rotundamente su herejía ante el temor de que los ciudadanos languedocianos, ya fueran éstos feligreses católicos o creyentes cátaros, los rechazaran aún más de lo que ya lo hacían, reprochándoles su falta de acercamiento al pueblo llano y su lujo desmedido.

No obstante, a pesar de la aparente esterilidad del coloquio de Béziers, Pedro II viajó ese mismo año de 1204 a Roma para afianzar aún más su alianza con el papa al reconocerse vasallo de la Santa Sede. A cambio, Inocencio III lo coronó con gran pompa, otorgándole el título de «Católico», sobrenombre con el que este rey ha pasado a la historia. Pero el significado político que tenía esta ceremonia iba mucho más allá del simple carácter fastuoso del acto en sí. Con ello, el papa Inocencio III no sólo aceptaba el vasallaje de Pedro II, sino que reconocía, además, su autoridad sobre Languedoc. El pontífice solamente pedía a cambio el apoyo de tan poderoso monarca en la lucha contra la herejía cátara. El acuerdo se mostró útil, en principio, y la nueva alianza obtuvo ciertos éxitos, por lo que los engranajes de la maquinaria pontificia-aragonesa parecían funcionar a la perfección. En este contexto, el rey católico se mostró taxativo frente a los «maniqueos» que habitaban en Cataluña y Aragón, herejes que fueron sentenciados a pasar por la hoguera, aunque lo cierto es que en tierras hispánicas los seguidores del catarismo representaban una minoría. El problema real se situaba más allá de los Pirineos, donde el papa no encontró ningún apoyo en los demás señores de Occitania, vasallos en mayor o menor grado de Pedro II. Cabe destacar también que a pesar de que el rey aragonés se mostrara inflexible frente a la heterodoxia, en cambio no estaba dispuesto a hacer uso de la fuerza contra sus vasallos languedocianos, a pesar de que estos estaban en el punto de mira de la Iglesia católica por ser considerados defensores de los herejes. Esta postura resultaba sin duda incómoda para el monarca católico. Mientras no condenara y no se enfrentara a sus propios súbditos y vasallos occitanos, sería como si tuviera sobre él la espada de Damocles, ya que existía la posibilidad de ser declarado fautor de herejes y excomulgado, y de nada le valdría entonces su demostrada ortodoxia.

Torre del Oro, (1220-1221), Sevilla. Esta construcción fue realizada por los almohades durante el período en el que dominaron la península ibérica, es decir, entre los años 1147 y 1212. En dicha época, el territorio de al-Ándalus mantuvo la unidad política, ciclo que fue precedido a lo largo del tercer cuarto del siglo XII por el denominado período de «segundas taifas» y que dio paso durante la primera mitad del siglo XIII a la etapa de las «terceras taifas», momentos históricos estos en los que existió un elevado número de reinos islámicos independientes entre sí.

Sin esta necesaria cooperación de las autoridades locales languedocianas, el cometido negociador del equipo de legados papales, formado por los frailes cistercienses Arnaldo Amaury, Raúl de Fontfroide y Pedro de Castelnau, no tardó en derivar en un rotundo fracaso. No obstante, ante la inoperancia del clero católico de Occitania, Inocencio III había otorgado plenos poderes a los tres monjes para combatir de forma más eficaz la herejía. Ello hacía que los representantes pontificios fueran a partir de entonces totalmente independientes de los prelados locales y que únicamente debieran obedecer las órdenes directas que les diera el papa, privilegios estos que posteriormente sentarían la base para el correcto funcionamiento de los procesos inquisitoriales, cuyos jueces también llegarían a ejercer su labor para preservar la ortodoxia con total libertad de acción.

Pero a pesar del frustrante resultado obtenido por los legados cistercienses a través de su intervención pacífica en Languedoc, Inocencio III no quiso dar por agotada

todavía la vía diplomática para solucionar el conflicto y pronto designaría a nuevos clérigos para que apoyaran al equipo de Arnaldo Amaury. Hacia julio de 1206, Diego de Acebes, el castellano obispo de Osma, y Domingo de Guzmán, su subprior, llegaban al encuentro de los embajadores cistercienses tras entrevistarse en Roma con el sumo pontífice. Los hermanos castellanos pronto desarrollaron nuevas medidas para combatir la herejía después de observar la inocuidad de los debates cistercienses con el alto clero cátaro, y decidieron entonces combatir el problema occitano desde su propio origen. De nada servía mantener discusiones dialécticas con los perfectos cátaros si los enviados del papa no escuchaban a los ciudadanos occitanos y esquivaban siempre responder a las cuestiones que éstos les planteaban. Domingo de Guzmán, quien posteriormente sería canonizado, había necesitado muy poco tiempo para apercibirse de esto, siendo precisamente él quien halló la forma de enfrentarse de manera efectiva a la herejía dualista. El futuro santo Domingo tenía muy presente que el modelo apostólico que utilizaban los cátaros en su predicación constituía el pilar fundamental para su masiva captación de adeptos. Para poder desarrollar plenamente el arquetipo evangélico, era preciso que este fuera acompañado del voto de pobreza, algo que no era desconocido por los buenos hombres cátaros, quienes, como sabemos, carecían de posesiones y bienes propios. La magistral fórmula había sido por fin decodificada y parecía sencilla de ejecutar. Sería suficiente con que los legados pontificios empezaran a ejercitar las mismas prácticas que los herejes cátaros para ganarse la confianza de las poblaciones languedocianas y poder de esta forma devolverlas a la ortodoxia católica.

Debido a ello, casi de forma inmediata, Diego de Acebes y Domingo de Guzmán iniciaron una misión predicadora por tierras occitanas con el único propósito de aproximarse a los ciudadanos del Mediodía, fueran éstos feligreses católicos o devotos cátaros. Para desarrollar dicho cometido, únicamente se dedicaron a imitar la austera forma de viajar de los buenos hombres cátaros: se desplazaban a pie en la más absoluta pobreza, sin llevar dinero ni posesión material alguna y con el único objetivo de predicar el verbo de Dios. Por primera vez en mucho tiempo el clero católico trataba de situarse al nivel de las gentes de condición más humilde y comenzaba a escuchar sus demandas. La semilla estaba echada, pero para poder recoger el fruto, a Diego y Domingo les quedaba por delante un largo y duro trabajo. La táctica adoptada por los religiosos castellanos precisaba, por lo tanto, paciencia por parte de la Santa Sede, cuya curia se mostraba ya en esos momentos demasiado inquieta como para permitir obtener a los nuevos representantes papales resultados tangibles. En consecuencia, por mucho esmero que

Domingo y el obispo de Osma pusieran en la labor emprendida, queda claro que hacía falta algo más que el incansable trabajo de dos austeros clérigos para poder recorrer un territorio tan vasto como Languedoc y devolver a sus poblaciones a la ortodoxia. Debido a ello, es lógico que los sacerdotes hispánicos necesitaran el apoyo de los legados cistercienses y sus monjes, y que todos ellos adoptaran los nuevos métodos evangélicos. Pero Domingo de Guzmán únicamente pudo contar con el respaldo de su inseparable Diego de Acebes mientras este vivió. Nadie más le brindó su ayuda. Domingo llegó a instar a los embajadores cister-cienses para que renunciaran a sus pomposos séquitos, cabalgaduras, ricas vestimentas y abundantes equipajes, aunque no logró respuesta positiva alguna.

No obstante, Diego y Domingo caminarían por todo Languedoc con su hábito como único equipaje, viviendo de la caridad de las gentes de aquellos lugares por donde pasaban, predicando y, cuando la ocasión lo permitía, manteniendo enfrentamientos dogmáticos con los perfectos cátaros. Estos debates dialécticos tendrían lugar principalmente en aquellos emplazamientos en los que la herejía había arraigado con mayor profundidad. De esta forma, en el verano de 1206 se producirá una conferencia en Servian, en el vizcondado de Béziers, con un clérigo de Nevers, ciudad del centro de Francia, que había recibido el *consolament* tras ser seducido por la herejía cátara. En la primavera de 1207 tendrá lugar en Montréal, en el vizcondado de Carcasona, un encuentro similar en el que se mantendrá un debate dogmático de dos semanas de duración entre los sacerdotes castellanos y la curia cátara, representada por Pons Jourda, Benito de Termes, el afamado perfecto Guilhabert de Castres y el célebre predicador Oth de la Montaña Negra, región natural al sur de Tolosa. El coloquio, al parecer, no supuso ningún avance en una u otra dirección, ya que los arbitrados designados para juzgar el resultado, dos nobles y dos burgueses naturales del lugar, no se atrevieron a emitir ningún veredicto. El fracaso de Montréal se verá confirmado, según la versión del cronista occitano del siglo XIII, Guillaume de Puylaurens, con la conversión al catarismo de ciento cincuenta nuevos creyentes tras finalizar el debate en cuestión. Otra entrevista similar se mantendrá también por estos años en Verfeil, en el condado de Tolosa, con dos buenos hombres, Pons Jourda y Arnaud Arrufat, pero sin obtener tampoco resultado alguno. Y por si el trabajo que tenían por delante Diego de Acebes y Domingo de Guzmán para combatir al catarismo no era ya de por sí suficiente, los clérigos hispánicos también hubieron de enfrentarse a los herejes valdenses. Destaca en este sentido la reunión celebrada en otoño de 1207 en Pamiers, en el condado de Foix,

donde los seguidores de Pierre Valdo sufrieron una dura derrota dialéctica, ya que en esta ocasión el juez designado, Arnaud de Crampagna, finalmente se mostró de acuerdo con los postulados católicos y renunció a la herejía valdense, de la que, cuanto menos, era simpatizante. A partir de ese día, según Pierre des Vaux-de-Cernay, cronista francés del siglo XIII, el árbitro de este debate entregó su persona y todos sus bienes a la causa de Diego y Domingo, enfrentándose, además, a los heréticos. Este sería el único logro importante de los clérigos hispánicos hasta ese momento.

Sin embargo, es probable que este pequeño triunfo de los legados castellanos animara al abad cisterciense, Arnaldo Amaury, para que aportara nuevos recursos humanos a la misión dominica. De esta forma, por esas fechas, doce abades y quince monjes cistercienses quedaron bajo las órdenes de Domingo de Guzmán y Diego de Acebes y, al parecer, estos frailes no hicieron en un principio caso omiso de las recomendaciones del subprior de Osma, aunque fuera tan sólo para guardar las apariencias, ya que llegaron a pie desde sus lugares de origen y sin dinero alguno. No obstante, la aparente disposición de Arnaldo Amaury para cooperar con Domingo, pronto se esfumaría. Tras producirse el 30 de diciembre de 1207 la muerte de Diego de Acebes, los frailes cistercienses, recientemente llegados, no tardarían en regresar a sus abadías, posiblemente debido a la negativa por parte de sus superiores, los legados Arnaldo Amaury y Pedro de Castelnau, para adoptar los procedimientos de predicación sugeridos por Domingo de Guzmán. El tercero de los legados cistercienses, Raúl de Fontfroide, había fallecido en abril de ese mismo año.

Ante la estampida cisterciense y la baja de Diego de Acebes, Domingo debía enfrentarse él solo a la herejía haciendo uso de sus métodos pacíficos. La fórmula dominica había demostrado en el Tratado de Pamiers de 1207 que podía llegar a ser eficaz, aunque también es cierto que al mismo tiempo los procedimientos que evitaban el uso de la violencia eran muy lentos a la hora de mostrar resultados evidentes.

Tras el fallecimiento de Diego de Acebes, Domingo de Guzmán buscará un nuevo compañero para proseguir con su laboriosa misión evangélica y lo hallará en la persona de un sencillo cura occitano llamado Guillaume Claret. Buena muestra de que el trabajo desarrollado por Domingo podía resultar efectivo, aun a pesar de la ausencia de su fiel Diego de Acebes, la podemos encontrar en el caso de la conversión de un grupo de perfectas y sus seguidoras que se reunían en una casa de mujeres cátaras de Fanjeaux, en

el área de la Montaña Negra languedociana, donde a buen seguro el subprior de Osma contó con la inestimable ayuda de su nuevo colaborador, Guillaume Claret. Puede que con mayores recursos, Domingo hubiera obtenido más resultados similares a los de Pamiers y Fanjeaux, pero también es posible que aun disponiendo de todos los medios necesarios, fuera ya demasiado tarde para erradicar de raíz el problema cátaro en Occitania. Guillaume de Puylaurens parece confirmarnos esto último cuando narra la conversación mantenida a principios del siglo XIII por Fulco de Marsella, obispo de Tolosa, con el caballero occitano Adhémar de Roudeille. En esta charla, el primero pregunta: «¿por qué no los echáis, no los expulsáis de vuestro país?»; y obtuvo la siguiente respuesta: «no podemos, nos hemos educado juntos, entre ellos tenemos primos y los vemos vivir honradamente [...]».

No obstante, Domingo de Guzmán proseguiría su largo camino a través de Languedoc y, mientras el clérigo castellano recorría aquellas tierras, el legado Pedro de Castelnau desarrollaba una ambiciosa actividad diplomática que lo llevaría a plantear hacia 1207 un compromiso de cooperación frente a la herejía por parte del conde de Tolosa. El fraile cisterciense estaba convencido de que, ante la lentitud de los métodos de Domingo, solamente era factible emplear la violencia para erradicar de una vez por todas el catarismo tan sólidamente implantado en el Midi, por lo que decidió que Raimundo VI liderara al resto de la aristocracia occitana para reprimir con dureza la herejía. El legado Pedro de Castelnau ya había dado previamente muestras de su habilidad como embajador del papa Inocencio III al conseguir en diciembre de 1203 que los cónsules de Tolosa juraran que conservarían la fe católica y, a su vez, se comprometieran a expulsar a los herejes de la ciudad. No obstante, los gobernantes tolosanos nunca llegarían a cumplir estas obligaciones. En el acuerdo general de paz que pretendía imponer el monje cisterciense en 1207, se requerían una serie de compromisos por parte de Raimundo VI para, a juicio del legado, poder preservar la ortodoxia católica. Estas exigencias eran: no emplear judíos en la administración, no aumentar los peajes en sus tierras, no permitir el reclutamiento de bandidos en sus ejércitos, devolver a las iglesias tolosanas lo que se les había robado y perseguir de forma eficaz a la herejía. Sin embargo, al conde le resultaba imposible aceptar estas imposiciones. Los judíos desarrollaban una labor fundamental en la administración tolosana, al tiempo que también las finanzas de las tierras bajo la jurisdicción de Raimundo VI se sostenían en buena medida con fondos hebreos. El condado de Tolosa y sus territorios vasallos eran por esa época tierras muy prósperas en las que el comercio producía una gran circulación

de personas y mercancías, con lo que una parte fundamental de su economía la constituía, lógicamente, el cobro de peajes de tránsito y lezdas. Como pudimos comprobar en el capítulo 4, también resultaba muy complicado para el conde tolosano prescindir de la contratación de mercenarios para formar su hueste, ya que sus teóricos vasallos no aportaban las tropas necesarias para que Raimundo VI pudiera formar un ejército feudal. Debido a todo lo anterior, las duras condiciones impuestas por Pedro de Castelnau no podían ser aceptadas por Raimundo de Tolosa, por lo que el conde se negó a firmar los acuerdos y, en consecuencia, acabó siendo excomulgado por el legado pontificio. El papa Inocencio III no tardaría demasiado tiempo en ratificar la condena impuesta.

A partir de este anatema, las relaciones entre Raimundo VI y Pedro de Castelnau quedaron totalmente rotas. Tan sólo unos meses después, el 15 de enero de 1208, sería hallado el cadáver del monje cistercien-se a orillas del río Ródano, en tierras tolosanas. Al parecer, un escudero del propio conde de Tolosa había sido la mano ejecutora del crimen. Según algunas versiones, el asesino no había recibido orden alguna por parte de nadie, sino que creyó que podría ganarse el favor del conde con esta acción. No sería raro que el asesinato fuera ideado por Raimundo VI, ya que sabemos cómo se las gastaba la familia de Saint-Gilles. Sin ir más lejos, Raimundo VII, hijo y sucesor de Raimundo VI, años después, en 1242, ordenará el atentado de Avignonet en el que morirían asesinados dos inquisidores y todo su séquito.

No obstante, fuera o no culpable Raimundo VI de este delito, sobre él vertería Inocencio III todas las culpas. Este hecho puntual sería el detonante definitivo para que el papa se decidiera a emplear una fuerza armada que operara, en última instancia, bajo sus órdenes para luchar en Languedoc, ya no sólo contra los propios herejes cátaros, sino contra todos aquellos nobles que les permitieran vivir en sus tierras. Si era preciso, Inocencio III estaba dispuesto a entregar a los cruzados los territorios infectados por la herejía con tal de que acabaran con el catarismo y con los poderes temporales occitanos que nada habían hecho para perseguir a los disidentes dualistas. Teniendo presente que la mayor parte de los participantes en la expedición languedociana eran caballeros vasallos del rey francés, Felipe II Augusto, pronto comprenderemos que existía un riesgo muy alto de que la mayor parte de estos señoríos acabaran siendo arrancados de la órbita aragonesa y fueran anexionados definitivamente por Francia. Como iremos desvelando, eso precisamente fue lo que ocurrió.

TAMBORES DE GUERRA

Mucho antes incluso de que se produjera el asesinato del legado Pedro de Castelnau, Inocencio III conocía de sobra la fuerza que la emergente Iglesia albigense había llegado a adquirir, al tiempo que era sabedor del gran dominio del Evangelio que poseían los perfectos cátaros, aspecto este en el que los buenos hombres no encontraban rival alguno entre los sacerdotes católicos. Todo ello desesperaba sobremanera al papa, quien se sentía además impotente ante la ausencia de resultados tangibles obtenidos mediante la vía diplomática. Cierto es que desde el mismo día de su ascenso al solio pontificio, Inocencio III había barajado la opción de emplear la fuerza para solucionar el problema cátaro occitano pero, no obstante, fue a partir del momento en el que los métodos desarrollados por sus legados cistercienses empezaron a mostrarse ineficaces cuando comenzó a maquinar de forma cada vez más firme la idea de recurrir a las armas para acabar de una vez por todas con la herejía. El movimiento cátaro había llegado a constituirse en una Iglesia y esto resultaba inconcebible para la Santa Sede.

Existen documentos que demuestran que Inocencio III nunca renunció a emprender una guerra para acabar con el catarismo. De esta forma, el papa llegó a escribir hasta en tres ocasiones a Felipe II de Francia. La Santa Sede creía poder contar con el apoyo que, hasta la fecha, le había brindado la monarquía francesa, por lo que en 1204 Inocencio III envió a Felipe II la primera de sus cartas, indicándole la legitimidad de la conquista y anexión de los señoríos languedocianos, ya que, según el sumo pontífice, en ellos habitaban únicamente herejes o protectores de los mismos. Con ello, la Cruzada no solamente podía servir para dar solución al contratiempo religioso existente, sino que, además, también era un posible remedio para un problema político. La idea era que ante la apatía de Pedro II el Católico para acabar de forma violenta con la herejía, se podía, si era preciso, entregar en bandeja Occitania al rey de Francia a cambio de su participación militar en una cruzada contra los albigenses. De esta forma, a partir de entonces los múltiples señoríos semiindependientes de Languedoc acabarían pasando del laxo vasallaje o protectorado ejercido por la Corona de Aragón a ser territorios integrantes del reino de Francia.

Resulta interesante tener en cuenta que el año 1204, cuando se escribió esta primera misiva, coincide en el tiempo con la toma de la cristiana Constantinopla por parte de los ejércitos de la Cuarta Cruzada, expedición militar encaminada en un principio a liberar

Tierra Santa de manos del islam y que derivó en la invasión de la capital bizantina. Como podemos observar en estas líneas, el ideal de cruzada estaba muy presente a comienzos del siglo XIII, pero por desgracia para la Santa Sede, Francia se encontraba por estas fechas sumida en una guerra contra Inglaterra que constituía la principal preocupación del capeto Felipe II. Por lo tanto, la carta de Inocencio III no tuvo el efecto deseado.

El segundo intento del papa por conseguir la participación del rey francés en la Cruzada partió en 1205, de nuevo en forma de carta. Misiva que se mostró nuevamente estéril, al igual que una tercera, escrita en 1207. Inocencio III confiaba en que el rey capeto tomara la espada y la cruz y liderara una campaña militar contra los occitanos, pero Felipe Augusto ya tenía bastantes quebraderos de cabeza con frenar el empuje inglés en suelo continental europeo, hecho que constituía en sí mismo una amenaza para las posiciones francesas en la costa atlántica. Sin embargo, no por no participar el soberano francés personalmente en la Cruzada albigense, algunos de sus vasallos dejarían de lanzarse al asalto del país occitano, en última instancia, en nombre de su rey y señor principal, debido a los vínculos feudales que los ligaban a la monarquía capeta. Este tipo de caballeros representaría el grupo mayoritario que desde la vecina Francia acudió en masa a Languedoc para formar los ejércitos papales.

Queda bien claro que Inocencio III anhelaba el mando de la Cruzada para un poderoso señor, a la altura de los reyes de Francia o Aragón. Ante la inoperancia de Pedro II contra los señores occitanos, no herejes pero protectores de herejes, al papa únicamente le quedaba la opción del monarca francés. El obispo de Roma esperó pacientemente una respuesta positiva por parte de Felipe II, pero llegó un momento en el que no pudo aguardar más y se vio forzado a convocar oficialmente la Cruzada sin conseguir la ansiada dirección de la misma para un poderoso rey. La gota que colmó el vaso de la paciencia del sumo pontífice fue el asesinato en Tolosa de su legado, Pedro de Castelnau, por lo que sobre su conde, Raimundo VI, cayeron todas las culpas de este crimen, así como la acusación de ser el principal responsable del desarrollo de la herejía en Languedoc.

Cimera del casco de Pedro IV el Ceremonioso. Palacio de la Almudaina, Palma de Mallorca. Este símbolo de la realeza aragonesa, una de las monarquías más poderosas de Europa en el siglo XIII, históricamente se ha atribuido a Jaime I. Sin embargo, esto constituye un auténtico anacronismo, ya que los yelmos con llamativas cimeras no surgirían hasta finales del siglo XIII y únicamente se generalizaría su uso entre la realeza y la nobleza a partir del siglo XIV.

Inocencio III estaba a punto, por lo tanto, de hacer el llamamiento a la guerra santa. Ríos de tinta han corrido desde que aquel 9 de marzo de 1208 el papa convocara la Cruzada albigense. Un sinfín de autores han escrito sobre este conflicto de casi medio siglo de duración. No obstante, destacaremos especialmente a cuatro cronistas de la época cuyas obras constituyen fuentes de primera mano sobre los acontecimientos que tuvieron lugar en Occitania entre 1208 y 1244.

Comenzaremos hablando de Guillermo de Tudela, sacerdote navarro que entre los años 1199 y 1211 habitaba en Montauban, ciudad próxima a Tolosa, y que se vio obligado a exiliarse al castel de Bruniquel, en Rouergue, condado perteneciente a la familia de Saint-Gilles, ante la inseguridad derivada del brutal empuje cruzado. En Bruniquel fue nombrado canónigo de su colegiata tras adentrarse en el entorno más cercano al conde Balduino, quien a pesar de ser hermano y vasallo de Raimundo VI de Tolosa, era un fiel aliado de los cruzados. La crónica *Chanson de la Croisade* (Canción

de la Cruzada), cuya autoría se ha adjudicado históricamente a Guillermo de Tudela, está escrita en dos partes bien diferenciadas. La primera de ellas sin duda es obra de este clérigo, mientras que la segunda al parecer fue redactada por un autor anónimo próximo a Guillermo que posiblemente retomó el trabajo del sacerdote navarro tras su fallecimiento. Mientras que en la primera de estas partes, el de Tudela muestra una fuerte hostilidad hacia el catarismo y los grandes señores occitanos, en la segunda, el nuevo autor, probablemente un occitano, da un giro copernicano al estilo narrativo utilizado y sin llegar a ser partidario de la herejía, ya que se declara defensor de la ortodoxia católica, en ocasiones llega a mostrarse como un patriota lan-guedociano, alegrándose de las victorias de los *faydits* occitanos, caballeros rebeldes desposeídos de sus tierras por los invasores franceses.

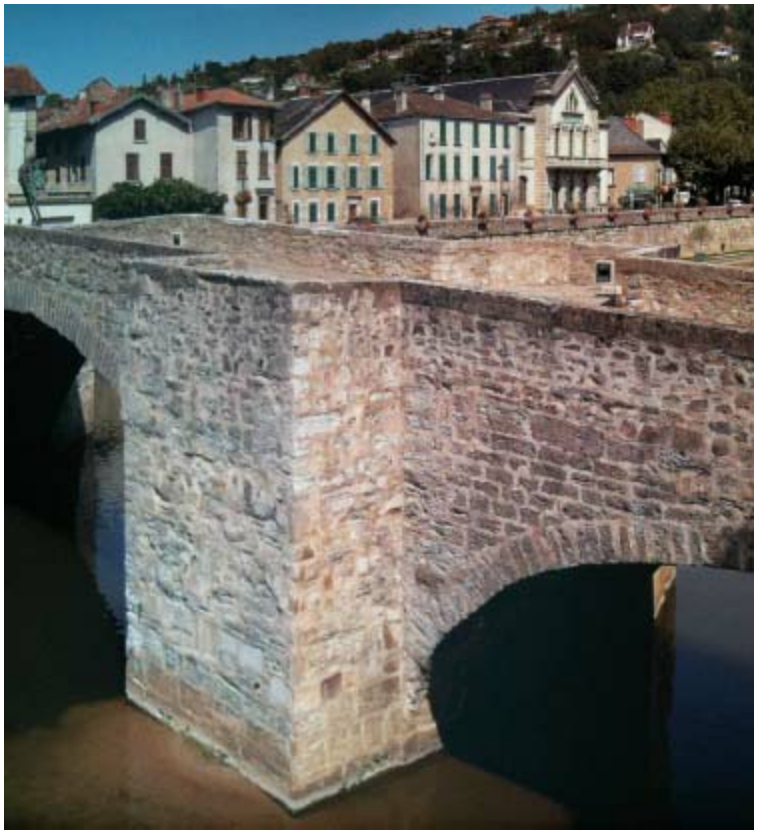
El complejo sistema defensivo de Constantinopla, construido en tiempos del emperador Teodosio II (408-450), estaba formado por un profundo foso, tres niveles de murallas, así como por innumerables torres, de forma que resultó inexpugnable hasta que la capital bizantina cayó en 1453 bajo el bombardeo de los cañones otomanos. Murallas de Teodosio II en la antigua ciudad de Constantinopla, actual Estambul, Turquía.

Pierre des Vaux-de-Cernay fue un fraile cisterciense francés autor de la *Historia albigensis* (Historia al-bigense), crónica que debió de escribir entre los años 1212 y 1218 y que constituye una de las principales fuentes sobre los acontecimientos sucedidos a lo largo de la cruzada contra el catarismo. Era sobrino de Guy des Vaux-de-Cernay, monje que pudo aproximarlo a la figura del líder cruzado Simón de Montfort, a quien Pierre

adulaba constantemente en sus relatos, por lo que podemos deducir que fue testigo ocular de los acontecimiento ocurridos en la Cruzada albigense. Ello hace que su obra sea de tanta importancia a pesar de ser un autor imparcial que claramente defendía la causa francesa.

La crónica del tercero de estos historiadores medievales, la *Summa,* es uno de los documentos más importantes sobre el catarismo que se conservan en la actualidad, ya que fue escrita por el italiano Rainiero Sacchoni, un antiguo perfecto que durante diecisiete años resultó seducido por la herejía dualista. En 1245 abjuró de su fe, más tarde sería ordenado sacerdote e incluso llegaría a ser nombrado inquisidor, por lo que, como deduciremos, se dedicó a partir de entonces a perseguir implacablemente la heterodoxia de sus antiguos correligionarios cátaros.

El cuarto y último de estos importantes cronistas contemporáneos de la Cruzada albigense es el tolosano Guillaume de Puylaurens, autor que narró los acontecimientos que tuvieron lugar en el Languedoc cátaro muchos años después de que ocurrieran, quedando finalizada su obra en 1275, cuando el catarismo ya llevaba prácticamente extinto como Iglesia organizada unos veinticinco años. No obstante, el trabajo de este sacerdote es uno de los principales documentos existentes sobre la Cruzada albigense por el hecho de haber vivido en el lugar y en la época —nació a comienzos del siglo XIII— en los que se desarrolló esta expedición militar y por pertenecer al círculo de personas más próximo a los obispos de Tolosa, el cistercien-se Fulco de Marsella y su sucesor, Raimundo du Falga.



Cuando el capeto Alfonso de Poitiers heredó todos los señoríos de la casa de Saint-Gilles en 1249 tras el fallecimiento de su suegro, Raimundo VII, hijo de Raimundo VI, el nuevo conde pronto fundaría la ciudad de Villefranche-de-Rouergue con el objetivo de trasladar allí la capital del condado de Rouergue. Puente de los cónsules construido en el siglo XIV sobre el río Aveyron en Villefranche-de-Rouergue, Francia.

La campaña cruzada

El 9 de marzo de 1208, cuando ni tan siquiera habían transcurrido dos meses desde que se produjera el asesinato del legado Pedro de Castelnau, Inocencio III hacía su llamamiento a la cruzada con una carta dirigida a los arzobispos de Narbona, Arles, Embrun, Lyon, Aix-en-Provence, Vienne y Tours; a los obispos de París y de Nevers, así como al abad del Císter y otros prelados de Francia y Occitania; a los condes, barones y, en definitiva, a todas las poblaciones del reino de los Capeto. Tampoco se olvidaba de trasladar el mensaje al propio rey Felipe II Augusto. La misiva decía así:

> Expulsadle, a él [Raimundo VI de Tolosa] y a sus cómplices, de las tierras del Señor. Despojadles de sus tierras para que habitantes católicos sustituyan en ellas a los herejes eliminados [...] La fe ha desaparecido, la paz ha muerto, la peste herética y la cólera guerrera han cobrado nuevo aliento. Os prometemos la remisión de vuestros pecados a fin de que, sin demoras, pongáis coto a tan grandes peligros. Esforzaos en pacificar las poblaciones en el nombre de Dios, de la paz y del amor. Poned todo vuestro empeño en destruir la herejía por

> todos los medios que Dios os inspire. Con más firmeza todavía que a los sarracenos, puesto que son más peligrosos, combatid a los herejes con mano dura y brazo tenso [...].

Todos los emplazados en el comunicado del santo padre debían de estar de sobra preparados para coger las armas e invadir Languedoc, ya que Inocencio III llevaba instándolos a participar en una campaña militar contra el catarismo desde el mismo instante en el que recibió la tiara papal. Ante la tentadora propuesta que otorgaba el derecho de conquista a los convocados a la Cruzada, muchos nobles acudieron en masa al llamamiento del pontífice, ávidos por hacer fortuna y obtener nuevas tierras. Estos aristócratas eran en su mayoría señores feudales vasallos del rey francés. Si bien es cierto que la dirección de la Cruzada era rechazada por Felipe II, no lo es menos que los territorios que hipotéticamente conquistaran sus vasallos en Occitania caerían irremediablemente en la órbita de la monarquía Capeta. Se iniciaba de esta forma el largo proceso de anexión del Mediodía al reino de Francia. El proyecto de recuperación de las tierras languedocianas que pertenecieron en tiempos de Carlomagno, allá por el siglo IX, al antiguo reino de los francos, estaba ya en marcha.

Durante los preparativos de la Cruzada albigense, Inocencio III otorgó el cargo de legado pontificio a su secretario personal, Milón, para que, de esta forma, quedara cubierta la baja del fallecido Pedro de Castelnau. Con esta nueva incorporación al equipo cisterciense liderado por Arnaldo Amaury, los heraldos papales estaban ya listos para supervisar el reclutamiento de tropas. En este contexto, en junio de 1209, el abad del Císter reunía en Lyon una hueste que debía de estar formada por unos veinte mil jinetes y cuarenta mil soldados de infantería, pertenecientes a los ejércitos de los más grandes aristócratas franceses, tales como el duque de Borgoña y los condes de Nevers, Bars y Saint-Pol, así como a muchos otros barones del reino Capeto. También acudió a Lyon un incontable número de malhechores, que formaban una heterogénea milicia de franceses, flamencos, aquitanos y alemanes, llegados principalmente con motivo de sus ansias de botín. El conjunto de estas tropas constituía uno de ejércitos medievales más importantes que hasta ese momento había operado en Occidente. Finalmente, aunque Felipe II no participó personalmente en la empresa, accedió a colaborar en la misma con el envío de las huestes de dos de sus hombres, el duque de Borgoña y el conde de Nevers, desautorizando la partida hacia el Midi del resto de sus vasallos, aunque, como ya hemos observado, esto no impidió que muchos otros cogieran de forma voluntaria las

armas, sin ninguna duda tentados por las posibilidades de rapiña que se divisaban en la frontera sur. Pobre aportación oficial la del monarca francés cuando el papa le ofrecía en bandeja Occitania. Uno de estos señores feudales, Simón de Montfort, acabaría siendo elegido por el legado papal Arnaldo Amaury, jefe militar de la expedición, como podremos comprobar en próximos párrafos.

Esta rápida movilización de tropas provocó que Raimundo VI de Tolosa actuara con astucia y celeridad ante lo que se le venía encima, ofreciendo su participación activa en la Cruzada, así como en la persecución de los herejes. De esta forma trataba de forzar el perdón de la autoridad papal. Y el caso es que, por sorprendente que parezca, finalmente el conde consiguió ser absuelto de sus pecados. Sin embargo, su redención se produciría no sin antes haber sufrido una dura y humillante penitencia pública en Saint-Gilles, su ciudad natal. Raimundo VI fue azotado con el torso desnudo y, además, se le forzó a aceptar las duras condiciones que el fallecido legado, Pedro de Castelnau, trató de imponerle en 1207. Sólo entonces Inocencio III reconoció la buena fe de Raimundo VI y decidió reorientar la Cruzada hacia otros señoríos occitanos contaminados por el movimiento cátaro y gobernados por nobles que no hacían nada por frenar el avance de su herejía. En consecuencia, la expedición pronto podría rumbo hacia los señoríos de la familia Trencavel, donde el joven Raimundo-Roger, vizconde de Carcasona, Béziers y Albi, sobrino, además, de Raimundo VI, era sospechoso de herejía según declaraba la Iglesia católica.

¿Quién maquinó la idea de invadir los vizcondados de Raimundo-Roger? Es probable que la mente que urdió este plan fuera la de Raimundo VI, con lo que resucitaron los antiguos odios existentes entre las dos grandes dinastías occitanas. Muy poco tiempo hubo de transcurrir para que las hordas cruzadas, deseosas de botín, se hallaran a las puertas de estas ricas tierras, a pesar de que su vizconde no tenía nada que ver con el asesinato del legado cisterciense, al igual que muy probablemente tampoco tenía ninguna relación con el catarismo.

Los ejércitos cruzados cambiarían en esos momentos de rumbo y, en lugar de marchar hacia Tolosa, su destino inicial, se dirigían hacia su nuevo objetivo: Béziers. A principios de julio de 1209, las milicias del papa Inocencio III atravesaban ya el río Ródano y llegaban a Montpellier, ciudad occitana donde acamparon por unos días. El vizconde Raimundo-Roger prácticamente podía sentir ya el sonido de los cascos de las

cabalgaduras francesas desde su fortaleza de Carcasona, por lo que ante el inminente ataque sobre su ciudad más próxima a Montpellier, es decir, Béziers, acudió al campamento cruzado lo más pronto que pudo, presa del pánico. Su deseo era pedir clemencia y obtener el perdón por parte de los legados papales al igual que había hecho su tío Raimundo VI de Tolosa. No obstante, las negociaciones no fructificaron y el vizconde se vio forzado a retirarse a su bastión carcasonense. Los ejércitos cruzados abandonaron Montpellier el 20 de julio y al día siguiente los defensores de Béziers pudieron divisar desde sus murallas cómo sus primeros contingentes comenzaban a preparar el asedio. La manifiesta diferencia existente entre los dos bandos en liza provocaría que la primera ciudad occitana cayera pronto en manos de las huestes francesas. Muy pronto también se revelarían los despiadados, pero efectivos, métodos empleados por estos caballeros extranjeros para erradicar la herejía cátara de Occitania.

Los habitantes de Béziers se negaban a entregar a los herejes que había en su ciudad, ya que estaban decididos a resistir el asedio cruzado, aun a pesar de que fueron instados por el obispo a obedecer las recomendaciones de los legados papales. No obstante, si esta urbe no pactaba pronto su rendición, el asalto final no tardaría demasiado en llegar, ya que la flor y nata de las tropas del vizconde Raimundo-Roger Trencavel se encontraban en la vecina fortificación de Carcasona, quedando en Béziers tan sólo una pequeña guarnición. Ante la inminente entrada de los cruzados en esta última localidad, sus principales líderes consultaron preocupados al legado Arnaldo Amaury sobre cómo distinguir entre herejes y verdaderos católicos. El monje cisterciense, considerado líder espiritual de la Cruzada, se mostraría tajante: «Matadlos a todos que Dios reconocerá a los suyos». Según las crónicas de la época, unas ocho mil personas morirían el 22 de julio durante la toma de Béziers, prácticamente la totalidad de la gente que se refugiaba tras sus murallas. Muchas de las víctimas fueron pasadas a cuchillo en la iglesia de la Madeleine, lugar donde posiblemente se encontraban rezando con la esperanza de que sus vidas fueran respetadas, dato que hace que sea poco probable que los allí presentes fueran cátaros, ya que, como sabemos, rechazaban los templos. La rica ciudad languedociana sería además saqueada y destruida por un incendio que duró dos días. A pesar de que en la actualidad se ponga en duda si realmente Arnaldo Amaury pronunció tan célebre frase, lo cierto es que para los cronistas medievales, así como para la mayoría de historiadores actuales, en Béziers se produjo una auténtica carnicería.

Al parecer, los líderes de la Cruzada se jactaron de esta masacre e incluso llegaron a

exagerar la, ya de por sí, elevada cifra de víctimas. Con ello perseguían un único objetivo: intimidar al resto de ciudades languedocianas y conseguir que estas se rindieran sin tener que tomarlas al asalto. Los cruzados podrían ahorrarse así un número de bajas considerable entre sus filas. De esta forma, los caballeros franceses que invadían Occitania se conjuraron a partir de entonces para que, en palabras de Guillermo de Tudela, «en cada villa fortificada, ante la cual se presentara el ejército y que se negara a rendirse, tras el asalto final todos sus habitantes deberían ser pasados a cuchillo [...]». Esta afirmación del cronista navarro nos muestra a las claras que los cruzados franceses que ocupaban Languedoc eran considerados, y se consideraban, extranjeros, y no tenían nada que ver con el país del Mediodía. Sus hordas podían sin más asesinar allá por donde pasaran, sin importarles que entre sus víctimas hubiera devotos católicos, ya que no poseían familiares ni personas allegadas en estas tierras que les eran ajenas.

Muy pronto todos estos crímenes comenzaron a hacer mella en la moral de los occitanos y, tras la toma de Béziers, prácticamente todas las fortalezas que iban apareciendo en la ruta del ejército de Cristo capitularon a las primeras de cambio sin llegar a hacer frente a los cruzados, especialmente aquellas cuyas murallas eran débiles o que no poseían una guarnición importante que las pudiera defender. La Cruzada, por lo tanto, continuó su recorrido por los señoríos del vizconde Raimundo-Roger sin fuerza alguna que le opusiera resistencia. No obstante, esta especie de paseo triunfal finalizaría cuando, en el camino de las huestes francesas, apareciera la capital de los vizcondados de Trencavel, la poderosa ciudad amurallada de Carcasona. Si a esto le unimos que entre sus murallas se hallaba el vizconde Raimundo-Roger, comprenderemos fácilmente el porqué de la feroz resistencia de esta gran ciudad.

Las defensas de Carcasona estaban constituidas por dos arrabales fortificados o barbacanas, una muralla principal y su ciudadela, localizándose en esta última el castillo del vizconde. Entre estos sólidos muros permanecía acantonada la numerosa hueste de Raimundo-Roger, formada por los caballeros de su mesnada, así como por una milicia urbana bien pertrechada y aprovisionada. Nada más iniciarse la batalla, hacia principios de agosto de 1209, uno de los arrabales de Carcasona cayó ante el primer embate cruzado. No obstante, fue necesaria una dura lucha para que los atacantes pudieran superar la segunda de estas barbacanas, teniendo lugar en este arrabal una serie de encarnizados combates en los que incluso fue necesario utilizar catapultas y

torres de asalto, así como tácticas de ingeniería militar, tales como la del minado de murallas. Finalmente, fue precisamente mediante una de estas minas como se consiguió abrir una brecha importante en las defensas del segundo arrabal y, tras una sangrienta lucha, los caballeros franceses se hicieron con su control. Nada hacía ya prever que la ciudad no cayera en manos de las poderosas huestes francesas, a pesar de la tenaz resistencia carcasonense. Sólo era cuestión de tiempo que la capital de los Trencavel acabara rindiéndose o siendo tomada al asalto. Debido a ello, en medio de los combates, cuando el asedio se aproximaba a superar la primera quincena del mes de agosto, Pedro II, el rey Católico, el protegido del papa y el más grande entre los señores languedocianos, acudió al campamento cruzado con la esperanza de negociar una capitulación lo más beneficiosa posible para su vasallo, Raimundo-Roger. A la postre, el rey aragonés consiguió que los líderes franceses aceptaran que el vizconde pudiera abandonar la ciudad si esta era rendida. Sin embargo, el ímpetu juvenil del de Trencavel lo condujo a negarse a aceptar el pacto. Probablemente, Raimundo-Roger tampoco deseaba abandonar a sus súbditos a la depravación cruzada. Y es posible que el vizconde de veinticinco años de edad se hubiera obcecado también con la creencia de que su castillo era inexpugnable. Ante la absurda decisión de Raimundo-Roger, Pedro II optó por regresar a sus dominios hispánicos y, por el momento, no entrometerse demasiado en los asuntos de los peligrosos caballeros franceses. El rey de Aragón no deseaba, al menos por ahora, entrar en un conflicto abierto con Francia.

No obstante, el destino irremediablemente conduciría a la Corona de Aragón y Francia, dos potencias emergentes, a iniciar una guerra por el control de Languedoc, tierra que se situaba entre ambos Estados. El conflicto iniciado durante el transcurso de la Cruzada albigense experimentaría un largo período de paz, que podríamos calificar de «guerra fría», a lo largo del extenso reinado de Jaime I el Conquistador (1218-1276), hijo y sucesor de Pedro II, ya que en este intervalo de tiempo Aragón conspiraría constantemente contra Francia, y viceversa, sin haber una declaración oficial de guerra. Sin embargo, el litigio alcanzaría su punto álgido durante los reinados de Pedro III el Grande (1276-1285), hijo y sucesor de Jaime I, y su vástago, Jaime II el Justo (1291-1327), y no cesaría hasta el año 1295 con la firma del Tratado de Anagni.

Ante el fracaso de la negociación del rey católico en el cuartel cruzado, Carcasona no se rindió y el asedio continuó. Conforme pasaba el tiempo, la moral de los asaltantes se veía cada vez más mermada, ya que sus bajas iban en aumento debido a la sólida y

eficaz defensa de los carcasonenses y, ciertamente, podemos admitir que poco le faltó al vizconde para conseguir la victoria. No obstante, la providencia se alió en esta ocasión con los cruzados y ese verano fue especialmente caluroso y seco, con lo que las reservas de agua de la ciudad pronto se agotaron y la gran urbe se preparó definitivamente para rendirse. Sólo entonces Raimundo-Roger pensó pactar la entrega de Carcasona a los caballeros franceses para evitar una masacre como la que había tenido lugar en Béziers. Pero, una vez en el campamento cruzado, el vizconde fue hecho prisionero, acto que rompía con el código del honor caballeresco. Sin embargo, a pesar de esta traición, Carcasona no fue tomada al asalto para suerte de esta gran urbe, ya que se acordó la salida pacífica de sus habitantes para el 15 de agosto de 1209.

El buen entendimiento entre Jaime I y su hijo, el futuro Pedro III, fue decisivo a la hora de combatir los problemas internos de la Corona de Aragón, de forma que el infante fue siempre el brazo ejecutor de la ira del Conquistador hacia la levantisca nobleza. Pedro III sería entronizado en 1276 tras la muerte de Jaime I, momento en el cual se produjo uno más de estos alzamientos feudales, conflicto que no permitió al nuevo rey centrarse en el que sería el mayor de sus logros hasta 1279: la conquista de Sicilia. Mural que representa a Jaime I el Conquistador y a Pedro III el Grande. Saló dels Furs, Museo Histórico Municipal de Valencia.

En menos de un mes de Cruzada, las dos capitales de los vizcondados más importantes de Raimundo-Roger estaban ya en poder de los cruzados. Únicamente quedaba buscar un candidato para que ocupara el trono de la dinastía Trencavel.

Arnaldo Amaury ofreció la corona vizcondal a los más grandes de entre los cruzados franceses. Primero al duque de Borgoña, después al conde de Nevers y finalmente al conde de Saint-Pol. Pero ninguno de ellos se atrevió a aceptar el cetro de Raimundo-Roger, el cual había sido arrancado de la mano de su legítimo dueño con alevosía. Muy probablemente, estos representantes de la alta nobleza francesa no vieron con buenos ojos la recepción de los títulos del joven Trencavel ante el temor a la ilegalidad de esta acción, sobre todo si tenemos presente que Raimundo-Roger aún vivía, si bien lo hacía preso en Carcasona. Cuando el legado papal se había quedado ya sin aspirantes que osaran responsabilizarse del gobierno de Carcasona y Béziers, tuvo el atrevimiento de ofrecer sus vizcondados a un veterano caballero de Ilede-France, Simón de Montfort. Se trataba de un aristócrata francés que también poseía dominios en Inglaterra, ya que era conde de Leicester, un noble que había combatido valientemente durante el sitio de Carcasona, mostrándose como un sanguinario y codicioso guerrero con buena capacidad de liderazgo. Era, además, un caballero a quien tampoco le faltaba experiencia en este tipo de expediciones militares, ya que había luchado en Oriente durante la Cuarta Cruzada. Posiblemente, el fallecimiento de Raimundo-Roger a finales de septiembre de 1209 provocó que Montfort se decidiera finalmente a recibir sus vizcondados. A partir de ese momento, un elevado número de pequeñas fortalezas languedocianas comenzaron a rendirse sin presentar batalla al flamante señor de Béziers y Carcasona y nuevo líder militar de la Cruzada. De esta forma, aunque buena parte de los cruzados regresaron a sus hogares tras cumplir con la cuarentena, que los obligaba por vínculo feudal a combatir para Simón de Montfort, ciudades como Limoux, Montréal, Fanjeaux, Castres, Lombers, Albi, Pamiers, Saverdun y Saisacc pasaron a manos del nuevo caudillo francés.

Uno de los nobles que abandonó a las huestes cruzadas tras superar los cuarenta días de servicio fue Raimundo VI. El conde de Tolosa pudo aprovechar el tiempo libre del que ahora disponía para desplegar una amplia actividad diplomática que le permitiera mitigar las condiciones que le fueron impuestas para obtener el perdón del papa Inocencio III. Para ello, Raimundo VI supo aliarse con los cónsules y ciudadanos tolosanos en su búsqueda de este objetivo. Y es que muy pocos en Tolosa, es más, casi nadie en Languedoc, deseaban que el país del Mediodía pasara a manos de los invasores franceses. No obstante, la Iglesia trató de forzar al conde a aceptar nuevas y más duras exigencias en los concilios que se celebraron en Saint-Gilles (julio de 1210) y Montpellier (febrero de 1211) para que la paz pudiera imperar en sus tierras. En estos encuentros, los

legados papales solicitaron a Raimundo VI que no sólo se empleara a fondo para reprimir la herejía cátara, sino que además debía desmantelar todos sus castillos y expulsar de sus ciudades a los caballeros tolosanos, esa exclusiva nobleza urbana languedociana tan diferente de la aristocracia rural de la vecina Francia. Tolosa quedaría de esta forma totalmente desarmada, por lo que en el caso de que necesitara defenderse de una agresión exterior, no podría hacerlo. Y, por si no resultara ya suficiente, con todo lo anterior se requirió además la presencia de Raimundo VI en Tierra Santa, donde debería combatir como un cruzado más para evitar que Tolosa fuera atacada. Como es lógico entender, estas condiciones eran inaceptables para el conde. Si a ello le añadimos que el soberano tolosano no llegó a emplearse con dureza contra los cátaros de sus dominios en ningún momento, aunque sólo fuera para tratar de mejorar su reputación frente a la Iglesia, comprenderemos fácilmente por qué fue nuevamente excomulgado. El líder espiritual de la Cruzada, Arnaldo Amaury, estaba decidido a acabar de una vez por todas con Raimundo VI y, al igual que ya había ocurrido con Raimundo-Roger de Carcasona, poner en su lugar a Simón de Montfort. Para el abad cisterciense, esa era la clave para erradicar definitivamente la herejía: derrocar a los poderes temporales autóctonos y sustituirlos por nobles franceses. La intención última de los legados pontificios era conquistar todo el Mediodía y que los nuevos gobernantes franceses acabaran con la herejía cátara.

En consecuencia, Tolosa volvería a ser objetivo de los cruzados muy pronto. El conde no tardaría mucho tiempo en recoger el guante lanzado por Arnaldo Amaury y respondió a su sentencia de excomunión con el destierro del obispo de Tolosa, Fulco de Marsella, cisterciense perteneciente al círculo de confianza del legado papal. A partir de entonces, el conde se refugiaría en la capital tolosana para preparar su defensa, poderosa urbe que no tardaría en mostrarse como un auténtico bastión. En junio de 1211, los ejércitos cruzados de Simón de Montfort fracasaron en su primer asedio a Tolosa. No obstante, se intuía que no sería el único intento de conquista de la gran capital occitana, por lo que su conde decidió buscar aliados que le permitieran continuar resistiendo. ¿Quién mejor que Pedro II el Católico? Un poderoso rey al mando de un gran ejército, el más grande de los señores de Occitania, el más fiel entre los vasallos del papa y, además, un posible mediador a la hora de reconciliarse con Inocencio III, gran valedor del monarca aragonés.

Finalmente, hacia 1213, Pedro II el Católico no tendría más remedio que acabar

abrazando la causa occitana y asumir el liderazgo de la contraofensiva lanzada contra las tropas de Montfort, por lo que se pusieron a sus órdenes Raimundo VI de Tolosa, Raimundo-Roger de Foix y Bernardo de Comminges. Sin embargo, los primeros signos de reacción por parte de la nobleza languedociana ya habían tenido lugar algo antes, cuando el efecto del pánico desatado por las matanzas iniciales de los cruzados, así como el trauma provocado por la caída de las primeras capitales, se había diluido. Aunque es preciso destacar que inicialmente se trataba más bien de una serie de pequeños alzamientos descoordinados entre sí y poco eficaces desde el punto de vista militar.

La contraofensiva occitana y la batalla de Muret (1213)

Como bien sabemos, hacia finales de 1209, poco después de la toma de Carcasona y de la «coronación» de Simón de Montfort como vizconde, el líder militar de la Cruzada permaneció en el Midi combatiendo con un reducido número de caballeros. Su objetivo no era otro que doblegar las plazas fuertes próximas a las antiguas capitales de los Trencavel. Y es que, por esas fechas, Montfort no poseía el control absoluto sobre sus teóricos dominios occitanos. Para este caballero francés había resultado relativamente sencillo someter a las pequeñas localidades languedocianas no fortificadas, así como a los castels de las áreas geográficas menos abruptas, donde el enemigo se había rendido fácilmente a los pocos cruzados que aún permanecían bajo el mando de este líder militar. Pero, en cambio, la situación se complicaría para las tropas de Simón de Montfort cuando estas alcanzaron las zonas montañosas del pre-Pirineo, lugares estos de difícil acceso, como era el caso de las Corbières, la Montaña Negra o el Lauragais, donde cualquier pequeño burgo amurallado podía llegar a resultar prácticamente inexpugnable si no se sometía a un duro asedio por parte de un numeroso ejército, bien armado y abastecido. Estos emplazamientos, como pudimos observar en el capítulo 4, se convertirían en un refugio privilegiado para creyentes y perfectos cátaros, lugares donde su doctrina dualista experimentaría un nuevo renacer. Numerosos *faydits,* es decir, nobles desposeídos de sus tierras, también se cobijarían en estos pequeños núcleos urbanos amurallados al amparo de la baja aristocracia local, junto a las que no sólo resistirían al enemigo cruzado, sino que incluso iniciarían la reconquista de buena parte de los territorios perdidos, como podremos comprobar en el siguiente capítulo.

En estas condiciones, Simón de Montfort y su pequeña hueste poco podían hacer

cuando abandonaban la seguridad que les proporcionaba su guarida de Carcasona, ya que, ante la imposibilidad de someter estas pequeñas fortalezas, su retaguardia quedaba desprotegida en el caso de que trataran de atacar las grandes ciudades del llano languedociano, como era el caso de Tolosa, su objetivo definitivo. El problema radicaba en que los grandes nobles franceses que habían participado en la expedición occitana de 1209 consideraban que la Cruzada albigense había finalizado tras la toma de Carcasona y a partir de entonces era ya sólo asunto de Montfort pacificar los dominios por los que había sido recientemente investido.

Tras la derrota en el año 378 de la infantería romana a manos de los jinetes godos en la batalla de Adrianópolis, se manifestaría la superioridad en el combate que aportaban las cargas a caballo aplicando el uso de estribos. Adrianópolis prepararía a Europa para acoger las cargas de caballería pesada como táctica de combate más importante de la Edad Media. Armadura de un caballero bajomedieval. Museo de la Armada, París.

Sin embargo, el papa Inocencio III no tardaría mucho tiempo en preparar nuevos refuerzos para que la Cruzada pudiera continuar, ya que era muy consciente del peligro que podía representar no dominar por completo la zona más infectada por el catarismo, es decir, el área delimitada por la Montaña Negra y el Lauragais, tierras éstas pobladas de numerosos castels. Las tropas de refresco serían bien recibidas por Simón de Montfort

a principios del año 1210, por lo que cuando la climatología comenzó a ser más propicia, con la llegada de la estación primaveral, estaría ya listo para emprender nuevas acciones militares. No obstante, los nuevos cruzados recién llegados acudían a combatir por el vizconde Montfort en respuesta al llamamiento que los legados cistercienses hacían en nombre del sumo pontífice, comprometiéndose estos, en principio, a combatir para su nuevo señor solamente por espacio de cuarenta días. De esta forma, serían necesarios varios llamamientos de los embajadores pontificios para que al finalizar cada invierno Simón de Montfort pudiera reanudar sus conquistas. Pero además, es preciso remarcar que las hordas de bandidos y salteadores que llegaban para constituir el ejército de Montfort con cada convocatoria de los legados nada tenían que ver con las huestes reunidas en Lyon en junio de 1209, lideradas en esas fechas por los principales señores feudales del reino de Francia, como el duque de Borgoña y los condes de Nevers, Bars y Saint-Pol. Sin embargo, con las nuevas tropas recibidas, el flamante vizconde de Carcasona iría poco a poco logrando sus objetivos militares y, en definitiva, también conseguiría causar cierto daño a la herejía cátara. En este contexto, allí donde caía una pequeña fortaleza, los cátaros que se refugiaban tras ella eran enviados directamente a la hoguera sin juicio previo. Esto nos muestra a las claras que las mencionadas regiones montañosas languedocianas atestadas de pequeños castels constituían la auténtica cuna del catarismo.

La hoguera sería el método de ejecución elegido por los legados pontificios de la Cruzada albigense por dos motivos principales. Por un lado, era necesario que el fuego purificador consumiera los cuerpos de los herejes haciéndolos desaparecer. De otra parte, esta era la forma de muerte más cruel que se podía aplicar al reo, ya que el fallecimiento era

muy lento y doloroso. En la imagen, escenificación de una pira de herejes.

En abril de 1210, los cruzados tomarían Bram, localidad del Lauragais en la que sus hordas no tardaron en dar nuevamente muestras de su extraordinaria crueldad. Por orden de Simón de Montfort, se seleccionó a cien prisioneros para que fueran sometidos a una tortura ejemplar: se les arrancaron los ojos y se les cortaron las orejas, la nariz y los labios. No satisfecho con esto, el líder cruzado hizo que los mutilados se desplazaran hasta el cercano castillo de Cabaret guiados por otro prisionero al que los caballeros franceses habían tenido la gentileza de permitirle conservar uno de sus ojos. Con esta exhibición de sadismo, los cruzados deseaban continuar atemorizando a las poblaciones locales, ya que allá por donde pasó tan insólita procesión, a buen seguro que no dejó a nadie indiferente. Seguramente, los occitanos que pudieron contemplar este «espectáculo» no se mostraron impasibles, ya que, más que miedo, debieron de sentir un profundo odio hacia los invasores franceses, algo que, a la larga, en lugar de beneficiar a Simón de Montfort y sus compatriotas, más bien los acabaría perjudicando. De hecho, fue precisamente en Cabaret donde la resistencia languedociana había provocado ya uno de los primeros tropiezos de Simón de Montfort hacia febrero de 1210, poniendo ello de manifiesto la falta de efectivos que se daba entre las filas cruzadas. Debido a ello, el caballero de Montfort se mostraría más prudente a partir de entonces y únicamente llevaría a cabo operaciones militares de cierta envergadura entre los meses de primavera y verano, cuando se completaba la recepción de las tropas de refresco reclutadas por los legados cistercienses.

En junio de ese mismo año tendría lugar el sitio del castel de Minerve. Sería esta una difícil empresa, ya que se trataba de una pequeña fortaleza bien protegida por la escarpada orografía de su emplazamiento. Bajo el mando de su señor, Guillermo de Minerve, una pequeña guarnición de valientes guerreros resistiría un asedio de seis semanas de duración. Además de la tenaz lucha de sus defensores, el constante abastecimiento de agua y víveres que la ciudad podía recibir sin que los franceses tuvieran conocimiento de esto fue clave para poder soportar tan prolongado cerco. Para ello, los habitantes de Minerve utilizaban un paso subterráneo que descendía por las montañas hasta llegar a un pequeño cauce de agua. No obstante, la casualidad quiso que una gran piedra lanzada por una catapulta de los cruzados destruyera este pasadizo, por lo que, sin los suministros necesarios para poder continuar con la defensa de su castel, Minerve se vio abocada a capitular. Sin embargo, los católicos que allí habitaban

obtendrían, por suerte para ellos, unas condiciones de rendición bastante aceptables, ya que podrían partir libremente junto a la pequeña hueste de Minerve portando armas y bastimentos, mientras que su castel pasaría a manos de Simón de Montfort. Por el contrario, no podemos decir que los cátaros que allí se refugiaban obtuvieran el mismo trato de favor. Se les ofreció que eligieran entre la abjuración de su fe o perecer en la hoguera, al igual que ya se había hecho anteriormente con los heterodoxos que habían sido prendidos en otras fortalezas rendidas o tomadas al asalto. Sin embargo, esto sería considerado un privilegio por parte de Roberto de Monvoisin, uno de los caballeros cruzados que participaron en el asedio, para quien las operaciones militares emprendidas en Occitania habían sido desarrolladas únicamente con un objetivo: matar herejes. El cruzado estaba furioso ante la aparente actitud redentora de las autoridades eclesiásticas de la expedición, pero, muy pronto, el líder espiritual de la Cruzada albigense, el legado Arnaldo Amaury, conseguiría calmar al inquieto guerrero, emitiendo la siguiente sentencia: «no temáis nada, creo que se convertirán muy pocos...». Y lo cierto es que el monje cisterciense tenía razón. De los ciento cincuenta cátaros que había en Minerve, no sólo ninguno de ellos no imploró clemencia, sino que estos incluso tuvieron la osadía de lanzarse orando a las llamas.

El siguiente obstáculo en el escabroso camino de Simón de Montfort sería Termes, burgo fortificado también localizado en el Lauragais. Pierre des Vauxde-Cernay, cronista contemporáneo de la Cruzada, describe con estas palabras el lugar en cuestión: «ese castillo estaba en el territorio de Narbona, [...] era maravilloso e increíblemente fuerte, tanto que para el juicio humano parecía absolutamente inexpugnable, pues estaba situado en la cima de una montaña muy alta [...], completamente rodeado de abismos profundos e inaccesibles, de donde corrían aguas que lo rodeaban por todas partes». Raimundo de Termes se situaba al frente de veinte caballeros occitanos, cuya hueste defendía este castel junto a cerca de quinientos infantes catalanes. Este último dato sugeriría la primera participación en la guerra por parte de Pedro II el Católico en defensa de sus vasallos occitanos. La batalla por Termes, iniciada en julio de 1210, resultaría ser muy dura, ya que tanto los asaltantes como los sitiados poseían catapultas y otros ingenios bélicos con los cuales causaron muchos daños. Termes podía contar además con la ayuda del vecino castillo de Cabaret, cuyos caballeros no dejaban de incordiar constantemente a las caravanas que transportaban suministros al campamento cruzado. Si a todos estos problemas sufridos por los cruzados les añadimos la presencia en Termes de un eficiente ingeniero que construía, reparaba y ubicaba en el lugar más

propicio las máquinas de guerra occitanas, podemos llegar a la conclusión de que debió de resultar extraordinariamente difícil mantener el asedio sobre este castel. Debido a ello, conforme pasaba el tiempo, la moral de los caballeros franceses, los cuales llevaban casi cuatro meses combatiendo sin haber logrado prácticamente ningún avance, iba cayendo en picado. Se aproximaba, por lo tanto, el invierno y, en consecuencia, cada vez aumentaba más el número de cruzados que abandonaba a Simón de Montfort en esta campaña imposible alegando haber cumplido con la cuarentena. No obstante, por sorprendente que parezca, con los caballeros franceses a punto de aceptar la derrota, Raimundo de Termes solicitó una tregua para negociar la rendición. El motivo no era otro que la escasez de reservas de agua. El señor de Termes pudo, sin embargo, arrancar un acuerdo de paz muy favorable para sus intereses, ya que Simón de Montfort, al mando de un ejército muy mermado y cuyo número de efectivos había disminuido mucho por las deserciones, no estaba en situación de hacer demasiadas demandas. Las condiciones del pacto incluían la entrega de la fortaleza de Termes para la siguiente Pascua, por lo que Raimundo se guardaba de esta manera un as en la manga, ya que tenía muchos meses por delante para poder avituallarse y obtener refuerzos con los que, violando el tratado firmado, resistir en su dominio. Pero no habría que esperar demasiado tiempo para que la paz signada fuera «papel mojado». Nunca mejor dicho. La misma noche en la que se alcanzó el acuerdo, comenzó a diluviar sobre Termes, llenándose sus cisternas hasta rebosar. Por ello, las primeras luces del día siguiente verían cómo el combate por este castel se reanudaba con una inusitada violencia. Las catapultas de Termes no darían tregua a los cruzados y sus piedras incluso mataron a un sacerdote del campamento francés mientras celebraba una misa. Todos estos hechos continuaron minando la moral de los cruzados y fue precisamente en este momento en el que la victoria occitana se intuía más próxima cuando las epidemias comenzaron a hacer mella entre los defensores. Mientras las cisternas habían estado vacías de agua, se habían introducido ratas en ellas, y ahora que estaban llenas, estos animales habían muerto contaminándolas de disentería. Al descubrir esto, los sitiados se vieron forzados a abandonar la fortaleza al abrigo de la noche. A la mañana siguiente de producirse la huída de los occitanos, la sorpresa de los cruzados debió de ser mayúscula cuando vieron que nadie defendía ya Termes.

El día 16 de julio de 1212, el ejército de la coalición cristiana formada por los reyes Alfonso VIII de Castilla, Pedro II de Aragón y Sancho VII de Navarra se encontró con las huestes del califa almohade al-Nasir en el llano próximo al puerto de Muradal, en Sierra Morena, lugar que actualmente conocemos como las Navas de Tolosa. Francisco de Paula van Halen, *La batalla de las Navas de Tolosa,* 1864, detalle del óleo. Palacio del Senado, Madrid.

Caída Termes, y ante la más que evidente falta de contingentes armados, Simón de Montfort se vio obligado de nuevo a posponer hasta la primavera siguiente sus actividades bélicas. Sin embargo, hacia marzo de 1211 dispondría otra vez de una nueva remesa de caballeros reclutados por los legados cistercienses mediante la fórmula de la convocatoria de cruzada realizada el invierno anterior. El 15 de marzo de ese mismo año, se reanudarían los combates, y el caudillo cruzado sitiaría Lavaur, enclave cátaro del Lauragais donde habitaba la noble Guiraude, una perfecta cátara que era hermana de Eimeric de Montreal, señor del castel. Este baluarte estaba defendido por una guarnición de ochenta caballeros, los cuales pudieron contar, además, con el apoyo de los condes de Tolosa y Foix, quienes llegaron incluso a masacrar a una columna de seis mil cruzados germanos que avanzaban hacia Lavaur para reforzar las hordas de Montfort. Pero, a pesar de esta derrota sufrida por las huestes cruzadas, un tramo de las murallas de este castel no tardaría en ser derribado. Lavaur sería entonces tomada al asalto y la violencia cruzada reservaría para sus habitantes un trágico destino. Todos sus caballeros fueron ahorcados, incluido Eimeric de Montreal, mientras que Guiraude resultó lapidada en el interior de un pozo y unos cuatrocientos cátaros acabaron siendo

pasto de las llamas.

Este futuro de destrucción parecía ser lo único que se podía augurar al país del Mediodía. No obstante, si los languedocianos se hubieran unido para combatir a las pequeñas huestes que cada primavera entraban al servicio de Simón de Montfort, de la misma forma que habían destruido a los seis mil cruzados alemanes que llegaron a Lavaur, el líder francés no hubiera podido avanzar de la manera que lo hizo entre los castels del Midi, conquistando todas las plazas fuertes descritas. Y es que esta falta de coordinación por parte de los ejércitos occitanos hizo posible que, con una reducida hueste, Simón de Montfort se hiciera en apenas un año, entre las primaveras de 1210 a 1211, con el control de las estratégicas fortalezas de Bram, Minerve, Termes, Lavaur y Cabaret, fortaleza esta última que finalmente se vio forzada a rendirse sin entablar combate.

Tras la conquista de estos pequeños burgos amurallados, Simón de Montfort tenía la retaguardia bien cubierta, por lo que entonces pudo centrarse en su próximo objetivo: Tolosa. Para poder acometer tan ambicioso proyecto, el líder cruzado debió de iniciar una nueva fase en la guerra contra los occitanos, pasando del asedio a pequeñas pero bien protegidas fortalezas, a la lucha en campo abierto. Esta nueva forma de combate lo llevaría a un enfrentamiento directo con los grandes señores del Midi, los cuales, hasta la fecha, habían permanecido prácticamente ocultos en sus capitales. No obstante, ahora que sus populosas ciudades, y por lo tanto su propia integridad, se veían amenazadas, sería necesario salir al encuentro de las huestes de Montfort.

Casi de forma inmediata, ese mismo verano de 1211, el 17 de junio, Simón de Montfort consiguió asediar Tolosa, como ya vimos. Sin embargo, el cruzado no podría mantener el sitio de la capital occitana por demasiado tiempo, ya que en pocos días abandonó esta gran empresa ante la contraofensiva conjunta lanzada por los condes de Tolosa y Foix. Simón de Montfort no tuvo entonces más remedio que refugiarse en Castelnaudary, localidad del Lauragais muy próxima a Tolosa, lugar hasta donde fue perseguido por Raimundo VI y Raimundo-Roger de Foix. Allí tendría lugar un feroz combate, en el que ambos bandos sufrieron numerosas bajas y que no concluiría hasta el mes de septiembre de 1211. Pero en la práctica, el resultado de la batalla sería nulo, ya que Castelnaudary permaneció en manos de Montfort y continuó siendo una peligrosa posición avanzada para los cruzados, la cual constituía una seria amenaza para Tolosa.

Desde que Simón de Montfort saliera del anonimato hacia septiembre de 1209, tras ser investido como vizconde de Carcasona, el noble francés no había cesado de hacer gala de una profunda ambición, lo que incluso comenzó a despertar el recelo de Inocencio III unos dos años después. El sumo pontífice veía por entonces al caudillo cruzado como una amenaza para sus protegidos, los reyes de Aragón y Francia, ya que existía la posibilidad de que este caballero acabara haciéndose con el control total de Languedoc y creara un Estado ubicado entre los territorios de los monarcas anteriores. Debido a ello, el papa no quiso continuar reforzando a Simón de Montfort y por el momento no autorizó a sus legados para que continuaran haciendo el clásico llamamiento a la cruzada que desde el año 1209 tenía lugar cada invierno. La Cruzada albigense quedaba, por lo tanto, temporalmente suspendida, y esto colaboró a mantener el equilibrio de fuerzas entre los dos bandos en liza. En este contexto, la balanza no se inclinaría de ningún lado hasta que se alcanzó el mes de septiembre de 1213. Por esas fechas, Montfort contaba con un pequeño ejército, mucho menor que el que consiguió reunir en la campaña que tuvo lugar entre 1210 y 1211. Esto hacía que sus fuerzas de combate fueran mínimas, lo que no evitó que el caballero francés se hiciera con el control del castillo de Muret, localizado a escasos kilómetros al oeste de Tolosa. Fue entonces cuando los condes de Foix y de Tolosa decidieron acabar de una vez por todas con su enemigo. Previamente habían realizado, junto al conde Bernardo de Comminges, un llamamiento de auxilio a su señor, Pedro II de Aragón, alegando sus vínculos feudales. Y el rey católico dio una respuesta positiva, accediendo por fin a participar de forma activa en el conflicto occitano, por lo que se presentó personalmente en tierras tolosanas al mando de un gran ejército. El monarca aragonés estaba decidido también a acabar de una vez por todas con la amenaza que representaba Montfort para sus intereses en Occitania. Posiblemente, Pedro se arriesgó en esos momentos a entrar en guerra con Francia (no olvidemos que Simón de Montfort era vasallo del rey Felipe II Augusto) debido a que la situación en sus dominios hispánicos se había estabilizado tras la victoria obtenida un año antes frente a los almohades en la batalla de las Navas de Tolosa, donde la actuación conjunta de las fuerzas cristianas peninsulares consiguió acabar con el poderío islámico de al-Ándalus. De esta forma, Pedro II habían alcanzado junto a Alfonso VIII de Castilla y Sancho VII de Navarra un gran logro militar que dejaba las puertas abiertas para la reconquista cristiana, como se confirmó en los años siguientes con las caídas de Córdoba (1236), Valencia (1238), Jaén (1246) y Sevilla (1248). ¿Por qué no centrar en 1212 la atención en el sur si su camino quedaba

despejado? Porque una vez controlado el frente meridional, los asuntos occitanos desviaron totalmente la atención de Pedro II el Católico y, en consecuencia, sus proyectos hispánicos deberían esperar, al menos, por un tiempo.

Tras las caídas de las grandes urbes musulmanas de Córdoba (1236), Valencia (1238) y Jaén (1246), únicamente Sevilla, su capital, quedaba en poder de los almohades. El asedio de la antigua Hispalis no se iniciaría hasta la primavera de 1247, prolongándose hasta el 23 de noviembre de 1248. Reales Alcázares de Sevilla, palacio fortificado que inició su construcción poco tiempo después de la invasión musulmana del siglo VIII.

La política anexionista de los cruzados franceses en Languedoc constituía una agresión para los señoríos integrantes o feudatarios de la Corona de Aragón, al tiempo que representaba un serio peligro para la existencia de los mismos. Hasta el momento, Pedro II se había mantenido al margen en relación a estos asuntos, ya que la empresa cruzada estaba dirigida, en principio, contra la herejía, y este ferviente defensor de la fe, el rey católico, no podía oponerse a la autoridad de la Iglesia. No obstante, la toma y anexión en 1209 de Béziers y Carcasona por parte de Simón de Montfort constituían ya de por sí una provocación y podrían haber adelantado la participación de Aragón en la guerra abrazando la causa occitana. Habría que esperar unos años, hasta 1213, para que tuviera lugar tan esperada intervención. El detonante final que provocaría la partida hacia Languedoc de las huestes de Pedro II sería la demanda de auxilio realizada por parte de su cuñado, Raimundo VI de Tolosa, y otros nobles occitanos. De esta forma, hacia septiembre de 1213, la autoridad de Pedro II de Aragón sobre Languedoc acabó por ser reconocida por los principales aristócratas locales, tales como el ya mencionado conde de Tolosa y los condes de Foix y Comminges, el vizconde de Bearn y los *faydits* de los vizcondados de Carcasona y Béziers, ahora en poder de los cruzados. Todos ellos eran feudatarios de Aragón o se apresuraron en esos difíciles momentos a reconocerse

vasallos suyos, por lo que la respuesta del rey Católico, ante el fracaso de la vía diplomática, no podía demorarse más.

Pedro II había puesto desde el primer momento todo su esfuerzo en detener la invasión cruzada de Occitania de forma pacífica. Ejemplos de su amplia actividad diplomática, no nos faltan. Se entrevistó en varias ocasiones con los condes de Tolosa y Foix, participó en 1213 en un concilio celebrado en Lavaur y envió a sus embajadores a Roma para negociar la paz con el papa Inocencio III. Incluso llegó a pactar con Simón de Montfort el matrimonio de su hijo Jaime, el futuro Jaime I el Conquistador, con Amicia, la hija del líder cruzado, llegando a quedar el príncipe aragonés como rehén suyo en la ciudad de Carcasona. Ahora bien, su actividad diplomática nunca llegó a obtener ningún resultado favorable a sus intereses. Simón de Montfort intentó que Pedro II lo reconociera como señor de las posesiones conquistadas, pero las condiciones impuestas por el caudillo cruzado y por el Concilio de Lavaur eran inaceptables para Aragón y Languedoc, puesto que sólo satisfacían los intereses franceses. En Lavaur, Montfort se mostró claramente contrario a la paz, tratando de lograr la deposición del conde de Tolosa, a pesar de la aparente sumisión de Raimundo VI, quien estaba dispuesto a aceptar todas las imposiciones propuestas por la Iglesia católica. El papa Inocencio III estaba decidido a acabar de raíz con la herejía cátara, aunque ello implicara arrebatar Occitania al rey aragonés para entregársela a Francia.

Agapito Vallmitjana, *Estatua ecuestre de Jaime I el Conquistador,* 1886, Valencia. El heredero de Pedro II el Católico se ganó para la historia este sobrenombre al concluir la reconquista para la Corona de Aragón con el sometimiento de los reinos moros de Mallorca, Valencia y Murcia.

En consecuencia, Pedro II se veía obligado a participar en la guerra, al tiempo que los principales señores occitanos formaban una alianza para combatir al enemigo común. Cuatro años habían tenido que transcurrir desde que los primeros cruzados pisaran suelo occitano. Más de cuarenta y ocho largos meses en los que las tropas francesas arrasaron todo lo que encontraban a su paso, incluidos los señoríos de Foix, Comminges y Bearn, tierras libres de herejes. Un sentimiento nacional surgía entonces en el país del Mediodía, pero pronto el funesto resultado obtenido tras el encuentro en Muret con el pequeño ejército de Montfort desvanecería toda esperanza de libertad.

El 12 de septiembre de 1213 se produjo en la llanura de Muret el enfrentamiento entre el ejército cruzado y la coalición occitano-aragonesa. Simón de Montfort tuvo que acudir apresuradamente al encuentro de su enemigo procedente de Fanjeaux, localidad al sudeste de Tolosa, y ante la manifiesta inferioridad numérica de sus tropas, los ejércitos dirigidos por Pedro II superaban en hombres diez veces a los cruzados, forzó, según comenta el medievalista francés Fernand Niel en su obra de 1962, que la batalla tuviera lugar en campo abierto. El noble francés consideraba que refugiarse tras la

fortaleza de Muret en esas circunstancias perjudicaría a sus tropas y que de esta forma la batalla acabaría derivando en un prolongado sitio para el cual no estaba preparado. Sin embargo, es muy probable que Montfort llegara procedente de Fanjeaux con el grueso de su ejército cuando las tropas de Pedro II ya estaban tomando posiciones de sitio en Muret, por lo que, debido a ello, seguramente a los cruzados sólo les quedó la opción de combatir fuera de sus murallas. ¿No sería más fácil para los cruzados resistir al amparo de un castillo si estaban en clara inferioridad numérica?

Tras el triunfo obtenido en el año 1212 por la coalición cristiana formada por Castilla, Aragón y Navarra frente a los almohades en la batalla de las Navas de Tolosa, el poder musulmán de la península ibérica se vería muy mermado. Por esta causa, las tierras de La Mancha pasarían en su mayor parte a manos de las órdenes religioso-militares, principalmente a las de Calatrava y Santiago, con el objetivo de pacificar la nueva región fronteriza y así poder proceder a repoblarla. En la imagen, paisaje manchego en el Parque Nacional de las Tablas de Daimiel, Castilla-La Mancha.

El experimentado ejército de Pedro II parecía partir con ventaja, no sólo por contar con más efectivos, sino también como consecuencia de su amplia experiencia, como quedó reflejado en 1212 en las Navas de Tolosa. Sin embargo, los acontecimientos desarrollados en Muret, pronto pondrían de manifiesto por primera vez que los ejércitos bajomedievales de la Corona de Aragón tenían un punto débil: su caballería pesada. Durante la Edad Media, la principal táctica de guerra empleada en Europa fue la carga frontal llevada a cabo por jinetes con armadura. Hasta esas fechas, Aragón y Cataluña

se habían enfrentado a lo largo de cinco siglos al enemigo islámico, pero prácticamente carecían de experiencia en combates contra ejércitos cristianos, en los cuales la caballería pesada era su principal cuerpo de combate. El primer examen sobre la materia en cuestión al que se enfrentó la Corona de Aragón tendría precisamente lugar en Muret, obteniendo en él, como podremos comprobar en los siguientes párrafos, un resultado catastrófico. No sería el único fracaso de los caballeros aragoneses. Hacia finales de ese mismo siglo, en 1285, encontramos otro ejemplo más de las carencias que poseían al respecto los jinetes aragoneses cuando, en la batalla de Santa María de Agosto, Pedro III el Grande y los caballeros de su mesnada fueron derrotados por los jinetes del rey de Francia, cuyos ejércitos invadían Cataluña. Largos años de enfrentamiento de catalanes y aragoneses con el enemigo musulmán habían provocado que sus ejércitos estuvieran especializados en combatir a este tipo de fuerza militar, tan diferente de los ejércitos de las principales potencias europeas. Ello suponía una virtud a la hora de desarrollar las pequeñas escaramuzas y otras operaciones bélicas similares necesarias para realizar incursiones en suelo musulmán, las cuales eran desplegadas a la perfección por la infantería catalanoaragonesa. Pero, por el contrario, esto no aportaba nada a la hora de enfrentarse a los caballeros de los demás reinos cristianos no hispánicos. Por suerte para la Corona de Aragón, finalmente el buen hacer de esta infantería de élite, combinada con la actuación de una poderosa flota, le permitiría salir airosa de la práctica totalidad de los enfrentamientos mantenidos con otras potencias del viejo continente, especialmente en cuanto a las guerras con Francia se refiere. Pero si hablamos de la batalla de Muret, el resultado no fue otro que una estrepitosa derrota para Aragón.

La batalla naval que enfrentó a la flota de Pedro III el Grande con la escuadra de Carlos d'Anjou en el puerto de Malta durante la madrugada del 7 al 8 de junio de 1283 supuso la segunda derrota consecutiva para la armada francesa frente a la los barcos catalanes comandados por el almirante Roger de Lauria. Pero esta victoria significaba mucho más que eso, ya que, tras el triunfo logrado en la batalla de Nicotera hacia el 14 de octubre de 1282 sobre este mismo enemigo, la toma de la isla de Malta confirmaba la amplia superioridad naval de la Corona de Aragón. En la imagen, puerto de La Valeta, Malta.

La supremacía de la caballería cruzada era evidente a pesar de que el ejército aliado era superior en número, como ya hemos comentado. Debido a ello, Raimundo VI sugirió a Pedro II esperar el ataque de los cruzados bajo la protección que les proporcionarían las flechas lanzadas por los habilidosos ballesteros de las milicias tolosanas, para, más tarde, lanzar una carga de su caballería. Sin embargo, el tozudo rey aragonés, haciendo caso omiso de la propuesta del conde de Tolosa, gran conocedor este último del campo de batalla, se lanzó con sus jinetes contra los cruzados nada más iniciarse el combate. Durante el choque entre las dos caballerías, uno de los tres cuerpos de los que disponía Simón de Montfort penetró profundamente entre las cabalgaduras aragonesas consiguiendo incluso llegar hasta la posición de Pedro II. Al parecer, algunos de los principales caballeros franceses habían hecho un juramento poco antes de iniciarse la batalla; en él se prometieron a sí mismos no finalizar el combate sin haber conseguido dar muerte al rey de Aragón, cuya figura estaba aún más engrandecida como consecuencia de los rumores que hablaban de su enorme estatura. No obstante, no es ningún mito la extraordinaria talla que la extirpe de Pedro II poseía, dato que ponen de manifiesto las crónicas de la época y que quedan confirmados con hallazgos arqueológicos. Un ejemplo de esto lo podemos encontrar en el Museo Histórico Municipal del Ayuntamiento de Valencia, donde se conservan algunas armas de Jaime I el Conquistador, hijo y sucesor de Pedro II, de grandes dimensiones y a partir de las cuales se estima que, para su correcto manejo, el monarca debería de poseer una estatura muy superior al promedio de la época. Puede que, al ser una persona tan alta, Pedro II fuera fácilmente identificado en medio de la carga de la caballería y, en consecuencia, resultara ser una presa fácil para los cruzados. Sea como fuere, el caso es que el rey de Aragón no aguantó mucho tiempo sobre su caballo, ya que pronto fue abatido y cayó muerto al suelo. Es aquí donde un dato que recoge Jaime I en su crónica, el conocido como *Llibre dels feyts,* nos llama poderosamente la atención. Según narra el rey Conquistador, su padre había pasado la noche previa al combate celebrando su victoria sobre Montfort de forma anticipada, por lo que incluso había acabado la fiesta junto a una ardiente dama que lo había dejado agotado. A la mañana siguiente, el rey de Aragón tenía tal resaca que no pudo permanecer de pie por mucho tiempo durante la

misa. Es fácil entender que en estas condiciones le resultara muy complicado soportar el peso adicional de su armadura cuando estuviera montado sobre el caballo.

Tras entrar en Valencia el 9 de octubre de 1238, Jaime I donó este escudo al caballero don Juan de Pertusa como trofeo de la conquista junto con la cadenilla, el freno y el bocado del arnés de su corcel. Esta y otras armas de grandes dimensiones que se conservan de Jaime I parecen confirmar la elevada estatura que poseían los miembros de la estirpe de Pedro II el Católico. Escudo de Jaime I el Conquistador con las cuatro barras de Aragón, Museo Histórico Municipal de Valencia.

Una vez eliminado Pedro II, los jinetes de la mesnada de Simón de Montfort, dirigidos por él personalmente, dieron un rodeo y, en un hábil pero arriesgado movimiento, se lanzaron violentamente sobre uno de los flancos del enemigo. La brutalidad del ataque cruzado junto con las noticias de la muerte del rey de Aragón se encargaron de provocar la desbandada generalizada de las tropas de la alianza occitana, a cuyos soldados, los caballeros franceses no tuvieron más que perseguir y abatir por la espalda, produciendo una auténtica carnicería.

De esta forma, Muret supondría un rotundo triunfo para Simón de Montfort. Aunque lo cierto es que el caudillo cruzado no supo aprovechar de forma inmediata este importante logro. Tanto Raimundo VI como su hijo, Raimundo VII, habían asumido la derrota y se exiliaron en Inglaterra. Pero no sería hasta junio de 1215 cuando Simón de

Montfort lograría rendir Tolosa sin llegar a entablar combate. Con Tolosa bajo dominio de los cruzados franceses y tras lograr Pedro de Benevento, clérigo recientemente nombrado legado pontificio, la capitulación de Foix y Comminges, la guerra parecía definitivamente ganada por la Santa Sede y Francia, sobre todo si tenemos en cuenta que, tras el fallecimiento de Pedro II el Católico, la intervención de la Corona de Aragón en el conflicto parecía finiquitada. Resulta además que el único hijo de Pedro II, Jaime, contaba solamente con cinco años de edad cuando murió su padre. Las consecuencias de la derrota de Muret para el joven Jaime resultaban funestas. Era rehén del asesino de su progenitor en el cuartel general que este poseía en Occitania, es decir, la imponente fortaleza de Carcasona. Por ello, el destino del príncipe huérfano parecía depender únicamente de la voluntad del líder cruzado.

Quinientos veintisiete años de presencia musulmana en Valencia provocaron que esta ciudad continuara teniendo una importante población morisca incluso doscientos años después de haber sido reconquistada en 1238 por Jaime I. En la imagen, portal de la Valldigna, entrada a la morería de Valencia construida en el año 1440.

Simón de Montfort controlaba militarmente buena parte del Mediodía y esto facilitaba la posibilidad de llegarse a coronar rey de Occitania. Sin embargo, este hecho resultó determinante para el futuro de catalanes y aragoneses, ya que esa situación

inquietaba sobremanera a la monarquía francesa y a su aliado, el papado. Un Montfort demasiado poderoso no interesaba en absoluto a Roma, por lo que Inocencio III reaccionó con celeridad para permitir el equilibrio de fuerzas en la región. Se trataba de cortarle las alas al cruzado e impedir que siguiera haciendo estragos sobre la herencia de la casa de Barcelona. Nada mejor que enviar a su legado, Pedro de Benevento, y obligar a Montfort a entregar al niño. Sin ninguna duda, Jaime I el Conquistador nunca habría llegado a reinar sin la decisiva intervención del embajador pontificio.

6

La resistencia occitano-aragonesa

Aragón: ¿un reino sin rey?

Hacia finales de 1213, el futuro del infante Jaime de Aragón dependía solamente del papa Inocencio III, el único poder que era capaz de frenar la codicia de Simón de Montfort, líder cruzado cuya figura había resultado muy fortalecida tras conseguir por esas fechas la gran victoria de Muret. El santo padre actuaría en consecuencia y, por lo tanto, no hizo otra cosa que mostrarse muy firme a la hora de legitimar la herencia de Jaime como señor de Montpellier y Cataluña, así como rey de Aragón. Inocencio III anhelaba detener el avance de Montfort en Languedoc y, al mismo tiempo, era su deseo hacer cumplir la última voluntad de la difunta María de Montpellier, madre del príncipe aragonés. Tras ser repudiada por su esposo, Pedro II el Católico, la devota María había dictado en su testamento hacia 1211 que a su muerte fueran los caballeros del Temple quienes tuvieran la custodia de su hijo Jaime. Al parecer, Pedro II se había casado con María en 1204 única y exclusivamente para hacerse con la titularidad del señorío de Montpellier y, de esta forma, reforzar aún más su control sobre Languedoc. No obstante, la jugada le saldría mal al rey aragonés. Inocencio III no deseaba ver aumentado el poder que ya poseía Pedro II en el Mediodía y por ello decidió mantener la posesión de Montpellier para María. En consecuencia, tras producirse dicho enlace matrimonial, el rey de Aragón no recibió como dote este señorío occitano, por lo que, profundamente decepcionado, solicitó de forma casi inmediata el divorcio. Sin embargo, Inocencio III no satisfizo los intereses de Pedro II, ya que si el Católico se casaba en segundas nupcias, a buen seguro que trataría de materializar un nuevo matrimonio estratégico que reforzara su situación frente a Francia y le permitiera así romper a su favor el equilibrio de fuerzas en Europa occidental. La negativa por parte de la Santa Sede a otorgar tan ansiada dispensa acabó provocando que el rey Pedro optara por abandonar a su esposa.

Jaime I tuvo que emplear la fuerza de las armas para enfrentarse a la levantisca nobleza de sus Estados durante los primeros años de reinado, época en la que pudo contemplar cómo las tierras de la Corona de Aragón prácticamente se autodestruían en una guerra civil. Espada de Jaime I. Museo Histórico Municipal de Valencia.

Pero Pedro II no sólo rechazó a su esposa, sino que, al parecer, incluso no reconoció la paternidad del hijo de ambos, el infante Jaime. Todo indicaba en estos primeros años de la vida de Jaime que el futuro monarca Conquistador heredaría únicamente el patrimonio materno, es decir, la titularidad del señorío de Montpellier, su ciudad natal. No obstante, la situación del joven Jaime empeoraría aún más a partir del momento en el que Pedro II, un padre sin escrúpulos, decidió utilizarlo para intentar arrancar un acuerdo de paz al cruzado Simón de Montfort. En este contexto, Montfort ofrecerá a Pedro II el matrimonio de su hija Amicia con el infante Jaime. Pero la codicia del rey de Aragón no conocía límites y, como garantía de cumplimiento de este pacto, no sólo no dudó en ofrecer a Simón de Montfort el señorío de Montpellier, sino que incluso entregó a su vástago como rehén del caudillo cruzado. Pedro no podía tener la posesión de esta rica urbe, y por ello prefería entregársela en bandeja al cruzado en sus negocios de paz con él, en lugar de salvaguardar la heredad de su hijo legítimo.

Debido a esto, en 1213 Jaime permanecía en Carcasona bajo la tutela de Simón de Montfort, fatídico año este en el que fallecerían María de Montpellier y Pedro II el Católico, en abril y septiembre, respectivamente. La atormentada María moría en Roma

no sin antes pedir al papa que protegiera a su hijo y que respetara su última voluntad. Lo cierto es que a Inocencio III no le interesaba en absoluto que Simón de Montfort continuara reteniendo a Jaime y con ello quedara aún más consolidada su situación en Languedoc. Si, además, no se producía pronto el regreso del joven príncipe a tierras de la Corona de Aragón, a buen seguro que la guerra civil no tardaría demasiado en estallar allí. Debido a todo lo anterior, el sumo pontífice pronto actuaría en consecuencia. La estrategia del papado pasaba únicamente por liberar al futuro rey de Aragón, rompiendo, además, el acuerdo matrimonial con Amicia. De no conseguirlo, la Santa Sede podría llegar a enfrentarse a una hipotética dinastía engendrada por Jaime y Amicia que por herencia controlaría el Mediodía, Cataluña y Aragón y que poseería también señoríos en Inglaterra y Francia. Se debía, por lo tanto, cortar de raíz la gestación de este serio competidor para Francia, la eterna protegida del papado, y así conseguir recuperar el equilibrio de poder sobre el tablero de juego occitano. En este contexto, el papa decretaría la liberación del infante Jaime. El acto en cuestión tendría lugar en Narbona, probablemente por mayo de 1214. El niño sería entregado al legado papal, Pedro de Benevento, acompañado por diversos prelados y barones de Aragón y Cataluña.

Tampoco vacilaría Pedro de Benevento a la hora de rechazar en 1215 la propuesta realizada por los prelados languedocianos durante la celebración del concilio provincial de Montpellier para que se reconociera a Simón de Montfort como «señor y único jefe del país» recién conquistado. Sin embargo, el hecho de que se permitiera a Montfort firmar documentos como conde de Tolosa, vizconde de Béziers y Carcasona o duque de Narbona no dejaba de reforzar su autoridad en el Mediodía, motivo por el cual el caballero francés continuaba separado del título real tan sólo por una delgada línea. Fue precisamente entonces cuando un astuto Inocencio III tomaría nuevas medidas aplicando una serie de restricciones a las propuestas efectuadas en el sínodo de Montpellier. Una vez más, el papa se decantaría por solventar un problema de este tipo aportando una solución nivelada. Era su deseo no desposeer totalmente a la casa condal tolosana de su patrimonio y por ello mantuvo el condado de Venaissin, tierras también conocidas como marquesado de Provenza, para el hijo de Raimundo VI, el futuro Raimundo VII. De este modo, el poder de Simón de Montfort quedaba contrarrestado. A buen seguro que esta importantísima decisión fue meditada a conciencia por Inocencio III, ya que no entregó al joven de Saint-Gilles cualquier tierra al azar, sino que, para evitar posibles conflictos con el noble tolosano, permitió a este conservar un señorío en

el que el catarismo apenas había fructificado. Pero aunque la Cruzada pareciera terminada, esta apuesta no estaba exenta de riesgo, ya que, finalmente, los hechos acabaron demostrando que el papa cometió un grave error al entregar a un hombre del linaje de los condes de Tolosa, a todas luces hostiles a los Capeto, unos territorios en los que, si bien la herejía no había arraigado, el sentimiento de autodeterminación y la reacción adversa hacia los invasores franceses eran muy fuertes.

Prácticamente no hay nada que se pueda reprochar a Raimundo VII a lo largo de su estancia en el trono condal tolosano, noble de la poderosa saga de los Saint-Gilles que durante toda su vida mostró su profundo patriotismo occitano siendo un constante azote para los invasores franceses y el papado. Sello del conde de Tolosa, Raimundo VII.

Jaime I presentaría a lo largo de su vida una relación muy estrecha con la Orden del Temple, vínculo que se iniciaría con la estancia del niño-rey en el castillo templario de Monzón mientras estallaban los primeros combates de la guerra civil aragonesa. En la imagen, cruz templaria sobre la fachada de la iglesia de Montesa, edificio valenciano del siglo XIII

reconstruido en el siglo XVIII.

Con todas estas medidas adoptadas por Inocencio III, Francia y la Santa Sede respiraban aliviadas, al tiempo que Aragón y Cataluña podían contar ya con un heredero legitimado por el santo padre. Sin embargo, la tarea de Pedro de Benevento no estaría exenta de dificultades. El legado tenía como misión organizar la regencia de la Corona de Aragón durante la minoría de edad de Jaime para, de esta forma, garantizar su protección frente a la aristocracia, estamento en el que incluso se encontraban incluidos los nobles que participarían en el Gobierno provisional designado por el embajador pontificio.

En estas fechas tenebrosas, podemos encontrar en la Corona de Aragón dos bandos hostiles a Jaime I claramente diferenciados. Por un lado, estaba la nobleza catalana dirigida por Sancho, tío abuelo de Jaime y conde de Rosellón. De otra parte, podemos hallar al partido aragonés de Fernando, hermano de Pedro II y abad de Montearagón (Huesca). Los poderosos tíos del monarca podían llegar a poner en peligro su seguridad, motivo por el cual, cumpliendo a su vez con el testamento de María de Montpellier, Pedro de Benevento pondrá al joven Jaime bajo la tutela del maestre del Temple para Hispania y Provenza, Guillem de Montredon. Guillem trasladaría a Jaime junto a su primo, Ramón Berenguer V de Provenza, al castillo templario de Monzón (Huesca). Ramón Berenguer, hijo del hermano de Pedro II el Católico, el conde Alfonso II de Provenza, había sido puesto bajo la protección del rey de Aragón cuando quedó huérfano. Tras la muerte de Pedro II sería entregado junto a su primo Jaime al cuidado del maestre del Temple. Jaime y Ramón serían rey y conde, respectivamente, por voluntad del papa. La finalidad última de la Santa Sede era garantizar que cuando los dos jóvenes crecieran, impulsaran una actitud favorable a la política de su Iglesia, lo que, como es lógico pensar, incluía combatir de forma efectiva cualquier intento de disidencia religiosa.

A lo largo del período de guerras civiles que experimentó la Corona de Aragón durante la minoría de edad de Jaime I, el rey estuvo constantemente sometido a la alta nobleza de sus Estados. Buena muestra de ello son los acontecimientos desarrollados en junio de 1220 que tuvieron lugar durante el asedio de Albarracín, sitio en el que el rey de Aragón sería traicionado por sus propios nobles. En la imagen, vista panorámica de la localidad turolense de Albarracín.

Una vez solucionada la cuestión de la custodia de los dos jóvenes para aliviar tensiones con la nobleza catalana, el legado pontificio decretó que la procuraduría de Aragón, Cataluña y Provenza durante la minoría de edad de Jaime y Ramón Berenguer recaería en manos del poderoso Sancho de Rosellón. Por lo tanto, el Gobierno de Cataluña y Aragón estaba ya organizado, aunque no por ello Jaime podía permanecer tranquilo en el castillo de Monzón. Por esas fechas, la realidad en Aragón y Cataluña no era otra que la de la posesión únicamente nominal por parte del rey Jaime I de dos Estados que estaban completamente arruinados entre las deudas de su padre y el reparto de bienes efectuado por los nobles que participaban en la regencia. La inestabilidad en esos momentos era tal que la Corona de Aragón parecía estar condenada a deshacerse en una guerra civil. Debido a lo anterior, la figura del legado Pedro de Benevento resultaría fundamental no sólo para que el Gobierno de transición fuese lo menos violento posible, sino también para garantizar la paz entre los cruzados de Simón de Montfort y los nobles catalanes. Por lo tanto, la temida guerra civil no se hizo esperar más y los dos tíos del rey-niño, Sancho y Fernando, acabaron alzándose en armas en un estéril enfrentamiento. Los dos partidos nobiliarios se disputaban la procuraduría y, en última instancia, puede que hasta el trono.

En medio de este enrarecido ambiente, hacia octubre de 1216 se producía la salida de Monzón del joven Ramón Berenguer V, que partía hacia sus dominios provenzales. ¿Qué había forzado que Ramón Berenguer V abandonara la seguridad de Monzón de forma apresurada? El motivo no era otro que la extrema belicosidad mostrada por el

conde de Rosellón, quien no sólo se dedicaba a guerrear en tierras hispánicas, sino que, además, estrechaba cada vez más el cerco sobre Simón de Montfort en Languedoc. Dado que la Santa Sede no deseaba que Provenza entrara en la pugna, la mejor forma de restar vigor a Sancho fue retirarle la procuraduría de este condado occitano y dejar definitivamente su gobierno en manos de su legítimo titular: Ramón Berenguer V. De esta forma, el papado impedía que Provenza estuviera controlada por los rebeldes prooccitanos, al tiempo que se evitaba que, en medio de la guerra, el condado cayera en manos de los cruzados de Montfort y se ampliaran sus más que extensos dominios en el Midi. La Santa Sede era muy consciente de que aquel joven que había estado bajo la tutela de sus templarios siempre le agradecería este gesto y mantendría una política afín a los intereses de Roma, mostrándose, por lo tanto, contrario a los *faydits* y a los herejes cátaros de Languedoc.

Finalmente, hacia julio de 1219 Sancho de Rosellón también se vería obligado a abandonar la regencia de Aragón y Cataluña, motivo por el cual, en septiembre de ese mismo año, se celebrarían Cortes en Lérida. En dicho encuentro, los principales acuerdos que se alcanzaron fueron la compensación económica de Sancho para que finiquitara la procuraduría y la tregua de siete años que este juraba respetar ante el rey como conde de Rosellón. El viejo líder de los ricoshombres catalanes apaciguaba de esta forma sus ánimos levantiscos, lo que se traducía en un giro de la Corona de Aragón hacia la política de la Santa Sede. A su vez, un más que satisfecho Honorio III, papa desde 1216 tras el fallecimiento de su predecesor, Inocencio III, publicaba una bula el 25 de julio de 1219 por la que tomaba bajo su protección a Jaime I y sus Estados.

Todo parecía ir sobre ruedas con los primeros pasos de Jaime en el trono pero, sin embargo, la realidad vivida en Aragón mostraba otra cara bien diferente. El reino se deshacía en medio del hambre provocada por una terrible sequía y también como consecuencia de una epidemia de peste. Estas desgracias no hicieron otra cosa que provocar una revuelta nobiliaria en Aragón, reino en el que no tenían aplicación las treguas alcanzadas con el ricohombre catalán Sancho. No obstante, los disturbios se extenderían pronto a Cataluña, al poco tiempo de retirarse del poder Sancho en favor de su hijo Nuño.

La Corona de Aragón sufriría, por lo tanto, un largo período de guerras civiles entre 1214 y 1227, tiempo en el cual el teórico rey, Jaime I, ejercería, como consecuencia

de su excesiva juventud, un control efímero sobre los territorios de su Corona. No obstante, el monarca poco a poco se iría mostrando como un gran estadista e iría agarrando cada vez con mayor firmeza las riendas del poder. Una vez pacificados sus dominios, Jaime se disponía ya a ganarse el sobrenombre con el que ha pasado a la historia. La mente del Conquistador comenzará a centrarse en Mallorca a partir de 1229. Tomada esta isla y con la posesión en feudo de Ibiza y Menorca, la siguiente gran hazaña bélica de Jaime I sería conquistar Valencia en 1238. La caída de este reino sarraceno vendría a demostrar el gran valor que representó, para la conclusión de la reconquista cristiana, la victoria obtenida por Pedro II el Católico en las Navas de Tolosa (1212).

Como ya hemos comentado, durante los primeros años de ese largo período de inestabilidad para la Corona de Aragón, los cruzados de Montfort deberían verse las caras con el tío abuelo de Jaime I, Sancho, cuya figura resultaría decisiva para que los occitanos pudieran emprender la reconquista de sus ciudades.

La reconquista occitana

El 16 de julio de 1216 sería una fecha crucial para el desarrollo de los acontecimientos relacionados con el catarismo y la cruzada emprendida contra su herejía, ya que ese día se producía el fallecimiento del papa Inocencio III. Ante el período de sede vacante que tendría lugar y, dado que existía la posibilidad de que el nuevo papa elegido fuera mucho menos enérgico que Inocencio III, Sancho de Rosellón y sus aliados occitanos decidieron que había llegado el momento más propicio para asestar un golpe mortal a las fuerzas de Simón de Montfort. Al sur de los Pirineos, el tío abuelo del joven Jaime I tenía preparadas sus tropas catalanas, al frente de las cuales colocaría a su hijo Nuño. A esta hueste se sumaría el exiliado Raimundo VI de Tolosa, así como numerosos *faydits* languedocianos, y a su paso por tierras occitanas se le unirían las fuerzas de combate de los condes de Foix y Comminges. El conjunto de estos ejércitos se lanzó sobre Tolosa al final del verano de 1217, mientras que el joven Raimundo VII arribaba a Marsella y sitiaba Beaucaire. Raimundo VII de Tolosa lograría vencer a la guarnición francesa que defendía esta plaza fuerte, localizada en los límites de los dominios provenzales, al frente de la cual se situaba un hermano de Simón de Montfort.

Todos estos acontecimientos animarían a los ciudadanos de Tolosa para alzarse en armas contra los invasores franceses. La caballería pesada de Simón de Montfort había demostrado ser una excelente fuerza de choque a la hora de presentar batalla en espacios abiertos, sirva de ejemplo para ello lo acontecido en Muret cuatro años antes; sin embargo, esto nada tenía que ver con combatir en el interior de una ciudad, donde los franceses tenían que luchar calle por calle y edificio por edifico contra los insurrectos occitanos. En ese ambiente, la escasa movilidad de los acorazados guerreros de Montfort provocaba que estuvieran en clara desventaja frente a las hordas de amotinados que parecían surgir tras cada esquina de la opulenta capital languedociana. En estas condiciones, los soldados de Simón de Montfort que pudieron sobrevivir a la matanza de Tolosa no tuvieron más remedio que retirarse, de forma que el 13 de septiembre de 1217 Raimundo VI entraba triunfalmente en su capital culminando con ello la política occitana de Sancho y demostrando, a su vez, que Muret no había significado el fin de las aspiraciones aragonesas en Languedoc.

La dura derrota sufrida por Simón de Montfort en Tolosa había destruido definitivamente la mítica figura de este caballero cruzado y no tardaría en dar paso a la siguiente dinastía francesa que dominaría a partir de entonces el Mediodía: los Capeto. Ya un año antes, en 1216, se podía entrever que este sería el destino final de Languedoc, cuando Simón de Montfort rindió homenaje al rey Felipe II Augusto por sus dominios occitanos adquiridos durante el transcurso de la Cruzada albigense, destacando entre estos el ducado de Narbona, el condado de Tolosa y los vizcondados de Carcasona y Béziers. Este gesto constituía, sin duda, la auténtica antesala de la integración definitiva de Occitania en el patrimonio regio capeto y, a su vez, daba lugar al nacimiento de la Francia moderna.

Las muestras de sumisión ante Felipe Augusto por parte de Simón de Montfort ponían de manifiesto que la Cruzada fue un arma en manos de la monarquía capeta y una excusa empleada por sus reyes para anexionarse buena parte de Occitania. Como podremos comprobar en los siguientes párrafos, el nuevo papa, Honorio III, y el sucesor de Felipe II, Luis VIII, una vez caídas las máscaras, no vacilaron a la hora de poner a los ejércitos cruzados al servicio de Francia.

No obstante, tras el desastre de 1217, Simón de Montfort continuaba vivo y, sin asumir su derrota, trató de nuevo de conquistar la ciudad cuya posesión parecía haberse

convertido en una obsesión para él. Debido a ello, casi de forma inmediata, el líder cruzado asediaría una vez más Tolosa. Pero esta vez sería la definitiva y no precisamente por conseguir doblegar a los tolosanos, sino debido a que el caballero de Ile-de-France perecería finalmente en esta lucha. El 25 de junio de 1218, Simón de Montfort resultaba alcanzado por una piedra que, lanzada desde una catapulta, al parecer manejada por mujeres tolosanas, le aplastó el cráneo.

El levantamiento del sitio de Tolosa inició un período de duras represalias contra los franceses y aquellos occitanos que los habían apoyado, así como también animó a regresar a muchos cátaros exiliados. La mayor parte de los prisioneros de guerra fueron inmediatamente ajusticiados, al tiempo que se recuperaron las antiguas sedes episcopales cátaras. Con ello, la religión dualista experimentaría un nuevo renacer. Tuvo lugar la celebración de concilios cátaros y llegaron incluso a crearse nuevas sedes eclesiásticas, como la del vizcondado de Razes, a cuyo frente se colocó al reputado perfecto Benito de Termes. No obstante, estos acontecimientos se desarrollarían en un ambiente de tolerancia religiosa, de forma que catarismo y catolicismo volvieron a convivir pacíficamente, al igual que lo habían hecho antes de 1209, cuando se iniciara la Cruzada albigense. Los occitanos siempre respetaron a los católicos y, es más, que el catarismo experimentara una nueva primavera no significó que se produjera una adhesión en masa a su doctrina.

En los años siguientes a 1218, la contraofensiva languedociana se incrementaría y los *faydits* llegarían a reconquistar un buen número de territorios en poder de los cruzados. El alzamiento occitano contra el invasor extranjero fue sin duda provocado por las duras condiciones impuestas por el derecho de conquista, un severo castigo para unos ciudadanos languedocianos cuyo único pecado fue tolerar la existencia de una religión más liberal que el catolicismo. Ante este panorama represor, no nos resultará demasiado complicado comprender que los habitantes de Languedoc acabaran por alzarse contra los franceses.

Pero ahora que Simón de Montfort había caído, una nueva esperanza parecía alumbrar los corazones de los occitanos, ya que su hijo y sucesor, Amaury de Montfort, pronto demostraría ser un inepto a pesar de contar incluso con el apoyo del nuevo rey de Francia, Luis VIII, a partir de 1223. El 14 de julio de ese año había fallecido Felipe II Augusto. ¿Qué frutos daría la coalición formada por el heredero de Montfort y el nuevo

rey Capeto? Unos años antes de tener lugar esta alianza, en 1218, Amaury de Montfort se situaba al frente de la Cruzada albigense. Pero el caballero francés no tardaría demasiado tiempo en perder buena parte de los territorios conquistados por su padre. Entre 1221 y 1224, Amaury sufriría dos estrepitosas derrotas en la comarca del Lauragais, en Baziège y en Castelnaudary, motivo por el cual, hacia ese último año, la dominación francesa sobre el Mediodía prácticamente había desaparecido. En consecuencia, Amaury de Montfort partiría a principios de 1224 desde su capital carcasonense hacia la corte del rey de Francia. Al poco, Raimundo Trencavel, hijo del depuesto vizconde Raimundo-Roger, entraba sin oposición alguna en Carcasona. Y hacia febrero, un inepto, débil y cobarde Amaury de Montfort se presentaba en París ante Luis VIII con intención de cederle sus derechos sobre Languedoc. Con la renuncia de Amaury, asistimos definitivamente al nacimiento de la gran Francia. Ahora le correspondía a Luis VIII tomar el mando de los cruzados y recuperar las tierras conquistadas a los occitanos.

En junio de 1226, un renovado ejército cruzado, más numeroso y mejor preparado que el de 1209, se reunía de nuevo en Lyon, aunque ahora lo hacía bajo el mando de un rey: Luis VIII. Por fin la casa real francesa decidía participar directamente en la Cruzada albigense, y no sólo eso, pues además asumía el liderazgo de la expedición. Era lógico, ya que ahora su vasallo, Amaury de Montfort, le había cedido todos sus derechos sobre las tierras que en su momento conquistó su padre. Las poderosas huestes de Luis VIII realizarían una auténtica demostración de fuerza en esta campaña, consiguiendo que las ciudades de Saint-Antonin, en Provenza; Nimes, al oeste de la anterior; Puylaurens y Castres, ambas en la región montañosa de las Corbières, al este de Tolosa; y Béziers, Carcasona y Albi se rindieran sin llegar a batallar. Únicamente Aviñón y Tolosa combatirían contra el invasor. La ciudad provenzal de Aviñón sufriría un duro sitio, que sería iniciado el 10 de junio, y no se rendiría hasta poco antes de concluir esta nueva Cruzada. Este asedio resultaría tan duro para los ejércitos franceses que provocaría entre sus filas una virulenta epidemia de disentería, llegando a enfermar incluso el propio rey. Tolosa aguantaría en parte los embates cruzados gracias a las penurias sufridas por los franceses en Aviñón, ya que su mermado ejército no tuvo más remedio que retirarse finalmente de la capital de Raimundo VII llevándose consigo a un agonizante Luis VIII. El rey ni siquiera podría llegar a su corte parisina. Durante el viaje de regreso, fallecería en Auvernia, región al norte de Languedoc, el 8 de noviembre de 1226. Legaría el título regio a su primogénito, Luis IX, que en esos momentos contaba solamente con doce años

de edad, por lo que, ante la ausencia de un sólido líder militar, la Cruzada quedó de nuevo suspendida. El momento sería propicio para que los occitanos pudieran reorganizarse y continuaran asestando duros golpes a los invasores franceses, así como para que los barones que rendían homenaje al rey capeto pudieran frenar el proceso de centralización del poder desarrollado por Felipe II Augusto. Pero ninguno de estos enemigos del joven Luis IX contaba con la figura de Blanca de Castilla, la viuda de Luis VIII, quien asumió la regencia durante la minoría de edad de su hijo para gobernar Francia con mano de hierro. Hija del rey castellano Alfonso VIII, no sólo frenó los intentos de su sobrino Enrique III de Inglaterra para reconquistar las posesiones perdidas por su padre, Juan Sin Tierra, en Bretaña, en la costa oeste de Francia, sino que, además, logró contener a la levantisca alta nobleza del reino, manteniendo la autoridad de su hijo Luis IX. Como podremos comprobar en el siguiente punto, la reina madre de Francia también afianzaría la posición de los Capetos en Languedoc, consiguiendo para ello arrancar a Raimundo VII de Tolosa, en 1229, un acuerdo de paz muy favorable a los intereses de su hijo y sucesores: el Tratado de Meaux-París.

Castillo de Bellver en la isla de Mallorca. Jaime II de Mallorca, hijo de Jaime I el Conquistador, monarca, además, que ordenó la construcción de esta insólita fortaleza de planta circular, permitió en 1285 el paso de las hordas cruzadas francesas a través del Rosellón, condado del que era titular, con lo que de esta forma se inició la invasión de Cataluña. Con este acto, Jaime traicionaba a su hermano mayor, Pedro III de Aragón, al haber roto el contrato feudal que los unía.

El Tratado de Meaux-París (1229)

Como bien sabemos, la minoría de edad de Luis IX hacía prever hacia 1226 un futuro incierto para el reino de Francia. Sin embargo, a pesar de las dificultades sufridas

por la monarquía capeta, no se produjo reacción occitana alguna debido a que el Mediodía era, en esos momentos, un país agotado tras diecisiete años de guerra permanente. Ciertamente, durante la regencia de Blanca de Castilla, no tuvo lugar la recuperación de las fuerzas rebeldes de Languedoc, pero, al mismo tiempo, sería precisamente la minoría de edad de Luis IX lo que permitiría a Raimundo VII continuar al frente de sus dominios tolosanos tras la última campaña cruzada. Cuatro años antes, en 1222, había fallecido Raimundo VI, aunque realmente desde 1218 el anciano conde, de sesenta y seis años de edad, había cedido el gobierno de Tolosa al joven Raimundo VII. Tolosa continuaba viva, por lo tanto, y contaba, además, con la renovada presencia de otro miembro de la mítica saga de Saint-Gilles en su trono condal. Pero el resto de ciudades y castillos conquistados por los cruzados en la fugaz expedición de 1226 permanecían en manos de los Capeto, bien defendidos por las potentes guarniciones del senescal de Luis IX, Humberto de Beaujeu, noble que dirigía a los ejércitos franceses desde la fortaleza de Carcasona. Debido a ello, las posibilidades de reconquista occitana eran mínimas, al igual que la sumisión total de Languedoc se antojaba demasiado complicada mientras Tolosa permaneciera en pie. En consecuencia, la guerra continuó durante tres años más y, a pesar de que Humberto de Beaujeau demostró ser un militar muy capaz consiguiendo someter Béziers, Albi y Razes, Raimundo VII era también un competente líder y, por lo tanto, la balanza no llegó a decantarse del lado de ningún bando. Durante este período, que va de 1226 a 1229, los condados de Tolosa y Foix, así como el pequeño vizcondado de Fenouillèdes, ubicado entre la región montañosa de las Corbières y el condado catalán de Rosellón, permanecieron independientes, al igual que otros territorios que no habían participado en la disputa y que estaban libres de herejes cátaros, tales como el señorío de Montpellier y el condado de Provenza.

Hacia 1229, esta situación de enroque hizo pensar a los dos bandos en liza que la mejor solución para poner fin al conflicto occitano pasaba por la negociación. Raimundo VII era muy consciente de que, tras veinte años de guerra continua, Tolosa y todo Languedoc estaban exhaustos. Algo similar debieron de pensar la reina madre de Francia, Blanca de Castilla, y el nuevo legado designado por el papa Honorio III, el cardenal Romano de Sant'Angelo. La regente sabía perfectamente que tras tres años de mantener un duro pulso frente a la levantisca nobleza de Francia, sus fuerzas no estaban en condiciones de estrechar definitivamente el cerco sobre Tolosa y así obligar a su conde a firmar un armisticio. Por todo esto, la situación parecía muy propicia para que

Raimundo VII consiguiera arrancar a Francia y la Santa Sede un acuerdo de paz muy favorable a sus intereses.

El líder de los rebeldes occitanos se dirigía por lo tanto a Meaux, ciudad de Île-de-France, para iniciar las negociaciones. No obstante, el conde Raimundo VII no era consciente del riesgo al que se exponía al adentrarse en territorio enemigo. Nada más llegar a su destino, sería capturado vilmente por las tropas de Blanca de Castilla junto a los cónsules tolosanos que lo acompañaban. De esta forma, la situación inicial había sido totalmente invertida por la regente y el legado pontificio, de manera que ahora eran ellos los que podían forzar al de Saint-Gilles a firmar el acuerdo de paz que más favoreciera los intereses del joven Luis IX.

Catedral de Notre-Dame de París. El rey Merovingio Childeberto I (524-558) construyó en la isla de la Cité la primera catedral de París, aunque sería preciso que la dinastía de los Capetos ocupara el trono para que se instalara en este fragmento de tierra rodeado por el río Sena el centro del poder franco. Hacia 1163 se inició allí la construcción de la catedral actual, que sería completada en torno a 1245. Esta última fecha coincidirá en el tiempo con el reinado del poderoso Luis IX (1226-1270).

En consecuencia, el conocido como Tratado de Meaux-París sería signado el 12 de abril de 1229, y sus cláusulas dejaron un panorama muy poco halagüeño para

Occitania. Con su firma, los territorios tolosanos de la ribera izquierda del río Ródano serían entregados a la Iglesia católica, mientras que las tierras de la margen derecha pasarían a ser controladas por el rey de Francia. También se acordó que la única hija de Raimundo VII, Juana, fuera casada con un hermano del monarca francés, Alfonso de Poitiers, y si este último moría sin haber engendrado descendencia, Tolosa pasaría a manos de Luis IX o de sus herederos. Estas duras condiciones impuestas por el Tratado de Meaux-París constituían algo más que el fin de la independencia del condado de Tolosa. Languedoc entero parecía condenado a muerte, ya que las dos potencias que lo habían dominado desde finales del siglo XII, es decir, Tolosa y Aragón, no podían hacer frente en esos momentos a la política expansionista de la monarquía francesa. Por una parte, el rey de Aragón, Jaime I, se hallaba realizando los preparativos de su campaña balear, la cual concluiría exitosamente a finales de 1229 con la conquista de Mallorca. Por otro lado, el conde de Tolosa se comprometía en el Tratado de Meaux-París a combatir al lado del rey de Francia contra sus antiguos aliados occitanos. Sólo así se permitiría a Raimundo controlar una mínima parte de sus antiguos dominios. En esos momentos, Raimundo VII, noble cuyo linaje era mucho más grande que el del propio rey de Francia, era portador meramente nominal del título condal tolosano.

Como podremos comprobar en breve, Raimundo VII hizo cuanto pudo para tener un heredero varón, con la esperanza de evitar así que la totalidad de sus tierras pasaran a manos de Alfonso de Poitiers. Pero, finalmente, el último conde de la casa de Tolosa moriría en 1249 sin conseguir su objetivo. En 1271, Alfonso de Poitiers fallecería a su vez sin descendencia y, según las condiciones del Tratado de Meaux-París, su herencia pasó entonces al rey de Francia.

Tras la firma del Tratado de Meaux-París, a la Iglesia católica sólo le quedaba establecer las nuevas modalidades de persecución de la herejía cátara y organizar la lucha contra los rebeldes occitanos que, sin respetar el acuerdo de paz signado, continuaban resistiendo al invasor francés, principalmente en las pequeñas fortalezas montañosas de la región de Corbières y el vizcondado de Fenouillèdes, ambos territorios ubicados en el límite entre Languedoc y Cataluña. Para ello, el cardenal Romano de Sant'Angelo celebraría hacia noviembre de 1229 un concilio eclesiástico en Tolosa, sínodo que reuniría a todos los obispos del Midi, así como al conde Raimundo VII, el senescal francés de Carcasona y otros nobles. En este encuentro se redactarían cuarenta y cinco cánones que establecerían los procedimientos para la investigación, enjuiciamiento

y castigo de los casos sospechosos de herejía, y se determinaría que estos sumarios serían competencia de los obispos locales.

A partir de ese año 1229, el joven Luis IX de Francia solamente tendría que esperar un tranquilo lustro hasta alcanzar la mayoría de edad y así poder gobernar su reino por él mismo. El sosegado ambiente que se respiraba en la corte parisina se debía, sin duda alguna, a la seguridad aportada tanto por la aplicación de los cánones establecidos en el sínodo de Tolosa como por el cumplimiento de las cláusulas firmadas en el Tratado de Meaux-París. No obstante, entre 1234 y 1243, año de la firma del Tratado de Lorris, transcurriría un largo período de tiempo en el que, si bien no tuvo lugar una guerra abierta entre la monarquía capeta y los señores del Mediodía, impedida en buena medida por la capitulación del conde de Tolosa en Meaux, sí que se produjeron una serie de alianzas y conspiraciones que resultaron decisivas a la hora de encadenar una sucesión de hechos que resultarían fundamentales para la historia de Francia. En esta especie de «batalla diplomática», tendría mucho que decir aquel niño que en su día fuera rehén de Simón de Montfort y que, superado el primer cuarto del siglo XIII, era ya un experimentado líder militar de casi treinta años de edad. El personaje en cuestión no es otro que Jaime I el Conquistador.

Por esas fechas, concretamente en el año 1233, tendría lugar el matrimonio impuesto por la Santa Sede a Ramón Berenguer V para que casara a su primogénita, Margarita, con Luis IX de Francia. Con este enlace, el papa Gregorio IX no esperaba otra cosa que, ante la ausencia de herederos varones por parte de Ramón Berenguer V, el condado de Provenza se integrara en el reino de Francia en la siguiente generación. Además, el sumo pontífice conseguía así un aliado para Luis IX en Languedoc, territorio que aún no había sido totalmente pacificado. Mediante esta alianza, la Santa Sede y Provenza también podrían aunar mejor sus esfuerzos a la hora de enfrentarse a Federico II Hohenstaufen, emperador germánico que amenazaba la sede papal desde sus posesiones del norte y el sur de Italia, al mismo tiempo que ponía en peligro las ciudades provenzales. Con esta jugada, el papa se aseguraba también de que, a la muerte de Ramón Berenguer, Provenza no pasara a manos de su primo, Jaime I, el cual tenía derechos hereditarios sobre el condado.

Federico Hohenstaufen se encontraba a la cabeza del partido gibelino hostil al papa y defensor de la independencia de las ciudades del norte de Italia con respecto a la

autoridad pontificia, mientras que en el bando contrario se situaba el partido güelfo, afín a la unidad con la Santa Sede. En esta pugna, Federico II llegaría a insuflar su gibelinismo a las capitales del Mediodía que se hallaban más próximas a sus dominios transalpinos, grandes ciudades como Montpellier y Marsella. Con ello, el emperador no sólo acabaría chocando con los intereses del papa, sino que tendría también que enfrentarse a los de Jaime I y Ramón Berenguer V, señores nominales de estas dos ciudades occitanas. El ambiente prebélico generado por Federico finalmente acabaría por provocar en 1237 que el conde de Provenza, posiblemente animado por el papa Gregorio IX, sitiara la rebelde Marsella, urbe que era apoyada por el emperador germánico para conseguir su independencia. Por esas fechas, Federico II lograría también una importante victoria sobre la liga de ciudades güelfas lombardas en la batalla de Cortenuova, motivo por el cual los territorios pontificios empezaban a sentir aún más la presión del emperador. Y para que el asunto se complicara todavía más, también entraría en escena otro de los grandes señores occitanos, Raimundo VII de Tolosa, quien en lugar de hacer frente común con Ramón Berenguer V por la causa occitana, se pondría de parte del emperador, haciendo honor a su hostilidad hacia el papado.

El pontificado había estado profundamente preocupado durante la primera mitad del siglo XIII porque al sur de sus fronteras el reino de Sicilia estaba controlado por los gibelinos Hohenstaufen, mientras que al norte de las mismas, en la región toscana, existían repúblicas claramente hostiles a la Santa Sede, caso de Pisa, o en las que alternaban Gobiernos aliados con Gobiernos enemigos, como ocurría en Florencia. En la imagen, paisaje toscano.

El conde de Provenza instaría entonces a Jaime I para aliarse con él y con la Iglesia católica contra el conde de Tolosa y Federico II, ya que la ciudad natal del monarca aragonés estaba también en la órbita del Sacro Imperio tras ser seducida por el

Hohenstaufen. Pero en 1237, el rey Conquistador se hallaba inmerso en plena campaña contra los musulmanes valencianos y ya tenía en esos momentos suficientes lugares en Hispania donde desplegar sus tropas. Por lo tanto, Jaime no podía desplazar sus huestes a Montpellier pero, sin embargo, decidió presentarse allí él mismo para tratar de calmar los ánimos de los insurgentes progermánicos. Pronto, la autoridad del gran Jaime I quedó sobradamente demostrada cuando acabó de raíz con las aspiraciones republicanas de Montpellier. El rey convocó una reunión con los cónsules de la ciudad, pero algunos de estos no acudieron a la cita, motivo por el cual, una vez concluido el plazo que se estimó conveniente, Jaime procedió a confiscar todos sus bienes, y destruyó, a su vez, las casas de los líderes de la revuelta. Acto seguido, el monarca nombró nuevos cónsules, se aseguró de que fueran afines a su política y, para demostrar que sus actos no estaban dirigidos contra los ciudadanos honrados de Montpellier, el 17 de octubre de 1239 entregó a la ciudad una nueva carta de privilegios.

Bernat Guillem d'Entença, aristócrata de Montpellier que era además tío de Jaime I el Conquistador, era el capitán de la guarnición aragonesa que defendía, a partir de finales de la primavera de 1237, el castillo de El Puig, posición avanzada cristiana situada en las proximidades del primer cinturón defensivo de fortalezas de la capital valenciana. Tumba de Bernat Guillem d'Entença. Monasterio de Santa María de El Puig, Valencia.

Solucionada la parte del conflicto que le afectaba, Jaime I se dispuso ese año de 1237 a formalizar la necesaria paz con los señores de Occitania implicados en el conflicto con el emperador germánico, es decir, Ramón Berenguer V y Raimundo VII, cuestión por la que se reuniría con estos dos nobles en Montpellier. Y al parecer los tres soberanos llegaron a un buen entendimiento, ya que decidieron no sólo dejar de enfrentarse entre ellos, sino que además optaron por constituir un frente común contra Francia. Ese sería en esencia el pacto firmado por los tres grandes señores del Midi. Tras finalizar las

negociaciones, Jaime I pudo centrarse nuevamente en su campaña valenciana.

Por esos mismos años, concretamente en el verano de 1240, Raimundo Trencavel se pondría al mando de un ejército que, partiendo de las tierras prepirenaicas de Fenouillèdes, se lanzaría sobre Carcasona, el cuartel general francés en Occitania. En las filas de esta hueste languedociana formarían numerosos *faydits* carcasonenses, otros caballeros de los castels de las Corbières y Fenouillèdes, así como un grupo nada despreciable de almogávares aragoneses, el cuerpo de infantería ligera mejor preparado de la época. El desposeído vizconde de Carcasona contaba con la superioridad numérica de su ejército, aunque, no obstante, el de Trencavel no por ello sitiaría de forma inmediata la capital, sino que, en lugar de emprender esta acción, lanzaría al ejército rebelde sobre las pequeñas fortificaciones cercanas. No sería hasta septiembre cuando, una vez doblegada la resistencia que pudiera haber en las proximidades de la ciudad, Raimundo Trencavel se animara a dirigirse contra Carcasona. Pero ya era demasiado tarde: Carcasona había podido ser reforzada y abastecida. En consecuencia, Carcasona resistiría el asalto de Trencavel y este se vería forzado a retirarse.

Un año después de los acontecimientos que tuvieron lugar en Carcasona, el rey de Aragón, una vez conquistada Valencia, decidiría volver a prestar atención personal a los asuntos del Midi, motivo por el cual, hacia 1241, trataría de confirmar sus buenas relaciones con Raimundo VII de Tolosa a través de la firma de otro tratado. Era deseo de los dos grandes señores que esta nueva alianza fuera autorizada por Gregorio IX, por lo que trataron de hacer ver al papa que su pacto tenía carácter pacífico y no estaba dirigido contra Francia. Este tipo de acuerdo permitía a Jaime afianzar su posición en Montpellier sin llegar a las armas, al no entrar en conflicto con Tolosa ni con Francia, territorio que se hallaba completamente aislado del resto de los dominios del rey de Aragón y que estaba rodeado por todas partes por las tierras de estos dos soberanos. Tras el establecimiento de esta alianza, muy pronto Jaime I y Raimundo VII se pondrían a trabajar para atenuar las disposiciones del Tratado de Meaux-París mediante la vía diplomática.

Precisamente en 1229, el año de la firma de ese acuerdo de paz, Raimundo VII había sido obligado, como ya comentamos anteriormente, a casar a su hija Juana con el hermano del rey de Francia, Alfonso de Poitiers, y, ante la ausencia de herederos varones, se vaticinaba que el condado de Tolosa sería heredado por un vástago de la

dinastía capeta. Sin embargo, el de Saint-Gilles se resignaba a que Francia acabara por anexionar su condado, motivo por el cual, por encima de todo, deseaba engendrar un heredero masculino. Pero hacía tiempo que Raimundo VII había repudiado a su esposa, Sancha de Aragón, tía de Jaime I y Ramón Berenguer V de Provenza, por lo que si deseaba tener un hijo varón legítimo antes de casarse de nuevo, debía divorciarse. El motivo alegado por Raimundo y su fiel aliado, Jaime I, ante la Iglesia para que su matrimonio fuera declarado nulo, no fue otro que el de haber sido el padrino de bautismo de su propia esposa, lo que podía asimilarse a un primer grado de parentesco. Con el apoyo de Jaime I y Ramón Berenguer V, finalmente, el tribunal eclesiástico dictaría sentencia favorable para que se produjera el ansiado divorcio. Con ello, Jaime I y Raimundo VII estaban a punto de lograr mediante la vía pacífica aquello que con la lucha armada no habían podido conseguir los padres de ambos, Pedro II el Católico y Raimundo VI, los grandes derrotados de Muret, es decir, permitir que Languedoc continuara siendo independiente y estuviera vinculado a la Corona de Aragón. El rey guerrero, el Conquistador, estaba en ese instante a punto de derrotar a Francia y a la Santa Sede haciendo uso de armas bien distintas a las de acero. Las buenas dotes diplomáticas de Jaime I se encontraban a un paso de encumbrarlo como señor del Mediodía, ya que era seguro que su primo Ramón Berenguer V y Raimundo VII se reconocerían vasallos suyos si conseguían continuar siendo independientes de Francia.

Enrique II (1154-1189), padre de Ricardo Corazón de León, fue el primer rey de Inglaterra de la dinastía Plantagenet, familia nobiliaria titular a su vez de los ducados de Normandía y Aquitania y del condado de Anjou. Por estos señoríos ubicados en suelo continental europeo el rey de Inglaterra debía rendir vasallaje al monarca francés, aunque sólo fuera de forma teórica. En la imagen, Enrique II de Inglaterra mientras rinde homenaje a Luis VII de Francia.

Pero para que lo expuesto en el anterior párrafo pudiera tener lugar, era necesario que el divorciado Raimundo VII se casara en segundas nupcias con otra mujer llamada

Sancha, una de las hijas de Ramón Berenguer V. De esta forma, no sólo se podía salvar la herencia occitana de Raimundo VII, si no que, al mismo tiempo, existía la posibilidad de que un hipotético hijo, fruto de esta unión, acabara heredando Tolosa y Provenza. La ansiada boda tendría lugar el 11 de agosto de 1241, a pesar de que el papa no había otorgado aún la pertinente dispensa. Pero la mala suerte quiso que, mientras Raimundo VII permanecía a la espera de validar su matrimonio, el papa Gregorio IX falleciera. El proceso de elección del nuevo papa podría ser largo y nada aseguraba que el elegido fuera a dar el visto bueno a dicho enlace. En consecuencia, la triple alianza de Jaime, Raimundo y Ramón Berenguer comenzó a hacerse cada vez más débil. El nuevo pontífice, Celestino IV, elegido en octubre de ese mismo año 1241, propuso el casamiento de Sancha de Provenza con el hermano de Enrique III de Inglaterra, Ricardo de Cornualles, y, sorprendentemente, Ramón Berenguer accedió a ello. En consecuencia, los sueños de libertad para Languedoc pronto se verían truncados: el único destino posible para Tolosa y Provenza era su anexión por parte de Francia.

De Lorris (1243) a Corbeil (1258)

Como bien sabemos, Tolosa estaba condenada a desaparecer como condado independiente tras verse frustrado el matrimonio entre Raimundo VII y Sancha de Provenza. Sin embargo, Raimundo VII vendería cara su derrota, a pesar de este fracaso diplomático y de la firma en 1229 del Tratado de Meaux-París, y continuaría manteniendo una actitud beligerante hasta que, hacia 1243, acabó por reconocer la victoria definitiva de Francia en Lorris, localidad del centro de este país.

En este contexto, en 1242 se produciría la última acción armada de la saga de los Saint-Gilles, por lo que, para ello, el conde de Tolosa contó nuevamente con poderosos aliados. El plan trazado por los enemigos de Luis IX consistía en conseguir que los ciudadanos occitanos se sublevaran contra el invasor francés, al tiempo que el rey de Inglaterra desembarcaba en la costa atlántica y realizaba un ataque coordinado junto a los demás coaligados, de forma que los ejércitos del rey capeto se vieran sorprendidos en combate en varios frentes a la vez. Junto a los cabecillas del golpe, Raimundo VII de Tolosa y Enrique III de Inglaterra, formaban parte de este pacto los condes de la Marca de Angulema (Borgoña francesa), de Foix, de Comminges, de Armañac y de Rodez (al nordeste de Tolosa), así como el rey de Aragón. No queda del todo claro si el emperador

germánico Federico II y Ramón Berenguer V de Provenza también formaron parte de esta conspiración.

El conde de Tolosa halló el incontestable respaldo de la práctica totalidad de los territorios del Mediodía. Raimundo VII únicamente necesitaba que una chispa prendiera la mecha de la rebelión en el pueblo languedociano y que todo el Midi se alzase entonces en armas contra los ocupantes franceses. El momento propicio para desarrollar el plan preparado llegaría cuando, por mayo de 1242, los inquisidores Guillermo Arnaud y Etienne de Saint-Thibéry arribaron junto a su séquito, formado por nueve personas, a Avignonet, una pequeña fortaleza del Lauragais, en el condado de Tolosa. El senescal de Raimundo VII, Raimundo de Alfaro, a sabiendas de que los dos jueces se alojarían allí, enviaría un mensajero hacia el pequeño castillo de Montségur, situado en las proximidades de las Corbières, para comunicar al comandante de su guarnición, Pedro Roger de Mirepoix, que había llegado la hora de asestar el primer golpe al enemigo. Pedro Roger de Mirepoix reunía entonces a unos cincuenta caballeros, así como a un número mayor de soldados de infantería, mientras que la noticia corría como la pólvora por esta región montañosa. Esta pequeña hueste partiría hacia Avignonet el 28 de mayo, al día siguiente de haberse recibido la notificación, y, al parecer, nadie advirtió a los inquisidores de la existencia de tal comando ni de sus intenciones. Por este motivo, los hombres de Pedro Roger pudieron llegar con facilidad hasta los aposentos de los frailes del Santo Oficio, a los que asesinaron con gran saña junto a sus acompañantes, y destruyeron, además, todos los registros que portaban consigo de los procesos judiciales emprendidos. Los ecos de la perfectamente orquestada venganza occitana llegarían velozmente a todos los rincones del Mediodía, de forma que, con esta noticia, celebrada con entusiasmo por la mayoría de sus ciudadanos, se iniciaba la rebelión prácticamente en todo el país, a excepción de los bastiones franceses de Carcasona y Béziers. Esto puede darnos una idea del profundo odio que los lugareños sentían hacia la Iglesia católica y Francia.

Paralelamente, el 15 de mayo de 1242, Enrique III de Inglaterra había desembarcado en Royan, ciudad bajo su dominio ubicada en el estuario del río Garona, muy cerca de Burdeos. No obstante, un inteligente Luis IX conseguiría atraer hacia su causa a Hugo de Lusignan, conde de la Marca de Angulema, y, contando con este poderoso aliado, acudiría al encuentro de Enrique III. En Taillebourg, población localizada tierra adentro que sigue el curso del Garona, Luis IX acabaría obligando al

monarca británico a retirarse del campo de batalla hacia el 22 de julio. Fue en esos precisos instantes cuando el plan de guerra trazado por los aliados de Raimundo VII se empezó a desmoronar como si de un castillo de naipes se tratara. Ante la derrota inglesa, Jaime I el Conquistador no llegaría ni siquiera a desplegar sus tropas y el conde Roger IV de Foix, otro de los más poderosos entre los conjurados, acabaría, al igual que el conde de la Marca de Angulema, siendo seducido por Luis IX. Raimundo VII, a pesar de haber obtenido ciertos éxitos aislados, quedaba, por lo tanto, totalmente aislado en medio de una rebelión languedociana que, ante el abandono de sus aliados, se preveía inefectiva. El conde de Tolosa, además de ser el último en combatir en esta nueva guerra, había sido también quien la inició, motivo por el cual acarrearía con todas las culpas. En estas circunstancias, Raimundo VII, para colmo excomulgado desde el momento en el que se produjo el atentado de Avignonet, pronto pediría al piadoso Luis IX que intercediera por él ante la Iglesia católica. Y el caso es que el rey francés, monarca que posteriormente sería canonizado, hizo gala de su bondad y respondió positivamente. Debido a ello, finalmente ambos firmarían la paz en Lorris hacia enero de 1243; este tratado resultó un armisticio definitivo para Tolosa, ya que su conde se comprometía a respetar las cláusulas pactadas en Meaux catorce años antes. Raimundo VII cedería también varias fortalezas a los franceses tras la firma de este acuerdo, comprometiéndose, además, junto a sus vasallos occitanos, a prestar vasallaje al rey Capeto, de forma que todos quedarían obligados a combatir en Tierra Santa al lado de Luis IX.

Tras la victoria francesa obtenida en la batalla de Taillebourg (1242), frente a Enrique III de Inglaterra, Luis IX hizo la promesa de organizar una nueva cruzada a Oriente. En este contexto, en 1248 se iniciaría la Séptima Cruzada, expedición militar que, no obstante, acabaría derivando en un rotundo fracaso. Eugéne Delacroix, *San Luis en la batalla de Taillebourg,* 1837. Palacio de Versalles, París, Francia.

Palacio Bargello. Florencia, Italia. La construcción de este edificio güelfo fue iniciada en 1254, año en el que el conflicto entre los aliados de la Santa Sede y los gibelinos se encontraba en un momento de gran tensión. En 1254 fallecía el

emperador germánico Guillermo de Holanda y el papado procuraba alejar del trono a los herederos del depuesto Federico II Hohenstaufen, consiguiendo coronar al inglés Ricardo de Cornualles. Con las muertes de los últimos representantes masculinos de los gibelinos Hohenstaufen, es decir, Conrado, Manfredo y Conradino, el camino del Sacro Imperio y de Sicilia quedaba definitivamente despejado para los güelfos.

Tras sellar la paz en Lorris, al rey de Francia aún le quedaba doblegar las últimas resistencias occitanas de la región montañosa de las Corbières, especialmente las inexpugnables fortalezas de Montségur y Quéribus; la primera de ellas era el objetivo principal de la Santa Sede, al considerar a sus habitantes como los responsables de la matanza de Avignonet. No obstante, el sometimiento definitivo de estos castillos aún tardaría un tiempo en llegar, Montségur no caería hasta 1244 y Quéribus resistiría incluso hasta 1255, por lo que, teniendo en cuenta además que sus murallas se erigirían en los últimos reductos cátaros, sus casos serán estudiados en el último capítulo.

En 1253, la Santa Sede ofreció la corona de Sicilia a Carlos d'Anjou, por lo que, tras una exitosa campaña militar, el Capeto fue coronado monarca de este reino del sur de Italia en el año 1266. Sin embargo, tras el estallido de las «Vísperas Sicilianas» en 1282, sería derrotado por una coalición aragonesa-siciliana. Sepulcro de Carlos d'Anjou. Catedral de Saint-Denis, Francia.

Esta vidriera de la iglesia de Saint-Eustache (París) nos muestra a la regente de Francia, Blanca de Castilla, mientras acompaña a su pequeño hijo Luis durante la ceremonia de su entronización. El fallecimiento en 1252 de la enérgica reina madre sería una gran pérdida para los franceses, ya que a pesar de la mayoría de edad de Luis IX, la viuda de Luis VIII continuó desarrollando labores de gobierno ante las frecuentes ausencias de un rey constantemente inmerso en sus campañas cruzadas de Oriente.

La firma del Tratado de Lorris desanimaría, en buena medida, a los señores occitanos, nobles que en los siguientes años se dedicaron a poco más que ir cediendo cada vez un terreno mayor al rey de Francia. En este contexto, es preciso comenzar describiendo los acontecimientos que tuvieron lugar en 1246. Ese año, cuando la totalidad del reino de Valencia había sido ya conquistada por Jaime I, moría Ramón Berenguer V sin descendencia masculina. El papado había impuesto a tres de las cuatro hijas de Ramón Berenguer matrimonios estratégicos para el interés de la Santa Sede, y únicamente quedó por desposar la menor de ellas.

Como ya comentamos, Luis IX de Francia se unía en matrimonio a Margarita, la primera hija de Ramón Berenguer V, en 1233, en un claro intento del papa Gregorio IX por evitar que, ante la ausencia de herederos varones, el condado de Provenza cayera en manos de un soberano que no se empleara a fondo en erradicar la herejía cátara. De paso, el papa también conseguía reforzar a Francia, su fiel aliado, al tiempo que evitaba que Jaime I reclamara para sí este señorío como familiar masculino más próximo de

Ramón Berenguer V. La Santa Sede no deseaba que este rey fortaleciera su posición en el Mediodía ni quería correr riesgos innecesarios con respecto a Aragón. Cierto es que los dominios de Jaime I eran territorios protegidos por la Santa Sede y que el Conquistador siempre había satisfecho la política de la Iglesia romana, pero, al mismo tiempo, el monarca aragonés era hijo de Pedro II, y al igual que su padre mostraba una política a todas luces hostil hacia Francia.

Resuelto el enlace de la primogénita de Ramón Berenguer, la Santa Sede optó por el equilibrio europeo de fuerzas para el segundo y el tercer matrimonio de las hijas del conde de Provenza. El Estado pontificio enlazó esta vez a la casa provenzal con la familia Plantagenet, propietaria del trono inglés. Leonor era desposada por el rey Enrique III de Inglaterra en 1236, mientras que Sancha se casaba con el hermano de este, Ricardo de Cornualles, en 1243.

Los movimientos efectuados por la Santa Sede con respecto a Provenza demostraban que Ramón Be-renguer nada tenía que decir sobre los matrimonios impuestos a sus hijas. Pero, ante la seria amenaza de que Provenza fuese anexionada por Francia, el conde hizo algo que sí estaba en sus manos. A su muerte, sorprendió a todos dejando en herencia el condado de Provenza a su hija menor, la joven soltera Beatriz, con lo que de esta forma evitaba que sus tierras quedaran automáticamente integradas en el reino de Francia por el matrimonio de su primogénita con Luis IX. Pero la Santa Sede actuaría entonces con celeridad y, si bien es cierto que respetó el testamento del conde, al poco de su muerte evitaba cualquier posible combinación que resultara perjudicial para sus intereses y casaba a Beatriz con el hermano de Luis IX, Carlos d'Anjou. Ramón Berenguer V tan sólo había conseguido que el mayor de sus temores únicamente tardara unos años en hacerse realidad. Provenza estaba condenada, pues, a ser francesa. El condado pasó en breve a formar parte del imperio mediterráneo creado por el papa para los Anjou, el cual incluía el sur de Italia, Sicilia y Provenza. Y cuando la extirpe de Carlos d'Anjou se extinguió definitivamente en 1481, Provenza quedó incorporada definitivamente al reino de Francia.

Los Capetos franceses ya controlaban la parte oriental de Languedoc y, a falta de Montpellier, en poder de Jaime I, sólo les quedaba dominar totalmente Tolosa para tener en sus manos todo el país del Mediodía. Pero la semilla ya había sido echada hacía tiempo para que Francia se anexionase el mayor Estado del Languedoc occidental.

Como ya comentamos en el punto anterior, en 1229 se había concertado el matrimonio del hermano de Luis IX, Alfonso de Poitiers, con Juana, la hija de Raimundo VII de Tolosa. El fin del Languedoc libre estaba próximo cuando, en 1249, el conde de Tolosa moría sin herederos varones. Tolosa ya estaba en manos de un Capeto y Francia sólo tendría que esperar hasta 1271 para anexionarse el condado, año en el que Alfonso fallecía sin descendencia. Para rematar el buen trabajo diplomático de Luis IX por esta época, en 1246 se firmará también un provechoso acuerdo con Raimundo Trencavel, por el cual este reconocía la posesión del rey de Francia sobre sus antiguos vizcondados y renunciaba a todos sus derechos sobre los mismos a cambio de la cesión por parte de la monarquía capeta de unas rentas periódicas.

Tras la excomunión de Pedro III el Grande y la desposesión de todos sus reinos, Felipe III de Francia inició en 1285 la invasión de Cataluña utilizando para ello un poderoso ejército cruzado. El monarca capeto albergaba la esperanza de entronizar a su hijo, Carlos de Valois, como rey de los territorios peninsulares de Pedro III tras las promesas que la Santa Sede le hizo al respecto. Sin embargo, Felipe III el Atrevido sufrió en Gerona una dura y humillante derrota y falleció mientras sus tropas se retiraban a los Pirineos. En la imagen, tumba de Felipe III el Atrevido en la catedral de Saint-Denis, Francia.

Montpellier era, por lo tanto, el único territorio del Midi que no estaba en la órbita de Francia a mediados del siglo XIII, y, además, esta ciudad era objeto de deseo para Luis IX. El señorío en cuestión estaba en manos de Jaime I, que era a su vez quien ejercía

el gobierno de la ciudad, cedido teóricamente en calidad de feudo por el obispo de Magalona, prelado que portaba el simbólico título de soberano principal. Pero lo cierto es que el poder de Jaime sobre este territorio se encontraba en decadencia y que al rey Conquistador, con profundos intereses depositados en unos territorios hispánicos muy alejados de Montpellier, se le escapaban las conspiraciones que los descontentos habitantes de esta ciudad llevaban a cabo contra su persona.

Hacia 1252 se produjo en Montpellier un alzamiento burgués en el que los rebeldes acudieron al obispo de Magalona aclamándolo como soberano principal de este señorío. Pero, para sorpresa de todos, el obispo no tardó mucho en hacerse vasallo de Luis IX. Debido a ello, aunque sólo fuera de forma indirecta, Jaime I rendía homenaje a Luis IX por la posesión de Montpellier. Si además tenemos presente que por esas fechas la ciudad universitaria era una especie de isla aragonesa rodeada por un hostil mar francés, llegaremos a la conclusión de que solamente había dos soluciones para resolver este entuerto: la guerra o la negociación pacífica.

La opción de las armas podía parecer la más sencilla para un rey Conquistador como era Jaime, por varios motivos. En ese preciso instante, Luis IX se encontraba lejos de su país, embarcado en una cruzada por Tierra Santa y, además, Francia acababa de perder a su regente, ya que ese mismo año de 1252 había muerto la reina madre, Blanca de Castilla. El vacío de poder en el Estado francés era en esos momentos una realidad. Al mismo tiempo, Francia continuaba manteniendo su disputa histórica con Inglaterra por sus posesiones aquitanas. Si a esto le sumamos que Luis IX estaba centrado en esa época en acabar de perfilar la anexión de Provenza y Tolosa, podemos llegar a la conclusión de que eran demasiados frentes abiertos para el rey Capeto.

Jaime I, a su vez, tenía serios problemas en sus dominios peninsulares. Mientras el rey aragonés se encontraba en Montpellier tratando de resolver sus asuntos occitanos, su hijo Alfonso, joven que guardaba un gran rencor hacia el Conquistador por haberse divorciado de su madre, Leonor de Castilla, se lanzaba, con el inestimable respaldo de Castilla y de algunos nobles rebeldes aragoneses, hacia la frontera entre Aragón y Cataluña para tratar de conquistar la ciudad de Lérida.

Debido a todas estas complicaciones por las que pasaban Jaime I el Conquistador y Luis IX, parecía muy poco probable que aragoneses y franceses se alzaran en armas por Montpellier. En consecuencia, Jaime I y Luis IX firmaron un tratado en mayo de 1258

en Corbeil, localidad muy próxima a París. En tanto que, al año siguiente, el agotado rey francés signaría en París la paz con Enrique III de Inglaterra.

Francisco de Asís, miembro de una pudiente familia, renunció a su herencia en torno al año 1207 para convertirse en religioso. El nuevo monje optó, al igual que Domingo de Guzmán, por llevar un modo de vida ascético dedicado a la predicación, pero a diferencia del clérigo castellano, ni Francisco de Asís ni sus discípulos gozaban de una preparación intelectual que les permitiera ser teólogos. Basílica franciscana de Santa Croce, finales s. XIII. Florencia, Italia.

Convento de Santo Domingo, Valencia. La construcción original de este edificio religioso se inició en 1239, cinco años después de que Domingo de Guzmán fuera canonizado por la Iglesia católica. A lo largo de toda su existencia, Domingo mostró un comportamiento sencillo y un modo de vida ascético, y se dedicó plenamente a la predicación y a la fundación de monasterios, motivo por el cual rehusó ocupar otros cargos eclesiásticos de mayor envergadura.

En el tratado entre Aragón y Francia, las negociaciones se centraron en estudiar las aspiraciones de la casa de Barcelona sobre Occitania a la vez que se debatieron los derechos de los monarcas franceses sobre la antigua Marca Hispánica de la época de Carlomagno (siglo IX). A la firma del acuerdo, Aragón renunció a Languedoc, excepto Montpellier, a la vez que Francia dejaría de reclamar su soberanía sobre los antiguos condados pirenaicos de la monarquía franca. Al mismo tiempo, también se concertó el matrimonio de la infanta Isabel de Aragón con el heredero de Francia, el futuro Felipe III el Atrevido.

El acuerdo de paz había sido por fin cerrado, pero la hostilidad mutua desarrollada durante tantos años por Aragón y Francia hacía intuir que su feroz rivalidad no podía concluir simplemente con la firma de unos documentos sin que previamente el uso del acero hubiera hecho correr la sangre. Este temor quedaría confirmado hacia finales del siglo XIII, cuando los hijos de los protagonistas de Corbeil, Pedro III de Aragón y Felipe III de Francia, se enfrentaron en una guerra total en la que el representante de la casa de

Barcelona arrebató Sicilia al hermano de Luis IX, Carlos d'Anjou, y atacó también Provenza, al tiempo que el nuevo rey capeto lanzaba un intento frustrado de invasión sobre Cataluña. Con ello quedaría confirmado que Corbeil no había sido más que una farsa y que Aragón y Francia continuarían conspirando el uno contra el otro hasta que en 1282 estallara el conflicto armado entre ambos, ya no por el control de Languedoc, sino por la obtención de la hegemonía en el Mediterráneo.

Sin ser ya el motivo principal de la disputa, el Mediodía quedaría olvidado en esos momentos, al igual que los cátaros, cuya religión puede considerarse extinta a mediados del siglo XIII. Precisamente en el siguiente capítulo se abordará qué fue del catarismo en sus momentos finales y cuáles los métodos que aplicó la Iglesia católica para perseguir a los adeptos de su religión dualista una vez que la Cruzada albigense consiguió desplazar del poder a los señores occitanos que protegían a estos herejes.

7

El final del catarismo

Los hermanos predicadores

Como bien sabemos, mediada ya la decimotercera centuria, la Cruzada albigense había logrado apartar prácticamente del poder a la aristocracia languedociana, y despejó con ello el camino por el que devolver las tierras occitanas a la ortodoxia. Por estas fechas, a excepción de dos pequeños focos rebeldes existentes en el área montañosa del sur de Languedoc, es decir, Montségur y otras fortalezas de las Corbières y Fenouillèdes, únicamente quedaba pendiente que la Santa Sede tomara las riendas para la persecución cátara y acabara, a su entender, de una vez por todas con su herejía. No obstante, el papado ya había previsto esta situación idónea para que los poderes temporales franceses recientemente establecidos colaboraran junto a nuevos y más eficaces legados pontificios en la extirpación del mal heterodoxo. Precisamente para ello, en 1215, durante la celebración del Cuarto Concilio ecuménico de Letrán presidido por el papa Inocencio III, se aprobaría la creación de dos órdenes monásticas, la de los Hermanos Predicadores y la de los Hermanos Menores, por Domingo de Guzmán y Francisco de Asís, respectivamente, ambos canonizados tras su fallecimiento.

En 1216, al poco de ser confirmada la nueva congregación religiosa de Domingo de Guzmán por Honorio III, papa que acaba de ser entronizado, el trabajo de este incansable clérigo castellano lo llevaría a desplegar a sus frailes por todos los territorios de la cristiandad occidental partiendo desde su ámbito occitano original, de manera que sus enseñanzas religiosas incluso alcanzarían París y Bolonia, los principales centros universitarios de la época. De esta forma, el imparable progreso de los hermanos dominicos acabaría por provocar el relevo de los monjes cistercienses como guías espirituales de la cristiandad, y, finalmente, a los nuevos frailes también les fue encomendada la tarea de ser los jueces encargados de velar por la preservación de la ortodoxia católica.

Los frailes dominicos eran clérigos que habían recibido una muy buena formación dogmática, motivo, entre otros, por el que fueron designados por la Santa Sede para ser los jueces del Tribunal de la Santa Inquisición. Ello también supuso que pasaran a ocupar ya en el siglo XIII las cátedras en Teología de las más importantes universidades europeas, como la universidad de París, Tolosa, Bolonia u Oxford. Iglesia dominica de Santa María Novella. Florencia, Italia.

Allá por el año 1206, tras la irrupción en la escena languedociana de los hermanos castellanos Diego de Acebes y Domingo de Guzmán, el papa Inocencio III comenzó a comprender que la predicación y la evangelización eran tareas necesarias para el correcto funcionamiento de la Iglesia católica, una vez que su brazo armado, es decir, los cruzados, hubiera allanado para ello el terreno en el Mediodía. Pero, al mismo tiempo, el papado también era muy consciente de que estos nuevos frailes de carácter mendicante deberían emplearse con dureza en su labor por devolver a la senda de la fe a las tierras contaminadas por los cátaros. Para ello, por lo tanto, era preciso desarrollar nuevas disposiciones que fueran aún más severas que las ya establecidas por el Concilio de Verona en 1184, sínodo a partir del cual se obligó a los poderes temporales locales a colaborar en la persecución de los herejes, bajo pena de excomunión si no lo hacían, así como también determinó que aquellos heterodoxos que no abjuraran de su fe fueran condenados a la hoguera. Las medidas en cuestión debían tratar de conseguir que los religiosos designados por la Santa Sede para juzgar los casos de herejía gozaran de plena autonomía, ya que sólo así podrían desarrollar correctamente su misión. Tampoco era

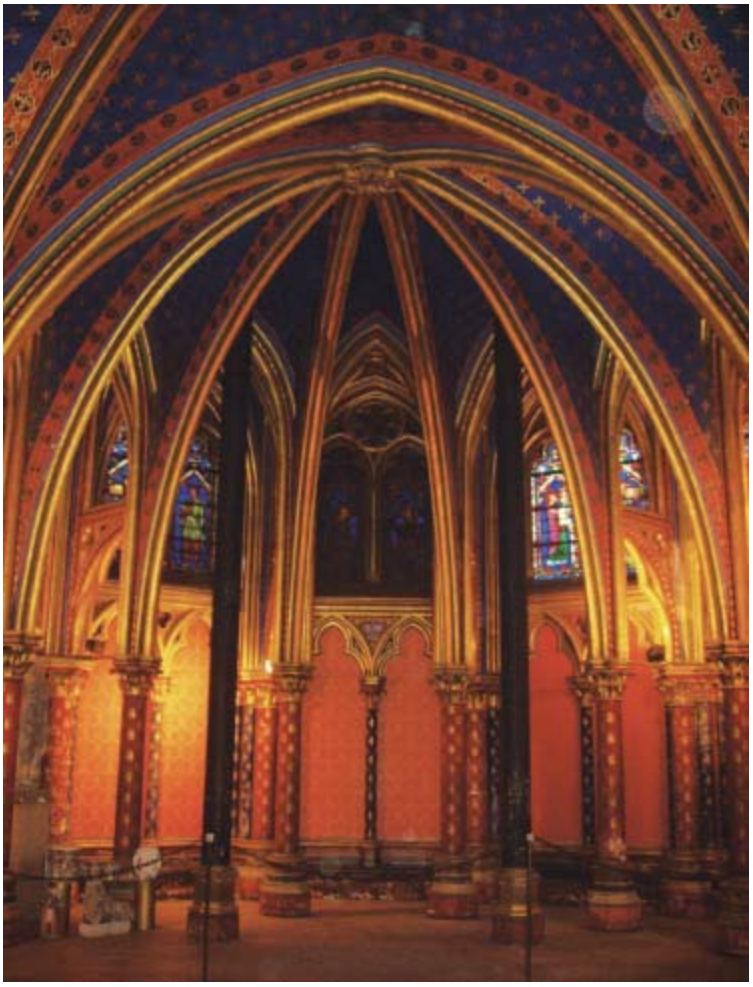
adecuado que estos jueces estuvieran subordinados a los obispos y era preciso, además, que fueran totalmente adictos a la figura del papa. Es necesario destacar al respecto que, en época próxima al advenimiento del papa Gregorio IX (1227-1241), la curia romana acabaría comprendiendo que los prelados y otros sacerdotes locales podían llegar a entorpecer los procedimientos de investigación, persecución, juicio y castigo de aquellos sospechosos de herejía que habitaban en sus tierras, heterodoxos de los que, además, podían llegar a apiadarse, e incluso existía la posibilidad de que fueran coaccionados por ellos si el encausado era un personaje poderoso. Por esta razón, era muy importante que dichos clérigos no tuvieran parentesco ni relación alguna con las poblaciones contaminadas por la herejía cátara. Precisamente, aquellos austeros frailes dominicos, acostumbrados a llevar una vida llena de renuncias y a permanecer aislados del resto del mundo, poseían todas las virtudes que eran necesarias para desarrollar con plena dedicación los procedimientos judiciales emprendidos contra los cátaros y otros disidentes religiosos.

Pero no sería Inocencio III (1198-1216), ni tampoco su sucesor, Honorio III (1216-1227), pontífices que habían impulsado la creación de las órdenes mendicantes, quienes designaran a los frailes dominicos para tan laborioso y delicado menester. La muerte finalmente privaría a estos emblemáticos papas de ser, por lo tanto, los creadores del Tribunal de la Santa Inquisición. Tras el fallecimiento de Honorio III, Gregorio IX subió al solio pontificio en 1227, papa este al que le parecían insuficientes y demasiado lentos los procedimientos empleados para combatir los últimos focos cátaros. En su opinión, para que la persecución de los herejes fuera efectiva, era necesario unificar en toda la cristiandad los protocolos que habrían de ser puestos en práctica y confiar este cometido únicamente a religiosos especialistas en la materia. Debido precisamente a esto, se crearía el Tribunal de la Inquisición, cuyo ministerio quedó confiado a las nuevas órdenes mendicantes de los hermanos dominicos y, en menor medida, a los frailes franciscanos. La Inquisición actuaría por primera vez en 1231 en territorio germánico contra los cátaros renanos, y se instauraría en Aragón en 1232. No sería, sin embargo, hasta 1233 cuando ejercería oficialmente en Occitania, donde en menos de veinte años la herejía de los buenos hombres estaría ya, como consecuencia de ello, en serio peligro de extinción, de forma que, a mediados del siglo XIII, ya puede darse a la religión cátara por desaparecida como Iglesia organizada, quedan únicamente unos pocos núcleos dualistas dispersos y no comunicados entre sí que malviven en la clandestinidad hasta no hallar ya prácticamente en Occidente ninguna huella de su doctrina hacia el primer cuarto del

siglo XIV.

La Santa Inquisición

Tras la celebración del Concilio de Verona (1184) y con el ascenso al trono en 1198 del joven y enérgico Inocencio III, el papado daría un fuerte impulso a su política de erradicación de la herejía cátara, motivo por el cual este pontífice enviaría a sus representantes eclesiásticos al Midi para que velaran por el correcto cumplimiento de las medidas establecidas en dicho sínodo. En este contexto, como pudimos observar en el capítulo 3, Inocencio III nombraría, en 1203, legados pontificios a los monjes cistercienses Raúl de Fontfroide y Pedro de Castelnau, a los que un año más tarde se uniría el abad de su orden, Arnaldo Amaury. Su misión sería emprender las acciones precisas para la correcta preservación de la ortodoxia católica, lo que también implicaba entregar a los herejes al brazo secular y que este ejecutara las sentencias emitidas por los legados. El pequeño equipo de frailes del Císter desempeñaría, por lo tanto, tareas que más tarde serían competencia de los inquisidores, aunque, no obstante, esta especie de germen del Santo Oficio no disponía aún de un tribunal permanente ni gozaba todavía de un grado de organización suficiente como para poder arrancar la herejía cátara de la faz de la tierra.



Interior de la segunda planta de la Sainte-Chapelle de París. Luis IX (1226-1270), gran devoto católico, ordenó la construcción de este pequeño oratorio, auténtica joya del gótico francés, para custodiar allí las numerosas reliquias adquiridas por él. Esta capilla de tan bella factura consta de dos plantas en las que los fieles podían rezar. La parte inferior estaba destinada al pueblo llano, mientras que la zona superior quedaba reservada para la corte real.

Años más tarde, en 1229, cuando la Cruzada albigense había causado ya el suficiente daño al catarismo y a la población católica occitana, el Concilio de Tolosa, que también tomó como base las anteriores disposiciones dictadas por el Concilio de Verona cuarenta y cinco años antes, establecía que fueran los obispos locales los encargados de iniciar y organizar los procesos de investigación, captura, juicio y condena de los casos de herejía, y que los encausados también fueran finalmente entregados a las autoridades laicas del lugar para su ejecución, encierro en prisión o sometimiento a una penitencia pública.

No obstante, como ya hemos descrito en el punto anterior, estos procedimientos se mostraban muy poco ágiles e incluso, en muchas ocasiones, llegaban a ser ineficaces, motivo por el cual, finalmente, Gregorio IX decidió unificar en todo el ámbito católico la fórmula para perseguir y condenar a los disidentes religiosos. Debido a ello, este papa estableció el Tribunal de la Santa Inquisición en 1231 mediante la bula

Excommunicamus, y designó en 1233 a los frailes dominicos para desarrollar su ministerio, monjes que llegarían a convertirse en unos auténticos especialistas en la materia.

Existían seis tipos de crímenes susceptibles de ser juzgados por la Inquisición, de forma que los magistrados dominicos podían procesar a los herejes confesos, los sospechosos de herejía, los heresiarcas o autores de herejía, los fautores de herejes, los brujos o hechiceros, los blasfemos y a todo aquel que entorpeciera el desempeño de las funciones del Santo Oficio. Finalmente, el papado llegaría a encuadrar también en el conjunto de malhechores que debían ser juzgados por la Inquisición a todo aquel que osara agraviar u ofender a los inquisidores y a aquellos infieles, incluidos judíos y musulmanes, cuyas prácticas molestaran a los católicos.

Quedaría establecido, a su vez, que en la categoría de «herejes» fueran incluidas todas las personas que hubieran adoctrinado, predicado o escrito sobre temas que fueran considerados contrarios a la Iglesia, la Biblia u otros libros utilizados por la religión católica.

En cuanto a la denominación de «sospechoso de herejía», cabe decir que la lista de casos que podían incluirse en ella era aún mayor que la de los inculpados directamente como «herejes». Eran, por lo tanto, sospechosos de herejía todos aquellos que no denunciaran a un hereje; los que despreciaban, ultrajaban o destruían objetos sagrados; aquellos que poseían o leían libros condenados por el Santo Oficio; las personas que mostraran un comportamiento excesivamente piadoso, caso en el que encajaban perfectamente los cátaros, disidentes religiosos estos que en ocasiones podían parecer simples católicos muy devotos; los creyentes que osaran dar sermones o administrar sacramentos de la Iglesia católica sin ser sacerdotes; la gente que acudía a las prédicas u otros eventos organizados por los herejes, aunque asistieran a ellos una sola vez; aquellos que no se presentaran a declarar ante el Tribunal de la Inquisición cuando fueran citados para ello; quien contara con algún hereje o sospechoso de herejía entre sus amistades y también los que obstaculizaran su captura o los ayudaran a huir; así como incluso las personas que simplemente hicieran algo que molestara a los demás católicos, como no confesar, no comulgar o no asistir a misa con frecuencia.

Luis IX de Francia es recordado sobre todo por dos características fundamentales de su personalidad: su profunda religiosidad y su carácter belicoso, aspectos que, además, están íntimamente relacionados, ya que el rey capeto desarrolló plenamente su talante guerrero en las campañas militares de Oriente que organizó para combatir al islam. Vidriera de San Luis IX. Iglesia de Saint-Eustache, París.

En la categoría de «fautores de herejes» quedaban encuadrados todos aquellos acusados que tuvieran cualquier tipo de relación con los heterodoxos, favoreciéndolos, ayudándolos o acogiéndolos en sus hogares o en sus tierras.

Las implacables actuaciones de la Inquisición para juzgar los tipos de crímenes descritos llegarían a provocar un gran odio hacia esta institución eclesiástica por parte del pueblo languedociano, su principal víctima. Esta aversión, como ya sabemos, también era manifestada hacia los invasores franceses. Serían precisamente estos ocupantes extranjeros los que conseguirían acabar con los últimos focos de resistencia occitana, la de aquellos pequeños castillos que se localizaban en el área montañosa de la vertiente norte del Pirineo; fortalezas estas que se convertirían, a su vez, en los últimos enclaves del catarismo como Iglesia organizada.

Los últimos focos de resistencia: Montségur y Quéribus

Las fortalezas del sur de Occitania localizadas en el área montañosa fronteriza entre Carcasona y Cataluña se erigirían en auténticos refugios terminales para las comunidades cátaras albigenses. Allí, al abrigo de tortuosas gargantas y abruptos picos de difícil acceso, la religión dualista hallaría protección tras las murallas de una serie de pequeños castillos pertenecientes a la baja nobleza local, adicta a la doctrina de los buenos hombres, o bien, simplemente, tenaces opositores a la ocupación extranjera. La orografía tan compleja del lugar hacía que incluso la fortificación más sencilla resultara prácticamente inexpugnable, lo que unido a la especial ubicación de estas plazas, a medio camino entre los dominios recién conquistados por el rey de Francia y las tierras de Jaime I, provocaba que la posesión de castillos como los de Termes, Puylaurens, Peyrepertuse, Montségur y Quéribus resultara de un gran valor estratégico. Esto nos hace comprender, por lo tanto, por qué los habitantes de dichos baluartes gozaban de una gran autonomía y cómo a lo largo de muchos años se habían declarado, según más les conviniera, vasallos del rey de Aragón o de los señores occitanos del norte.

Tras la caída de estos auténticos bastiones, ya no podemos hablar de comunidades cátaras como tal, sino más bien de pequeños grupos aislados o, incluso, únicamente de individuos que eran adeptos a esta religión. Entre 1240 y 1255 todas estas fortalezas irían poco a poco pasando a manos de Luis IX de Francia, pero nos centraremos especialmente en dos de ellas: Montségur y Quéribus. En Montségur, por ser la última sede de la cúpula eclesiástica cátara. En Quéribus, por constituir su castillo el último núcleo occitano de resistencia frente al avance francés.

La presencia de cátaros en Montségur está documentada desde principios del siglo XIII, cuando una agrupación de estos disidentes religiosos solicitó a su señor, el caballero Raimundo de Péreille, cuya familia se había adherido al catarismo, la reconstrucción del castillo allí situado. Tras la firma de la paz de Meaux-París en 1229, el lugar recibiría una enorme afluencia de *faydits* y otros proscritos, y allí también se instaló la cabeza de la Iglesia cátara a partir de 1232, con la esperanza de hallar un lugar seguro desde el que poder continuar dirigiendo a sus distintas congregaciones religiosas. A partir de entonces, Montségur sería fortificado utilizando los nada despreciables fondos de la comunidad cátara, en poco tiempo se convertiría en lugar de peregrinación para multitud de creyentes dualistas, y fue, a su vez, el centro de partida de las peligrosas

misiones evangélicas que los perfectos emprendían hacia las zonas que estaban bajo dominación francesa, lugares donde la Inquisición resultaba implacable. No obstante, el hecho de que Montségur estuviera infectado por la herejía no fue motivo suficiente para que los cruzados franceses se aventuraran a conquistar esta plaza fuerte, ya que conocían perfectamente la dificultad que entrañaría asediarla, más aún si tenemos en cuenta que existía la posibilidad de que su señor y los de las vecinas fortalezas hicieran un llamamiento a Jaime I, por los años treinta del siglo XIII flamante conquistador de Mallorca, en virtud de sus vínculos feudales, lo que acabaría derivando en un enfrentamiento abierto con Aragón. Tampoco parecía que Montségur fuera, por el momento, la mayor preocupación Luis IX, monarca siempre tan ocupado en sus asuntos de Tierra Santa.

Pero la situación cambiaría a partir de 1242, cuando, por mayo, los tolosanos iniciaron la revuelta de Avignonet, utilizando para ello la guarnición de Montségur; este acto se convirtió en el detonante para que la monarquía francesa se decidiera de una vez por todas a emprender tan complicada empresa en el verano del año siguiente. Por ello, en junio de 1243, un ejército de diez mil hombres bajo el mando del senescal de Carcasona, Hugo de Arcis, iniciaría el asedio de Montségur, castillo tras cuyos muros se refugiaba la flor y nata de la Iglesia cátara. Destacaban, entre ellos, los perfectos Raymond Agulher, Pierre Bonnet, Amiel Aicart, Pierre de Saint-Martin y Beltrand d'en Martin. Dado el carácter de cruzada que se daría a esta campaña, el arzobispo de Narbona, Pedro de Amiel, acompañaría a las huestes reclutadas por los prelados del Mediodía como líder espiritual. Las defensas de Montségur estaban compuestas por quince caballeros y un centenar de soldados, así como también se hallaban en el interior de su fortaleza unas quinientas personas más, entre las que se podían contar tanto los familiares de la guarnición militar como una serie de forajidos condenados por herejía o por participar en revueltas y atentados contra los franceses. Todos ellos estaban comandados por Pedro Roger de Mire-poix, el líder del golpe de Avignonet de 1242 descrito en el capítulo anterior, casado a su vez con Felipa, hija de Raimundo de Péreille; el señorío de Montségur era compartido por ambos caballeros.

Tras la conquista de Palma de Mallorca en 1229 por parte de Jaime I, las primeras misas de la ciudad comenzaron a oficiarse en su mezquita musulmana. Pero no sería hasta el reinado de su sucesor en el trono de la isla, su hijo Jaime II de Mallorca, cuando se comenzaran a realizar modificaciones de cierta importancia en este templo. Jaime II heredó de su padre no solamente el reino de Mallorca, sino que tras el fallecimiento del Conquistador, también pasó a ser conde de los territorios pirenaicos de Rosellón y Cerdaña, así como señor de Montpellier. En la imagen, catedral de Palma de Mallorca.

El rey Jaime I el Conquistador se erigió como autor de su propia biografía narrando en ella los acontecimientos más importantes de su azarosa y larga vida. El monarca hizo especial hincapié en su crónica en la descripción de los hechos relacionados con las conquistas de Mallorca y Valencia, pero no descuidó tampoco pequeños y curiosos detalles como su particular concepción o la anecdótica muerte de su padre, Pedro II el Católico. Crónica de Jaime I el Conquistador o *Llibre dels Feyts.* Monasterio de Santa María de El Puig, Valencia.

Nada más comenzar el sitio, el complicado relieve montañoso del lugar confirmaría

las sospechas de que la caída de Montségur no se produciría sin grandes esfuerzos por parte de los asaltantes. Esta intrincada orografía hacía imposible que hubiera un único cuartel cruzado, motivo por el cual, además, los múltiples campamentos existentes no se encontraban al mismo nivel, lo que dificultaba enormemente la coordinación de los ataques. Pero esos no eran los únicos problemas con los que se encontraban las huestes francesas. A los sitiadores también les resultaba imposible rodear completamente el castillo, ya que, en su cara oriental, el terreno era tan escarpado que no era viable instalarse allí. Además, es preciso destacar que existían caminos secretos a través de los cuales, los defensores de Montségur entraban y salían de sus muros al abrigo de la oscuridad de la noche, y se garantizaba con ello el abastecimiento de la fortaleza. Las contrariedades descritas motivaron que, cuando ya se aproximaba el invierno, el sitio apenas hubiera progresado, a pesar de que ya se daban seis meses de asedio. Fue a partir de entonces cuando entraría en acción un grupo de mercenarios vascos, experimentados montañeros que consiguieron alcanzar una pequeña meseta escalando la cara sur de la montaña del castillo, que estaba separada de las murallas por algo menos de ciento cincuenta metros de desnivel. Desde esta nueva posición, los sitiadores fueron aproximándose cada vez más a las murallas de Montségur a lo largo del invierno, de forma que incluso consiguieron instalar máquinas de guerra en dicha explanada, las que acabaron provocando graves daños sobre las defensas languedocianas. Pero, aun así, el sitio se prolongaría hasta aproximarse a la primavera de 1244.

Fue entonces cuando, hacia el 1 de marzo, Pedro Roger se avino a negociar, consiguiendo al día siguiente arrancar al senescal de Carcasona un pacto bastante provechoso. Como resultado de este acuerdo, tras nueve meses de sitio, los agotados cruzados aceptaban las condiciones propuestas por el caudillo de Montségur, a sabiendas de que sus dos objetivos principales se verían cumplidos. Por un lado, el castillo pasaría a manos de los hombres del rey de Francia; por otro, los herejes cátaros que no abjuraran de su fe serían pasto de las llamas. Pedro Roger de Mirepoix logró en la negociación que los defensores de Montségur dispusieran de una tregua de dos semanas de duración tras la cual entregarían definitivamente la plaza a los franceses y podrían partir libremente con armas y bagajes. Mientras los habitantes católicos de Montségur abandonaban la plaza fuerte el 16 de marzo de 1244, los más de doscientos cátaros que allí se refugiaban eran quemados en una gran hoguera, ya que ninguno de ellos renegaría de su religión. Entre ellos se encontraban Esclaramunda de Péreille, hija del señor de Montségur, la madre de esta, Corba de Péreille, la abuela, Marquesia de

Lantar, y toda la cúpula dirigente de la Iglesia cátara. No obstante, cuatro perfectos cátaros escaparían de esta condena, ya que, al parecer, la tregua fue aprovechada por Pedro Roger de Mirepoix para hacerlos huir descendiendo con una cuerda por la pared occidental de la montaña de Montségur. Esos buenos hombres serían los encargados de custodiar los fondos de la Iglesia cátara que permanecían escondidos en una gruta. Este es el famoso tesoro de los cátaros que había podido ser evacuado de Montségur durante el sitio después de que los defensores sobornaran a los cruzados que montaban guardia en el exterior.

Tras la caída de Montségur, los últimos cátaros que se refugiaron al amparo de un castillo lo harían tras las murallas de Quéribus. Pero tras la conquista de Montségur, habrían de pasar once años hasta que llegara el momento propicio para acabar con la última resistencia occitana. Antes, Luis IX había estado muy ocupado en Tierra Santa combatiendo entre 1248 y 1254 en la Séptima Cruzada, al tiempo que el fallecimiento de su madre en 1252, la enérgica Blanca de Castilla, encargada del gobierno del reino en ausencia del monarca, tampoco había favorecido la situación de Francia. El vacío de poder provocado por la partida del rey y la desaparición de la regente hacían, además, que el senescal de Carcasona, la máxima autoridad francesa política y militar en el Mediodía, no deseara arriesgarse en una hipotética guerra con Aragón en caso de atacar Quéribus. No obstante, el rey de Francia finalmente regresaría de Oriente y en 1255 iniciaría los preparativos para concluir la larga guerra iniciada en 1209 por los vasallos de su abuelo, Felipe II Augusto. De esta forma, en mayo de 1255, el nuevo senescal de Carcasona, Pedro de Auteuil, sitiaría Quéribus, pequeña fortaleza defendida por una reducida guarnición al mando de Chabert de Barbera. Pero, a pesar de ello, el asedio se intuía largo como consecuencia de su privilegiada ubicación sobre una montaña de muy difícil acceso y a sabiendas de que, además, sus defensores contaban con el apoyo que llegaba del vecino condado de Rosellón, por esas fechas en poder de Jaime I tras la muerte de su primo Nuño. Sin embargo, Pedro de Auteuil pronto dispondría de la inestimable colaboración de Oliverio de Termes, antiguo *faydit,* hijo de Raimundo de Termes y sobrino del obispo cátaro Benito de Termes, que regresaba de Tierra Santa tras combatir del lado de Luis IX y que conocía a la perfección el terreno. De esta forma, gracias a la colaboración de Oliverio de Termes, el ejército del senescal de Carcasona pudo tender una trampa a Chabert de Barbera antes de la llegada del verano, consiguiendo hacerle prisionero. Pedro de Auteuil no tuvo entonces más que negociar la rendición de la plaza a cambio de la liberación del líder occitano. No se sabe a ciencia

cierta qué fue de los cátaros que allí se refugiaban, pero es probable que huyeran antes de que se efectuara definitivamente la entrega de la fortaleza.

Con la caída de Quéribus se ponía fin a cuarenta y seis largos años de guerra en los que Francia consiguió anexionar la mayor parte de Occitania, tiempo durante el que, además, la Santa Sede logró poner fin al catarismo, la herejía más importante de la Edad Media. Francia, finalmente, acabaría viendo cómo, en 1258, Jaime I el Conquistador reconocía tras la firma del Tratado de Corbeil la soberanía de Luis IX sobre estas tierras localizadas en la frontera norte de Cataluña. A la par, el papado por fin había destruido al catarismo como Iglesia organizada, hito que lograría tras la toma de Montségur, al tiempo que también había conseguido que tras la rendición de Quéribus ya no hubiera más herejes refugiados tras sólidas fortificaciones. A los pocos cátaros dispersos que quedaran les tocaba malvivir en la clandestinidad, escondidos en lugares desérticos a la espera de que un día la Inquisición los acabara capturando, juzgando y ejecutando.

Los últimos cátaros

Caídos los últimos focos de resistencia occitanos ante el empuje de los ejércitos del rey de Francia, únicamente quedarían ya pequeños grupos dispersos de adeptos a la religión cátara. No obstante, el catarismo estaba acostumbrado a llevar una existencia clandestina, ya que esta fue la realidad que le tocó vivir desde que se iniciara la Cruzada albigense allá por el año 1209. Y es que la Iglesia cátara se adaptó de forma bastante rápida a la persecución a la que se vio sometida por los legados pontificios y los invasores franceses. Acostumbrados a llevar una dura vida llena de renuncias y privaciones, los buenos hombres se adaptaron fácilmente al nuevo orden establecido por la Santa Sede y por Francia, de forma que, aunque tras la ocupación cruzada no era posible que los perfectos desarrollaran plenamente sus empleos laicos, ahora, en cambio, podían dedicar más tiempo a las actividades comerciales, ya que cuando iban a desempeñar su labor espiritual a lugares alejados, aprovechaban estos largos desplazamientos para asistir de incógnito, sin vestir su clásica indumentaria descrita en el capítulo 3, a un gran número de ferias y mercados. De esta forma, los sacerdotes cátaros podían continuar ingresando grandes cantidades de dinero para su causa. En esta época en la que la religión cátara era clandestina, los buenos hombres debían viajar a lugares incluso más alejados que los que visitaban en tiempos de paz, puesto que, al contrario de lo que antaño ocurría, ya no había disponible un perfecto en cualquier localidad occitana para dar el *consolament* a un moribundo o para predicar a los creyentes. Debido a ello, los clérigos cátaros estuvieron muy solicitados en la época de la Cruzada albigense (1209-1244).

Todas estas riquezas acumuladas por sus comunidades eclesiásticas hacen posible que, como ya comentamos en el punto anterior, en esta ocasión las publicaciones esotéricas existentes sobre la herejía de los buenos hombres sí tengan parte de razón al afirmar que existió un tesoro de los cátaros, que, probablemente, se custodiara en el castillo de Montségur, la última morada de su cúpula eclesiástica. Estas elevadas sumas de dinero permitían también a sus adeptos costearse, en esos difíciles tiempos de guerra, escoltas y guías que los acompañaran en sus desplazamientos, garantizando así su seguridad, defendiéndolos, a su vez, en sus nuevos hogares instalados en los castels de las áreas montañosas ya descritas. Sin embargo, la caída definitiva de estos baluartes a mediados del siglo XIII provocaría que los cátaros pasaran a cobijarse en los lugares más recónditos de Languedoc, tales como bosques, cuevas y zonas de orografía escarpada, al haber desaparecido en esos momentos su religión como Iglesia organizada. De esta forma, pequeños núcleos dualistas subsistirían probablemente por algún tiempo en el Mediodía, hasta que sus miembros fueron muriendo con su doctrina o hasta que acabaron siendo apresados por la Inquisición. Otros cátaros, en cambio, se exiliarían en el norte de Italia, donde uno de los últimos perfectos dualistas conocidos en Occidente, Pierre Authier, conseguiría zafarse de las redes inquisitoriales entre los años 1298 y 1309, llegando a fundar incluso una Iglesia que poseía una doctrina propia, la cual tenía ya muy poco en común con el catarismo original. No obstante, los ecos de las enseñanzas de Pierre Authier pronto se apagarían tras su desaparición.

En 1307 están registradas en Béziers y Cabestany, en el condado de Rosellón, actuaciones de cierta envergadura contra cátaros. En 1308 tendría lugar la celebración de un auto de fe en Tolosa. En 1320 aún está documentada la presencia de algunos herejes en el área pirenaica. El último perfecto del que se tiene constancia, Guillaume Bélibaste, acabaría finalmente en la hoguera en 1321; la última de estas piras cátaras ardió en Carcasona hacia 1329, en lo que fue el cadalso para tres creyentes que habían abjurado falsamente de su fe. Debido a ello, podemos considerar que, en torno al primer cuarto del siglo XIV, el catarismo albigense había desaparecido por completo, motivo por el cual, por esta época, la Inquisición prácticamente cesaría sus actividades en Languedoc, en cuanto a lo que a procesos judiciales contra herejes se refiere. Si recordamos que antes incluso de que se convocara la Cruzada albigense, en 1208, los herejes de las otras regiones de Occidente contaminadas por el dualismo, es decir, Renania y Francia, habían sido ya prácticamente exterminados gracias a la eficaz intervención de los emperadores germánicos y los monarcas Capeto, llegaremos a la

conclusión de que su doctrina puede darse por desaparecida en el siglo XIV.

En cuanto a los dualistas orientales, es decir, los bogomilos, cuyos adeptos llegaron a disfrutar de libertad de culto en los Balcanes eslavos, es preciso resaltar que su doctrina no sucumbió de forma violenta, sino que fue desvaneciéndose poco a poco tras la invasión turca hasta no hallarse presencia alguna de sus adeptos hacia el siglo XV. De esta forma desaparecerían definitivamente de Europa las creencias dualistas.

Conclusión

El catarismo fue un movimiento religioso dualista que en principio surgió en la Europa occidental del siglo XII como respuesta al desasosiego espiritual de aquellos feligreses católicos de condición más humilde, creyentes estos que estaban insatisfechos con la inoperante postura del clero romano hacia sus inquietudes. Y el caso es que el credo cátaro logró cubrir satisfactoriamente este nicho no explotado por el catolicismo, aunque, como bien sabemos, no por esto dejó de captar también multitud de adeptos entre los demás estamentos sociales. Para ello asimiló algunos conceptos dualistas de procedencia oriental, muy probablemente recibidos a través de los bogomilos del ámbito bizantino, pensamientos religiosos que, combinados con los elementos protocátaros, existentes en Occidente desde el siglo XI, darían lugar a una religión sincrética que no recordaba más al catolicismo que a los cultos mistéricos, las corrientes gnósticas o las ideas maniqueas llegados al área europea en cuestión entre los siglos II y V. Debido a ello, no podemos definir el catarismo simplemente como una variante del cristianismo, como en muchas ocasiones se ha podido afirmar.

El movimiento cátaro, por lo tanto, no agrupaba bajo su seno a los adeptos de una secta cristiana al uso, al igual que tampoco podemos considerar su religión únicamente como una especie de cristianismo primigenio o, algunos autores van incluso más lejos, como una creencia espiritual que procedía directamente de las enseñanzas de Jesús de Nazaret. Por todo ello, estamos en condiciones de afirmar que el catarismo poco tenía que ver con el cristianismo católico, sobre todo si tenemos presente que, además, su religión dualista llegó a erigirse entre mediados del siglo XII y principios del XIII en una Iglesia jerarquizada que era totalmente independiente y completamente distinta de aquella Iglesia a la cabeza de la cual se situaba el papa de Roma. En consecuencia, es comprensible que, al margen del cariz político que pudo acabar adquiriendo la cuestión cátara, problema inicialmente de carácter religioso, existieran motivos dogmáticos suficientes, desde el punto de vista católico, para que el papado iniciara la persecución de sus adeptos dualistas. Cierto es que la presencia de cátaros en Occitania sirvió como excusa a Francia para expandir sus fronteras hacia el sur, pero no es menos verídico que la simple negación cátara de la naturaleza humana de Cristo constituía a ojos de la

Iglesia católica una herejía y legitimaba a la Santa Sede para acabar con esa especie de contra-Iglesia que tanto terreno le había ganado al catolicismo, especialmente en el Midi. Los cátaros, por lo tanto, indirectamente provocaron el enfrentamiento político entre Francia, por un lado, y Languedoc y la Corona de Aragón, por otro, y esto posibilitó la ampliación de la superficie del primero de estos reinos hasta que prácticamente alcanzó la extensión territorial que hoy posee su actual república. Pero, no obstante, el catarismo también dio lugar en Occidente a una grave querella religiosa que no cesó definitivamente hasta alcanzarse el siglo XIV, una vez que la Santa Sede logró erradicar por completo la heterodoxia gracias a la eficaz actuación de los poderes temporales franceses y de la Inquisición.

Bibliografía

ASMIOV, Isaac. *La formación de Francia.* Madrid: Editorial Alianza, 2007.

BAINVILLE, Jacques. *Historia de Francia.* Buenos Aires: Ediciones Dictio, 1981 (original de 1943).

BARRERAS, David. *La Cruzada albigense y el Imperio aragonés.* Madrid: Ediciones Nowtilus, 2007.

—, y DURÁN, Cristina. *Breve historia del Imperio bizantino.* Madrid: Ediciones Nowtilus 2010.

BARTHELEMY, Dominique. *Caballeros y milagros: violencia y sacralidad en la sociedad feudal.* Valencia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2006.

BAYET, Jean. *La religión romana.* Madrid: Ediciones Cristiandad, 1985.

BOIS, Guy. *La revolución del año mil.* Barcelona: Editorial Crítica, 1991.

BRENON, Anne. *Los cátaros.* Hacia una pureza absoluta. Barcelona: Editorial B, 1998.

BURNS, Robert Ignatius. *Jaume I els valencians del segle XIII.* Valencia: Editorial Tres i Quatre, 1981.

CINGOLANI, Stefano Maria. *La memoria dels reis.* Barcelona: Editorial Base, 2008.

CLARAMUNT, Salvador; PORTELA, Ermelindo; GONZÁLEZ, Manuel y MITRE, Emilio. *Historia de la Edad Media.* Barcelona: Editorial Ariel, 1992.

CROUZET, Maurice. *Roma y su imperio.* Barcelona: Destinolibro, 1980.

DESCLOT, Bernat. *Crónica de Bernat Desclot.* Barcelona: Editorial Teide, 1997.

DUBY, George. *Europa en la Edad Media.* Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2007.

DUFOURCQ, Charles-Emmanuel. *La vida cotidiana de los árabes en la Europa medieval.* Madrid: Editorial Temas de Hoy, 1994.

ESLAVA, Juan. *Los templarios y otros enigmas medievales.* Barcelona: Editorial Planeta, 1998.

FOSSIER, Robert. *La formación del mundo medieval (350-950).* Barcelona: Editorial Crítica, 1988.

FOSSIER, Robert; POLY, Jean-Pierre y VAUCHEZ, André. *El despertar de Europa (950-*

1250). Barcelona: Editorial Crítica, 2001.

GALLEGO, Enrique. *Relaciones entre la Iglesia y el Estado en la Edad Media.* Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 1973.

GALLOIS, Leonard. *Historia general de la Inquisición.* Valencia: Librerías París-Valencia, 1992.

GARCÍA DE CORTÁZAR, José Ángel y VALDEÓN, Julio. *Manual de historia universal. Edad Media.* Madrid: Ediciones Nájera, 1987.

GIGON, Olof. *La cultura antigua y el cristianismo.* Madrid: Editorial Gredos, 1970.

GIUNTA, Francesco. *Aragoneses y catalanes en el Mediterráneo.* Barcelona: Editorial Ariel, 1989.

HEERS, Jacques. *La Primera Cruzada.* Barcelona: Editorial Andrés Bello, 1995.

HUART, Clement y DELAPORTE, Louis. *El Irán antiguo (Elam y Persia) y la civilización irania.* México: Editorial Uthea, 1957.

LABAL, Paul. *Los cátaros.* Herejía y crisis social. Barcelona: Editorial Crítica, 1982.

LADERO, Manuel Fernando. *Edad Media. En: Historia universal (Vol. II).* Barcelona: Editorial Vicens-Vives, 1994.

LE GOFF, Jacques. *¿Nació Europa en la Edad Media?* Barcelona: Editorial Crítica, 2003.

MARTÍN, José Luis. *La Edad Media en España. El predominio cristiano.* Madrid: Editorial Anaya, 2008.

—, La Edad Media en España. *El predominio musulmán.* Madrid: Editorial Anaya, 2008.

MESTRE, Jesús. *Los cátaros. Problema religioso, pretexto político.* Barcelona: Ediciones Península, 1997.

MITRE, Emilio. *Iglesia, herejía y vida política en la Edad Media.* Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 2007.

—, *Judaísmo y cristianismo.* Madrid: Editorial Istmo, 1980.

—, *Las herejías medievales de Oriente y Occidente.* Madrid: Arco Libros, 2000.

—, *Ortodoxia y herejía entre la Antigüedad y el Medievo.* Madrid: Ediciones Cátedra, 2003.

MUNTANER, Ramón. *Crónica de Ramón Muntaner. Valencia:* Edicions Bromera, 1991.

NADAL, Josep y PRATS, Modest. *Historia de la llengua catalana.* Barcelona: Editorial 62,

1982.

Nelli, René. *Los cátaros del Languedoc en el siglo XIII.* Palma de Mallorca: Editor José J. de Olañeta, 2002.

NIEL, Fernand. *Albigenses y cátaros.* Barcelona: Ediciones Obelisco, 1998 (original de 1962).

OLDENBOURG, Zoé. *La hoguera de Montségur: los cátaros en la historia.* Barcelona: Editorial Edasa, 2002.

PETIT-DUTAILLIS, Charles. *La monarquía feudal en Francia y en Inglaterra.* México: Editorial Uthea, 1961.

ROLDÁN, José Manuel; BLÁZQUEZ, José María y DEL CASTILLO, Arcadio. *El Imperio romano.* Madrid: Ediciones Cátedra, 1995.

ROQUEBERT, Michel. *Nosotros los cátaros: prácticas y creencias de una religión exterminada.* Barcelona: Editorial Crítica, 2010.

RUNCIMAN, Steven. *Historia de las cruzadas. Tomo 1.* Madrid: Editorial Alianza, 2002.

—, *Historia de las cruzadas. Tomo 2.* Madrid: Editorial Alianza, 2002.

—, *Historia de las cruzadas. Tomo 3.* Madrid: Editorial Alianza, 1994.

—, *Las Vísperas Sicilianas.* Madrid: Editorial Reino de Redonda, 2009.

RUZÉ, Francois y AMOURETTI, Marie-Claire. *El mundo griego antiguo.* Madrid: Ediciones Akal, 1987.

SOLDEVILA, Ferrán. *Historia de Cataluña.* Madrid: Alianza Editorial, 1982 (traducción del original de 1932).

—, *Jaume I. Pere El Gran.* Barcelona: Editorial Vicens-Vives, 1985 (original de 1955).

—, *Pere El Gran.* Barcelona: Institut d'Estudis Catalans, 1995 (original de 1950).

VALDEÓN, Julio. La *Baja Edad Media.* Madrid: Editorial Anaya, 2007.

—, *La España medieval.* Madrid: Editorial Actas, 2003.

VILLACAÑAS, José Luis. *Jaume I el Conquistador.* Madrid: Editorial Espasa-Calpe, 2003.

ZABOROV, Mijaíl. *Historia de las cruzadas.* Madrid: Editorial Akal, 1988.

ZURITA, Jerónimo. *Anales de la Corona de Aragón.* Zaragoza: Institución Fernando El Católico, 1998.

BREVE HISTORIA

www.BreveHistoria.com

Hágase amigo de **Breve Historia** en Facebook

Visite la web y descargue fragmentos gratuitos
de los libros, participe en los foros
de debate y mucho más.

nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de los... CÁTAROS

David Barreras y Cristina Durán

Con *Breve historia de los cátaros* conocerá la historia de una secta herética que supo aprovechar su momento histórico para crear una nueva religión basada en el cristianismo primigenio y que hizo que la Iglesia emprendiera una cruzada para reprimirla, por primera vez desde una doble óptica: la perspectiva francesa y el punto de vista catalano-aragonés.

La creación de un nuevo culto basado en la predicación apostólica y en un riguroso ascetismo, que provocó, sin quererlo, una división tal, que acabó implicando en una dura guerra a Occitania y la Corona de Aragón, por un lado, y a Francia y la Santa Sede, por otro.

Con esta obra conocerá un mundo de cátaros, inquisidores, grandes reyes, caballeros, templarios, cruzadas, conquistas, revueltas sociales y religiosas... Una emocionante y vertiginosa época, trazada con gran habilidad en este título, que no le dejará indiferente.

BREVE HISTORIA
www.brevehistoria.com

Síganos en Facebook
www.facebook.com/brevehistoria

Visite la web y descargue fragmentos gratuitos de los libros, participe en los foros de debate temáticos y mucho más.